



A S I M O V

VIAJE
ALUCINANTE



Un eminente sabio, que ha sido víctima de un intento de asesinato, yace, en estado comatoso, a causa de un coágulo de sangre en el cerebro. En su mente lleva un secreto de extraordinaria importancia para la supervivencia del mundo libre. Una operación significaría su muerte. Entonces, un grupo de sabios resuelve miniaturizar a un equipo de médicos y técnicos, con todos sus aparatos, e inyectarlo en el sistema circulatorio del enfermo, a fin de destruir el coágulo desde el interior...



Isaac Asimov

Viaje alucinante

ePub r1.1

evilZnake 03.02.14

Título original: *Fantastic Voyage*
Isaac Asimov, 1966
Traducción: J. Ferrer Aleu
Retoque de portada: evilZnake

Editor digital: evilZnake
ePub base r1.0



A Mark y Marcia, que me «obligaron» a escribir este libro.

Capítulo I

AVIÓN

Era un viejo avión, un cuatrimotor a reacción de plasma, que había sido retirado del servicio activo, y seguía una ruta que ni era económica ni particularmente segura. El aparato pasaba entre bancos de nubes, en un viaje de doce horas, cuando un avión-cohete supersónico hubiera podido hacerlo en cinco.

Y todavía le faltaba más de una hora de viaje.

El agente a bordo del avión sabía que su cometido en la tarea no terminaría hasta que el aparato aterrizase, y que la última hora sería la más larga.

Dirigió una mirada al otro y único ocupante de la amplia cabina de pasajeros, el cual dormitaba en aquellos instantes, con la barbilla hundida en el pecho.

Este pasajero no tenía una apariencia que llamase la atención, pero, en aquel momento, era el hombre más importante del mundo.

El general Alan Carter levantó la cabeza, malhumorado, al entrar el coronel. Carter tenía los ojos hinchados y caídas las comisuras de los labios. Trató de devolver su forma primitiva al sujetapapeles que estaba retorciendo, y éste se escapó de entre sus dedos.

—Por poco me da —dijo el coronel Donald Reid, tranquilamente.

Tenía el cabello rubio y liso, peinado hacia atrás; en cambio, su breve bigote era gris y erizado. Llevaba el uniforme con la misma e indefinible falta de naturalidad que su interlocutor. Ambos eran especialistas, reclutados para un trabajo de superespecialización, y se les había dado graduación militar por razones de conveniencia y casi de necesidad, dadas las aplicaciones de sus conocimientos científicos.

Ambos llevaban la insignia FDMC, con cada letra en el centro de un pequeño hexágono, dos arriba y tres abajo. En el hexágono del centro de la hilera de tres había un símbolo para clasificar mejor a quien lo llevaba. En el caso de Reid, era un caduceo, revelador de su profesión de médico.

—Adivine lo que estoy haciendo —dijo el general.

—Rompiendo sujetapapeles.

—Cierto. Y, además, contando las horas. ¡Cómo un estúpido! — Su voz se hizo más aguda, aunque siguió controlándola—. Heme aquí sentado, húmedas las manos, pegado el cabello, latiéndome con fuerza el corazón, y contando las horas. Aunque ahora cuento ya por minutos. Setenta y dos minutos, Don. Setenta y dos minutos para que aterricen en el aeropuerto.

—Bien. En tal caso, ¿por qué está nervioso? ¿Ocurre algo malo?

—No. Nada. Fue recogido felizmente. Lo arrancaron literalmente de las manos de Ellos, sin que, al parecer, recibiese un solo rasguño. Llegó sin novedad al avión, un avión viejo...

—Sí. Lo sé.

Carter movió la cabeza. No le interesaba contarle cosas nuevas al otro; le interesaba solamente hablar. Pensamos que Ellos pensarían que Nosotros pensaríamos que el tiempo tenía la mayor importancia, y que por ello le meteríamos en un «X-52» y lo proyectaríamos al espacio. Pero Nosotros pensamos que Ellos pensarían esto y alertarían al máximo su red de antiohetes...

—Paranoia —dijo Reid—; así lo llamamos en nuestra profesión. Me refiero a que alguien pueda creer que Ellos harían esto. Se

expondrían a una guerra y a la aniquilación total.

—Tal vez se expondrían a ello, para impedir lo que está ocurriendo. Poco me falta para creer que nosotros nos arriesgaríamos, si nos hallásemos en su situación. Por consiguiente, elegimos un avión comercial, un cuatrimotor a reacción. Me pregunté si lograría despegar. ¡Es tan viejo...!

—¿Y lo hizo?

—Si hizo, ¿qué?

Por un instante, el general había perdido el hilo de sus ideas.

—Si despegó.

—¡Oh, sí! Y viene sin novedad. Recibo la información de Grant.

—¿Quién es Grant?

—El agente encargado. Le conozco bien. Con el asunto en sus manos, me siento todo lo seguro que puedo sentirme, lo cual no es mucho. Grant llevó toda la operación; les quitó a Benes de las manos, como quien saca una pepita de una sandía.

—¿Entonces...?

—Sigo estando preocupado. Sepa, Reid, que sólo hay una manera segura de llevar los asuntos en este maldito embrollo. Debemos pensar que Ellos son tan listos como Nosotros; que, por cada truco que inventamos, Ellos inventan un truco contrario; que, por cada hombre que situamos entre Ellos, Ellos sitúan otro entre Nosotros. Esto empezó hace más de medio siglo. Era «preciso» que estuviéramos equilibrados, pues, en otro caso, todo habría terminado hace ya tiempo.

—Tranquílcese, Al.

—¿Acaso puedo hacerlo? Esto de «ahora», esa cosa que Benes trae consigo, ese nuevo conocimiento, puede deshacer el empate de una vez para siempre, y darnos el triunfo.

—Ojalá los Otros no lo crean así —dijo Reid—. Si lo creen... Bueno, Al, hasta ahora ha habido reglas en nuestro juego. Ninguno de los bandos hace nada para acorralar al otro hasta el punto de obligarle a apretar el botón de los cohetes. Hay que dejarle un

margen en el cual pueda retroceder. Empujarle, pero no demasiado. Cuando Benes llegue aquí, pueden pensar que les hemos apretado con exceso.

—No tenemos más remedio que arriesgarnos —dijo Carter; y, como acuciado por una idea importuna, añadió—: Esto, «si» Benes llega hasta aquí.

—Llegará. ¿Por qué no?

Carter se había puesto en pie, disponiéndose a iniciar un paseo de un lado a otro. Pero miró fijamente al otro y se sentó de nuevo, bruscamente.

—Está bien, no nos excitemos. Veo en sus ojos el brillo de las píldoras sedante, doctor. Yo no las necesito. Pero supongamos que Benes llega dentro de setenta y dos..., de sesenta y seis minutos. Supongamos que aterriza en el aeropuerto. Todavía habrá que traerlo aquí, cuidar de su seguridad... Puede haber algún fallo...

—Entre la copa y los labios —salmodió Reid—. Por el amor de Dios, general, seamos sensatos y hablemos de las consecuencias. Quiero decir, ¿qué pasará cuando ya esté aquí?

—Bueno, Don; esperemos a que haya llegado.

—Bueno, Al —le imitó el coronel, con un deje de irritación en sus palabras—. De nada sirve esperar a que llegue, pues entonces será demasiado tarde. Estará usted demasiado ocupado, y todas las hormiguitas del Pentágono empezarán a correr locamente de un lado para otro, sin dejar hacer nada de lo que creo que debería hacerse.

—Le prometo... —Y el general hizo un vago ademán para zanjar la cuestión.

Reid hizo caso omiso de él.

—No. Sabe usted muy bien que no podrá cumplir ninguna promesa que haga para el futuro. Llame al jefe ahora, ¿quiere? ¡Ahora! Usted puede hacerlo. En este momento, es la única persona que puede llegar hasta él. Hágale ver que la FDMC no es únicamente la criada del Departamento de Defensa. Y, si no puede

hacerlo, póngase en contacto con el comisario Furnald. Éste está de nuestra parte. Dígale que quiero algunas migajas para la ciencia biológica. Hágale observar que hay votos en juego. Escuche, Al; tenemos que gritar para que nos oigan. Tenemos que tener alguna oportunidad para luchar. En cuanto Benes llegue y se le echen encima los verdaderos generales, a quienes Dios confunda, nos quedaremos sin empleo para siempre.

—No puedo hacerlo, Don. Y no quiero hacerlo. Voy a decirle la verdad: no voy a hacer absolutamente nada hasta que Benes esté aquí. Y no me gusta que pretenda usted forzarme la mano.

Los labios de Reid palidecieron.

—¿Y qué debo hacer, general?

—Esperar, como espero yo. Contar los minutos. Reid se volvió para marcharse. Seguía dominando firmemente su indignación.

—Si yo estuviera en su sitio, general, pensaría en las píldoras sedantes.

Carter le dejó marchar, sin replicarle. Consultó su reloj.

—¡Sesenta y un minutos! —murmuró, y estiró la mano para coger un sujetapapeles.

Casi con un sentimiento de alivio entró Reid en el despacho del doctor Michaels, jefe civil del departamento médico. La expresión del ancho rostro de Michaels no pasaba nunca de una tranquila animación, acompañada, a lo sumo, de una seca risita; mas, por otra parte, nunca descendía a nivel inferior de una fugaz solemnidad que, al parecer, ni él mismo se tomaba muy en serio.

Tenía en la mano su inseparable gráfica, o una de ellas. Para el coronel Reid, todas esas gráficas se parecían. Cada una de ellas era un verdadero lío, y, tomadas en su conjunto, el lío se multiplicaba.

En ocasiones, Michaels trataba de explicarle las gráficas, o de explicarlas a otras personas; Michaels era terriblemente aficionado a explicarlo todo.

Por lo visto, el torrente sanguíneo estaba provisto de una débil radioactividad, y el organismo (igual en el hombre que en una rata) tomaba su propia fotografía, por así decirlo, sobre un principio laserizado que daba una imagen tridimensional.

—En fin, no se preocupe por esto —decía Michaels, al llegar a este punto—. Lo cierto es que se obtiene una imagen en tres dimensiones de todo el torrente circulatorio, la cual puede ser entonces registrada bidimensionalmente en cuantas secciones y direcciones se requieran para el trabajo. Si la imagen se amplía lo bastante, puede llegar hasta los menores capilares.

Y con ello me quedo convertido en un simple geógrafo —terminaba Michaels—. Un geógrafo del cuerpo humano, que traza el mapa de sus ríos y bahías, de sus radas y de sus riachuelos; los cuales son mucho más complicados que los de la Tierra, se lo aseguro.

Reid contempló la gráfica por encima del hombro de Michaels y dijo:

—¿De quién es, Max?

—De nadie que valga la pena —dijo Michaels, dejando la gráfica a un lado—. La gente, cuando espera, suele leer un libro. Yo leo un sistema sanguíneo.

—También esperando, ¿en? Lo mismo que él —dijo Reid, moviendo la cabeza en dirección al despacho de Carter—. Y esperando lo mismo, ¿no?

—La llegada de Benes, naturalmente. Y, sin embargo, no acabo de creerlo.

—De creer, ¿qué?

—De que ese hombre tenga lo que dice que tiene. Yo soy fisiólogo, claro está, y no físico —dijo Michaels, encogiéndose de hombros en humorístico ademán casi de excusa—, pero suelo creer en los técnicos. Y éstos dicen que no hay manera. Les oí decir que el Principio de Incertidumbre impide que pueda hacerse por más de

un tiempo dado. Y el Principio de Incertidumbre es indiscutible, ¿no cree?

—Tampoco yo soy técnico, Max; pero estos mismos expertos nos dicen que Benes es la autoridad suprema en este campo. Los del Otro Lado lo han tenido a su servicio y se han mantenido a nuestra altura gracias a él; «sólo» gracias a él. No tenían otro sabio de primera fila, mientras que nosotros tenemos a Zaletski, a Kramer, a Richtheim, a Lindsay y a todos los demás. Y nuestros hombres más importantes creen que debe tener algo, si él lo dice.

—¿De veras lo creen? ¿No creerán, únicamente, que no podemos arriesgarnos a que así sea? A fin de cuentas, aunque resultara que no nos trae nada, su desertión sería ya una victoria para nosotros. Los Otros no podrían utilizar ya sus servicios.

—¿Por qué había de mentir?

—¿Y por qué no? —dijo Michaels—. Con esto logra salir de allí y venir aquí, que es donde supongo que quiere estar. Si resulta que no nos trae nada, no por ello le haremos volver, ¿no es cierto? Además, es posible que no mienta; sencillamente, puede estar equivocado.

—¡Hum! —Reid se retrepó en su sillón y puso los pies sobre la mesa, en un estilo impropio de un coronel—. Apúntese un tanto. Y, si nos da gato por liebre, le estará bien empleado a Carter. Les estará bien empleado a todos. ¡Malditos imbéciles!

—No le ha sacado nada a Carter, ¿eh?

—Nada. No quiere hacer absolutamente nada hasta que llegue Benes. Está contando los minutos, y yo he empezado también a hacerlo. Faltan cuarenta y dos.

—¿Para qué?

—Para que el avión que lo trae aterrice en el aeropuerto. Y las ciencias biológicas se quedan con las manos vacías. Si Benes trata únicamente de huir del Otro Lado, se apoderará de todo, de las tajadas, de las migajas e incluso del olor. Será demasiado bueno para ellos y no lo soltarán para nada del mundo.

—Tonterías... Tal vez al principio se agarren a la presa; pero también nosotros tenemos influencias. Podemos soltarles a Duval, al tenaz y piadoso Peter.

Una expresión de disgusto se pintó en el rostro de Reid.

—Me gustaría arrojarlo a los militares. Tal como siento ahora, me gustaría también arrojárselo a Carter. Si Duval estuviese cargado de electricidad negativa, y Carter de electricidad positiva, y pudiese juntarlos hasta que murieran los dos echando chispas...

—No sea destructor, Don. Se toma demasiado en serio a Duval. Un cirujano es un artista, un escultor que trabaja con tejidos vivos. Un gran cirujano es un gran artista y tiene temperamento de tal.

—Bueno; también «yo» tengo temperamento, y no lo empleo para ser un incordio. ¿Acaso monopoliza Duval el derecho de ser un antipático y soberbio hijo de perra?

—Si él tuviera el monopolio de esto, mi coronel, yo estaría encantado. Dejaría que lo disfrutase él solo, y le estaría agradecido. Lo malo es que en el mundo hay muchos hijos de perra tan antipáticos y tan soberbios como él mismo.

—Supongo que sí, supongo que sí —murmuró Reid, pero sin ablandarse—. Treinta y siete minutos.

Si alguien le hubiese repetido al doctor Peter Lawrence Duval la descripción en comprimido de Reid, le habría respondido aquél con el mismo breve gruñido con que habría correspondido a una declaración de amor. Y no era que Duval fuese insensible al insulto o a la lisonja, sino que sólo reaccionaba frente a ellos cuando tenía tiempo, y raras veces lo tenía. Lo que habitualmente llevaba en el semblante no era una mueca, sino más bien una contracción muscular provocada por lejanos pensamientos. Hay que presumir que todo hombre tiene su forma de evasión de este mundo; la de Duval era la sencillísima de concentrarse en su trabajo. Este

proceder le había llevado, a sus cuarenta y pico de años, a la fama como neurocirujano, y a su estado casi inconsciente de soltería.

Al abrirse la puerta, ni siquiera levantó la mirada de las cuidadosas mediciones que estaba haciendo sobre unas radiografías en tres dimensiones que tenía delante. Su ayudante entró con su acostumbrado paso, lento y silencioso.

—¿Qué ocurre, Miss Peterson? —preguntó, concentrando todavía más su atención sobre las fotografías.

La impresión de profundidad era bastante clara para el ojo, pero la medición de la profundidad real exigía un delicado cálculo de los ángulos y un conocimiento previo del grado probable de tal profundidad.

Cora Peterson esperó que pasara el momento de concentración adicional. Tenía veinticinco años, exactamente veinte menos que Duval, y había puesto cuidadosamente a los pies del cirujano su título facultativo, obtenido el año anterior.

En las cartas que escribía a su casa, decía casi siempre que cada día pasado con Duval valía tanto como un curso escolar; que el estudio de sus métodos, de la técnica de su diagnóstico y del empleo de los instrumentos de su oficio, era increíblemente aleccionador. En cuanto a su dedicación al trabajo y a la causa de la curación, sólo podía calificarse de estimulante.

En un terreno menos intelectual, ella se daba perfecta cuenta, con la clarividencia del fisiólogo profesional, de la aceleración de los latidos de su corazón cuando captaba los planos y las curvas de la cara de él, inclinada sobre su trabajo, y observaba los rápidos, firmes y seguros movimientos de sus dedos. Sin embargo, su rostro permanecía impassible, porque la joven no aprobaba la actuación de su poco intelectual músculo cardíaco.

El espejo le decía, con bastante claridad, que no era una mujer vulgar, sino todo lo contrario. Sus ojos negros eran grandes y tenían una expresión ingenua; sus labios reflejaban un humor alegre cuando ella se lo permitía, cosa que no ocurría a menudo; y su

figura la enojaba por su visible propensión a chocar con el debido aspecto profesional. Hubiese querido provocar silbidos (o su equivalente intelectual) por su competencia, y no por las sinuosidades de su cuerpo.

Al menos Duval apreciaba su eficiencia y no parecía turbado por sus atractivos físicos, lo cual era un motivo más de admiración por parte de ella.

Por fin respondió:

—Benes aterrizará antes de treinta minutos, doctor Duval.

—¡Hum...! —murmuró él, levantando la cabeza—. ¿Y qué hace usted aquí? Su jornada de trabajo ha terminado.

Cora hubiese podido replicarle que también había terminado para él, pero sabía que sólo terminaba cuando el hombre daba fin a su trabajo. Muy a menudo se había quedado con él durante dieciséis horas seguidas, aunque presumía que el doctor habría sostenido (con absoluta buena fe) que la obligaba a observar la jornada de ocho horas.

—Estoy esperando para verle —dijo.

—¿A quién?

—A Benes. ¿No le parece emocionante, doctor?

—No. ¿Por qué?

—Es un gran sabio, y dicen que trae una información importantísima, que revolucionará todo lo que estamos haciendo.

—¿De veras? —Duval levantó la fotografía que estaba encima del montón, la dejó a un lado y fijó su atención en la siguiente—. ¿Acaso la ayudará en su trabajo con el láser?

—Puede facilitar el dar en el blanco.

—Ya da en el blanco. En cuanto a lo que puede añadirle Benes, sólo será útil para los artífices de la guerra. Todo lo que aquél hará será aumentar las probabilidades de destrucción mundial.

—Pero, doctor Duval, usted mismo dijo que el progreso de la técnica podría tener gran importancia para el neurofisiólogo.

—¿Eso dije? Está bien, lo dije. De todos modos, preferiría que se tomase usted el descanso necesario, Miss Peterson. —Levantó de nuevo la cabeza (¿y no suavizó un poquito el tono de la voz?): Parece cansada.

Cora levantó la mano hasta la mitad del camino de sus cabellos, pues, traducida al lenguaje femenino, la palabra «cansada» quiere decir «despeinada». Dijo:

—En cuanto Benes haya llegado, me marcharé. Lo prometo. Y, a propósito...

—¿Qué?

—¿Empleará usted el láser mañana?

—Es lo que ahora estoy tratando de decidir, si usted me deja, Miss Peterson.

—El modelo 6951 no puede utilizarse.

Duval dejó la fotografía y se echó atrás en su silla.

—¿Por qué?

—No me inspira bastante confianza. No puedo enfocarlo debidamente. Supongo que uno de los diodos del túnel está averiado, pero todavía no he descubierto cuál.

—Está bien. Monte uno del que podamos fiarnos, por si fuera necesario, y hágalo antes de marcharse. Mañana...

—Mañana veré lo que anda mal en el 6951.

—Sí.

Ella se volvió, dispuesta a marcharse, pero miró rápidamente su reloj y dijo:

—Veintiún minutos..., y dicen que el avión llegará puntualmente.

Él emitió un vago sonido y Cora comprendió que no la había oído.

Y se marchó, cerrando la puerta a su espalda, despacio y sin ruido.

El capitán William Owens se arrellanó en el blando y almohadillado asiento del automóvil. Se frotó cansadamente la afilada nariz y apretó las cuadradas mandíbulas. Sintió que el coche se elevaba por efecto de los fuertes chorros de aire comprimido y emprendía la marcha perfectamente nivelado. No oyó el menor zumbido del turborreactor, aunque quinientos caballos se agitaban a su espalda.

A través de las ventanillas a prueba de bala, podía ver, a derecha e izquierda, la escolta de motocicletas. Otros coches le precedían y le seguían, convirtiendo la noche en un bullicio de luces veladas.

Aquel medio batallón de guardianes le hacía sentirse importante, aunque, desde luego, no eran para él. Ni siquiera eran para el hombre a quien iban a recibir; no para el hombre como tal. Sólo para el contenido de un gran cerebro.

El jefe del Servicio Secreto se sentaba a la izquierda de Owens. El hecho de que éste no estuviera seguro del nombre de aquel caballero indefinible que, desde los quevedos hasta los conservadores zapatos, parecía un profesor de instituto —o un dependiente de camisería—, era una prueba del carácter anónimo del Servicio.

—Coronel Gander... —había dicho Owens, haciendo una prueba, al estrecharle la mano.

—Gonder —había dicho el otro, sin alzar la voz—. Buenas tardes, capitán Owens.

Ahora estaban ya en las cercanías del aeropuerto. En alguna parte, en lo alto y delante de ellos, y seguramente a pocas millas de distancia, estaría el arcaico avión, disponiéndose a aterrizar.

—Éste es un gran día, ¿no? —dijo Gonder, también en voz baja.

Todo en aquel hombre parecía murmurar, incluso el corte discreto de su traje de paisano.

—Sí —dijo Owens, esforzándose en quitar toda tensión al monosílabo.

Y no era que se sintiera particularmente tenso, sino, simplemente, que su voz parecía no poder abandonar aquel tono. Era el mismo aire de tensión que parecían reflejar su nariz fina y afilada, sus ojos entornados y sus salientes pómulos.

A veces pensaba que esto le convenía. La gente se imaginaba que era excitable, cuando no lo era. Al menos, no más que cualquier otra persona. Por otra parte, la gente huía a veces de él por esta misma razón, sin que tuviera que levantar la mano. Tal vez las cosas se equilibraban por sí solas.

—Ha sido un buen golpe —dijo— traerle hasta aquí. Hay que felicitar al Servicio.

—El mérito corresponde a nuestro agente. Es el mejor de nuestros hombres. Y creo que su secreto es que tiene toda la estereotipada apariencia de un agente.

—¿De veras?

—Es alto Jugaba al fútbol en el instituto, Y guapo. De constitución espléndida. Cualquier enemigo que lo vea dirá: «Mira; es el tipo que habría de tener uno de sus agentes; por consiguiente, no puede serlo». Y lo dejará en paz, para enterarse más tarde de que, efectivamente, «lo era».

Owens frunció el ceño. ¿Hablaban el otro en serio? ¿O bromeaba, porque pensaba que así aliviaría la tensión?

—Supongo —dijo Gonder— que se da usted cuenta de que su papel en este asunto tiene verdadera importancia. Podrá identificarlo, ¿verdad?

—Le conozco bien —dijo Owens, con su breve y nerviosa risita—. Nos encontramos varias veces en conferencias científicas, en el Otro Lado. Una noche me emborraché con él; bueno, no llegamos a emborracharnos..., nos alegramos un poco.

—¿Habló?

—No le emborraché para hacerle hablar. Pero, de todos modos, no hablé. Había alguien más con él. Sus sabios van siempre en parejas.

—Y «usted», ¿le habló?

El tono de la pregunta había sido ligero; pero no la intención que se ocultaba en ella.

Owens se echó a reír.

—No hay nada que yo sepa que él no sepa ya; puede creerme, coronel. Podría estar hablando con él todo un día sin causar el menor daño.

—Ojalá supiera yo algo de esto. Les admiro a ustedes, capitán. Aquí tenemos un milagro de la tecnología capaz de transformar el mundo, y sólo un puñado de hombres pueden comprenderlo. La mente del hombre huye de los hombres.

—La cosa no es tan grave, créalo —dijo Owens—. Somos muchísimos. Claro que sólo hay un Benes, y yo estoy muy lejos de poder considerarme de «su» clase. En realidad, mis conocimientos se limitan casi exclusivamente a aplicar la técnica a mis planos de barcos. Esto es todo.

—Pero ¿reconocerá a Benes?

El jefe del Servicio Secreto parecía necesitar una seguridad absoluta.

—Aunque tuviera un hermano gemelo, y estoy seguro de que no lo tiene, lo reconocería.

—No es precisamente cuestión de rutina, capitán. Como ya le he dicho, nuestro agente, Grant, es muy bueno; pero, incluso así, me sorprende un poco que haya podido lograrlo. Y tengo que preguntarme: ¿no habrá en esto una contramaniobra? ¿No habrán barruntado que trataríamos de apoderarnos de Benes, y habrán fabricado un falso Benes?

—Yo advertiría la diferencia —respondió Owens, confiado.

—No sabe usted lo que puede hacerse hoy en día con la cirugía plástica y la narcohipnosis.

—No importa. Su cara podría engañarme, pero no su conversación. O conocerá la Técnica mejor que yo —y su acento puso la mayúscula en la palabra— o no será Benes, sea cual fuere su aspecto. Tal vez pueden imitar el cuerpo de Benes, pero no su mente.

Habían llegado al campo. El coronel Gonder consultó su reloj.

—Lo oigo. El avión aterrizará dentro de unos minutos... y a la hora fijada.

Hombres armados y vehículos blindados se desplegaron, incorporándose a los que habían rodeado el aeropuerto, que quedó convertido en un territorio ocupado y cerrado para todos los que no tuvieran autorización especial.

Las últimas luces de la ciudad se habían extinguido, dejando sólo un débil resplandor en el horizonte, hacia la izquierda.

Owens suspiró con infinito alivio. Benes llegaría, al fin, dentro de un instante.

¿Final feliz?

Frunció las cejas al percibir la entonación mental que había puesto un punto de interrogación detrás de estas dos palabras.

«¡Final feliz...!», pensó, torvamente; pero la entonación escapó a su control y las dos palabras volvieron a ser: ¿Final feliz?

Capítulo II

AUTOMÓVIL

Grant observó con profundo alivio cómo se acercaban las luces de la ciudad al aproximarse el avión a su destino. Nadie le había dado verdaderos detalles sobre la importancia del doctor Benes, salvo el hecho evidente de que se trataba de un sabio que desertaba, provisto de información vital. Era el hombre más importante del mundo, le habían dicho, pero sin explicarle la razón.

No te precipites, le habían dicho. No lo eches a perder todo poniéndote nervioso. Pero el asunto es vital, le habían dicho, increíblemente vital.

Tómalo con calma, pero piensa que todo depende de ello, habían añadido: tu país, tu mundo, la Humanidad.

Y lo había hecho. Tal vez no lo habría logrado si ellos no hubiesen temido matar a Benes. Cuando se dieron cuenta de que sólo matando a Benes podían salvar algo, era ya demasiado tarde y el pájaro había volado. Un rasguño de bala sobre las costillas era el único daño sufrido por Grant, y lo había remediado con un vendaje.

Pero ahora estaba cansado, mortalmente cansado. Físicamente cansado, desde luego; pero también fatigado de toda su estúpida carrera. En sus tiempos de estudiante, hacía de esto diez años, solían llamarle «Granito» Grant, y él había procurado justificar el apodo en el campo de fútbol. Un brazo roto fue su recompensa, aunque tuvo la suerte de conservar intactos los dientes y la nariz,

reteniendo de este modo su aspecto de hombre guapo. (Sus labios se curvaron en una silenciosa y fugaz sonrisa).

Desde entonces, había renunciado también al empleo de su nombre patronímico. Sólo el monosilábico gruñido de Grant. Resultaba muy masculino, muy rudo.

Pero ¡al diablo con ello! ¿Qué ventajas le había reportado, salvo cansancio y todas las probabilidades de una vida breve? Había cumplido ya los treinta y había llegado el momento de sacar a relucir de nuevo su nombre de pila. Charles Grant. Tal vez incluso Charlie Grant. ¡El viejo Charlie Grant!

Dio un respingo, pero volvió a fruncir el ceño y a ponerse firme. «Tenía» que ser así. El bueno y viejo Charlie. Ni más, ni menos. El bueno y viejo y dulce Charlie, aficionado a dormitar en una mecedora. «Hermoso día, Charlie». «¡Hola, Charlie! Parece que va a llover...». «Búscate un empleo cómodo, viejo Charlie, de modo que, sin fatigarte demasiado, puedas gozar mañana de un buen retiro».

Grant miró de soslayo a Jan Benes. Le pareció ver algo familiar en aquella mata de pelo gris, en aquella cara de firme y gruesa nariz, de áspero y descuidado bigote, también grisáceo. La nariz y el bigote eran buen tema para los caricaturistas; pero también sus ojos contaban —unos ojos circuidos de finas arrugas—, y las rayas horizontales que surcaban su frente.

La ropa de Benes no le caía muy bien; pero habían tenido que salir precipitadamente, sin tiempo para acudir a un buen sastre. El sabio, según sabía Grant, frisaba en los cincuenta; mas parecía más viejo.

Benes estaba inclinado hacia delante, observando las luces de la ciudad que se iban aproximando.

Grant le dijo:

—¿Ha estado alguna vez en esta parte del país, profesor?

—No he estado en ninguna parte de su país —dijo Benes—. ¿O acaso esta pregunta era una trampa? —añadió, con débil pero claro

acento extranjero.

—No. Lo dije sólo por decir algo. Es nuestra segunda ciudad, por orden de importancia. Sin embargo, se la regalo. Yo soy del otro extremo del país.

—A mí me tiene sin cuidado. Un extremo, el otro extremo..., ¿qué más da? La cuestión es que estoy aquí. Será...

No terminó la frase, y pintóse en sus ojos una expresión de tristeza.

Romper lazos es cosa dura, pensó Grant, aunque uno crea que es su deber hacerlo. Dijo:

—Procuraremos que no tenga usted tiempo de cavilar, profesor. Le daremos trabajo. Benes conservó su expresión triste.

—Lo supongo. Estoy seguro de ello. Es el precio que he de pagar, ¿no?

—Grant contestó:

—Temo que sí. La verdad es que nos dio usted bastante trabajo, ¿sabe?

Benes apoyó una mano en el brazo de Grant.

—Se jugó usted la vida, y se lo agradezco. Pudieron matarle.

—Para mí, el jugarme la vida es algo rutinario. Gajes del oficio. Me pagan para ello. No tanto como suelen pagar por tocar una guitarra o para darle a una pelota de béisbol, pero sí lo que creen que vale mi vida.

—No debe tomarlo de este modo.

—¡Y qué remedio! Mi Organización así lo toma. Cuando lleguemos, me estrecharán la mano y me dirán como a regañadientes: «¡Buen trabajo!». Es la reserva que hay que emplear entre hombres. Y luego: «Ahora hablaremos de su nueva misión, pero tendremos que deducir de su paga el importe de ese vendaje de su costado. Tenemos que vigilar los gastos».

—No me dejes engañar por su cinismo, joven.

—Pues «yo» tengo que engañarme con él, profesor, para no abandonar mi trabajo. —Grant casi se sorprendió por la súbita

amargura de su propia voz—. Cíñase el cinturón, profesor. Este cacharro salta mucho al aterrizar.

Pero, a pesar de las predicciones de Grant, el avión aterrizó suavemente y corrió sobre el suelo hasta detenerse, girando al mismo tiempo.

Las fuerzas del Servicio Secreto les rodearon. Los soldados saltaron de sus camiones de transporte acordonando el avión, dejando sólo un pasillo para la escalerilla motorizada que avanzaba en dirección a la portezuela del aparato.

Tres automóviles cerrados se detuvieron al pie de la escalera.

—Esto es un alarde de seguridad, coronel —dijo Owens.

—Más vale pecar por exceso que por defecto —dijo el coronel.

Y sus labios se movieron casi en silencio para pronunciar lo que Owens identificó, asombrado, como una rápida oración.

Owens dijo:

—Me alegro de que ya esté aquí.

—No tanto como yo. Más de una vez ha estallado un avión en pleno vuelo, ¿sabe? Ahora está ya en tierra firme.

Se abrió la portezuela del avión y Grant apareció inmediatamente en la abertura. Miró a su alrededor y agitó la mano.

—Al menos, «él» parece estar entero —dijo el coronel Gonder—. Pero ¿dónde está Benes?

Como respondiendo a su pregunta, Grant se hizo a un lado para hacerle sitio a Benes. Éste permaneció un momento allí, sonriendo. Después, con su vieja maleta en la mano, empezó a bajar precavidamente la escalera. Grant le siguió. Detrás de él, salieron el piloto y el copiloto.

El coronel Gonder se acercó al pie de la escalerilla del avión.

—Profesor Benes, ¡encantado de tenerle con nosotros! Me llamo Gonder, y estoy al cuidado de su seguridad a partir de este momento. Le presento a William Owens. Aunque creo que ya le conoce usted.

Los ojos de Benes se iluminaron, mientras el hombre levantaba los brazos, dejando caer su maleta. El coronel Gonder la recogió disimuladamente.

—¡Owens! ¡Sí, claro! Nos emborrachamos juntos una noche. Lo recuerdo muy bien. Por la tarde habíamos tenido una sesión interminable, aburrida, una de esas sesiones en que lo único interesante es lo que «no» se puede decir, y yo me sentía abrumado. Owens y yo nos encontramos a la hora de cenar. Le acompañaban cinco de sus colegas; pero a éstos no los recuerdo muy bien. Después, Owens y yo nos fuimos a un pequeño club, donde había baile y música de jazz; bebimos aguardiente, y Owens simpatizó mucho con una de las muchachas. ¿Se acuerda de Jaroslavic, Owens?

—¿El hombre que le acompañaba? —dijo Owens.

—El mismo. Le gustaba el alcohol mucho más de lo que cabe imaginar, y, sin embargo, no podía beber. Tenía que permanecer sereno. Órdenes terminantes.

—¿Para vigilarle a usted?

Benes afirmó con un solo movimiento de cabeza, largo y vertical, y sacando un poco el labio inferior.

—Yo le ofrecía licor continuamente. «Vamos, Milán —le decía—, una garganta seca es mala cosa para un hombre». Y él tenía que seguir rehusando, aunque se le iba el alma por los ojos. Fue un poco cruel por mi parte.

Owens sonrió y asintió con la cabeza.

—Subamos al coche y vayamos a la Jefatura. Lo primero que hemos de hacer es exhibirle a usted por allí, a fin de que todos vean que ha llegado. Después, le prometo dejarle dormir veinticuatro horas de un tirón, antes de hacerle ninguna pregunta.

—Me bastará con dieciséis. Pero, ante todo. —Miró a su alrededor, ansiosamente—. ¿Dónde está Grant? ¡Ah! ¡Ahí está!

Se dirigió al joven agente.

—¡Grant! —dijo, y le tendió la mano—. Adiós. Y gracias. Muchísimas gracias. Volveremos a vernos, ¿no?

—Es posible —dijo Grant—. No es difícil encontrarme. Basta con buscar la misión más ingrata, y allí estoy yo metido.

—De todos modos, me alegro de que estuviera metido en «ésta».

Grant enrojeció.

—Esta ingrata misión, profesor, tenía su importancia. Y celebro haber podido serle útil. Lo digo de veras.

—Lo sé. Y ahora, adiós. ¡Adiós!

Benes agitó la mano y retrocedió, dirigiéndose al coche cerrado.

Grant se volvió al coronel.

—¿Pondré en peligro la seguridad si me largo ahora, jefe?

—Puede irse. Y permítame que le diga una cosa, querido Grant...

—¿Qué, señor?

—¡Buen trabajo!

—La frase adecuada es: «¡Una función muy linda!». Es la única que me conmueve.

Se llevó irónicamente el índice a la sien y se alejó.

«Grant hace mutis —pensó; y a continuación—: ¿Entra el viejo y buen Charlie?».

El coronel se volvió a Owens.

—Suba al coche con Benes y hable con él. Yo iré en el automóvil de delante. Y, cuando lleguemos a la Jefatura, quiero que lo identifique con toda seguridad, si puede; o que lo niegue rotundamente, en otro caso. No quiero nada más.

—Recordó el episodio de la borrachera —dijo Owens.

—Exactamente —dijo el coronel, de mala gana—. Lo recordó demasiado pronto y demasiado bien. «Hable» con él.

Subieron todos a los coches. El cortejo se puso en marcha y los autos aumentaron la velocidad. Desde lejos, Grant los vio marchar,

agitó la mano ciegamente, sin dirigirse a nadie en particular, y siguió andando.

Ahora tendría mucho tiempo libre y sabía exactamente cómo tenía que emplearlo, después de una noche de sueño. Sonrió, con gozosa anticipación.

La comitiva siguió su camino cuidadosamente elegido. Los períodos de agitación y de calma variaban en todos los barrios de la ciudad y a cada hora. Sabíase, pues, el que correspondía a aquel barrio determinado y a aquella hora.

Los coches roncaban por las calles vacías, entre casas de vecindad en silencio y almacenes cerrados. Las motocicletas marchaban en vanguardia, y el coronel, en el primero de los coches, trataba nuevamente de calcular cómo reaccionarían los Otros ante el victorioso golpe.

Un acto de sabotaje en la Jefatura cabía dentro de lo posible. Se habían tomado todas las precauciones; pero era axiomático, en su oficio, que todas las precauciones eran pocas.

¿Una luz?

Por un brevísimo instante, le pareció que una luz había brillado y se había apagado en uno de los caserones que había frente a ellos. Inmediatamente cogió el teléfono para avisar a la escolta motorizada.

Habló de prisa y en tono de mando. Una de las motocicletas que cerraban la comitiva se lanzó hacia delante a toda velocidad.

En el mismo momento, empezó a roncar un motor a uno de los lados de la calle (un ronquido casi ahogado por el estruendo de la comitiva en marcha) y un automóvil salió disparado de uno de los callejones laterales.

Llevaba los faros apagados, y fue tan súbita su aparición que nadie pudo darse cuenta cabal de lo que pasaba. Nadie pudo, después, formarse una idea exacta de los acontecimientos.

El coche-proyectil, dirigido contra el coche cerrado en que iba Benes, tropezó con la motocicleta que avanzaba. En la colisión que se produjo, la moto quedó hecha añicos, su conductor fue lanzado a gran distancia y quedó destrozado y muerto en la calzada. En cuanto al coche-proyectil, su trayectoria se desvió de manera que fue a dar contra la parte posterior del automóvil cerrado.

Hubo múltiples colisiones. El coche de Benes perdió la dirección, empezó a dar vueltas y fue a estrellarse contra un poste del teléfono. El automóvil agresor, perdida también la dirección, fue a chocar contra un muro de ladrillos y se incendió.

El auto del coronel se detuvo.

Las motocicletas chirriaron, dieron media vuelta y corrieron hacia atrás.

Gonder saltó de su automóvil, corrió hacia el coche destrozado y se asomó a la ventanilla.

Owens, conmocionado y con un arañazo en un pómulo, preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—¡Por el amor de Dios, dejemos esto! ¿Cómo está Benes?

—Está herido.

—Pero ¿vive?

—Sí. Ayúdeme.

Entre los dos incorporaron a Benes y lo sacaron del coche. Benes tenía los ojos abiertos pero empañados, y sólo emitía sonidos incoherentes.

—¿Cómo se encuentra, profesor?

Owens dijo rápidamente en voz baja:

—Se ha dado un fuerte golpe en la cabeza con el tirador de la portezuela. Conmoción cerebral, probablemente. Pero «es» Benes. Con toda seguridad.

—¡Ahora también lo sé yo! —gritó Gonder—. ¡No sea...! —Y se tragó con dificultad la palabra que iba a lanzar.

La puerta del primer coche permanecía abierta. Entre los dos introdujeron a Benes en el automóvil y, en el mismo instante, sonó un disparo de fusil en algún lugar, arriba. Gonder se lanzó dentro del coche, encima de Benes.

—¡Larguémonos de aquí! —chilló.

El coche y la mitad de la escolta motorizada emprendieron la marcha. Los demás se quedaron. Numerosos policías se dirigían corriendo al edificio en el que había sonado el disparo. La luz mortecina del coche incendiado daba a la escena un tono amarillo y siniestro. Empezaba a oírse el lejano zumbido de los curiosos que se agolpaban en el lugar.

Gonder apoyó la cabeza del sabio sobre su regazo. Benes estaba ahora completamente inconsciente; respiraba despacio y tenía débil el pulso. Gonder contemplaba fijamente a aquel hombre, que podía morir en cualquier momento, y murmuraba desesperadamente para sí:

—¡Y casi habíamos llegado..., casi habíamos llegado!

Capítulo III

JEFATURA

Grant estaba sólo adormilado cuando llamaron a su puerta. Se levantó tambaleándose, salió de su habitación y avanzó descalzo por el frío pasillo, bostezando a más y mejor.

—¡Ya voy!

Sentíase amodorrado y «quería» sentirse así. En el desempeño de su profesión, se había acostumbrado a despertarse del todo ante el menor ruido extraño. Una alerta instantánea. Tómese una buena cantidad de sueño, añádasele una pulgarada de ruido, y se obtendrá instantáneamente el «¡Quién vive!».

Pero ahora no estaba de servicio, y todo esto podía irse al diablo.

—¿Qué quiere?

—De parte del coronel, señor —dijeron al otro lado de la puerta—. Abra inmediatamente.

Contra su voluntad, Grant acabó de despertarse. Se colocó a un lado de la puerta, bien pegado a la pared, y abrió aquélla todo lo que permitía la cadena.

—Muéstreme su carnet de ID^[1] —dijo.

Le alargaron una tarjeta; la cogió y volvió a su habitación. Buscó la cartera y sacó de ella su identificador. Insertó el carnet en él y leyó el resultado en la placa translúcida.

Volvió a la puerta y soltó la cadena, apercebido, a pesar suyo, a ver aparecer una pistola o alguna otra señal de hostilidad. Pero el joven que entró parecía totalmente inofensivo.

—Tendrá que acompañarme a la Jefatura, señor.

—¿Qué hora es?

—Las seis cuarenta y cinco aproximadamente, señor.

—¿De la mañana?

—Sí, señor.

—¡Maldita sea! ¿Para qué me necesitan a estas horas?

—Lo ignoro, señor. Sólo cumplo órdenes. Debo insistir en que me acompañe, señor. Lo siento. —Intentó una tímida broma—: Tampoco yo tenía muchas ganas de levantarme, y aquí estoy.

—¿Tengo tiempo para afeitarme y darme una ducha?

—Pues...

—Está bien. ¿Tengo, al menos, tiempo para vestirme?

—Sí, señor..., pero ¡de prisa!

Grant se frotó con el pulgar el vello del mentón y se alegró de haberse duchado la noche anterior.

—Deme cinco minutos para vestirme y hacer mis necesidades.

Ya en el cuarto de baño, gritó:

—¿A qué viene todo esto?

—No lo sé, señor.

—¿A qué Jefatura vamos?

—No creo que...

—Está bien, déjelo.

El ruido del agua de los servicios impidió momentáneamente continuar la conversación.

Grant salió, malhumorado, pero sintiéndose ya un poco civilizado.

—Pero vamos a una Jefatura. Ha dicho usted esto, ¿no?

—Sí, señor.

—De acuerdo, hijo mío —dijo Grant amablemente—. Pero le advierto que si pretende engañarme le haré pedazos.

—Sí, señor.

Grant frunció el ceño al detenerse el coche. La mañana era gris y húmeda. Presagiaba lluvia. Se hallaban en una zona de almacenes destartados y, medio kilómetro atrás, habían cruzado una barrera.

—¿Qué ha pasado aquí? —había preguntado Grant, sorprendido.

Pero su acompañante le había respondido con su acostumbrada expresión hermética.

Se detuvieron, y Grant llevó delicadamente su mano a la culata de su enfundado revólver.

—Será mejor que me diga lo que viene ahora.

—Hemos llegado. Es una instalación secreta del Gobierno. No lo parece, pero lo es.

El joven se apeó, y lo propio hizo el conductor.

—Tenga la bondad de permanecer dentro del coche. Mr. Grant.

Ambos se alejaron unos treinta pasos, mientras Grant miraba cautelosamente a su alrededor. El coche sufrió una súbita sacudida y Grant perdió por un instante el equilibrio. Al recobrarlo, se dispuso a abrir la portezuela del automóvil, pero se contuvo, asombrado, al ver que unas paredes lisas se elevaban en torno de él.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que se estaba hundiendo con el coche, de que éste había sido colocado en la plataforma de un ascensor. Pero cuando lo hubo comprendido era ya demasiado tarde para intentar salir de allí.

En lo alto, se cerró una trampa, y durante un rato reinó una oscuridad absoluta. Grant encendió los faros del coche, pero la luz rebotó inútilmente en la curva de pared ascendente.

Nada podía hacer, y esperó durante tres interminables minutos. Entonces, el ascensor se detuvo.

Se abrieron dos grandes puertas. Grant tensó sus músculos, apercebido para la acción. Pero los distendió inmediatamente. Un MP^[2] —un verdadero MP, con auténtico uniforme militar— le estaba

esperando en un *scooter*. El hombre lucía en el gorro las iniciales FDMC. El *scooter* llevaba idéntica inscripción.

Automáticamente, Grant buscó el sentido de las iniciales. «Fuerzas de Defensa de Montaña Centralizadas» —pensó—. «Fábricas del Departamento de Marina Costera».

—¿Cómo? —dijo en voz alta, pues no había entendido lo que le decía el MP.

—Si tiene usted la bondad de subir, señor... —repitió el MP con rígida cortesía, señalándole el asiento vacío.

—Desde luego. Es un bonito lugar.

—Sí, señor.

—¿Qué extensión tiene?

Cruzaban una zona cavernosa y desierta, con camiones y coches alineados junto a los muros, todos ellos con la inscripción FDMC.

—Es muy grande —dijo el MP.

—Esto es lo que más me gusta de todos ustedes —dijo Grant—. Siempre dispuestos a facilitar datos valiosos.

El vehículo subió por una rampa suave a otro piso, éste sumamente poblado. Individuos uniformados, de ambos sexos, se movían presurosamente de un lado a otro, y todo el lugar respiraba una atmósfera indefinible, pero indudable, de agitación. Los ojos de Grant tropezaron con una muchacha vestida con lo que parecía un uniforme de enfermera (con las letras FDMC primorosamente bordadas sobre la curva del pecho) y recordó los planes que había empezado a hacer la noche anterior.

Si se trataba de una nueva misión...

El vehículo giró bruscamente y se detuvo delante de una mesa.

El MP se apeó.

—Charles Grant, señor —dijo.

El oficial sentado detrás de la mesa permaneció impasible ante la información.

—¿Nombre? —preguntó.

—Charles Grant —respondió éste—, tal como acaba de decirle este amable caballero.

—El carnet de ID, por favor.

Grant se lo entregó. Llevaba sólo un número en relieve, al que el oficial dedicó una breve mirada. Después insertó el carnet en el Identificador que había sobre la mesa, mientras Grant lo observaba sin gran interés. Era exactamente igual que su Identificador de bolsillo, aunque mayor, acromegálico. La pantalla gris y anodina se iluminó, y apareció en ella su propio retrato, de frente y de perfil, con su aspecto amenazador de gángster, según pensaba siempre Grant.

¿Dónde estaba la mirada abierta y franca? ¿Dónde la simpática sonrisa? ¿Dónde los hoyuelos de las mejillas que enloquecían, sí, señor, que enloquecían a las muchachas? Sólo quedaban las cejas fruncidas, que le daban aquel aspecto terrible. Era sorprendente que pudiesen reconocerle.

Sin embargo, el oficial le reconoció y, por lo visto, sin el menor esfuerzo: una simple mirada a la foto y otra mirada a Grant. El hombre sacó el carnet, se lo devolvió e indicó con un ademán que podían seguir.

El scooter torció a la derecha, pasó bajo un arco y enfiló un largo pasadizo, reservado al tránsito y con espacio señalado para dos vehículos en ambas direcciones. El tráfico era muy intenso, y Grant era la única persona que no vestía uniforme.

A intervalos casi hipnóticamente regulares, abríanse puertas a ambos lados de la vía, con aceras para peatones adosadas a los muros. Éstas estaban menos concurridas.

El *scooter* se dirigió a otro arco, en el que había un rótulo que decía: «Departamento médico».

Un MP de servicio en una garita elevada, como las de los policías de tráfico, accionó un interruptor. Se abrieron unas pesadas puertas de acero, y el *scooter* las cruzó y se detuvo.

Grant se preguntó debajo de qué parte de la ciudad estaría en aquel momento.

El rostro del hombre con uniforme de general que avanzaba rápidamente a su encuentro, parecióle vagamente familiar. Lo reconoció sin lugar a dudas cuando le tendió la mano.

—Carter, ¿no? Nos vimos en el «Transcontinental» hace un par de años. Por aquel entonces no vestía usted uniforme.

—Hola, Grant. ¡Oh, al diablo el uniforme! Lo llevo sólo aquí, por cuestión de prestigio. Es la única manera de establecer una cadena de mando. Venga conmigo, «Granito Grant...», ¿no era así como le llamaban?

—Pues..., sí.

Cruzaron una puerta y entraron en lo que era visiblemente una sala de operaciones. Grant miró por la ventanilla de observación y vio el acostumbrado espectáculo de unos hombres y mujeres vestidos de blanco, en un ambiente de asepsia casi tangible y rodeados de duros resplandores de metal, agudo y frío; y todo ello absorbido hasta hacerlo insignificante por esa proliferación de instrumentos electrónicos que había convertido la medicina en una rama de la ingeniería.

En aquel momento introducían una mesa de operaciones, y un mechón de pelo gris se destacaba de la blanca almohada.

Entonces tuvo Grant su peor sobresalto.

—¿Benes? —murmuró.

—Benes —respondió el general Carter, con voz destemplada.

—¿Qué le ha pasado?

—Que al fin lo pillaron. Por nuestra culpa. Vivimos en la era de la electrónica, Grant. Todo cuanto hacemos, lo hacemos por medios transistorizados. Nos libramos de nuestros enemigos manipulando una corriente electrónica. Teníamos todo el trayecto vigilado con todos los medios a nuestro alcance, pero sólo contra enemigos electro —niñeados. No pensamos en un automóvil con un hombre al volante, ni con fusiles con gatillos manejados por el hombre.

—Supongo que no habrán cogido vivo a ninguno.

—A ninguno. El hombre que iba al volante murió en el acto. Los otros fueron muertos por nuestras balas. Por nuestra parte, tuvimos también algunas bajas.

Grant volvió a mirar hacia abajo. El rostro de Benes tenía la expresión vacía que solemos asociar con los potentes sedantes.

—Presumo que, si está vivo, queda todavía alguna esperanza.

—Está vivo. Pero la esperanza es poca.

—¿Tuvo alguien ocasión de hablar con él? —preguntó Grant.

—Un tal Owens, capitán William Owens. ¿Acaso le conoce?

Grant movió la cabeza.

—Sólo vi de refilón, en el aeropuerto, a alguien a quien Gonder dio este nombre.

—Owens habló con Benes —dijo Carter—, pero no obtuvo ninguna información importante. Gonder también habló con él. Y «usted», más que nadie. ¿Le dijo algo?

—No, señor. Y si lo hubiese hecho no habría entendido una palabra. Mi misión consistía en traerlo a este país, y nada más.

—Desde luego. Pero usted habló con él, y pudo decirle algo, aun sin proponérselo.

—Si lo hizo, me entró por un oído y me salió por el otro. Pero no creo que lo hiciera. El que ha vivido en el Otro Lado se ha acostumbrado a cerrar el pico.

Carter lanzó un bufido.

—Huelgan sus muestras de superioridad, Grant. En este lado, sufren ustedes idéntica instrucción. Si no lo sabe... Perdón, no debí decir esto.

—Olvídelo, general —dijo Grant, encogiéndose de hombros para dejar zanjada la cuestión.

—Bueno, lo cierto es que no habló con nadie. Fue puesto fuera de combate antes de que pudiéramos sacarle lo que pretendíamos. Para esto, hubiese podido quedarse en el Otro Lado.

—Mientras veníamos —dijo Grant—, cruzamos una barrera de policías...

—Allí ocurrió la cosa. Cinco manzanas más, y lo habríamos tenido aquí, sano y salvo.

—¿Y qué es lo que tiene?

—Una lesión en el cerebro. Tenemos que operar, y por esto le necesitamos a usted.

—¿A mí? —dijo Grant, con voz estentórea—. Escuche, general: en cuestiones de cirugía del cerebro soy como un recién nacido. Me tumbaron al estudiar el cerebelo en la vieja Universidad del Estado.

Carter no replicó, y al propio Grant le parecieron huecas sus palabras.

—Venga conmigo —dijo Carter.

Grant le siguió. Cruzaron una puerta, pasaron por un breve corredor y entraron en otra estancia.

—La Sala Central de Control —dijo Carter, brevemente.

Las paredes estaban cubiertas de pantallas de televisión. La silla del centro estaba medio rodeada por un tablero semicircular de interruptores, montado en acentuada pendiente.

Carter se sentó y Grant permaneció en pie.

—Deje que le explique la esencia de la situación —dijo Carter—. Ya sabe que existe una especie de empate entre Nosotros y Ellos.

—Desde luego. Y así ha sido durante mucho tiempo.

—Sin embargo, este equilibrio de fuerzas no es mala cosa. Rivalizamos y no ganamos para sustos, pero de esta manera hemos progresado mucho. Los dos. Pero si el equilibrio se rompe tiene que romperse a favor nuestro. Supongo que lo comprende, ¿no?

—Creo que sí, general —dijo Grant, secamente.

—Benes representa la posibilidad de esta ruptura. Si pudiera decirnos lo que sabe...

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—Diga.

—¿«Qué» es lo que sabe? ¿Qué clase de cosa?

—Todavía no. Todavía no. Espere un momento. La naturaleza exacta de la información no es lo más importante en este instante

preciso. Déjeme proseguir. Si pudiera decirnos lo que sabe, el equilibrio se rompería a nuestro favor. Si muriese, o incluso si sanase pero no pudiese darnos la información debido a su lesión, cerebral, entonces continuaría el empate.

—Aparte del humanitario dolor por la pérdida de una mente privilegiada —dijo Grant—, podríamos decir que el mantenimiento del equilibrio no sería una desgracia tan grande.

—En efecto, si la situación es la que acabo de exponerle. Pero puede no serlo.

—¿Por qué?

—Piense en Benes. Tiene fama de moderado, pero no existe el menor indicio de que haya tenido dificultades con su Gobierno. Durante un cuarto de siglo, dio plenas muestras de lealtad y recibió un trato excelente. De pronto, deserta...

—Porque quiere deshacer el equilibrio con ventaja para nosotros.

—¿Quiere realmente esto? También es posible que, antes de darse cuenta de todas las consecuencias, revelase al Otro Lado lo bastante para darles la delantera. Entonces pudo advertir que, sin proponérselo deliberadamente, había puesto el dominio mundial en manos de su propio bando, y tal vez las virtudes de éste no le satisfacían lo bastante para sentirse tranquilo. Y venir a nosotros, no para darnos la victoria, sino para que nadie se alzase con ella. Dicho de otro modo, habría venido a nosotros para mantener el equilibrio.

—¿Hay algún indicio de esto, señor?

—Ninguno —dijo Carter—. Pero debe usted comprender que es una posibilidad, y que tampoco hay la menor prueba de que no sea así.

—Prosigas.

—Si la cuestión de la vida o la muerte de Benes significase un dilema entre nuestra victoria total y la continuación del empate, podríamos arreglarnos. La pérdida de esta oportunidad de un triunfo total sería una vergüenza, pero tal vez mañana se nos presentase

otra ocasión. Sin embargo, podemos encontrarnos ante una alternativa entre el empate y la derrota total, y esta última hipótesis es sencillamente intolerable. ¿De acuerdo?

—Desde luego.

—Así, pues, mientras exista la menor posibilidad de que la muerte de Benes ocasione nuestra derrota total, esta muerte debe ser evitada a cualquier precio, a toda costa y a todo riesgo.

—Presumo que si me ha dado toda esta explicación, general, es porque va a pedirme que haga algo. En realidad, me he jugado la vida para evitar peligros mucho menores que el de una derrota total. Si quiere que le confiese la verdad, nunca me ha divertido; pero lo he hecho. Sin embargo, ¿qué puedo hacer en una sala de operaciones? Cuando ayer necesité un apósito sobre las costillas, Benes tuvo que ponérmelo. Y, en comparación con otros aspectos de la técnica médica, soy un as poniendo vendas. Carter tampoco replicó esta vez.

—Gonder lo ha recomendado para esto. En primer lugar, por cuestión de principios. Le considera un hombre extraordinariamente capaz. Y yo también.

—Menos coba, general. Me irrita.

—¡Maldición! No le estoy lisonjeando, sino que le estoy explicando algo. Gonder le considera un hombre capacitado en general, pero también estima que su misión ha quedado incompleta. Tenía que traernos a Benes sano y salvo, y esto no se ha logrado.

—Estaba sano y salvo cuando fui relevado por el propio Gonder.

—Sin embargo, ahora no lo está.

—¿Está apelando a mi orgullo profesional, general?

—Llámelo así, si quiere.

—De acuerdo. Sostendré el escalpelo. Enjugaré el sudor de la frente del cirujano. Incluso les guiñaré el ojo a las enfermeras. Creo que esto es cuanto soy capaz de hacer en una sala de operaciones.

—No estará solo. Formará parte de un equipo.

—Lo suponía —dijo Grant—. Alguien tendrá que manejar el escalpelo. Yo me limitaré a sostener la bandeja.

Carter accionó unos cuantos interruptores con pulso seguro. En una de las pantallas de televisión aparecieron inmediatamente dos caras provistas de gafas oscuras. Estaban inclinadas con gran atención sobre un rayo láser, cuya roja luz fue adelgazándose hasta adquirir el grosor de un hilo. Después la luz se apagó y los dos personajes se quitaron las gafas.

—Ése es Peter Duval —dijo Carter—. ¿Oyó hablar alguna vez de él?

—No; lo siento.

—Es el mejor neurocirujano de todo nuestro país.

—¿Y quién es la chica?

—Su ayudante.

—¡Ah!

—No esté pensando siempre en lo mismo. Es un técnico sumamente competente.

El entusiasmo de Grant bajó unos grados.

—Lo creo, señor.

—¿Dice que vio a Owens en el aeropuerto?

—Sólo un momento, señor.

—También él estará con usted. Y nuestro jefe del Departamento Médico. Él les dará instrucciones.

Otra rápida manipulación en el tablero, y esta vez la pantalla de televisión emitió el grave zumbido indicador de la conexión del sonido en ambas direcciones.

Una simpática cabeza calva apareció en primer término, sobre la intrincada red de un sistema circulatorio que llenaba la pared a su espalda.

Carter llamó:

—¡Max!

Michaels miró hacia arriba. Entornó los párpados. Tenía una expresión bastante apagada.

—Dígame, Al.

—Grant está a su disposición. Apresúrese. Tenemos poco tiempo.

—Cierto. Iré a buscarle. —La mirada de Michaels se encontró con la de Grant. El hombre dijo, hablando muy despacio—: Espero que esté dispuesto, Mr. Grant, a participar en el más extraordinario experimento de toda su vida. O de la vida de cualquiera.

Capítulo IV

INSTRUCCIÓN

Grant se encontró en el despacho de Michaels, contemplando boquiabierto el mapa del sistema circulatorio.

—Es un lío de mil demonios —dijo Michaels—, pero es un verdadero mapa del territorio. Cada trazo es una carretera; cada punto de unión, una encrucijada. Es tan intrincado como un mapa de carreteras de los Estados Unidos. O todavía más, porque está en tres dimensiones.

—¡Dios mío!

—Cien mil millas de vasos sanguíneos. Ahora no ve gran cosa, porque la mayoría de aquellos son microscópicos y se requiere un aumento considerable para verlos; pero júntelos y forme una línea única, y podrá dar con ello cuatro vueltas a la Tierra o, si lo prefiere, llegar casi a mitad de camino de la Luna. ¿Ha dormido, Grant?

—Unas seis horas. También di unas cabezadas en el avión. Estoy en forma.

—Está bien. Podrá comer, afeitarse y atender a otras cosas por el estilo, si lo cree necesario. Ojalá hubiese podido yo dormir. — Pero, en cuanto hubo dicho esto, levantó una mano—. No quiero decir con esto que no me halle también en forma. No me quejo. ¿Ha tomado morfógeno?

—Ignoro lo que es esto. ¿Una especie de droga?

—Sí. Relativamente nueva. Dormir no es lo más necesario, ¿sabe? En realidad, cuando uno duerme, no descansa mucho más de lo que descansaría permaneciendo cómodamente tumbado y con los ojos abiertos. Tal vez, incluso, descansa menos. Lo que necesitamos son los sueños. Precisamos de un tiempo para soñar. En otro caso, se quiebra la coordinación cerebral y uno empieza a sufrir alucinaciones y acaba por morir.

—Y el morfógeno nos hace soñar, ¿no es esto?

—Exactamente. Proporciona media hora de sueños intensos, y uno queda listo para todo el día. Sin embargo, le aconsejo que se abstenga de emplearlo, salvo en caso de extrema necesidad.

—¿Por qué? ¿Le deja a uno fatigado?

—No. No precisamente fatigado. Lo que ocurre es que los sueños son malos. El morfógeno vacía la mente; la limpia de los desperdicios acumulados durante el día; y es una dura experiencia. Mejor que no lo pruebe. Yo tuve que hacerlo. Había que preparar el mapa y me he pasado toda la noche en vela.

—¿Ese mapa?

—Es el sistema circulatorio de Benes hasta el último capilar, y he tenido que estudiarlo a fondo. Aquí arriba, casi en el centro del cráneo y muy cerca de la pituitaria, está localizado el coágulo de sangre.

—¿Y es esto lo grave?

—Sí. Todo lo demás puede remediarse fácilmente. El magullamiento general y las contusiones, el shock, la conmoción. Pero no el coágulo, salvo quirúrgicamente... ¡y de prisa!

—¿Cuánto tiempo cree que puede aguantar, doctor Michaels?

—No lo sé. Confío en que no sea fatal durante algún tiempo, pero podría producirse una irremediable lesión cerebral mucho antes de que sobreviniese la muerte. Nuestra gente espera milagros de Benes y ha sido muy vapuleada. Carter, en particular, ha recibido un duro golpe. Y le necesita a usted.

—¿Quiere decir que piensa que los del Otro Lado harán un nuevo intento?

—Él no lo dice, pero sospecho que es esto lo que teme y que ésta es la razón de que quiera tenerle a usted en su equipo.

Grant miró a su alrededor.

—¿Hay algún motivo para pensar que han entrado en este lugar, que tienen agentes en él?

—No, que yo sepa; pero Carter es un hombre muy receloso. Creo que piensa en la posibilidad de un asesinato médico.

—¿Duval?

Michaels se encogió de hombros.

—Es un tipo poco simpático, y el instrumento que emplea puede causar la muerte si se desvía una centésima de milímetro.

—¿Y cómo se puede impedir?

—No se puede.

—Entonces empleen a otra persona; alguien en quien puedan confiar.

—Nadie más que él tiene la habilidad necesaria. Y Duval está aquí, con nosotros. Y, a fin de cuentas, no hay la menor prueba de que no sea absolutamente leal.

—Pero si me colocan al lado de Duval, como una especie de enfermero, con la misión de observarle de cerca, no veo que pueda ser de ninguna utilidad. No sabré lo que está haciendo, ni si lo hace honrada y correctamente. En realidad, lo más probable es que me desmaye cuando vea abrir el cráneo.

—No le abriré el cráneo —dijo Michaels—. El coágulo lo puede ser alcanzado desde fuera. En esto se muestra concluyente.

—Entonces...

—Llegaremos a él por el interior.

Grant frunció las cejas y movió la cabeza lentamente.

—La verdad es que no entiendo una palabra.

Michaels dijo pausadamente:

—Todos los demás que participan en este proyecto, Mr. Grant, conocen la materia y saben exactamente lo que tienen que hacer. Usted es un profano, y no resulta fácil ponerle al corriente. Sin embargo, debo hacerlo. Tengo que familiarizarle con cierto trabajo teórico realizado en esta institución.

Los labios de Grant experimentaron un súbito temblor.

—Lo siento, doctor, pero acaba usted de pronunciar una fea palabra. Mientras estuve en el instituto, destacué en el fútbol y no me fue mal con las chicas. En cuanto a la teoría, no pierda el tiempo conmigo.

—Conozco su historial, Mr. Grant, y sé que exagera. Sin embargo, no quiero herir su amor propio acusándole de inteligente e instruido, ni siquiera hablando en confianza. No me extenderé en teorías, sino que le informaré, sin ellas, del meollo de la cuestión. Supongo que habrá observado nuestra insignia: FDMC.

—Desde luego.

—¿Y tiene idea de lo que significa?

—He intentado adivinarlo. ¿Qué le parece Federación de Dementes Marcianos y Compañía? Se me ha ocurrido otro título mejor, pero no es apto para la Prensa.

—En realidad, significan Fuerzas Disuasorias de Miniaturización Combinadas.

—Lo cual tiene aún menos sentido de lo que yo dije.

—Se lo explicaré. ¿Ha oído hablar alguna vez del debate sobre miniaturización?

Grant pensó unos momentos.

—Recuerdo que, cuando estaba en el instituto, dedicamos a ello un par de sesiones de la clase de física.

—¿Entre otros tantos partidos de fútbol?

—Sí. En realidad, fue a ratos perdidos. Si no recuerdo mal, un grupo de físicos sostenía que podían reducir el tamaño de los objetos en cualquier proporción, y fueron acusados de fraude. Bueno, tal vez no de fraude, pero sí de estar en un error. Recuerdo

que el profesor expuso varios argumentos encaminados a demostrar la imposibilidad de reducir a un hombre al tamaño, digamos, de un ratón, sin que perdiese su calidad de hombre.

—Lo mismo se hizo en todos los institutos del país. ¿Recuerda alguna de las objeciones?

—Creo que sí. La reducción del tamaño puede intentarse de dos maneras. O comprimiendo todos y cada uno de los átomos del objeto, o suprimiendo átomos en la proporción requerida. Para juntar los átomos, venciendo las fuerzas de repulsión interatómicas, se requeriría una presión extraordinaria. Todas las presiones contenidas en el centro de Júpiter serían insuficientes para reducir a un hombre al tamaño de un ratón. ¿Me explico?

—Con claridad diáfana.

—Y, aunque se lograra, la presión mataría a cualquier ser viviente. Aparte de esto, un objeto reducido en su tamaño mediante la compresión de sus átomos, conservaría toda su masa original, y un objeto del tamaño de un ratón con la masa de un hombre sería muy difícil de manejar.

—Sorprendente, Mr. Grant. Debió de divertir no poco a sus amiguitas con esta romántica historia. ¿Y el otro método?

—El otro método consiste en suprimir átomos en la proporción exacta, de modo que la masa y el tamaño del objeto disminuyan, permaneciendo constante la relación entre las partes. Ahora bien, para reducir a un hombre al tamaño de un ratón, habría que conservar únicamente un átomo de cada setenta mil, pongo por caso. Si esto se aplica al cerebro, lo que quedaría del cerebro humano sería apenas más complicado que el cerebro de un ratón. Además, ¿cómo volver el objeto a su tamaño natural, según pretendían hacer aquellos químicos? ¿Cómo recuperar los átomos y situarlos de nuevo en su debido lugar?

—Perfecto, Mr. Grant. Y, sin embargo, ¿cómo pudieron creer algunos físicos famosos que la miniaturización era posible?

—Lo ignoro, doctor. Lo único que sé es que no se habló más del asunto.

—Debido, en parte, a que nuestros colegas, obedeciendo órdenes superiores, destruyeron aparentemente la teoría. Pero la técnica prosiguió de un modo subterráneo, tanto aquí como en el Otro Lado. Aquí, literalmente: en este subterráneo. —Michaels golpeó casi con furia la mesa que tenía delante—. Aquí se dan cursos especiales sobre técnica de miniaturización, para físicos graduados que no podrían seguirlos en ningún otro lugar, excepto en escuelas análogas del Otro Lado. La miniaturización es absolutamente posible, pero no por los métodos que usted ha descrito. Mr. Grant, ¿ha visto usted ampliaciones fotográficas? ¿O reducciones al tamaño de microfilm?

—Desde luego.

—Entonces le diré, prescindiendo de teorías, que el mismo procedimiento puede aplicarse a los objetos tridimensionales, incluso al hombre. Somos miniaturizados, no como objetos, sino como imágenes; como imágenes tridimensionales manipuladas desde fuera del universo de espacio-tiempo.

Grant sonrió.

—Bueno, maestro; esto no son más que palabras.

—Sí; pero usted no quería teorías, ¿verdad? Lo que los físicos descubrieron hace diez años fue la utilización de un hiperespacio, es decir, de un espacio con más de las tres dimensiones espaciales ordinarias. El concepto es casi inaprensible; las matemáticas están casi fuera de nuestra comprensión; pero lo curioso es que puede hacerse. Los objetos pueden ser miniaturizados. Ni suprimimos átomos, ni los comprimimos, sino que reducimos también el tamaño de los átomos. Lo reducimos todo, y la masa decrece automáticamente. Cuando lo deseamos, devolvemos al objeto su tamaño primitivo.

—¿Habla usted en serio? —dijo Grant—. ¿Quiere decir que podemos reducir realmente un hombre al tamaño de un ratón?

—En principio, podemos reducir un hombre al tamaño de una bacteria, de un virus, de un átomo. Teóricamente, la miniaturización no tiene límite. Podríamos reducir un ejército, con todos sus hombres y su equipo, de modo que cupieran dentro de una caja de cerillas. Teóricamente, pues, podríamos enviar esta caja de cerillas al lugar conveniente y poner el ejército en acción después de devolverle su tamaño natural. ¿Comprende el alcance que tiene esto?

—Y, si no he entendido mal —dijo Grant—, también los del Otro Lado pueden hacerlo.

—Estamos seguros de que sí... Pero dejemos esto, Grant. Las cosas marchan a toda velocidad, y disponemos de poco tiempo. Venga conmigo.

Siempre «venga por aquí» y «venga por allá». Desde que le habían despertado por la mañana, Grant no había podido permanecer más de quince minutos en el mismo sitio. Esto le fastidiaba, pero no veía la manera de evitarlo. ¿Obedecía todo a un plan deliberado para no dejarle tiempo para reflexionar? ¿Adonde pensaba enviarle? Ahora se hallaba en el «scooter» en compañía de Michaels. Éste conducía el vehículo como un veterano.

—Si Ellos y Nosotros lo tenemos, las fuerzas se neutralizan —dijo Grant.

—Sí —dijo Michaels—, pero el caso es que la situación no favorece a ninguno de los bandos. Hay una pega.

—¿Sí?

—Durante diez años, hemos estado trabajando para aumentar la proporción, para alcanzar un mayor grado de miniaturización, y también de expansión, pues todo consiste en invertir el supercampo. Desgraciadamente, hemos llegado en esta dirección a los límites teóricos.

—¿Cómo son?

—No muy favorables. Aquí interviene el Principio de Incertidumbre. La extensión de la miniaturización, multiplicada por la

duración de ésta, empleando naturalmente las debidas unidades, es igual a una expresión que contiene la constante de Plañe. Si un hombre es reducido a la mitad de su tamaño, puede mantenerse así durante siglos. Si es reducido al tamaño de un ratón, sólo puede durar unos días en este estado. Si lo reducimos al tamaño de una bacteria, la duración será sólo de horas. Después, aumentará de nuevo de tamaño.

—Pero podrá ser nuevamente reducido.

—Sólo después de un largo intervalo. ¿Quiere que le dé algunos datos matemáticos?

—No. Me basta con su palabra.

Habían llegado al pie de una escalera automática. Michaels lanzó un débil gruñido de cansancio y se apeó. Grant saltó por encima de la portezuela.

Se apoyó en la barandilla, mientras la escalera ascendía majestuosamente.

—¿Y qué es lo que ha descubierto Benes?

—Dicen que afirma haber vencido el Principio de Incertidumbre. Según él, conoce la manera de mantener indefinidamente la miniaturización.

—No parece usted muy convencido.

Michaels se encogió de hombros.

—Soy bastante escéptico. Si aumenta simultáneamente la intensidad de la miniaturización y la duración de ésta, tiene que ser a expensas de algo más, pero que me aspen si tengo la menor idea de lo que esto puede ser. Tal vez se reduce todo a que yo no soy Benes. En todo caso, él afirma que puede hacerlo, y no podemos correr el riesgo de no creerle. Como tampoco pueden correrlo los del Otro Lado; por esto han tratado de matarle.

Habían llegado a lo alto de la escalera y Michaels se había detenido un momento para completar su explicación. Luego retrocedió hasta otra escalera para subir al piso superior.

—Ahora ya sabe usted, Grant, lo que hemos de hacer: salvar a Benes. ¿Por qué? Por la información que posee. ¿Y cómo? Valiéndonos de la miniaturización.

—¿Por qué hemos de valemos de la miniaturización?

—Porque el coágulo del cerebro no puede ser alcanzado desde fuera. Ya le había dicho esto. Por consiguiente, miniaturizaremos un submarino, lo inyectaremos en una arteria y, con el capitán Owens en las máquinas y yo como piloto, viajaremos hasta el coágulo. Allí, Duval y su ayudante, Miss Peterson, realizarán la operación.

Grant abrió unos ojos como naranjas.

—¿Y yo?

—Usted vendrá con nosotros como miembro de la tripulación. Su presunta función será la inspección general. Grant estalló:

—No cuenten conmigo. Jamás me prestaría a una cosa así. ¡Ni pensarlo!

Dio media vuelta y empezó a bajar por la escalera ascendente, con efecto casi nulo. Michaels le siguió; parecía divertido.

—Su oficio es correr riesgos, ¿no?

—Riesgos de mi propia elección. Riesgos a los que esté habituado. Riesgos con los que sea capaz de enfrentarme. Deme, para pensar en la miniaturización, el mismo tiempo que ha pasado usted pensando en ella, y tal vez me arriesgue.

—Mi querido Grant, nadie le ha pedido que se ofrezca como voluntario. Tengo entendido que le ha sido asignada esta misión. Y yo acabo de explicarle su importancia. A fin de cuentas, yo también voy, y no soy tan joven como usted ni he jugado nunca al fútbol. En realidad, confiaba en que usted me infundiría valor para el viaje, ya que el valor es su especialidad.

—En este caso, soy un pésimo especialista —murmuró Grant. Y tontamente, casi con petulancia, dijo—: Quiero café.

Permaneció quieto y dejó que la escalera lo llevara de nuevo hacia arriba. Cerca del término de la escalera automática había una puerta con el rótulo: «Salón de conferencias». Entraron.

Grant se dio cuenta por etapas del contenido de la estancia. Lo que primero vio fue que, en uno de los extremos de la larga mesa que ocupaba el centro de la habitación, había una cafetera de varios brazos y, junto a ella, una bandeja de bocadillos.

Dirigióse inmediatamente a aquella punta de la mesa, y sólo después de beber media taza de café caliente y de engullir un pedazo de bocadillo «tamaño Grant», advirtió el segundo artículo.

Era nada menos que la ayudante de Duval —¿habían dicho que se llamaba Miss Peterson?— una joven de aspecto preocupado, pero muy hermosa y que se mantenía terriblemente cerca de Duval. Grant tuvo al instante la impresión de que no iba a gustarle el cirujano, y sólo después de esto empezó a captar el resto de lo que había en la estancia.

Un coronel permanecía sentado a un extremo de la mesa y parecía enojado. Con una de sus manos daba vueltas lentamente a un cenicero, mientras la ceniza de su cigarrillo iba a parar al suelo. Decía enfáticamente a Duval:

—Creo que he dejado claramente expuesta mi actitud.

Grant reconoció al capitán Owens, de pie bajo el retrato del presidente. La animación y el aspecto sonriente que le había visto en el aeropuerto habían desaparecido; lucía un morado en uno de los pómulos. Parecía nervioso e inquieto, y Grant lo comprendió perfectamente.

—¿Quién es el coronel? —preguntó en voz baja al Michaels.

—Donald Reid, mi número correlativo en el campo militar, al otro lado de la valla.

—Parece enfadado con Duval.

—Siempre lo está. Y hay muchos como él. Duval tiene pocas simpatías.

Grant iba a replicar: «Ella no parece sentir igual»; pero la idea le pareció mezquina y se tragó las palabras. ¡Vaya muñeca! ¿Qué vería en aquel solemne carnicero?

Reid hablaba sin alzar la voz, dominando cuidadosamente el tono.

—Y, aparte de esto, doctor, ¿qué hace «ella» aquí?

—Miss Cora Peterson —respondió fríamente Duval— es mi ayudante. Dondequiera que yo vaya, profesionalmente, ella me acompaña, profesionalmente.

—Es una misión peligrosa...

—Y Miss Peterson se ha ofrecido a participar en ella, conociendo perfectamente el riesgo.

—Muchos hombres, competentísimos, se han ofrecido también como voluntarios. Habría menos complicaciones si le acompañara uno de estos hombres. Le asignaré uno.

—No me asignará ninguno, coronel, porque, si lo hace, no iré, y no habrá fuerza en el mundo capaz de llevarme. Ella conoce lo bastante mi manera de actuar para desempeñar su función sin necesidad de que le dé instrucciones, anticipándose a mis órdenes y facilitándome lo necesario sin que se lo pida. «No» aceptaré a un desconocido a quien tenga que hablarle a gritos. «No» puedo hacerme responsable del éxito si he de perder un segundo discutiendo con mi técnico; y «no» aceptaré ninguna misión, si no tengo las manos libres para hacer las cosas a mi manera y con las mayores probabilidades de triunfo.

Grant miró de nuevo a Cora Peterson. Ésta parecía vivamente turbada; sin embargo, miraba a Duval con la misma expresión que había visto una vez en los ojos de un sabueso del que tiraba un niño al salir de la escuela. Y esto le pareció sumamente enfadoso.

Michaels terció en la discusión en el momento en que Reid se levantaba furioso.

—Yo opino, Don, que, ya que el éxito de la operación depende principalmente del doctor Duval, y que, de hecho, no podemos imponerle ahora nuestra voluntad, lo mejor será complacerle en este particular... sin perjuicio de las ulteriores acciones que procedan. Estoy dispuesto a asumir la responsabilidad.

Grant comprendió que con ello ofrecía una salida airosa a Reid, el cual, mal que le pesara, tendría que aceptar.

Reid golpeó la mesa con la palma de la mano.

—Está bien —dijo—. Pero que conste en acta mi oposición.

Y volvió a sentarse, temblándole los labios.

Duval se sentó también, despreocupadamente. Grant se dispuso a acercar una silla a Cora, pero ésta se le anticipó y se sentó antes de que pudiera hacerlo.

—Doctor Duval —dijo Michaels—, le presento a un joven que va a acompañarnos.

—El forzudo del grupo —dijo Grant—. Es mi único título.

Duval levantó unos ojos indignados y se limitó a un brevísimo movimiento de cabeza en dirección a Grant.

—Ésa es Miss Peterson.

Grant sonrió ampliamente. Ella no sonrió en absoluto, y dijo:

—Mucho gusto.

—Hola —dijo Grant, el cual bajó los ojos para mirar lo poco que quedaba de su segundo bocadillo, y, al ver que nadie más comía, lo dejó correr.

En aquel momento entró Carter, caminando de prisa y saludando vagamente a un lado y a otro.

—¿Quiere acercarse, capitán Owens? Y usted, Grant.

Owens se acercó a la mesa de mala gana y se sentó frente a Duval. Grant cogió una silla a cierta distancia y advirtió que, si miraba a Carter, podía ver el rostro de Cora de perfil.

¿Podía un trabajo ser absolutamente malo si «ella» participaba en él?

Michaels, que se sentó al lado de Grant, se inclinó para murmurarle al oído:

—No es mala idea llevar una mujer. Su presencia puede picar el amor propio de los hombres. Y a mí me gustara.

—¿Se inclinó usted por esto a su favor?

—No. Duval hablaba en serio. Sin ella, no iría.

—¿Le es hasta tal punto necesaria?

—Tal vez no. Pero es muy terco cuando se propone algo. Sobre todo cuando se trata de ir contra Reid. No se tienen mucha simpatía.

Carter dijo:

—Vayamos al asunto. Pueden ustedes comer o beber, si lo desean, mientras se desarrolla la sesión. ¿Tiene que hacer alguno de ustedes alguna observación urgente?

Grant dijo, de pronto:

—Yo no me he ofrecido voluntario, general. Renuncio al cargo y le ruego que busque un sustituto.

—No es usted un voluntario, Grant, y su renuncia queda rechazada. Caballeros, y Miss Peterson, Mr. Grant ha sido elegido para formar parte de la expedición, por diversas razones. Ante todo, fue él quien trajo a Benes a este país, desempeñando la misión con habilidad insuperable.

Todos los ojos se volvieron a Grant, el cual se echó a temblar ante la perspectiva de una amable salva de aplausos. Pero nadie aplaudió, y se quedó tranquilo.

Carter prosiguió:

—Es técnico en comunicaciones y posee una gran experiencia como hombre rana. Tiene un magnífico historial de flexibilidad y astucia, y es profesionalmente capaz de tomar decisiones instantáneas. Por este motivo, le conferiré un poder decisorio para las cuestiones que puedan surgir una vez comenzado el viaje. ¿Lo han comprendido bien?

Por lo visto lo habían comprendido, y Grant, mirándose muy compungido las puntas de los dedos, dijo:

—Si no he entendido mal, cada uno de ustedes hará el trabajo que le corresponde, mientras que yo cuidaré de los casos de emergencia. Lo siento, pero quiero que conste en acta que no me considero calificado para esta misión.

—Se hará constar la declaración —dijo Carter, imperturbable—, y ahora, prosigamos. El capitán Owens ha elegido un submarino

experimental de investigación, oceanográfica. No es la embarcación ideal para la tarea de que se trata; pero lo tenemos a mano y, además, no existen otras embarcaciones más adecuadas que él. El propio Owens cuidará, naturalmente, del manejo de su barco: el *Proteus*.

»El doctor Michaels será su piloto. Ha preparado y estudiado el mapa del sistema circulatorio de Benes, sobre el cual hablaremos dentro de poco. El doctor Duval y su ayudante se encargarán de la intervención quirúrgica: la extirpación del coágulo.

»Todos ustedes conocen la importancia de esta misión. Nosotros esperamos que la operación tenga éxito y que todos regresen sanos y salvos. Existe la posibilidad de que Benes muera en el curso de la intervención; pero, si ésta no se realiza, su muerte es segura. También es posible que el submarino se pierda; pero, dadas las circunstancias, hay que arriesgar el barco y su tripulación. El precio puede ser grande; pero la ganancia a obtener, no sólo por las FDMC, sino por toda la Humanidad, es todavía mayor.

—Ya, camarada —murmuró Grant entre dientes.

Cora Peterson captó su observación y le dirigió una mirada penetrante por entre sus negras pestañas. Grant se ruborizó.

—Muéstreles el plano, Michaels —dijo Carter.

Michaels pulsó un botón del instrumento que tenía ante él, e inmediatamente se iluminó la pared con el mapa tridimensional del sistema circulatorio de Benes, que Grant había visto en el despacho de Michaels. Sólo que ahora pareció avanzar hacia ellos y agrandarse mientras Michaels hacía girar un disco. Al margen de la red circulatoria percibíase claramente la silueta de una cabeza y de un cuello.

Los vasos sanguíneos se destacaban con un brillo casi fosforescente, y seguidamente aparecieron unas líneas cuadrículadas. Entonces apareció en el campo una flecha negra y muy fina, impulsada por el aparato señalador que manejaba

Michaels. Éste no se levantó, sino que permaneció sentado en su silla, con un brazo apoyado en el respaldo.

—El coágulo —dijo— está aquí.

Grant no había podido verlo antes de que se lo señalasen; pero ahora que la flecha señalaba delicadamente sus límites, sí que vio el menudo y sólido nódulo que obstruía una arteriola.

—No representa un peligro inmediato para la vida; pero esta sección del cerebro —y la flecha inició un movimiento circular— sufre una compresión nerviosa y puede haber sido ya lesionada. El doctor Duval me ha dicho que los efectos pueden ser irremediables dentro de doce horas, o tal vez menos. Cualquier intento de operar a la manera ordinaria exigiría trepanar el cráneo por aquí, o por aquí, o por aquí. En todo caso, las lesiones serían importantes, y el resultado, muy dudoso.

»En cambio, podemos intentar llegar al coágulo vía torrente sanguíneo. Si logramos penetrar en la arteria carótida, aquí, en el cuello, podremos considerarnos en ruta bastante directa a nuestro destino.

El movimiento de la flecha a lo largo de la línea de la roja arteria, abriéndose paso entre la red azul de las venas, hacía que la cosa pareciese sumamente sencilla.

—Por consiguiente —prosiguió Michaels—, si el *Proteus* y su tripulación son reducidos e inyectados... Owens le interrumpió de pronto:

—Espere un momento. —Su voz era dura y metálica—. ¿A qué tamaño seremos reducidos?

—A un tamaño lo bastante pequeño para no activar las defensas del cuerpo. La longitud total del barco será de tres mieras.

—¿A cuánto equivale esto, en pulgadas?

—A un poco menos de una diezmilésima de pulgada. El buque tendrá aproximadamente el tamaño de una bacteria grande.

—Entonces —dijo Owens—, si penetramos en una arteria, estaremos sometidos a toda la fuerza de la corriente arterial.

—Menos de una milla por hora —dijo Carter.

—Déjese de millas por hora. Navegaremos a una velocidad aproximada de cien mil veces la longitud de nuestro barco por segundo..., o algo parecido. A nuestra escala miniaturizada, llevaremos una velocidad doce veces superior a la lograda por cualquier astronauta. Esto, como mínimo.

—Indudablemente —dijo Carter—. ¿Y qué? Cada glóbulo rojo se mueve en el torrente sanguíneo a esta velocidad, y el submarino está construido mucho más sólidamente que el glóbulo.

—No; «no» lo está —dijo Owens, impetuosamente—. Un glóbulo rojo de sangre contiene miles de millones de átomos; en cambio, el *Proteus* contendrá billones de átomos en el mismo espacio; átomos miniaturizados, naturalmente, pero ¿qué pasará? Estaremos contruidos por un número infinitamente mayor de unidades que los glóbulos rojos, y, por esta misma razón, seremos más débiles. Además, el glóbulo rojo se encuentra en un medio de átomos iguales en tamaño a aquellos que lo constituyen; nosotros, en cambio, nos hallaremos en un medio constituido por átomos que serán monstruosos para nosotros.

—¿Puede contestar a esto, Max? —dijo Carter.

Michaels se apresuró a responder:

—No pretendo ser tan experto como el capitán Owens en los problemas de miniaturización. Supongo que se refiere a la comunicación de James y Schwartz, según la cual la fragilidad aumenta con la intensidad de la miniaturización.

—Exacto —dijo Owens.

—El aumento es muy lento, según recordará usted, y James y Schwartz tuvieron que hacer, en el curso de su análisis y a electos de simplificación, algunas presunciones que pueden resultar equivocadas. A fin de cuentas, cuando aumentamos un objeto, éste no se hace por ello «menos» frágil.

—Pero jamás hemos aumentado un objeto a más de cien veces su tamaño normal —dijo Owens, despectivamente—, y ahora

estamos hablando de miniaturizar una embarcación a una millonésima de su tamaño lineal. Nadie ha ido nunca tan lejos, ni mucho menos, en cualquiera de ambas direcciones. Lo cierto es que no hay nadie en el mundo que pueda predecir el grado de fragilidad que alcanzaremos, ni si podremos resistir la fuerza del torrente sanguíneo, ni siquiera si podremos repeler la acción de los glóbulos blancos. ¿No es así, Michael?

—Pues, sí —respondió éste.

Entonces intervino Carter, en tono de creciente impaciencia:

—Resulta, pues, que la experimentación normal sobre una reducción tan drástica no ha llegado aún a su término. Pero, como no estamos en situación de completar aquel programa, tenemos que arriesgarnos. Si el barco se pierde, perdido estará.

—Y a mí que me frían un huevo —murmuró Grant. Cora Peterson se inclinó hacia él para susurrarle gravemente:

—Por favor, Mr. Grant. Piense que no está usted en el campo de fútbol.

—¡Oh! ¿Conoce usted mi historial, señorita?

—¡Silencio!

Carter dijo:

—Tomaremos todas las precauciones posibles. Benes será mantenido, por su propio bien, en un estado de hipotermia. Este enfriamiento reducirá la necesidad de oxígeno del cerebro, y, en consecuencia, los latidos del corazón serán mucho más lentos, así como la velocidad del torrente sanguíneo.

—Aun así —dijo Owens—, dudo de que podamos sobrevivir a la turbulencia...

—Capitán —terció Michaels—, si se mantiene alejado de las paredes de la arteria, se hallará en la región de flujo laminar, donde no hay turbulencia sensible. Estaremos sólo unos minutos en la arteria, y, cuando pasemos a los vasos menores, se habrá acabado el problema. El único lugar en que no podríamos evitar la turbulencia

mortal sería el corazón, y nos mantendremos alejados de él.
¿Puedo continuar?

—Hágalo, por favor —dijo Carter.

—Cuando lleguemos al coágulo, éste será destruido mediante un rayo láser. Como el láser y su rayo habrán sido miniaturizados en la misma proporción que todo lo demás, no producirán, si se emplean como es debido, y tratándose de Duval no podemos esperar otra cosa, la menor lesión en el cerebro y ni siquiera en el vaso sanguíneo. Y no será necesario eliminar todo vestigio del coágulo. Bastará con romperlo en fragmentos. Las células blancas se encargarán de éstos.

»Después nos alejaremos inmediatamente, como es de suponer, y regresaremos por el sistema venoso hasta la base del cuello, donde seremos extraídos de la vena yugular.

—¿Y cómo se podrá saber dónde estamos, y cuándo? —preguntó Grant.

—Michaels pilotará la embarcación —dijo Carter— y cuidará de que se encuentren ustedes en el lugar debido, en todo momento. Mantendrán comunicación por radio con nosotros...

—Ignoramos si esto será eficaz —objetó Owens—. Existe un problema en la adaptación de las ondas de radio a la miniaturización, y nadie lo ha intentado aún en una reducción tan grande como la nuestra.

—Cierto, pero nosotros lo intentaremos. Además, el *Proteus* está impulsado por fuerza nuclear y siempre podremos localizarlo por la radiactividad. Dispondrán ustedes de sesenta minutos, caballeros.

—¿Quiere usted decir que tendremos que realizar el trabajo y regresar en sólo sesenta minutos? —preguntó Grant.

—Exactamente. Su tamaño será el correspondiente a esta duración. Tendrán tiempo de sobra Pero, si se demorasen más, empezarían a aumentar de tamaño automáticamente. No podemos dejarles más tiempo allá abajo. Si supiéramos lo que sabe Benes, podríamos mantenerles allí indefinidamente; pero si lo supiéramos...

—Este viaje sería innecesario —contestó Grant con ironía.

—Cierto. Y, si empiezan a aumentar de tamaño dentro del cuerpo de Benes, no tardarán en atraerse la atención de las defensas del cuerpo, y Benes morirá al poco rato. Deben procurar que esto no ocurra.

Dicho lo cual, Carter miró a su alrededor.

—¿No hay más observaciones? En este caso, empiecen los preparativos. Hay que entrar en el cuerpo de Benes lo antes posible.

Capítulo v

SUBMARINO

La actividad de la sala de hospital había alcanzado el grado máximo. Todo el mundo se movió de prisa, casi a la carrera. Sólo la figura que yacía en la mesa de operaciones permanecía inmóvil. Estaba cubierto por una gruesa manta térmica, provista de numerosos serpentines por los que circulaba la materia refrigerante. El cuerpo, desnudo, se estaba congelando hasta el punto en que la vida quedaba reducida a un ligero soplo.

La cabeza de Benes aparecía ahora afeitada y marcada, como una carta de navegar, con líneas numeradas de longitud y de latitud. Su rostro dormido tenía una expresión de tristeza, helada también en el semblante.

En una de las paredes había otra reproducción de su sistema circulatorio, ampliada hasta el punto de que el pecho, el cuello y la cabeza cubrían toda la pared, de lado a lado y del suelo al techo. Era como un bosque en el que los grandes vasos tenían el grosor del brazo de un hombre, mientras los capilares llenaban como una red los espacios intermedios.

En la torre de control, situada sobre la sala de operaciones, se hallaban Carter y Reid, observando. Podían ver los cuadros de monitores, ante cada uno de los cuales había un técnico sentado y embutido en su uniforme de las FDMC, como una sinfonía en blanco.

Carter se dirigió a la ventanilla, mientras Reid decía pausadamente por el micrófono:

—Lleven el *Proteus* a la sala de miniaturización.

Era costumbre dar estas órdenes sin alzar mucho la voz, y en la sala reinaba el silencio. La manta térmica recibía los últimos y apresurados toques. Cada uno de los técnicos estudiaba su monitor con el amor de un recién casado que se encuentra al fin solo con su novia. Las enfermeras evolucionaban alrededor de Benes como grandes mariposas de alas blancas. Con los preparativos del *Proteus* para la miniaturización, todos comprendían que había empezado la última fase de la cuenta atrás.

Reid oprimió un botón.

—¡Corazón! —dijo.

El sector del corazón apareció detalladamente en la pantalla de televisión que Reid tenía delante. La banda sonora reprodujo los latidos, que sonaron opacos y con agorera lentitud.

—¿Cómo va, Henry?

—Perfectamente. Se mantiene a un ritmo regular de treinta y dos pulsaciones por minuto. Ninguna anomalía acústica ni electrónica. El resto del cuerpo debe de estar igual.

—Bien.

Reid apagó la imagen. Para un hombre de corazón, ¿podía algo ir mal, si el corazón funcionaba bien?

Pasó al sector de los pulmones. La pantalla se animó súbitamente, reflejando los movimientos respiratorios.

—¿Todo bien, Jack?

—Sí, doctor Reid. Hemos bajado el ritmo respiratorio a seis por minuto. Imposible rebajarlo más.

—No les pido que lo hagan. Sigán igual.

Ahora, la hipotermia. Este sector era más extenso que los otros. Afectaba a todo el cuerpo, y el personaje central era el termómetro. Los aparatos registraban la temperatura de los miembros y de diversos puntos del torso, y, mediante delicados contactos, podía

saberse el grado de calor del cuerpo a profundidades exactas por debajo de la piel. Los diferentes registros anotaban constantemente las oscilaciones de la temperatura, y cada uno de ellos llevaba su correspondiente rótulo: «Circulatorio», «Respiratorio», «Cardíaco», «Renal», «Intestinal», etcétera.

—¿Algún problema, Sawyer? —preguntó Reid.

—No, señor. La temperatura general es de veintiocho grados centígrados; ochenta y dos Fahrenheit.

—Huelga la equivalencia; gracias.

—Sí, señor.

A Reid le parecía sentir aquel frío en sus propias entrañas. Dieciséis grados Fahrenheit por debajo de la temperatura normal; dieciséis grados cruciales, que reducían el metabolismo a un tercio de lo normal; la necesidad de oxígeno, a un tercio; y también los latidos del corazón, y la velocidad del torrente circulatorio, y la escala de vida, y la tensión sobre el cerebro bloqueado por el coágulo..., haciendo con todo ello más favorable el medio en que habría de moverse la embarcación, a punto de penetrar en la jungla del interior humano.

Carter se acercó a Reid.

—¿Todo a punto, Don?

—En la medida de lo posible, habida cuenta de que ha tenido que improvisarse de la noche a la mañana.

—Lo dudo.

Reid enrojeció.

—¿Qué quiere decir con esto, general?

—Que no había nada que improvisar. Sé perfectamente que ha estado usted asentando los cimientos para la experimentación biológica de la miniaturización. ¿Había planeado, concretamente, la exploración del sistema circulatorio humano?

—Concretamente, no. Pero mi equipo ha estado trabajando en estos problemas como cosa corriente. Era su trabajo.

—Don... —Carter vaciló, y prosiguió luego con voz tensa—: Si esto fracasa, Don, alguien pedirá una cabeza para adornar el salón de trofeos del Congreso, y esta cabeza será la mía. Si tiene éxito, usted y sus hombres saldrán glorificados. Si esto ocurre, no trate de llevar las cosas demasiado lejos.

—Los militares deben llevar la voz cantante, ¿eh? ¿Me está diciendo que no me entrometa?

—Sería lo más prudente. Y otra cosa: ¿qué hay de malo con la chica, Cora Peterson?

—Nada. ¿Por qué?

—Levantó usted mucho la voz. Le oí cuando me disponía a entrar en la sala de conferencias. ¿Hay algún motivo que desaconseje su presencia a bordo?

—Es una mujer. Puede ser un estorbo en caso de emergencia. Además...

—¿Qué?

—Si quiere que le diga la verdad, Duval asumió su tono acostumbrado de Yo-soy-la-ley-y-los-profetas, y yo me opuse automáticamente. ¿Hasta qué punto se fía «usted» de Duval?

—¿Qué quiere decir con esto de «si me fío»?

—¿Cuál es el verdadero motivo de enviar a Grant con la expedición? ¿A quién tiene que vigilar?

Carter respondió, en tono grave y ronco:

—No le he dicho que vigile a nadie. La tripulación debería estar ya en el pasillo de esterilización.

Grant husmeó el débil olor a medicina que flotaba en la atmósfera y celebró tener oportunidad de afeitarse rápidamente. El uniforme de FDMC tampoco estaba mal; de una pieza, con cinturón, y representativo de un extraño entroncamiento de la medicina y la aventura. El que le habían proporcionado le apretaba un poco debajo de las axilas, pero, a fin de cuentas, sólo tendría que llevarlo una hora.

En fila india, él y los demás expedicionarios pasaron por el débilmente iluminado corredor, rico en rayos ultravioleta. Llevaban gafas oscuras para precaverse de los peligros de la radiación.

Cora Peterson caminaba inmediatamente delante de Grant. Éste lamentó llevar aquellas gafas oscuras que hacían aparecer borroso el interesante modo de andar de la mujer.

Deseoso de entablar conversación, preguntó:

—¿Es suficiente este paseo para esterilizarnos, Miss Peterson?

Ella volvió brevemente la cabeza y respondió:

—Creo que puede usted desechar sus temores masculinos.

Grant apretó los labios. Se lo había buscado. Dijo:

—Juzga usted mal mi ignorancia, Miss Peterson, y abusa de mí con su cultura.

—No quise ofenderle.

La puerta del extremo del pasillo se abrió automáticamente, y Grant, con el mismo automatismo, cerró la brecha abierta entre ambos y alargó la mano a la joven. Ésta hizo caso omiso de ello y cruzó la puerta, pisándole los talones a Duval.

—No hubo ofensa. Pero lo que quise decir es que no estamos realmente esterilizados. Me refiero a los microbios. En el mejor de los casos, ha quedado esterilizada nuestra superficie. En cambio, nuestro interior hierve de gérmenes.

—Considerado de este modo —replicó Cora—, tampoco Benes está esterilizado. De microbios, quiero decir. Pero, cuantos más gérmenes matemos, menos serán los que introduzcamos en su cuerpo. Nuestros gérmenes serán miniaturizados con nosotros, y no sabemos hasta qué punto estos gérmenes reducidos pueden afectar al ser humano si son introducidos en su torrente sanguíneo. Por otra parte, los gérmenes miniaturizados que se encuentren en su torrente circulatorio volverán a su tamaño normal al cabo de una hora, y esta expansión, si estamos en lo cierto, puede ser perjudicial. Cuanto menos tiempo se vea Benes sometido a factores ignorados, tanto mejor. —Movié la cabeza—. Hay muchas cosas

que desconocemos. Y esto, ciertamente, es un mal sistema de experimentación.

—Pero no podemos elegir, ¿verdad, Miss Peterson? A propósito, ¿puedo llamarla Cora durante el viaje?

—Lo mismo me da.

Habían penetrado en una espaciosa habitación, circular y revestida de cristales. Estaba totalmente embaldosada con azulejos hexagonales, de unos noventa centímetros de anchura y cubiertos de una especie de ampollas semicirculares y tupidas, todo ello de un material cristalino y de un color blanco lechoso. En el centro de la estancia, había una baldosa aislada, parecida a las demás pero de color rojo oscuro.

Ocupando la mayor parte de la pieza, veíase una blanca embarcación, de unos quince metros de longitud y en forma de herradura, provista de una bóveda que tenía la parte anterior como de vidrio y que estaba rematada por otra especie de burbuja más pequeña y completamente transparente. La embarcación se hallaba sobre un ascensor hidráulico y, en aquel momento, lo estaban situando en el centro de la sala.

Michaels se había acercado a Grant.

—El *Proteus* —dijo—. Nuestra residencia durante una hora, aproximadamente.

—¡Qué grande es esta sala! —dijo Grant, mirando a su alrededor.

—Es nuestra sala de miniaturización. Ha sido utilizada para la reducción de piezas de artillería y pequeñas bombas atómicas. También puede servir para albergar insectos aumentados de tamaño, como, por ejemplo, hormigas del tamaño de locomotoras, para su fácil estudio. Estos experimentos biológicos no han sido todavía autorizados, pero hemos hecho subrepticamente un par de ensayos en este sentido. Ahora colocan al *Proteus* sobre el Módulo Cero; me refiero al rojo. Después, supongo que embarcaremos. ¿Nervioso, Mr. Grant?

—¡Y tanto! ¿Y usted?

Michaels inclinó la cabeza con irónico asentimiento.

—¡Y tanto!

El *Proteus* había sido ajustado a su soporte, y fueron retirados los ascensores hidráulicos que lo habían colocado en su sitio. A uno de los lados había una escalerilla que conducía a la entrada.

La embarcación resplandecía de aséptica blancura, desde la agresiva proa hasta el doble «jet» y la enhiesta aleta de la popa.

Owens dijo:

—Yo entraré el primero. Cuando dé la señal, subirán todos los demás.

Y empezó a subir por la escalerilla.

—Es su barco —murmuró Grant—. ¿Y por qué no? —Después se volvió a Michaels—. Parece más nervioso que nosotros.

—Es su carácter. Siempre «parece» estar nervioso, y si de veras lo está, no le faltan motivos. Está casado y tiene dos hijas pequeñas. Duval y su ayudante son solteros.

—También yo —dijo Grant—. ¿Y usted?

—Divorciado. Sin hijos. Conque ya ve...

Owens podía ser visto ahora claramente, en aquella especie de ampolla de la cima. Parecía observar atentamente los objetos que tenía delante. Después agitó una mano, invitando a los otros a subir. Michaels le respondió y echó escalera arriba. Duval le siguió. Grant le cedió el paso a Cora antes de subir él.

Todos ocupaban ya sus asientos cuando Grant cruzó la portezuela que hacía de escotilla. Arriba, en el único asiento elevado y aislado, estaba Owens al cuidado de los mandos. Abajo, había otros cuatro asientos. Los dos de popa, uno a cada lado, estaban ocupados por Cora y Duval; aquélla, a la derecha, cerca de la escalerilla que conducía arriba, y éste, a la izquierda. Los otros dos asientos, muy juntos, estaban a proa. Michaels había ocupado ya el de la izquierda. Grant se sentó a su lado.

A ambos costados de la embarcación se hallaban unas tarimas de trabajo y una instalación que parecía de mandos auxiliares. Debajo de las tarimas había unos departamentos, y, en la parte de popa, dos pequeños cuartos, uno de trabajo y el otro que servía de almacén.

El interior no había sido todavía iluminado. Michaels dijo:

—Vamos a asignarle trabajo, Grant. En circunstancias ordinarias, un técnico en comunicaciones habría ocupado su puesto. Quiero decir, uno de nuestros hombres. Pero, ya que es usted experto en comunicaciones, cuidará de la radio. Supongo que no tendrá ningún problema.

—De momento no puedo ver muy bien...

—Escuche, Owens —gritó Michaels—. ¿Cómo andamos de fuerza?

—Bien. Estoy comprobando ciertos detalles.

Michaels se volvió de nuevo a Grant y le dijo:

—No creo que la radio tenga nada de particular. Es el único aparato no nuclear que llevamos en el barco.

—Supongo que no habrá dificultades.

—Muy bien. Tranquilícese, pues. Todavía transcurrirán unos minutos antes de la miniaturización. Los otros están ocupados. Yo, si no le importa, hablaré un poco.

—Adelante.

Michaels se retrepó en su asiento.

—Todos tenemos reacciones específicas contra el nerviosismo. Algunos encienden cigarrillos... De paso le diré que está prohibido fumar a bordo...

—Yo no fumo.

—Otros beben, y otros se muerden las uñas. Yo hablo..., siempre, naturalmente, que no me quede sin habla. Entre ambas cosas, no hay más que un paso. Me preguntó usted acerca de Owens. ¿Siente algún recelo por su causa?

—¿Por qué he de sentirlo?

—Estoy seguro de que Carter así lo espera. Carter es un hombre muy suspicaz. Propenso a la paranoia. Sospecho que ha meditado mucho en la circunstancia de que Owens estaba en el coche con Benes en el momento del accidente.

—También yo he pensado en esto —dijo Grant—. Pero ¿qué significa? Si quiere usted dar a entender que Owens pudo preparar el atentado el interior del coche era el peor lugar en que podía encontrarse.

—No sugiero nada de esto —dijo Michaels, sacudiendo vigorosamente la cabeza—. Únicamente trato de rehacer los razonamientos de Carter. Supongamos que Owens fuese un agente enemigo, que se hubiese pasado a su bando durante uno de sus viajes a ultramar para asistir a conferencias científicas...

—¡Qué dramático! —dijo Grant, secamente—. ¿Han asistido a tales conferencias otras personas que están a bordo?

Michaels reflexionó un momento.

—En realidad —dijo—, todos nosotros. Incluso la chica asistió el año pasado a una breve reunión, en la cual Duval leyó una comunicación. Pero, de todos modos, supongamos que fuese Owens el que se hubiera pasado. Digamos que le asignaran la tarea de asegurarse de la muerte de Benes, aunque para ello tuviera que arriesgar la propia vida. También el conductor del coche atacante sabía que iba a morir; e igualmente lo sabían los cinco hombres que dispararon los fusiles. A la gente parece no importarle la muerte.

—Y Owens puede estar dispuesto a morir antes que permitirnos que triunfemos. ¿Estará por esto nervioso?

—¡Oh, no! Lo que sugiere usted es completamente inverosímil. Puedo admitir, teóricamente, que Owens estuviese dispuesto a dar la vida por un ideal, pero no a sacrificar el prestigio de su barco haciéndolo fracasar en su primera misión importante.

—Entonces, cree usted que podemos eliminarlo y olvidar la posibilidad de que nos juegue una mala pasada en las encrucijadas, ¿eh?

Michaels le dedicó una risita amable, y en su cara de luna llena se pintó una expresión de genialidad.

—Desde luego. Pero apostaría a que Carter ha pensado en todos y cada uno de nosotros. Y que usted también lo ha hecho.

—Por ejemplo, ¿en Duval? —dijo Grant.

—¿Y por qué no? Cualquiera de nosotros podría estar a favor del Otro Lado. Tal vez no por dinero; estoy seguro de que ninguno de los presentes se dejaría comprar; pero sí por un idealismo equivocado. La miniaturización, por ejemplo, es actualmente un arma de guerra, y mucha gente, en nuestro país, es contraria a este aspecto de la cuestión. Hace unos meses, fue enviada al presidente una declaración a este respecto; una petición para que se pusiese término a la carrera de miniaturización y se estableciese un programa conjunto con otras naciones para su estudio con fines pacíficos de investigación biológica, sobre todo en el campo de la medicina.

—¿Quiénes participaron en este movimiento?

—Muchísimos. Duval fue uno de sus más destacados y vociferantes promotores. Y si he de ser veraz, también yo firmé la declaración. Le aseguro que todos los firmantes fuimos sinceros. Yo lo era, y sigo siéndolo. Es posible argumentar en el sentido de que el descubrimiento de Benes para la duración ilimitada de la miniaturización puede, si tiene éxito, aumentar en gran manera el peligro de guerra y de destrucción total. En este caso, tanto Duval como yo podríamos estar ansiosos de que Benes muriera antes de que pudiese hablar. En cuanto a mí, puedo negar que tenga este móvil. Al menos, hasta este extremo. Por lo que atañe a Duval, su gran problema radica en su desagradable personalidad. Hay muchos que se alegrarían de poder sospechar de él. Michaels ladeó la cabeza y añadió:

—En cuanto a esa chica...

—¿Firmó también?

—No. La declaración fue firmada únicamente por personas de acreditada experiencia. Pero ¿por qué está aquí?

—Porque Duval insistió en ello. Nosotros presenciamos lo que pasó.

—Sí; pero ¿por qué se prestó ella a su insistencia? Es joven y muy bonita. Él la aventaja en veinte años y no siente el menor interés por ella... ni por ningún ser humano. ¿Está ella deseosa de venir con nosotros por Duval... o por otra razón de índole más política?

—¿Está usted celoso, doctor Michaels? —dijo Grant.

Michaels pareció sorprendido. Después sonrió.

—Nunca había pensado en esto, se lo aseguro. Y, sin embargo, es posible que lo esté. No soy más viejo que Duval, y, si de veras se interesa ella por los hombres maduros, sería para mí un placer que me prefiriese. Pero, a pesar de mis prejuicios, cabría reflexionar sobre sus móviles.

La sonrisa de Michaels se desvaneció, y el hombre adoptó de nuevo un aspecto grave.

—Además, y a fin de cuentas, la seguridad de esta embarcación no depende únicamente de nosotros, sino también de aquellos que nos controlan hasta cierto punto desde el exterior. El coronel Reid estaba a favor de la declaración, igual que cualquiera de nosotros, aunque, como militar, no podía intervenir en actividades políticas. Pero, si su nombre no figuró en la petición, no le faltó a ésta su voz. Se peleó con Carter a causa de esto. Antes eran buenos amigos.

—Mal asunto —dijo Grant.

—Y luego está el propio Carter. Su misma paranoia.

La tensión del trabajo que se desarrolla aquí puede producir inestabilidad en el hombre más cuerdo. Me pregunto si podemos estar completamente ciertos de que Carter no haya sido un poco desviado...

—¿Cree que lo ha sido?

Michaels extendió los brazos.

—¡No, claro que no! Ya le dije que esto no era más que una charla terapéutica. ¿O preferiría que me estuviera aquí sentado, sudando o chillando a media voz?

—No, creo que no —dijo Grant—. Continúe, por favor. Mientras lo estoy escuchando, no tengo tiempo de sentir mi pánico. Creo que ya ha mencionado a todos.

—Se equivoca. He dejado deliberadamente para el final al personaje más sospechoso. En realidad, podemos afirmar que es norma general que el personaje menos sospechoso en apariencia esté obligado a ser el culpable. ¿No lo cree usted así?

—Evidente —dijo Grant—. Y este personaje menos sospechoso, ¿quién es? ¿O ha llegado el momento en que suena un disparo y usted se derrumba y cae al suelo cuando se dispone a pronunciar el nombre del criminal?

—Nadie me está apuntando, al parecer —dijo Michaels—. Creo que tendré tiempo de decirlo. El personaje menos sospechoso es, evidentemente, usted mismo, Grant. ¿Quién podría serlo menos que el agente de confianza, destinado a custodiar el barco durante la misión? ¿Puede confiarse en usted, Grant?

—No estoy muy seguro. Sólo tiene usted mi palabra, y, ¿qué vale ésta?

—Exacto. Usted ha estado en el Otro Lado; ha estado allí más a menudo y en circunstancias mucho más incógnitas que todos los presentes en el barco. Esto es seguro. Supongamos que, por cualquier medio, hubiesen logrado comprarle.

—Supongo que cabe en lo posible —dijo Grant, sin alterarse—. Pero yo traje a Benes sano y salvo.

—Cierto; y lo hizo sabiendo, tal vez, que lo liquidarían en la siguiente etapa, dejándole a usted al margen del atentado y en disposición de cumplir ulteriores misiones, como la actual.

—Creo que piensa usted lo que dice —declaró Grant. Pero Michaels movió la cabeza.

—No, no lo pienso. Discúlpeme; temo haber empezado a mostrarme ofensivo. —Se pellizó la nariz y dijo—: Quisiera que empezasen de una vez la miniaturización. Entonces tendría menos tiempo para pensar.

Grant se sintió incómodo. El rostro de Michaels adquirió una clara expresión de temor al cesar sus palabras zumbonas. Gritó:

—¿Cómo va eso, capitán?

—Todo listo, todo listo —respondió la voz ronca y metálica de Owens.

Se encendieron las luces. Inmediatamente, Duval abrió varios cajones que había a su lado y empezó a sacar y estudiar los planos. Cora inspeccionó el láser cuidadosamente.

—¿Puedo subir ahí, Owens? —dijo Grant.

—Puede asomar la cabeza, si lo desea —respondió Owens—. No hay sitio para más.

Grant dijo en voz baja:

—Tranquílcese, doctor Michaels. Le dejaré solo unos minutos y así podrá temblar a gusto, si lo desea, sin que nadie lo observe.

La voz de Michaels era seca y sus palabras parecían formarse con dificultad.

—Es usted muy considerado, Grant —dijo—. Si hubiera dormido las horas que acostumbro...

Grant se levantó y se dirigió hacia popa, sonriendo a Cora, la cual se apartó fríamente para dejarle pasar. Después subió rápidamente por la escalerilla y miró hacia arriba y a su alrededor, diciendo:

—¿Cómo sabrá usted el rumbo que ha de tomar?

—Tengo aquí los mapas de Michaels —dijo Owens.

Pulsó un botón y, en una de las pantallas que tenía delante, apareció inmediatamente una copia del sistema circulatorio que Grant había visto ya repetidas veces. Owens oprimió otro botón y una parte del mapa brilló con un tono anaranjado e irisado.

—Nuestra ruta prevista —dijo—. Michaels me orientará cuando sea necesario, y, como vamos impulsados por energía nuclear, Carter y los otros podrán seguirnos con toda precisión. Contribuirán a orientarnos, si cuida usted debidamente de la radio.

—Tiene usted un tablero de mandos muy complicado.

—Terriblemente complicado —dijo Owens, con visible orgullo—. Un botón para cada cosa, por decirlo así, y tan firmes como me fue posible. El submarino estaba destinado para actuar a grandes profundidades, ¿sabe?

Grant bajó de nuevo y una vez más se apartó Cora para dejarle pasar. Concentraba toda su atención en el láser, manipulando lo que parecían herramientas de relojero.

—Eso parece complicado —dijo Grant.

—Es un láser rojo —dijo Cora, brevemente—, si sabe usted lo que esto significa.

—Sé que lanza un apretado rayo de luz monocromática coherente, pero no tengo la menor idea de cómo funciona.

—Entonces le aconsejo que vuelva a su sitio y me deje trabajar.

—Sí, señorita. Pero si tiene que coser alguna pelota de fútbol, le ruego que me avise.

Cora dejó a un lado un pequeño destornillador, se frotó las puntas de los enguantados dedos y dijo:

—Mr. Grant...

—Diga, señorita.

—¿Se ha propuesto hacer odiosa esta gran empresa con su sentido del humor?

—No; claro que no. Pero ¿cómo tengo que hablarle?

—Como a un compañero de la tripulación.

—Es que usted, además, es una joven.

—Lo sé, Mr. Grant; pero ¿qué le importa a usted eso? No hace falta que me demuestre con todas sus observaciones y ademanes que se ha dado cuenta de cuál es mi sexo. Es fastidioso e inútil. Cuando todo esto haya terminado, y si sigue sintiéndose obligado a

practicar el ritual que suele representar ante las muchachas, le responderé de la manera que estime más conveniente; pero, ahora...

—Está bien. Lo considero una cita para después.

—Y he de decirle algo más, Mr. Grant.

—¿Sí?

—No quiera escudarse en su calidad de ex jugador de fútbol. Es algo que me tiene sin cuidado.

Grant tragó saliva y dijo:

—Algo me dice que mi ritual va a fallar, pero...

Ella no le prestaba ya atención y había vuelto a su láser. Grant se quedó observándola, a su pesar, con la mano apoyada en el tablero, siguiendo los menores movimientos de sus seguros dedos.

—Si al menos fuese un poco más frívola... —suspiró.

Afortunadamente ella no le oyó o, al menos, no dio señales de haberle oído.

Sin previo aviso, Miss Peterson le asió una mano, y Grant tuvo un ligero sobresalto al contacto de sus cálidos dedos.

—Discúlpeme —dijo Cora, y apartó a un lado la mano de él y la soltó.

Casi inmediatamente, apretó un contacto del láser y brotó un hilo de luz roja que fue a chocar con el metal en que él había tenido apoyada la mano. Al punto apareció un diminuto agujero y se percibió un olor a metal vaporizado. Si la mano de Grant hubiese permanecido allí, el agujerito habría estado ahora en su dedo pulgar.

—Podía avisarme —dijo Grant.

—No había ninguna razón para que estuviese usted aquí, ¿verdad?

Levantó el láser, sin dejar que él la ayudara, y se dirigió al cuarto almacén.

—Bien, señorita —dijo Grant, humildemente—. En lo sucesivo, cuando me halle cerca de usted, vigilaré dónde pongo la mano.

Cora miró hacia atrás, como sorprendida y sin saber qué hacer. Después, por un brevísimo instante, sonrió.

—Tenga cuidado —dijo Grant—. No vayan a quebrarse sus mejillas.

La sonrisa se extinguió al punto.

—Lo prometido es deuda —dijo ella, en tono helado.

Y entró en el cuarto de trabajo.

La voz de Owens llegó desde lo alto.

—¡Grant! ¡Compruebe la radio!

—Bien —gritó Grant—. Nos veremos, Cora. ¡Después! Volvió a su asiento y observó el aparato de radio por primera vez.

—Parece un aparato Morse —dijo.

Michaels levantó la cabeza. La palidez de su rostro había desaparecido en parte.

—Sí. Teóricamente, es difícil transmitir la voz a través de un aparato miniaturizado. Supongo que conoce el código.

—Desde luego.

Grant transmitió un rápido mensaje. Al cabo de un momento, el sistema de altavoces del cuarto de miniaturización retumbó con una fuerza que lo hacía fácilmente audible desde el interior del *Proteus*:

—Mensaje recibido. Repito para comprobación. El mensaje dice: Miss PETERSON HA SONREÍDO.

Cora, que en aquel instante volvía a su asiento, pareció indignada y dijo:

—¡Qué lástima!

Grant se inclinó sobre el aparato y contestó:

—CORRECTO.

La respuesta llegó esta vez en Morse. Grant escuchó y tradujo en voz alta:

—Mensaje recibido desde el exterior: PREPÁRENSE PARA LA MINIATURIZACIÓN.

Capítulo VI

MINIATURIZACIÓN

Grant, ignorando en qué consistía la preparación, permaneció sentado donde estaba. Michaels se puso en pie, con rapidez casi convulsiva, y miró a su alrededor como si quisiera hacer una comprobación de última hora.

Duval dejó sus mapas a un lado y empezó a manipular en su equipo.

—¿Puedo ayudarle, doctor? —preguntó Cora. Él levantó la cabeza.

—¿Qué? ¡Oh, no! Sólo es cuestión de sujetar bien esta hebilla. Ya está.

—Doctor...

—¿Sí? —Volvió a mirar hacia arriba y se sintió súbitamente alarmado por la visible dificultad de Cora en expresarse—. ¿Tiene algún problema con el láser, Miss Peterson?

—¡Oh, no! Sólo quería decirle que lamento haber sido causa del lamentable incidente entre usted y el doctor Reid.

—¡Bah! No fue nada. No piense más en ello.

—Y muchas gracias por haberme traído. Duval respondió, gravemente:

—Su presencia me era absolutamente necesaria. Usted es la persona en quien tengo mayor confianza.

Cora se acercó a Grant, el cual, habiendo observado a Duval, manipulaba ahora con su propio equipo.

—¿Sabe cómo funciona esto? —le preguntó.

—Parece más complicado que esos cinturones corrientes de los aviones.

—Sí, lo es. Mire, ese gancho está mal colocado. Permítame...

Se inclinó sobre él, y Grant se encontró con una mejilla a muy poca distancia y oliendo un ligerísimo perfume. Pero se contuvo.

Cora le dijo en voz baja:

—Siento haber estado dura con usted; pero mi posición es muy difícil.

—En este momento, me parece deliciosa... ¡Oh! Perdóneme. Se me ha escapado.

—Mi posición en las FDMC —dijo ella— es idéntica a la de muchos hombres, pero me siento continuamente en dificultades por la circunstancia de mi sexo. O recibo demasiada consideración o excesiva condescendencia, y ambas cosas me molestan. Al menos, cuando trabajo. Me produce un sentimiento de frustración.

Grant tuvo la respuesta en la punta de la lengua, pero se contuvo una vez más. Sería violentísimo tener que dominar continuamente sus impulsos; tal vez no sería capaz de hacerlo.

—A pesar de su sexo —dijo—, y en lo sucesivo tendré cuidado en no propasarme a este respecto, es usted la persona más serena de cuantos estamos aquí, a excepción de Duval; aunque tengo la impresión de que éste no se ha dado cuenta de dónde está.

—No le menosprecie, Mr. Grant. Sabe perfectamente dónde está, se lo aseguro. Si está tranquilo, es porque sabe que la importancia de esta misión es mayor que la de su vida individual.

—¿Por el secreto de Benes?

—No. Porque será la primera vez que se habrá realizado la miniaturización en esta escala; y porque ésta habrá tenido por objeto salvar una vida.

—¿Será prudente emplear ese láser? —dijo Grant—. Después de lo que estuvo a punto de hacerle a mi dedo...

—En manos del doctor Duval, el láser destruirá el coágulo sin dañar una sola molécula del tejido circundante.

—Aprecia usted mucho su habilidad.

—Es una apreciación mundial. Y yo la comparto, con fundados motivos. He estado con él desde que obtuve mi título.

—Sospecho que no se muestra muy considerado ni muy condescendiente con usted, simplemente porque es una mujer.

—No, ciertamente.

Volvió a su asiento y se ciñó el cinturón con un ágil movimiento. Owens gritó:

—¡Doctor Michaels, estamos esperando!

Michaels, que se había levantado de su asiento y paseaba lentamente por la cabina, pareció vacilar un momento, como si estuviera pensando en otra cosa. Después, miró rápidamente a los demás, ya preparados, y dijo:

—¡Oh, sí!

Y se sentó, sujetándose su propio cinturón. Owens bajó de su torreta, comprobó rápidamente los cinturones, volvió a subir y se ciñó el suyo.

—Muy bien. Mr. Grant, dígales que estamos esperando. Grant obedeció, y, casi inmediatamente, tronó el altavoz:

Atención, Proteus. Atención, Proteus. Éste es el último mensaje oral que recibirán hasta que hayan terminado su misión. Disponen de sesenta minutos. Una vez lograda la miniaturización, el cronómetro del buque señalará el número sesenta. Deben observar continuamente este cronómetro, cuya saeta retrocederá una unidad por cada minuto que transcurra. No confíen, repito, no confíen en su impresión subjetiva sobre el paso del tiempo. Tienen que salir del cuerpo de Benes antes de que la aguja llegue al cero. En otro

caso, matarán a Benes, aunque la operación haya tenido éxito. ¡Buena suerte!

Calló la voz. Grant, para animar a su desfalleciente espíritu, no encontró una observación más original que ésta:

—¡Ya está!

Él mismo se sorprendió al advertir que lo había dicho en voz alta. Michaels, que estaba a su lado, dijo:

—Sí, ya está.

Y consiguió esbozar una débil sonrisa.

En su puesto de observación, Carter esperaba. Hubiera preferido hallarse en el *Proteus*, más que fuera de él. Sería una hora muy difícil, y le hubiera sido más fácil hallarse en un lugar donde pudiera conocer a cada instante la marcha de los acontecimientos.

Se estremeció al oír el súbito y agudo repiqueteo de un mensaje radiado en circuito abierto. El ayudante encargado de la recepción dijo, con voz pausada:

—El *Proteus* informa de que todo está dispuesto. Carter lanzó la orden:

—¡Miniaturizador!

El adecuado botón, rotulado MIN, del adecuado tablero, fue pulsado por el dedo adecuado del adecuado técnico. «Es como un ballet —pensó Carter—, con todo el mundo en su sitio y todos los movimientos previstos, en un baile cuyo final es imposible prever».

La pulsación del botón repercutió en la pared del fondo del cuarto de miniaturización, donde apareció, poco a poco, un enorme disco alveolado, suspendido de un raíl cerca del techo. El disco avanzó en dirección al *Proteus*, moviéndose sin ruido y sin la menor fricción, gracias a los chorros de aire que mantenían su brazo de suspensión a dos o tres milímetros por encima del raíl.

Los que estaban en el interior del *Proteus* podían ver con toda claridad aquel disco surcado geométricamente, que se acercaba como un monstruo picado de viruela.

La frente y la calva de Michaels transpiraban un sudor desagradable.

—Eso —dijo con voz ahogada por la emoción— es el miniaturizador.

Grant abrió la boca, pero Michaels prosiguió apresuradamente:

—No me pregunte cómo funciona. Owens lo sabe, pero yo, no.

Grant miró involuntariamente hacia arriba y atrás, en la dirección de Owens, el cual parecía hallarse tenso y rígido. Veíase claramente cómo agarraba con una de sus manos una palanca que, pensó Grant, debía de ser uno de los mandos más importantes de la embarcación; se asía a ella como si encontrase alivio en el contacto con algo material y poderoso. O tal vez el simple contacto con cualquier porción del buque diseñado por él resultábale alentador. Él, más que nadie, debía conocer la fuerza —o la debilidad— de la burbuja que habría de darles la sensación de una microscópica normalidad.

Grant miró a otra parte y tropezó con la figura de Duval, cuyos finos labios aparecían ligeramente fruncidos en una sonrisa.

—Parece usted inquieto, Mr. Grant. ¿No es su profesión el afrontar situaciones inquietantes sin sentirse inquieto?

¡Al diablo con él! ¿Cuántas décadas hacía que venían atiborrando al público con cuentos de hadas sobre los agentes secretos?

—No, doctor —dijo Grant, sin inmutarse—. En mi profesión, el que se enfrenta con situaciones inquietantes sin sentirse inquieto tardará poco en morir. Sólo se nos pide que actuemos inteligentemente, sean cuales fueren nuestros sentimientos. Por lo que veo, usted no se siente intranquilo.

—No. Sólo interesado. Me siento invadido por... por un sentimiento de asombro. Siento una enorme curiosidad y excitación, pero no inquietud.

—¿Cuáles son, a su entender, las probabilidades de muerte?

—Pocas, así lo espero. De todos modos, yo tengo el consuelo de la religión. Me he confesado y, para mí, la muerte no es más que un tránsito.

Grant no tenía ninguna respuesta lógica para esto, y guardó silencio. Para él, la muerte era un muro negro que sólo tenía un lado; pero había de confesar que, por muy lógico que le pareciese su concepto, era en aquel momento menguado remedio contra el gusanillo de la inquietud que (como Duval había advertido muy bien) se había colocado en su misma mente.

Se daba cuenta, con aflicción, de que tenía la frente húmeda, quizá tan húmeda como la de Michaels, y de que Cora le estaba observando con una expresión que su propio sentido de la vergüenza le hizo tomar por desprecio.

—Y usted, Miss Peterson —dijo impulsivamente—, ¿se ha confesado de «sus» pecados?

Ella le respondió fríamente:

—¿En qué pecados está usted pensando, Mr. Grant?

Tampoco pudo replicar a esto; por lo cual se dejó caer en su silla y levantó la cabeza para mirar el miniaturizador, que estaba ahora exactamente encima de ellos.

—¿Qué se siente cuando lo miniaturizan a uno, doctor Michaels?

—Nada, según creo. Es una forma de movimiento, una caída hacia dentro, y, como se hace a un ritmo constante, la sensación no es mayor que la que experimentamos al descender en una escalera automática a velocidad uniforme.

—Supongo que ésta es la teoría —dijo Grant, sin apartar los ojos de miniaturizador—; pero ¿cuál será la verdadera sensación?

—Lo ignoro. Jamás lo he experimentado. Sin embargo, los animales sometidos al proceso de miniaturización no dan la menor

muestra de incomodidad. Continúan sus acciones normales sin interrupción, y esto sí que lo he comprobado personalmente.

—¿Los animales? —Grant se volvió a mirar a Michaels, con súbita indignación—. ¿Los animales? ¿Quiere decir que, hasta ahora, ningún hombre ha sido miniaturizado?

—Temo —respondió Michaels— que nos cabe el honor de ser los primeros.

—¡Qué emocionante! Permítame que le haga otra pregunta. ¿Cuál ha sido el grado máximo de miniaturización aplicado con éxito a una criatura..., a una criatura viviente?

—A un cincuentavo —respondió Michaels, brevemente.

—¿Qué?

—Un cincuentavo. Quiero decir que la reducción se ha hecho a una cincuentava parte del tamaño normal.

—Lo cual equivaldría a reducir mi altura a poco menos de cuatro centímetros.

—Sí.

—Pero ahora la reducción será mucho mayor.

—Sí. Aproximadamente a una millonésima, según creo. Owens puede darle la cifra exacta.

—La cifra exacta me tiene sin cuidado. Lo que importa es que el grado de miniaturización será más elevado todo lo que se ha intentado hasta ahora.

—Efectivamente. Pero esto nos lo dijeron ya... ¿Acaso no estaba usted escuchando?

—Por lo visto, no —dijo Grant, sombríamente—. Hay cosas que no se captan la primera vez que uno las oye. Pero, dígame, ¿cree usted que podremos soportar el inmenso honor que se nos hace en nuestra carrera de pioneros?

—Temo, Mr. Grant —dijo Michaels, acentuando el matiz de ironía que teñía sus palabras—, que no tendremos más remedio que aguantarlo. En realidad, estamos siendo ya miniaturizados; en este preciso instante; y, por lo visto, no lo había usted advertido.

—¡Dios santo! —murmuró Grant, y volvió a mirar hacia arriba, con una especie de atención helada y fija.

La base del miniaturizador brillaba con una luz incolora que resplandecía sin cesar. No parecía que la percibiesen los ojos, sino el sistema nervioso en general; de modo que, cuando Grant cerró los ojos, todos los objetos reales se desvanecieron, pero la luz permaneció visible como una vaga e informe radiación.

Michaels debió de observar cómo cerraba Grant inútilmente sus ojos, pues le dijo:

—No es luz. Ni es radiación electromagnética de clase alguna. Es una forma de energía que no pertenece a nuestro universo normal. Afecta a las extremidades nerviosas, y nuestro cerebro la interpreta como luz porque no sabe interpretarla de otro modo.

—¿Y es peligrosa?

—No, que se sepa; pero debo confesar que nada ha sido sometido a ella a un grado tan intenso como ahora.

—¡Otra vez los pioneros! —murmuró Grant.

Duval exclamó:

—¡Formidable! ¡Es como la luz de la creación!

En respuesta a la radiación, las baldosas hexagonales resplandecían debajo del buque, y el propio *Proteus* parecía encendido por dentro y por fuera. La silla en que Grant se sentaba hubiérase dicho que era de fuego, pero permanecía sólida y fresca. Incluso el aire que le envolvía se encendió, y Grant respiró la fría luz.

Sus compañeros de viaje, y sus propias manos, hallábanse envueltos en aquel fuego frío.

La mano luminosa de Duval trazó la señal de la cruz en rápido movimiento, y sus relucientes labios se movieron.

—¿Por fin tiene usted miedo, doctor Duval? —dijo Grant.

Y Duval le respondió, con voz pausada:

—No sólo se reza por miedo, sino como acción de gracias por sernos dado ver las grandes maravillas de Dios.

Grant tuvo que confesarse que también esta vez había perdido. Las cosas le estaban saliendo bastante mal.

Owens gritó:

—¡Miren las paredes!

Los muros de la habitación alejábanse ahora visiblemente, y el techo ascendía con rapidez. Todos los extremos de la espaciosa estancia aparecían envueltos en una penumbra creciente y espesa; tanto más espesa cuanto que se percibía a través de un aire resplandeciente. El miniaturizador se había convertido en algo enorme, cuyos bordes se habían perdido ya de vista. En cada hueco de sus alvéolos había una porción de aquella luz fantasmal; era como una multitud de estrellas desplazándose en un cielo negro.

Grant sintió que la emoción aplacaba su nerviosismo. Haciendo un esfuerzo, dirigió una rápida ojeada a los otros. Todos ellos miraban hacia arriba, hipnotizados por la luz, por las vastas distancias salidas de la nada, por aquella habitación convertida en universo y por aquel universo que se perdía de vista.

Sin previo aviso la luz menguó hasta adquirir un color rojo opaco, y la señal de la radio empezó a sonar con bruscas y agudas vibraciones. Grant dio un respingo.

Michaels dijo:

—Belinski sostuvo en el «Rochefeller» que las sensaciones subjetivas tenían que cambiar con la miniaturización. No se le hizo mucho caso, pero ciertamente, esa señal ha sonado de un modo distinto.

—Pero no su voz —dijo Grant.

—Esto se debe a que usted y yo estamos miniaturizados por un igual. Me refería a las sensaciones que cruzan la barrera de la miniaturización, a las sensaciones que vienen de fuera.

Grant descifró y leyó el mensaje que acababa de llegar:

—MINIATURIZACIÓN TEMPORALMENTE SUSPENDIDA. ¿VA TODO BIEN? ¡CONTESTEN EN SEGUIDA!

—¿Están todos bien? —gritó Grant irónicamente. Y, como nadie le respondiera, añadió:

—Quien calla otorga.

Y transmitió: TODO BIEN.

Carter se humedeció los resecos labios. Observó, con atención dolorosa, cómo se encendía el miniaturizador, y pensó que todos los que se hallaban en la estancia, hasta el último de los técnicos, experimentaba lo mismo que él.

Nunca, hasta entonces, se habían miniaturizado a un ser humano. Ningún objeto de las dimensiones del *Proteus* había sido miniaturizado jamás. Nada, hombre o animal, grande o pequeño, había sido miniaturizado a un grado tan extraordinario. Y la responsabilidad era suya. Toda la responsabilidad de esa prolongada pesadilla era suya.

—¡Ya empieza! —dijo, en un murmullo que era casi de entusiasmo, el técnico que estaba al cuidado del botón del miniaturizador.

La frase cundió por el sistema de comunicaciones, y Carter observó cómo el *Proteus* se encogía.

El comienzo fue muy lento, de manera que sólo podía advertirse lo que ocurría por el cambio en la posición relativa de las estructuras hexagonales del suelo en que se apoyaba el buque. Las que estaban parcialmente ocultas bajo el casco del submarino aparecieron en su totalidad, y otras que antes estaban totalmente cubiertas empezaron a mostrarse. Los hexágonos surgían alrededor del *Proteus*, y la velocidad de miniaturización fue aumentando, hasta que el buque pareció un pedazo de hielo fundiéndose sobre una superficie caliente.

Carter había observado centenares de miniaturizaciones, pero nunca le habían producido el tremendo efecto que ahora experimentaba. Era como si el buque se hundiese en un agujero

profundo, insondable, cayendo en medio de un absoluto silencio y haciéndose cada vez más pequeño, a medida que la distancia se convertía en millas, en decenas y en centenares de millas. El barco era ahora como un blanco escarabajo posado en el hexágono central, inmediatamente debajo del miniaturizador; posado en el único hexágono rojo de aquel mundo de polígonos blancos: el Módulo Cero. El *Proteus* seguía cayendo, hundándose. Carter, haciendo un esfuerzo, levantó la mano. El resplandor del miniaturizador adquirió un tono rojo opaco, y la operación se interrumpió.

—Averigüen cómo están, antes de continuar.

Cabía en lo posible que estuvieran muertos o que —y esto no sería mejor— se hallaran imposibilitados de realizar con eficacia la tarea que les había sido encomendada. En este caso, todo estaría perdido, y era mejor saberlo.

El técnico de comunicaciones dijo:

—Recibida la respuesta. Dice: TODO BIEN.

Carter pensó: Si están incapacitados para operar, es posible que no puedan darse cuenta de su incapacidad. Pero esto es algo que no tenemos manera de comprobar. Debemos pensar que todo marcha bien, si así lo dice la tripulación del *Proteus*.

—Eleven el buque —dijo.

Capítulo VII

INMERSIÓN

Con gran lentitud, el Módulo Cero empezó a ascender, como un bruñido pilar hexagonal de roja superficie y blancos costados, sosteniendo a un *Proteus* de dos centímetros y medio de anchura. Cuando la cima estuvo a un metro veinte del suelo, el aparato se detuvo.

—Listos para la fase número dos —dijo la voz de uno de los técnicos.

Carter lanzó una rápida mirada a Reid, el cual asintió con un movimiento de cabeza.

—Fase número dos —dijo Carter.

Se abrió uno de los muros, y un aparato (un gigantesco waldo, así llamado por los primitivos técnicos nucleares, que tomaron el nombre del protagonista de una novela de ciencia ficción de los años cuarenta según le habían dicho una vez a Carter) penetró en la estancia, moviéndose silenciosamente sobre chorros de aire comprimido. Tenía cuatro metros veinte de altura y consistía en una poleas montadas sobre un trípode, las cuales dirigían un brazo vertical que colgaba de un soporte horizontal. El propio brazo estaba compuesto de secciones, cada una de ellas más corta y de menores dimensiones que la inmediatamente superior. En este caso, había tres secciones, y la inferior, de unos cinco centímetros de longitud,

estaba provista de unos alambres de acero, de seis milímetros de grueso, encorvados de forma que pudiese cruzarse entre sí.

La base del aparato llevaba las iniciales FDMC, y, de bajo de ellas, la inscripción: «Manipulador de precisión MIN».

Tres técnicos habían entrado con el aparato, y, detrás de ellos, una enfermera uniformada esperaba con visible impaciencia. El cabello castaño que salía de debajo de su gorro de enfermera parecía haber sido peinado apresuradamente, como si la mujer hubiera tenido aquel día otros proyectos.

Dos de los técnicos colocaron el brazo del waldo encima del reducido *Proteus*. Para lograr un ajuste perfecto, tres finísimos rayos de luz brotaron del soporte del brazo e hirieron la superficie del Módulo Cero. La distancia entre el rayo y el centro del Módulo fue expresada en intensidad de luz sobre una pequeña pantalla circular dividida en tres segmentos que se encontraban en el centro.

Las intensidades de luz, claramente desiguales, oscilaron delicadamente mientras el tercer técnico manipulaba un disco graduado. Con habilidad nacida de la práctica, igualó en pocos segundos la intensidad de los tres segmentos hasta borrar toda separación entre ellos. Entonces el técnico accionó una palanca y fijó la posición del waldo. Los rayos determinantes del centro se apagaron, y la luz más potente de un faro iluminó el *Proteus* por reflejo indirecto.

Fue pulsado otro resorte, y el brazo bajó sobre el *Proteus*. Fue descendiendo despacio y delicadamente, mientras el técnico contenía la respiración. Era éste, probablemente, el hombre que había manipulado más objetos miniaturizados del país, y probablemente de todo el mundo (aunque, por supuesto, nadie sabía con detalle lo que ocurría en el Otro Lado), pero la operación actual no tenía precedentes.

Iba a levantar algo dotado de una masa normal mucho mayor que cuanto había manejado anteriormente, y lo que iba a levantar

contenía cinco seres humanos vivos. La menor vibración podía acarrear la muerte.

Los dientes de la parte inferior del aparato se abrieron y descendieron despacio sobre el *Proteus*. El técnico interrumpió el movimiento y comprobó con sus propios ojos la verdad de lo que revelaban sus instrumentos. Los dientes estaban perfectamente ajustados. Después empezaron a cerrarse, poco a poco, hasta que se encontraron debajo de la embarcación y formaron como una cuna enrejada y perfectamente equilibrada. Entonces descendió el Módulo Cero, y el *Proteus* quedó suspendido en aquella especie de cesta.

El Módulo Cero no se detuvo al nivel del suelo, sino que siguió hundiéndose. Durante unos momentos, sólo se vio un agujero debajo del buque suspendido. Después, empezaron a elevarse unas paredes de pulido cristal en los bordes del hueco dejado por el Módulo Cero. Cuando estas paredes, transparentes y cilíndricas, hubieron alcanzado una altura de cuarenta y cinco centímetros sobre el nivel del suelo, se vio el brillo de un líquido. El Módulo Cero ascendió de nuevo hasta llegar a ras del suelo, sosteniendo un cilindro de treinta centímetros de diámetro por un metro veinte de altura, lleno de fluido en sus dos terceras partes. El cilindro se apoyaba en una base circular de corcho, en la cual se leía la inscripción: «Solución salina».

El brazo del waldo, que había permanecido inmóvil durante esta maniobra, fue suspendido ahora sobre la solución. El buque quedó en la parte superior del cilindro, a treinta centímetros por encima del nivel de la solución.

Entonces el brazo empezó a descender, cada vez con mayor lentitud. Se detuvo cuando el *Proteus* estaba a punto de tocar el líquido, y reanudó la marcha a una velocidad registrada a la escala de uno a diez mil en el aparato de control. Las agujas de éste se movían velozmente ante los ojos del técnico, mientras el buque descendía a una velocidad inapreciable a simple vista.

¡Contacto! La embarcación siguió bajando hasta quedar medio sumergida. El técnico la mantuvo así durante unos instantes, y después, con la lentitud de siempre, fue abriendo las pinzas y, asegurándose de que los dientes no tocarían el barco, las sacó de la solución.

Con un suspiro contenido, levantó el brazo del aparato y desconectó el waldo.

—Bueno, saquémoslo de aquí —dijo a sus dos acompañantes; y, recordando de pronto, anunció en tono oficial y alterado—: ¡El buque en la ampolla, señor!

—¡Bravo! ¡Comprueben el estado de la tripulación! —dijo Carter.

El traslado desde el Módulo a la ampolla había sido delicadísimo, visto desde el mundo normal; pero todo lo contrario, visto desde el interior del *Proteus*.

Grant había radiado su mensaje de TODO BIEN, y, dominando la súbita sensación de mareo que le acometió al elevarse súbitamente la embarcación empujada por el Módulo Cero, dijo:

—Y ahora, ¿qué? ¿Más miniaturización? ¿Lo sabe alguno de ustedes?

—Antes de la nueva fase de miniaturización tenemos que sumergirnos —le respondió Owens.

—Sumergirnos, ¿dónde?

Pero esta vez no recibió respuesta. Volvió a contemplar el confuso universo de la sala de miniaturización, y entonces vio por primera vez a los gigantes.

Eran hombres, hombres que se movían a su alrededor, altos como torres en la opaca luz exterior, hombres que parecían acortarse hacia arriba y hacia abajo, como reflejados en gigantescos espejos deformantes. La hebilla de un cinturón se había convertido en un cuadrado de metal de sesenta centímetros de anchura. Un zapato, allá en lo hondo, parecía un vagón de ferrocarril. En lo alto,

una nariz como una montaña albergaba los dos túneles gemelos de sus ventanas. Los gigantes se movían con extraña lentitud.

—La impresión del tiempo —murmuró Michaels, mirando hacia arriba y consultando seguidamente su reloj.

—¿Qué? —preguntó Grant.

—Otra de las teorías de Belinski: con la miniaturización, se altera el sentido del tiempo. El tiempo normal parece alargarse y estirarse, de manera que cinco minutos parecen convertirse en diez, según calculo. Este efecto aumenta proporcionalmente con la miniaturización, pero no puedo decir con exactitud el grado de esta proporción.

Belinski carecía de los datos experimentales que ahora podríamos darle nosotros. —Mostró a Grant su reloj de pulsera—. Mire.

Grant lo miró, y consultó después el suyo. La manecilla de los segundos parecía avanzar muy lentamente. Se llevó el reloj al oído. Oyó únicamente el débil zumbido de su diminuto motor; pero este zumbido parecía ahora más grave.

—Esto es buena cosa —dijo Michaels—. Disponemos de una hora; mas, para nosotros, será como varias horas. Como muchísimas horas, tal vez.

—¿Quiere decir que nos moveremos con mayor rapidez?

—Para nosotros, nos moveremos con normalidad; pero, a los ojos de un observador del mundo exterior, creo que nos moveremos con gran rapidez, realizando una mayor actividad en un tiempo dado. Lo cual será una ventaja, si consideramos el poco tiempo de que disponemos.

—Pero...

Michaels movió la cabeza.

—¡Por favor! No puedo explicárselo con mayor claridad. Creo que comprendo la biofísica de Belinski, pero sus matemáticas están fuera de mi alcance. Tal vez Owens pueda ser más explícito.

—Se lo preguntaré después —dijo Grant—, si hay un después.

De pronto, el buque quedó nuevamente envuelto en luz, en luz blanca ordinaria. Grant advirtió que algo se movía y miró hacia la alto Algo bajaba sobre ellos; un par de pinzas gigantescas descendían a ambos lados de la embarcación.

Owens gritó:

—Comprueben todos su cinturón.

Grant no se molestó en hacerlo. Sintió un tirón a su espalda y se volvió todo lo que le permitían sus arreos. Cora le dijo:

—Sólo he querido comprobar si estaba usted bien sujeto.

—Únicamente por el cinturón —dijo Grant—, pero gracias de todos modos.

—Está bien. —Y, volviéndose hacia la derecha, dijo con solicitud —: Su cinturón, doctor Duval.

Éste respondió:

—Está bien. ¿Y el suyo?

Cora lo había aflojado al inclinarse hacia delante para sujetar el de Grant. Ahora lo apretó en el último momento.

Las pinzas habían descendido por debajo del alcance de las miradas y se estaban juntando como unas gigantescas y aplastantes mandíbulas. Grant, insensiblemente, se puso rígido. Las tenazas se detuvieron, volvieron a moverse y establecieron contacto. El *Proteus* sufrió una tremenda sacudida, y todos los de a bordo se sintieron empujados violentamente hacia la derecha y, después, con menos violencia, hacia la izquierda. Una fuerte y vibrante campanada pareció llenar todo el barco.

Después, silencio, y la clara sensación de estar suspendidos en el vacío. El buque oscilaba suavemente y temblaba todavía con mayor suavidad. Grant miró hacia abajo y vio una inmensa superficie roja que se hundía y se hacía cada vez más mate y más oscura, hasta perderse de vista. No tenía manera de saber a qué distancia se hallaban del suelo, a su actual escala; pero la sensación que experimentaba era parecida a la que sentía cuando

se asomaba a la ventana de un vigésimo piso de una casa de apartamentos.

Si un objeto del tamaño que ahora tenía el buque cayese desde esta altura, no podía sufrir grandes daños. La resistencia del aire mitigaría la caída... Pero Grant recordó vivamente una observación hecha por Owens durante la instrucción. Él mismo estaba ahora constituido por el mismo número de átomos que un hombre en su tamaño normal, y no por los que hubiesen correspondido a un objeto de sus «actuales» dimensiones. Por consiguiente, era mucho más frágil, y también lo era el barco. Una caída desde aquella altura haría añicos la embarcación y mataría a todos sus tripulantes.

Contempló la cesta que sostenía el buque y no se detuvo a pensar lo que aquélla debía parecer a un hombre normal. Para él, era un conjunto de barras de acero de treinta centímetros de diámetro, trenzadas en un armazón continuo de metal. Por el momento, se sintió seguro.

Owens, con voz entrecortada por la excitación, declaró:

—¡Ahí viene!

Grant miró rápidamente en todas direcciones antes de descubrir qué era «aquello» que venía.

La luz brotaba ahora de la lisa y transparente superficie de un círculo de cristal lo bastante grande para rodear toda una casa. El círculo ascendía, suave y velozmente; y, de pronto, en lo profundo —precisamente debajo de ellos—, brilló el reflejo irisado y titilante de las luces sobre el agua.

El *Proteus* estaba suspendido sobre un lago. Las paredes de cristal del cilindro se elevaban alrededor del barco, y la superficie del lago no parecía estar ahora a más de quince metros debajo de ellos.

Grant se retrepó en su butaca. Se imaginaba fácilmente lo que vendría ahora. Por consiguiente, estaba apercebido y no sintió ningún mareo cuando el asiento pareció hundirse debajo de él. Era una sensación muy parecida a la que había experimentado una vez en un avión que se lanzó en picado sobre el océano. El aparato que

había realizado la maniobra se había elevado de nuevo, según lo previsto; pero el *Proteus* —submarino transportado por los aires— no haría lo mismo.

Grant tensó sus músculos y, acto seguido, procuró distenderlos, a fin de que fuese su cinturón y no su cuerpo el que recibiese la sacudida. Chocaron, efectivamente, con el agua, y faltó poco para que la sacudida hiciera saltar los dientes de sus alvéolos.

Grant había esperado ver a través de la ventanilla un enorme surtidor, un muro de agua lanzado a gran altura. En vez de esto, vio una onda grandísima y delicadamente redondeada que se alejaba a gran velocidad. Después, siguieron otras ondas, mientras la embarcación penetraba en el agua.

Los dientes de las pinzas se abrieron y la embarcación se balanceó furiosamente y se detuvo, flotando e iniciando un lento giro.

Grant lanzó un profundo suspiro. Estaban sobre la superficie de un lago, sí; pero no se parecía a ninguno de los lagos que había visto.

Michaels dijo:

—¿Esperaba usted ver olas, Mr. Grant?

—Sí; en efecto.

—Debo confesarle que también yo. La mente humana es una cosa muy curiosa, Grant. Siempre espera ver lo que ya ha visto en el pasado. Hemos sido miniaturizados y colocados en un pequeño recipiente de agua. Pero a nosotros nos parece un lago, y por esto nos imaginamos que veremos olas, espuma, rompientes y todo lo demás. Pero, aparte del aspecto que tenga para nosotros, este lago no es tal, sino tan sólo un pequeño recipiente de agua, en el que se producen ondas, pero no verdaderas olas. Porque, por mucho que amplíe usted una onda, nunca será una ola.

—Bastante interesante —dijo Grant.

Las espesas ondas de fluido, que a escala normal habrían constituido pequeñas oleadas, seguían su carrera hacia fuera. Pero,

al chocar con las lejanas paredes, volvieron atrás y produjeron interferencias que rompieron las ondas en pequeños montículos, mientras el *Proteus* subía y bajaba a ritmo vivo.

—¿Interesante? —dijo Cora, indignada—. ¿Es esto todo lo que sabe decir? ¡Es sencillamente magnífico!

—Las obras de su mano —añadió Duval— son majestuosas en todas las magnitudes.

—Muy bien —dijo Grant—. Estoy de acuerdo con esto, Magnífico y majestuoso. Concedido. Pero también un poco mareante, ¿no?

—¡Oh, Mr. Grant! —dijo Cora—. Tiene usted el don de echarlo todo a perder.

—Discúlpeme —dijo Grant.

Sonó la radio, y Grant transmitió de nuevo la señal de TODO BIEN, resistiendo el impulso de decir: TODOS MAREADOS.

Sin embargo, incluso Cora parecía hallarse incómoda. Tal vez él le había infundido la idea del mareo.

—Tendremos que sumergirnos por nosotros mismos —dijo Owens—. Desabróchese el cinturón, Grant, y abra las válvulas uno y dos.

Grant se puso en pie, tambaleándose, pero satisfecho de aquella limitada libertad de movimientos que le permitía andar un poco, y se dirigió a la válvula del mamparo señalada con el número uno.

—Lo haré yo —dijo Duval.

Sus miradas se cruzaron por un instante, y Duval, como confuso al tropezar con el súbito recelo de otro ser humano, sonrió, vacilante. Grant le devolvió la sonrisa y pensó, indignado: «¿Cómo puede ella abrigar algún sentimiento por esa montaña de estupidez?».

Al abrirse las válvulas, el fluido circundante inundó los correspondientes depósitos de la nave, y el líquido se elevó a su alrededor, subiendo cada vez más.

Grant subió un trecho de escalera y preguntó:

—¿Cómo va eso, capitán Owens?

Owens movió la cabeza.

—Es difícil decirlo. Las indicaciones de los manómetros carecen de sentido. Fueron proyectados para funcionar en un océano de verdad. ¡Maldita sea! Yo no concebí el *Proteus* para «esto».

—Tampoco mi madre me concibió para esto —dijo Grant.

Estaban totalmente sumergidos. Duval había cerrado las dos válvulas, y Grant volvió a su asiento.

Sujetóse de nuevo el cinturón, con un sentimiento que era casi de placer. Una vez debajo de la superficie, habían cesado los irregulares balanceos provocados por la pequeña marea y hallábanse en una deliciosa inmovilidad.

Carter aflojó la tensión de sus puños. Hasta entonces, todo había marchado bien. TODO BIEN, había dicho desde la embarcación, convertida ahora en una capsulita que brillaba sobre la solución salina.

—Fase tres —dijo.

El miniaturizador, cuyo brillo había sido amortiguado durante toda la segunda fase, volvió a resplandecer en todo su blanco esplendor, pero sólo en las secciones centrales de aquella especie de colmena.

Carter observaba con ansiedad. Al principio, no sabía si lo que veía era objetivamente real o si era producto de su imaginación excitada. Pero, no; la nave se estaba encogiendo una vez más.

El escarabajo de dos centímetros y medio estaba menguando de tamaño, y cabía presumir que al agua contigua le ocurría lo propio. El foco del miniaturizador era intenso y seguía la dirección exacta. Carter exhaló otro suspiro ahogado. Cada fase tenía su propio peligro.

Carter se imaginó lo que hubiera podido pasar si el rayo de luz hubiera sido menos exacto, si la mitad del *Proteus* se hubiese reducido rápidamente, y la otra mitad, al borde del rayo, no hubiese

menguado o lo hubiese hecho con más lentitud. Pero no había ocurrido así, y ahuyentó la idea de su mente.

El *Proteus* era ahora como un puntito que se encogía cada vez más, hasta casi perderse de vista. De pronto, resplandeció todo el miniaturizador. Hubiese sido ya inútil enfocar el rayo en algo invisible.

«Bien, bien —pensó Carter—. Ahora, a reducirlo todo».

Y, efectivamente, el cilindro de líquido empezó a encogerse, cada vez más de prisa, hasta quedar reducido a una simple ampolla de cinco centímetros de altura y dos y medio de anchura, en alguna parte de cuyo miniaturizado fluido se hallaba el inframiniaturizado *Proteus*, del tamaño de una bacteria grande. El miniaturizador se oscureció de nuevo.

—Comuníquense con ellos —dijo Carter, con voz quebrada—. Que digan algo.

Y respiró con dificultad hasta recibir de nuevo el mensaje de TODO BIEN.

Cuatro hombres y una mujer que, solamente minutos antes, estaban ante él, de tamaño natural y llenos de vida, eran ahora unas diminutas pizcas de materia dentro de una nave del tamaño de un germen... y seguían viviendo.

Extendió las manos, con las palmas hacia abajo.

—Retiren el miniaturizador —dijo.

Y la última luz del aparato se extinguió, mientras éste era rápidamente retirado.

En un disco en blanco que había en la pared, a nivel ligeramente superior a la cabeza de Carter, apareció el número 60 en cifras negras.

Carter movió la cabeza en dirección a Reid.

—Tome el mando, Don. Disponemos de sesenta minutos a partir de este instante.

Capítulo VIII

ENTRADA

La luz del miniaturizador se había encendido de nuevo después de la inmersión, y el líquido circundante se había convertido en una especie de leche luminosa y opaca; pero nada más ocurrió que pudiese observarse desde el interior del *Proteus*. Nadie podía decir si la opacidad se extendía y si la nave seguía encogiéndose.

Grant guardó silencio durante este intervalo, y tampoco los otros dijeron palabra. Parecía como si aquello fuese a durar eternamente. Pero entonces se apagó la luz del miniaturizador y Owens gritó:

—¿Están todos bien?

Duval dijo:

—Estoy bien.

Cora asintió con la cabeza. Grant levantó una mano en ademán tranquilizador. Michaels se encogió ligeramente de hombros y dijo:

—Perfectamente.

—¡Bravo! —exclamó Owens—. Creo que hemos llegado al grado máximo de miniaturización.

Pulsó un botón que no había tocado hasta aquel momento. Durante un instante, esperó, lleno de ansiedad, esperó a que se encendiera un disco. Así ocurrió, e inmediatamente apareció en él el número 60. Los otros cuatro pudieron ver un disco parecido en la parte inferior de la nave.

La radio repiqueteó ásperamente, y Grant transmitió el TODO BIEN. Por un momento, todos tuvieron la impresión de haber llegado a un punto culminante.

Grant dijo:

—Dicen desde fuera que hemos llegado al máximo de miniaturización. Acertó usted, capitán Owens.

—Y aquí estamos —dijo Owens, suspirando audiblemente.

Grant pensó: «La miniaturización ha terminado, pero no la misión. Ésta no ha hecho más que empezar. Sesenta. Sesenta minutos». Después, dijo en voz alta:

—¿Por qué vibra la nave, capitán Owens? ¿Acaso algo funciona mal?

—También yo lo percibo —dijo Michaels—. Es una vibración irregular.

—Yo también la siento —dijo Cora.

Owens bajó de su ampolla, enjugándose la frente con un gran pañuelo.

—No podemos evitarlo —dijo—. Es el movimiento de Brown.^[3]

Michaels levantó las manos y lanzó un «¡Dios mío!» de impotencia y resignada comprensión.

—¿Qué movimiento? —preguntó Grant.

—El de Brown, si se empeña en saberlo. Robert Brown, botánico escocés del siglo XVIII, fue el primero en observarlo. Desde todos los lados, estamos siendo bombardeados por moléculas de agua. Si tuviéramos nuestro tamaño natural, las moléculas serían tan diminutas, en relación con nosotros, que la colisión no nos afectaría en absoluto. Sin embargo, el hecho de haber sido hasta tal punto miniaturizados produce aproximadamente el mismo resultado que experimentaríamos si hubiésemos permanecido en nuestro tamaño y todo lo que nos rodea hubiese sido terriblemente aumentado.

—Como el agua que nos envuelve.

—Exacto. Hasta ahora, la cosa tiene poca importancia. El agua que nos rodea ha sido miniaturizada en parte. Sin embargo, cuando

entremos en el torrente sanguíneo, cada molécula de agua pesará, a nuestra escala actual, un miligramo aproximadamente. Todavía serán demasiado pequeñas para afectarnos individualmente, pero sufriremos el impacto simultáneo de millares de ellas, en todas direcciones, y los golpes no estarán repartidos de un modo uniforme. Es posible que, en un momento dado, las moléculas que nos golpeen por el lado derecho superen en varios centenares a las del lado izquierdo, y su fuerza combinada nos impulse hacia la izquierda. Un instante después, podemos vernos empujados hacia abajo, y así sucesivamente. La vibración que percibimos ahora es resultado de estos impactos irregulares de las moléculas. Más adelante será mucho peor.

—Magnífico... —gruñó Grant—. Bienvenido, señor mareo.

—Sólo durará una hora, como máximo —dijo Cora, irritada—. Quisiera que dejase de comportarse como un niño.

Michaels dijo, con visible preocupación:

—¿Resistirá la nave su embate, Owens?

—Supongo que sí —respondió el interpelado—. Hice algunos cálculos anticipados sobre ello, y, por lo que ahora siento, creo que fueron bastante acertados. Podremos resistirlo.

—Aunque la nave sea batida y aplastada, es preciso que aguante el bombardeo durante un rato —dijo Cora—. Si todo sale bien, podemos llegar hasta el coágulo y deshacerlo en quince minutos o menos. Después, la cosa tiene ya poca importancia.

Michaels descargó un puñetazo sobre el brazo de su butaca.

—Está usted diciendo tonterías, Miss Peterson. ¿Qué supone que ocurriría si lográbamos llegar hasta el coágulo, destruirlo y restaurar la salud de Benes, e inmediatamente después quedaba el *Proteus* aplastado y convertido en un montón de chatarra? Quiero decir, sin tomar en cuenta nuestra muerte, la cual estoy dispuesto a conceder, teóricamente, que no tiene importancia. Significaría la muerte de Benes.

—Sabemos esto —terció Duval, muy estirado.

—Por lo visto, su ayudante no lo sabe. Si la nave quedase hecha pedazos, Miss Peterson, entonces, al terminar los sesenta minutos, digo mal, los cincuenta y nueve minutos, cada fragmento individual, por pequeño que fuese, recobraría su tamaño normal. Incluso si el buque se desintegraba en átomos, cada átomo aumentaría de tamaño y nuestra materia y la del barco penetraría en los tejidos de Benes.

Michaels hizo una profunda inspiración que sonó como un ronquido, y prosiguió:

—Será fácil extraernos del cuerpo de Benes, mientras permanezcamos intactos. En cambio, si la nave se rompe en pedazos, será imposible extraer cada uno de sus fragmentos. Hagan lo que hagan, siempre quedarán los fragmentos suficientes para matarle en cuanto se produzca la desminiaturización. ¿Lo comprende ahora?

Cora pareció hundirse dentro de sí misma.

—No había pensado en esto.

—Pues piense en ello —dijo Michaels—. Y usted también, Owens. Y ahora pregunto de nuevo: ¿resistirá el *Proteus* el movimiento de Brown? No quiero decir hasta que lleguemos al coágulo, sino hasta que hayamos llegado a él, lo hayamos eliminado y estemos de «regreso». Reflexione antes de responder, Owens. Si no cree usted que la nave puede sobrevivir, no tenemos derecho a seguir adelante.

—Bueno —dijo Grant—, deje usted de perorar, doctor Michaels, y dele al capitán Owens oportunidad de explicarse.

Owens dijo, tenazmente:

—No tenía una opinión definida hasta que percibí el movimiento parcial que ahora experimentamos. Tengo la convicción de que podremos resistir durante sesenta minutos el bombardeo en toda su intensidad.

—La cuestión es: ¿debemos correr el riesgo, fundándonos únicamente en la impresión del capitán Owens?

—Nada de eso —dijo Grant—. La cuestión es: ¿acepto yo la tesis del capitán Owens sobre la situación? Tenga la bondad de recordar que el general Carter dijo que era yo quien debía tomar las decisiones. Y acepto la declaración de Owens simplemente porque no puedo consultar, entre los presentes, a otra persona más autorizada o que conozca el buque mejor que él.

—Entonces —dijo Michaels—, ¿cuál es su decisión?

—Acepto la opinión de Owens. Seguiremos adelante.

—Estoy de acuerdo con usted, Grant —dijo Duval.

Michaels enrojeció ligeramente y asintió con la cabeza.

—Está bien, Grant. No hice más que una observación que me pareció justa.

Se sentó. Grant dijo:

—Una observación muy acertada y que me complace que la hiciera.

Había permanecido en pie, junto a la ventanilla. Cora se acercó a él al cabo de un momento y le dijo en voz baja:

—No me ha parecido usted asustado, Grant.

Éste sonrió sin la menor alegría.

—Porque soy un buen actor, Cora. Si la responsabilidad de la decisión hubiese incumbido a otro, habría pronunciado un terrible discurso instando a que nos largáramos de aquí. Ya lo ve: mis sentimientos son de cobardía, pero procuro no tomar decisiones cobardes.

Cora le observó durante unos instantes.

—Tengo la impresión, Mr. Grant, de que a veces hace un gran esfuerzo por parecer peor de lo que es en realidad.

—¡Oh! No lo sé. Tengo propensión a...

En aquel preciso instante, el *Proteus* se movió convulsivamente, primero a un lado, después al otro, en un terrible zarandeo.

«¡Dios mío! —pensó Grant—. ¡Estamos zozobrando!».

Asió a Cora de un brazo y la condujo a su butaca. Después, con grandes dificultades, pudo llegar a la suya, mientras Owens oscilaba

y daba tumbos, intentando subir por la escalera.

—¡Maldita sea! —gritó—. ¡Podían habernos avisado!

Grant se agarró a su butaca y miró el reloj, que marcaba 59. Un minuto muy largo, pensó. Michaels había dicho que el sentido del tiempo se retrasaba con la miniaturización, y había acertado. Tendrían más tiempo para la reflexión y para la acción.

Más tiempo, también, para el recelo y el pánico.

El *Proteus* se movió todavía con mayor violencia. ¿Reventaría la nave incluso antes de haber empezado su misión?

Reid ocupó el lugar de Carter en la ventanilla. La ampolla, con sus escasos milímetros de agua parcialmente miniaturizada, en la que estaba sumergido el totalmente miniaturizado y completamente invisible *Proteus*, brillaba sobre el Módulo Cero como una rara gema sobre un cojín de terciopelo.

Reid pensó en esta metáfora, pero le produjo escaso consuelo. Los cálculos habían sido precisos, y la técnica de la miniaturización podía lograr tamaños capaces de rivalizar con la precisión del cálculo. Sin embargo, este cálculo había sido realizado precipitadamente en el curso de unas horas, por medio de un sistema de cómputo que no había sido comprobado.

Claro que, si el tamaño alcanzado resultaba ligeramente equivocado, podía corregirse; pero el tiempo necesario para ello habría de descontarse de los sesenta minutos... que serían cincuenta y nueve dentro de quince segundos.

—Fase cuatro —dijo.

El waldo se había situado ya sobre la ampolla, con la pinza dispuesta para una toma horizontal, en vez de vertical. De nuevo fue centrado el aparato, y de nuevo descendió el brazo y se juntaron las pinzas con extraordinaria suavidad.

La ampolla quedó sostenida con la misma firmeza y cariño con que una leona agarraría a su revoltoso cachorro.

Y por fin le llegó el turno a la enfermera. Ésta avanzó a paso vivo, se sacó una cajita del bolsillo y la abrió. Extrajo de ella un pequeño cilindro de cristal, sosteniéndolo delicadamente por su cabeza plana, colocada sobre un cuello ligeramente comprimido. Después lo colocó verticalmente sobre la ampolla y lo introdujo en ésta unos milímetros, hasta que la presión del aire lo sostuvo inmóvil. Lo hizo girar suavemente, y dijo:

—Émbolo ajustado.

Reid, en su elevado observatorio, sonrió aliviado, y Carter hizo un movimiento aprobatorio con la cabeza.

La enfermera esperó y el waldo levantó lentamente el brazo. Despacio, muy despacio, eleváronse la ampolla y el émbolo, descubriendo aquélla un fino cañoncito en la plana superficie inferior. El pequeño orificio del émbolo estaba obstruido por una delicada película de plástico que había de romperse a la menor presión, pero que evitaba la filtración del líquido mientras permaneciera intacta.

Con rápidos movimientos, la enfermera sacó de la cajita una bruñida aguja de acero y la ajustó al pequeño tubo.

—Colocada la aguja —dijo.

La primitiva ampolla había quedado convertida en una jeringuilla de inyecciones.

Un segundo juego de pinzas emergió del waldo, sujetó la cabeza del émbolo y la mantuvo fija. Después, todo el aparato empezó a moverse suavemente en dirección a la doble puerta, que se abrió de par en par al acercarse aquél.

Ningún ser humano hubiese podido advertir a simple vista el menor movimiento en el líquido transportado por la máquina. Sin embargo, tanto Carter como Reid sabían muy bien que las más microscópicas oscilaciones serían como terribles temporales para la tripulación del submarino *Proteus*.

Cuando el aparato entró en la sala de operaciones y se detuvo junto a la mesa, Carter, sabedor de aquella circunstancia, ordenó:

—¡Comuniquen con el *Proteus*!

La respuesta fue: TODO BIEN, AUNQUE CON ALGÚN MOVIMIENTO. Carter sonrió.

Benes yacía sobre la mesa de operaciones y constituía el segundo foco de interés en el quirófano. La manta térmica lo cubría hasta el cuello. Finos tubos de caucho unían la manta al aparato térmico colocado debajo de la mesa de operaciones.

Un grupo de sensibles detectores, encaminados a revelar la presencia de emisiones radiactivas, hallábase dispuesto en tosco semicírculo alrededor de la afeitada y cuadrículada cabeza de Benes.

Un equipo de cirujanos enmascarados y de ayudantes rodeaba a Benes. Todos ellos tenían solemnemente fija la mirada en la máquina que se iba aproximando. La cifra del reloj que se destacaba en la pared pasó en aquel momento de 59 a 58.

El waldo se detuvo junto a la cama.

Dos de los aparatos registradores empezaron a desplazarse, como si de repente hubiesen cobrado vida. Obedeciendo la orden a distancia de uno de los técnicos, se colocaron a ambos lados de la jeringuilla, uno junto a la ampolla, y el otro junto a la aguja.

Una pequeña pantalla colocada sobre la mesa del técnico se iluminó con una luz verdosa mientras aparecía en ella una manchita, que después se extinguió, volvió a surgir, se extinguió de nuevo, y así sucesivamente.

—Se están recibiendo señales de radiactividad del *Proteus* —dijo el técnico.

Carter juntó las manos con un fuerte chasquido y reaccionó con una sonrisa de solemne satisfacción. Acababa de superarse otro escollo, un escollo sobre el que no había querido reflexionar. Y es que no era simple radiactividad lo que había que detectar, sino unas partículas radiactivas que habían sido también miniaturizadas y las cuales, debido a su increíble pequeñez, a su tamaño infraatómico, podían pasar a través de un registrador corriente sin afectarlo. Por

consiguiente, había, ante todo, que desminiaturizar las partículas, y la necesaria conexión entre el desminiaturizador y el aparato registrador había tenido que improvisarse durante las agitadas horas de aquella madrugada.

El waldo, que sostenía la jeringuilla, empezó ahora a ejercer una suave y creciente presión sobre el émbolo. La frágil barrera de plástico entre la ampolla y la aguja se rompió, y, al cabo de un instante, apareció una pequeña gota en la punta de la aguja. La gota cayó dentro de un recipiente, seguida de otra y de una tercera.

El nivel del agua del interior de la ampolla, empujado por el émbolo, descendió. Y entonces la manchita cambió de posición en la pantalla del técnico.

—El *Proteus* en la aguja —anunció aquél.

El émbolo se inmovilizó.

Carter miró a Reid.

—¿Ya?

Reid asintió con la cabeza y dijo:

—Podemos inyectar.

La aguja hipodérmica se inclinó fuertemente, dirigida por los dos juegos de pinzas, y el waldo se movió de nuevo, en dirección a una región del cuello de Benes que una enfermera frotó apresuradamente con alcohol. En el cuello había un círculo marcado, y, en medio del círculo, una pequeña cruz; la aguja hipodérmica apuntó al centro de esta cruz, mientras la seguían los aparatos registradores.

Hubo un momento de vacilación al tocar el cuello la punta de la aguja. Inmediatamente, ésta pinchó y se introdujo a la profundidad prescrita. El émbolo empujó suavemente, y el técnico encargado de los aparatos registradores anunció:

—El *Proteus* ha sido inyectado.

El waldo se retiró inmediatamente, y una red de antenas registradoras se extendió sobre la cabeza y el cuello de Benes.

—Iniciada la operación de seguimiento —anunció el técnico en radiactividad, pulsando un botón.

Media docena de pantallas se iluminaron, cada una de ellas con su aguja indicadora en posición diferente. La información de estas pantallas era transmitida a un computador que controlaba el enorme mapa del sistema circulatorio de Benes. En este mapa, apareció un punto brillante en la arteria carótida, la arteria en que había sido inyectado el *Proteus*.

A Carter le hubiera gustado rezar, pero no sabía hacerlo. Sobre el mapa, parecía muy pequeña la distancia entre el punto luminoso y el emplazamiento del coágulo de sangre en el cerebro.

Carter observó la cifra 57 en el reloj, y siguió después el inconfundible y bastante rápido movimiento del punto luminoso a lo largo de la arteria y en dirección al coágulo.

Cerró un momento los ojos y pensó: «¡Por favor! Si hay algo por encima de nosotros, en alguna parte, le pido “por favor” que nos ayude».

Grant, esforzándose por dominar el temblor de su voz anunció:

—Estamos cerca de Benes. Dicen que nos introducirán en la aguja y, después, en el cuello. Yo les he dicho que aquí tenemos un poco de movimiento. ¡Uf! ¡Un poco de movimiento...!

—Bien —dijo Owens.

Y empezó a luchar con los mandos, tratando de adivinar los movimientos oscilatorios para contrarrestar sus efectos. Lo cierto es que tuvo poco éxito.

—Oiga —dijo Grant—, ¿por qué..., por qué tienen que meternos en la... en la aguja?

—En ella estaremos más comprimidos. Entonces el movimiento de la aguja nos afectará muy poco. Y... otra cosa. Conviene inyectar a Benes la menor cantidad posible de agua miniaturizada.

—¡Oh! —dijo Cora.

Tenía el cabello despeinado, y, al tratar de apartarlo de delante de sus ojos, se tambaleó, a punto de caerse. Grant trató de sostenerla, pero Duval la había asido ya vigorosamente por un brazo.

La oscilación cesó con la misma brusquedad con que había empezado.

—Ya estamos en la aguja —dijo Owens, con alivio, y encendió las luces exteriores de la nave.

Grant miró hacia delante. Había poco que ver. La solución salina parecía centellear como una nube de ínfimas luciérnagas. A una enorme altura y a una gran profundidad, percibíase la curva lejana de algo que brillaba más intensamente. ¿Las paredes de la aguja?

Le asaltó un súbito temor. Se volvió a Michaels.

—Doctor...

Michaels tenía los ojos cerrados. Los abrió de mala gana y volvió la cabeza en la dirección de la voz.

—Diga, Mr. Grant.

—¿Qué ve usted?

Michaels miró hacia delante y respondió:

—Destellos.

—¿Ve algo con claridad? ¿No le da la impresión de que todo baila a nuestro alrededor?

—Sí. Todo baila.

—¿Significa esto que nuestros ojos han sido afectados por la miniaturización?

—No, no, Mr. Grant. —Michaels suspiró, cansadamente—. Si teme quedarse ciego, olvídelo. Mire al interior del *Proteus*. Míreme a mí. ¿Observa algo anormal?

—No.

—Muy bien. Usted ve ondas de luz miniaturizadas, con su retina también reducida, y todo le parece normal. Pero cuando las ondas luminosas se extienden a un medio menos miniaturizado o sin miniaturizar en absoluto, entonces no se reflejan fácilmente. En

realidad, son enormemente penetrantes, y sólo vemos reflejos intermitentes aquí y allá. Por consiguiente, todo lo de ahí fuera parece que baile ante nuestros ojos.

—Comprendo. Gracias, doctor —dijo Grant.

Michaels volvió a suspirar.

—Ojalá recobre mis piernas de marinero —dijo—. Esa luz oscilante y el movimiento de Brown me están dando dolor de cabeza.

—¡Allá vamos! —gritó Owens, de pronto.

Ahora se deslizaban hacia delante. La sensación era inconfundible. Las lejanas y curvas paredes de la aguja hipodérmica parecían más sólidas, al confundirse y mezclarse los reflejos de la luz miniaturizada. Era como deslizarse en un patín de ruedas por una pendiente infinita.

En lo alto, la solidez pareció terminar en un diminuto y titilante círculo. Después el círculo se ensanchó, despacio al principio, más velozmente después, hasta abrirse en un increíble abismo, y todo pareció fluctuar.

—Hemos llegado a la arteria carótida —dijo Owens. El reloj marcaba la cifra 56.

Capítulo IX

ARTERIA

Duval miró a su alrededor con arrobamiento.

—¡Imagínense! —dijo—. Estamos en el interior de un cuerpo humano; dentro de una arteria. ¡Owens! ¡Apague las luces interiores, por favor! ¡Contemplemos la obra de Dios!

Las luces interiores se apagaron; pero una especie de luz fantástica llegaba desde fuera, producto del reflejo de los focos miniaturizados de la proa y de la popa de la nave.

Owens mantenía el *Proteus* virtualmente inmóvil en relación con el torrente sanguíneo arterial, dejando que aquél se deslizase impulsado por la corriente que nacía del corazón.

—Creo que pueden quitarse los cinturones —dijo.

Duval se liberó del suyo en un instante, y Cora se plantó inmediatamente a su lado. Ambos se lanzaron a la ventanilla, en una especie de maravillado éxtasis. Michaels se levantó más despacio, miró a los otros dos y después se enfrascó en un atento estudio de su mapa.

—Magnífica precisión —dijo, con los labios apretados.

—¿Cree que podíamos haber sido inyectados fuera de la arteria? —preguntó Grant.

Michaels le observó un instante con mirada ausente. Después respondió:

—¡Oh..., no! Esto era muy improbable. Pero podíamos haber penetrado junto al punto de unión con una arteria afluyente y ser incapaces de mantenernos en la corriente arterial, en cuyo caso habríamos perdido tiempo buscando una ruta alternativa y más lenta. Tal como ha ido la cosa, la nave se encuentra exactamente donde debía estar —dijo, temblándole la voz.

Grant comentó, animoso:

—Hasta ahora, todo parece marchar perfectamente.

—Sí. —Una pausa, y a continuación, apresuradamente—: Situados aquí, nos vemos favorecidos por la facilidad del medio, la rapidez de la corriente y la brevedad de nuestra ruta; podríamos llegar a destino en el mínimo de tiempo.

—Estupendo —dijo Grant, asintiendo con la cabeza y volviéndose hacia la ventanilla.

Casi inmediatamente, se sintió desconcertado y extasiado ante tanta maravilla.

La lejana pared parecía hallarse a casi un kilómetro de distancia y resplandecía como ámbar brillante y con luz intermitente, pues quedaba casi oculta por una enorme mezcolanza de objetos que flotaban cerca de la embarcación.

Se hallaban en un acuario inmenso y exótico, y todo su campo visual rebullía, no de peces, sino de objetos extraños. Una especie de grandes neumáticos, con el centro deprimido pero no perforado, eran los más numerosos. El diámetro de cada uno de ellos medía aproximadamente el doble que el del buque, y todos tenían un color paja anaranjado y lanzaban intermitentes destellos, como si llevaran diamantes incrustados.

—El color es un poco engañoso —dijo Duval—. Si fuese posible desminiaturizar las ondas luminosas al salir de la nave y miniaturizar su reflejo, saldríamos ganando mucho. Es importantísimo que el reflejo sea lo más exacto posible.

—Tiene usted toda la razón, doctor —dijo Owens—, y los trabajos de Johnson y Antoniani sostienen que esto puede llegar a

ser posible. Desgraciadamente, su técnica no tiene por ahora aplicación en la práctica, y, aunque la tuviera, no habríamos podido adaptar el buque a tal objeto en una sola noche.

—Supongo que no —dijo Duval.

—Pero aunque el reflejo no sea exacto —dijo Cora, en tono devoto—, el espectáculo es de por sí maravilloso. Son como blandos y aplastados globos que hubieran atrapado millones de estrellas.

—En realidad, son glóbulos rojos de la sangre —dijo Michaels a Grant—. Rojos en su conjunto, pero pajizos individualmente. Los que está usted viendo provienen directamente del corazón y llevan su carga de oxígeno a la cabeza y, en especial, al cerebro.

Grant siguió mirando a su alrededor, maravillado. Además de aquellos corpúsculos, había otros objetos más pequeños; menudeaban, por ejemplo, unos que eran planos y tenían forma de plato. (Plaquetas, pensó Grant, como si las formas de los objetos despertaran en él olvidados recuerdos de cuando estudiaba fisiología en el colegio).

Una de las plaquetas se acercó suavemente a la nave; tanto, que Grant sintió deseos de alargar una mano para cogerla. Se aplastó lentamente, en contacto con el buque, y se alejó, dejando partículas de su propia sustancia pegadas a la ventanilla; una mancha que se fue borrando poco a poco.

—No se rompió —dijo Grant.

—No —dijo Michaels—. Si se hubiese roto, se habría formado un pequeño coágulo a su alrededor. Supongo que no lo bastante grande para resultar peligroso. Sin embargo, si fuese mayor nuestro tamaño, podríamos hallarnos en dificultades. ¡Vea aquello!

Grant miró en la dirección señalada por el dedo del doctor. Vio unos objetos menudos y en forma de varilla, que empujaban fragmentos y desperdicios, y, sobre todo, glóbulos rojos y más glóbulos rojos. Después descubrió la cosa que le señalaba Michaels.

Era grande, lechosa y pulsátil. Tenía aspecto granuloso, y en su interior percibíase un negro centelleo, unos destellos negros tan intensos que eran como una antiluz cegadora.

Dentro de su masa había una zona más oscura que mantenía, dentro del ámbito lechoso, una forma regular e inmutable. La silueta del objeto era bastante confusa; de pronto, apareció una especie de ensenada lechosa en la pared de la arteria, y aquella masa pareció sumergirse en ella. Se perdió de vista, oscurecida por los objetos más próximos y perdiéndose en el remolino.

—¿Qué diablos era eso? —preguntó Grant.

—Una célula blanca, naturalmente. Son poco numerosas, al menos en relación con los glóbulos rojos. Hay unos seiscientos cincuenta de éstos por cada una de aquéllas. En cambio, los glóbulos blancos son mucho mayores y pueden moverse con independencia. Algunos de ellos pueden salir incluso del vaso sanguíneo. Vistos a esta escala, infunden temor. No quisiera que otro se nos acercase más que éste.

—Son los basureros de la sangre, ¿no?

—Sí. Nosotros tenemos el tamaño de una bacteria pero nuestra piel es metálica y no mucopolisacaroidea como la de las células. Creo que los glóbulos blancos advertirán la diferencia y que, mientras no lesionemos los tejidos que nos rodean, nos dejarán en paz.

Grant intentó no prestar demasiada atención a los objetos particulares y concentrarla en el panorama total. Se echó atrás y entornó los párpados.

¡Era como un baile! Todos los objetos se movían en su respectiva posición. Cuanto más pequeños eran, más acusada era su agitación. Parecía un ballet colosal y frenético en que el coreógrafo se hubiese vuelto loco y los bailarines se hubieran lanzado a una danza eternamente insensata.

Grant cerró los ojos.

—¿Lo perciben ustedes? Me refiero al movimiento de Brown.

—Sí —respondió Owens—. Pero no es tan malo como temía. El torrente sanguíneo es viscoso, mucho más viscoso que la solución salina en que estuvimos antes, y el alto grado de viscosidad amortigua el movimiento.

Grant notó que el barco se movía bajo sus pies, primero en un sentido y después en otro, pero de un modo amortiguado, no con la brusquedad de cuando estaban todavía en la jeringuilla. El contenido proteínico de la porción fluida de la sangre, las «proteínas del plasma» (este término vino a la memoria de Grant desde un remoto pasado) servían de amortiguador a la nave.

No estaba mal. Se sintió animado. Tal vez todo terminaría bien.

—Les aconsejo que vuelvan todos a sus asientos —insinuó Owens—. Nos estamos aproximando a una ramificación de la arteria y voy a acercarme a uno de los lados.

Los otros ocuparon sus asientos, sin dejar de mirar asombrados a su alrededor.

—Es una lástima que sólo dispongamos de unos minutos para contemplar esto —dijo Cora—. Doctor Duval, ¿qué son aquellas cosas?

Una masa de estructuras diminutas, pegadas unas a otras y formando como un tubo en espiral, pasó a poca distancia. Las siguieron otras, que se dilataban y contraían a medida que avanzaban.

—¡Oh! —dijo Duval—. Ignoro lo que es «eso».

—Tal vez un virus —sugirió Cora.

—Demasiado grandes para ser virus, creo yo; además, no se parecen a ninguno de los que conozco. ¿Podríamos tomar alguna muestra, Owens?

—Podemos salir de la nave en caso necesario —respondió Owens—, pero podemos no detenernos a recoger muestras.

—Vamos, jamás volveremos a tener una oportunidad como ésta —dijo Duval, tercamente, poniéndose en pie—. Pescaremos una de esas piezas. Usted, Miss Peterson...

—Este barco tiene una misión, doctor —dijo Owens.

—No me importa lo que... —empezó Duval, pero se interrumpió al sentir la firme mano de Grant sobre uno de sus hombros.

—Por favor, doctor —dijo Grant—, no discutamos por esto. Tenemos una misión que cumplir, y no vamos a detenernos, ni a desviarnos, ni a disminuir la marcha por otras cosas. Creo que lo comprenderá y no insistirá sobre ello.

A la incierta y titilante luz reflejada por la arteria, Duval frunció visiblemente el ceño.

—Está bien —dijo, de mala gana—. De todos modos, han pasado de largo.

—Una vez hayamos terminado este trabajo, doctor Duval —dijo Cora—, se perfeccionarán los métodos de miniaturización y se logrará una duración indefinida. Entonces podremos realizar una verdadera exploración.

—Sí, creo que tiene razón.

Owens anunció:

—Pared arterial a la derecha.

El *Proteus* había descrito una amplia curva, y la pared parecía encontrarse ahora a unos treinta metros de distancia. El endotelio ambarino y ligeramente acanalado que formaba el revestimiento interior de la arteria, podía verse ahora claramente y con todo detalle.

—¡Ah! —exclamó Duval—. ¡Cómo podría estudiarse aquí la arteriosclerosis! Se pueden contar las placas.

—Y también podrían arrancarse, ¿no? —preguntó Grant.

—Desde luego. Piense en el futuro. Podría enviarse una embarcación a través del sistema arterial obstruido, limpiar las regiones esclerotizadas y despegar, horadar y drenar los conductos. Aunque el tratamiento sería carísimo, naturalmente.

—Tal vez podría hacerse de un modo automático —dijo Grant—, enviando pequeños robots de limpieza a despejar el camino, O acaso podría inyectarse al hombre, durante su primera infancia, un

equipo permanente de limpieza... ¡Dios mío! ¡Qué largo es este túnel!

Se habían acercado todavía más a la pared de la arteria, y en sus proximidades la navegación era más agitada. Sin embargo, mirando hacia delante, la pared continuaba a lo largo de lo que parecía interminables kilómetros, hasta perderse de vista.

—El sistema circulatorio —dijo Michaels— tendría, contando todos sus vasos y empalmándolos unos a continuación de otros, una longitud de ciento sesenta mil kilómetros; creo que ya se lo dije hace un rato.

—No está mal —dijo Grant.

—Ciento sesenta mil kilómetros a escala «no» miniaturizada. A nuestra escala actual —hizo una pausa para calcular— equivaldrían a más de cuatro trillones y medio de kilómetros, o sea, medio año luz. Recorrer todos los vasos de Benes, en nuestro estado actual, sería tanto como hacer un viaje hasta una estrella.

Miró aprensivamente a su alrededor. Ni su seguridad hasta aquel momento, ni la belleza de cuanto les rodeaba, parecían haberle consolado mucho.

Grant procuró mostrarse animoso.

—Al menos el movimiento de Brown no es muy intenso —dijo.

—No —convino Michaels. Y añadió—: No salí muy bien parado cuando, hace un momento, discutimos el movimiento browniano.

—Tampoco Duval en el asunto de las muestras. En realidad, creo que ninguno de nosotros nos sentimos «realmente» bien.

Michaels tragó saliva.

—Duval se mostró muy ingenuo al querer detenerse a recoger muestras.

Movió la cabeza y volvió al mapa que se veía sobre un pupitre junto a la pared. Este mapa, y el punto luminoso y móvil que aparecía en él, eran idénticos a la versión más ampliada del cuarto de control y a la más reducida de la cabina de Owens.

—¿Qué velocidad llevamos? —preguntó.

—Quince nudos —respondió Owens—. A nuestra escala.

—A nuestra escala, naturalmente —dijo Michaels, ásperamente. Sacó una regla de cálculo e hizo una rápida operación—. Llegaremos al ramal dentro de dos minutos. Manténgase a la misma distancia de la pared al girar. De este modo se encontrará en el centro del ramal y podrá avanzar hasta la red capilar, sin nuevas desviaciones. ¿Está claro?

—¡Muy claro!

Grant espero, sin dejar de mirar por la ventanilla. Sus ojos tropezaron un instante con el perfil de Cora, pero ni siquiera la curva de su mentón fue capaz de distraer su atención del paisaje exterior.

¿Dos minutos? ¿Cuánto tiempo sería? ¿Dos minutos, tal como eran perceptibles por ellos en su estado de miniaturización? ¿O dos minutos según el reloj? Volvió la cabeza en dirección a éste. Marcaba 56, y, mientras lo estaba observando, se borró esta cifra y apareció, muy despacio, el número 55.

La nave experimentó una brusca sacudida que casi lanzó a Grant de su asiento.

—¡Owens! —gritó—. ¿Qué ha pasado?

—¿Hemos chocado con algo? —preguntó Duval.

Grant se dirigió, tambaleándose, a la escalera y trepó por ella.

—¿Alguna avería? —preguntó.

—No lo sé. —Owens tenía el rostro contraído por el esfuerzo—. El barco no me obedece.

La tensa voz de Michaels llegó hasta ellos:

—Corrija el rumbo, capitán Owens. Nos estamos acercando a la pared.

—Ya... ya lo sé —jadeó Owens—. Nos hemos metido en una especie de corriente.

—Siga probando —dijo Grant—. Haga lo que pueda.

Bajó la escalera y, apoyando la espalda en ella para mantener el equilibrio, dijo:

—¿Cómo puede haber una corriente cruzada? ¿Acaso no seguimos la corriente arterial?

—Sí —dijo Michaels, rotundamente, pero pálido como la cera—. No puede haber nada que nos empuje de este modo hacia un lado. —Señaló la pared arterial, que estaba ahora mucho más próxima y seguía acercándose—. Algo debe de andar mal en los mandos. Si chocamos contra la pared y la lesionamos, puede formarse un coágulo a nuestro alrededor, donde quedaremos atascados, o bien pueden reaccionar las células blancas.

—Pero esto es imposible en un sistema cerrado —dijo Duval—. Las leyes de la hidrodinámica...

—¿Un sistema cerrado? —dijo Michaels, arqueando las cejas. Haciendo un esfuerzo, volvió junto a sus mapas y murmuró—: Es inútil. Necesitaría una ampliación mayor, y aquí es imposible obtenerla. Por el amor de Dios, Owens, ¡manténgase apartado de la pared!

—Lo estoy intentando, ¡maldita sea! —gritó Owens—. Le digo que hay una corriente contra la que no puede luchar.

—No trate de hacerlo directamente —dijo Grant—. Enderece la posición del buque y procure únicamente que siga paralelo al muro.

Ahora estaban lo bastante cerca de la pared para percibir todos sus detalles. Las fibras de tejido conjuntivo que constituían su principal apoyo eran como armazones, casi como arcadas góticas, de color amarillento y brillantes a causa de una capa de lo que parecía una sustancia grasa.

Las fibras conjuntivas se estiraban y arqueaban, separándose, como si toda la estructura se expandiese, y seguidamente se encogía, para dilatarse de nuevo. Grant no tuvo que preguntarlo para saber que lo que estaba viendo era la pulsación arterial producida por los latidos del corazón.

Los bandazos de la embarcación eran cada vez más violentos. La pared se había acercado todavía más y tenía ahora un aspecto rugoso. Las fibras conjuntivas se habían desprendido en algunos

puntos, como si también hubieran sufrido los embates de la corriente, pero durante mucho más tiempo que el *Proteus*, y empezaron a ceder a la tensión. Oscilaban como los cables de un puente gigantesco, acercándose a la ventanilla, deslizándose hacia atrás y produciendo destellos amarillos al recibir la luz de los inquietos faros de la proa del buque.

Al ver acercarse una de ellas, Cora lanzó un grito de agudo terror.

—¡Cuidado, Owens! —gritó Michaels.

—La arteria está lesionada —murmuró Duval.

Pero la corriente giró alrededor del vivo contrafuerte, arrastrando la embarcación e inclinándola con tal fuerza que todos se sintieron irremediabilmente lanzados contra la pared izquierda de la embarcación.

Grant, cuyo brazo izquierdo había sufrido un doloroso golpe, asió a Cora con el otro y logró que la joven se mantuviese en pie. Mirando fijamente frente a él, trataba de descubrir lo que ocultaba la luz centelleante.

—¡Un remolino! —gritó—. Ocupen todos sus asientos y abróchense los cinturones.

Todas las partículas, glóbulos rojos y demás, parecían virtualmente inmóviles al otro lado de la ventanilla, al ser arrastradas por el mismo torbellino, mientras se hacía confusa la amarilla estructura de la pared.

Duval y Michaels llegaron con dificultad a sus asientos y empezaron a abrocharse los cinturones.

—Veo una especie de abertura ante nosotros —gritó Owens.

Grant dijo a Cora, en tono apremiante:

—Vamos, siéntese en su butaca.

—Es lo que estoy «tratando» de hacer —contestó jadeante ella.

Desesperadamente, luchando por mantenerse en pie en el inclinado suelo, Grant la empujó hasta la butaca y estiró el brazo para asir el cinturón.

Demasiado tarde. El *Proteus* había sido cogido en pleno torbellino y se alzó y empezó a girar como una peonza.

Grant, con un movimiento reflejo de la mano, logró agarrarse a una anilla, y estiró el otro brazo en dirección a Cora. Ésta había caído al suelo. Sus dedos permanecían agarrados a un brazo de su butaca, pugnando inútilmente por no soltarse.

«No podrá aguantar», pensó Grant, y se estiró desesperadamente para llegar hasta ella. Pero la joven estaba a unos dos palmos fuera de su alcance, y también la mano de Grant, aferrada a la anilla, empezaba a ceder al abalanzarse él.

Duval se debatía inútilmente en su propia butaca; la fuerza centrífuga lo mantenía clavado en ella.

—Aguante, Miss Peterson. Trataré de ayudarla.

Con un gran esfuerzo, había logrado asir su cinturón, mientras Michaels observaba la escena, mirándoles con helada impotencia. Owens, en su cabina, era un ser completamente aparte.

Las piernas de Cora, a efectos de la fuerza centrífuga, se levantaron del suelo.

—No puedo...

Grant, no teniendo otra alternativa, soltó la anilla. Se dejó resbalar por el suelo, enganchó una pierna a la pata de una de las butacas, recibiendo un golpe que la dejó insensible, logró asir la misma con el brazo izquierdo y agarró a Cora por la cintura con el derecho, en el momento en que ella soltaba su presa.

El *Proteus* giraba ahora más de prisa y parecía inclinarse hacia abajo. Grant no podía seguir manteniendo la tirante posición de su cuerpo, y su pierna se soltó de la pata de la silla. Su brazo, magullado y dolorido por el golpe dado contra la pared, acusó con un dolor tan agudo la nueva tensión a que se veía sometido que hizo pensar a Grant que lo tenía roto. Cora se agarró a su hombro, estrujando desesperadamente la tela del uniforme.

Grant logró farfullar:

—¿Tiene alguien... alguna idea de lo que pasa?

Duval, que seguía luchando inútilmente con su cinturón, respondió:

—Es una fístula... Una fístula arteriovenosa.

Haciendo un esfuerzo, Grant levantó la cabeza y miró por la ventanilla. La lesionada pared arterial terminaba delante de ellos. Cesó el amarillo resplandor y apareció una abertura negra y de bordes irregulares. Extendíase hacia arriba y hacia abajo cuanto podía alcanzar su limitada visión, y los glóbulos rojos, así como los demás objetos, desaparecían en su interior. Incluso las ocasionales y terroríficas células blancas eran absorbidas rápidamente a través del orificio.

—Sólo unos segundos más —jadeó Grant—. Sólo unos pocos segundos..., Cora.

Pero se lo decía a sí mismo, a su propio brazo magullado y dolorido.

Una última vibración, que agudizó el dolor de Grant hasta casi hacerle perder el sentido, y la nave pasó al otro lado, aquietándose, poco a poco, hasta quedar en calma.

Grant soltó la mano y quedó tumbado en el suelo, jadeando profundamente. Muy despacio, Cora logró encoger las piernas debajo del cuerpo y ponerse en pie.

Duval se había soltado el cinturón.

—¿Cómo se encuentra, Mr. Grant? —preguntó, arrodillándose a su lado.

Cora hizo lo mismo, asiendo delicadamente el brazo de Grant y tratando de doblarlo. Grant hizo una mueca de dolor.

—¡No lo toquen!

—¿Está roto? —preguntó Duval.

—No lo sé.

Despaciosamente y con mucho cuidado, probó de doblarlo; después se asió el bíceps izquierdo con la mano derecha y lo apretó con fuerza.

—Tal vez no —dijo—. Pero, aunque no esté roto, pasarán semanas antes de que pueda volver a utilizarlo de esta forma.

También Michaels se había levantado. Una expresión de inmenso alivio contraía su cara hasta hacerla casi irreconocible.

—Lo hemos logrado. Lo hemos logrado. Todavía estamos enteros. ¿Cómo está la nave, Owens?

—Bien, según creo —respondió Owens—. La luz roja no se ha encendido una sola vez en el tablero. El *Proteus* se ha visto sometido a algo mucho más grave que todo lo previsto, y lo ha aguantado.

Su voz traslucía lo orgulloso que se sentía de sí mismo y de su embarcación.

Cora seguía tratando de ayudar a Grant, pero sin saber qué hacer. De pronto, dijo, alarmada:

—¡Está sangrando!

—¿Sí? ¿Por dónde?

—Por el costado. Tiene sangre en el uniforme.

—¡Oh! ¿No es más que eso? Tuve algunas dificultades en el Otro Lado. Sólo será cuestión de cambiar un apósito. No es nada, de veras. Sólo un poco de sangre.

Cora parecía intranquila. Al cabo de un momento, le desabrochó la cremallera del uniforme.

—Siéntese —dijo—. Tenga la bondad de sentarse.

Le pasó un brazo por debajo de los hombros y le ayudó a incorporarse; después le bajó el uniforme sobre el torso con habilidad nacida de la práctica.

—Yo arreglaré esto —dijo—. Y gracias por lo que ha hecho. Parece estúpidamente fuera de lugar, pero, de todos modos, muchas gracias.

Grant respondió:

—Bueno, en otra ocasión lo hará usted por mí, ¿no? Ayúdeme a llegar a mi butaca, ¿quiere?

Con la ayuda de Cora por un lado, y de Michaels por el otro, logró ponerse en pie. Duval, después de dirigirles una mirada, se había acercado, cojeando, a la ventanilla.

—Bueno, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Grant.

Michaels le respondió:

—Una fístula arterioven... Bueno, se lo explicaré de otro modo. Había una conexión anormal entre una arteria y una pequeña vena. Es algo que ocurre algunas veces, casi siempre como resultado de un traumatismo físico. Supongo que Benes se lo produciría al sufrir el accidente de automóvil. Esto involucra una imperfección, una cierta ineficacia; pero, en el caso presente, no tiene ninguna gravedad. Es una lesión microscópica; un remolino diminuto.

—Un remolino diminuto... ¡Vaya!

—Naturalmente, a nuestra escala miniaturizada equivale a un gigantesco torbellino.

—¿Y no aparecía en su mapa del sistema circulatorio, Michaels? —preguntó Grant.

—Hubiera debido aparecer. Probablemente lo habría encontrado en el mapa del buque, si hubiese podido ampliarlo lo bastante. Lo malo fue que dispuse sólo de tres horas para el análisis inicial, y se me escapó. No tengo excusa.

Grant dijo:

—Está bien. Sólo significa una pérdida de tiempo. Trace una nueva ruta, y que Owens se ponga inmediatamente en marcha. ¿Cómo andamos de tiempo, Owens?

Mientras hacía la pregunta, miró automáticamente el reloj. Leyó: 52, y Owens confirmó:

—Cincuenta y dos.

—Nos sobra tiempo —dijo Grant.

Michaels, con el ceño fruncido, contemplaba fijamente a Grant.

Dijo:

—No sobra tiempo, Grant. No ha comprendido usted lo que ha pasado. Estamos derrotados. Hemos fracasado. Ya no podremos

llegar al coágulo, ¿comprende ahora? Debemos pedir que nos saquen de aquí.

Cora dijo, horrorizada:

—Pasarán días antes de que la nave pueda ser desminiaturizada de nuevo. ¡Y Benes morirá!

—Nada podemos hacer. Ahora nos dirigimos a la vena yugular. No podemos volver atrás a través de la fístula, porque no podríamos vencer la corriente, ni siquiera aprovechando la diástole del corazón, es decir, el lapso entre dos latidos. El otro único camino, o sea, el de la corriente venosa, pasa por el corazón; lo cual sería, evidentemente, un suicidio.

—¿Está seguro? —farfulló Grant.

Owens, con voz quebrada y opaca, dijo:

—Michaels tiene razón, Grant. La misión ha fracasado.

Capítulo x

CORAZÓN

En el cuarto de control parecieron desencadenarse todas las fuerzas del infierno. El punto que indicaba la posición de la nave apenas había cambiado de posición sobre la pantalla, pero la pauta coordenada había sido alterada de un modo crítico.

Carter y Reid se volvieron al oír la señal de uno de los monitores.

—El *Proteus* ha perdido la ruta, señor —dijo un rostro agitado en la pantalla—. Han tomado una vía falsa en el Cuadrante 23, Nivel B.

Reid se precipitó a la ventanilla que dominaba la sala de los mapas. Naturalmente, nada podía ver a tal distancia, salvo las cabezas inclinadas sobre los mapas y evidentemente concentradas en su observación.

Carter enrojeció.

—¡Maldita sea! ¡No me venga con esas monsergas de cuadrantes! ¿Dónde están?

—En la vena yugular, señor, y se dirigen a la vena cava superior.

—¡En una «vena»! —Por un instante, las propias venas de Carter se hincharon desmesuradamente—. ¿Y qué diablos están haciendo en una vena? ¡Reid! —tronó.

Reid acudió, presuroso.

—Sí; ya lo he oído.

—¿Cómo han ido a parar a esa vena?

—He ordenado a los hombres del mapa que traten de localizar una fístula arteriovenosa. Son raras y difíciles de encontrar.

—¿Y qué...?

—Es una comunicación directa entre una pequeña arteria y una vena pequeña. La sangre pasa directamente de la arteria a la vena y...

—¿No sabían que estaba allí?

—Evidentemente, no. Y escuche, Carter...

—¿Qué?

—A su actual escala, puede haber sido un trance muy apurado. Es posible que no hayan sobrevivido.

Carter se volvió a la ringlera de pantallas de televisión. Pulsó el botón adecuado.

—¿Algún mensaje del *Proteus*?

—No, señor —fue la pronta respuesta.

—Bueno, establezca contacto con él. ¡Qué digan algo! Y comuníquemelo inmediatamente.

Hubo una angustiada espera, durante la cual Carter contuvo la respiración. Por fin llegó la respuesta:

—El *Proteus* informa, señor.

—¡Dios sea loado! —murmuró Carter—. ¿Cuál es su mensaje?

—Han pasado por una fístula arteriovenosa, señor. No pueden regresar, ni seguir adelante. Piden autorización para ser rescatados, señor.

Carter descargó ambos puños sobre la mesa.

—¡No! ¡Por mil diablos, no!

—Pero, general, tienen razón —dijo Reid.

Carter levantó la cabeza y miró el reloj. Marcaba 51 minutos. Con labios temblorosos, dijo:

—Les quedan cincuenta y un minutos, y permanecerán allí cincuenta y un minutos. Cuando ese aparato señale cero, los sacaremos. Pero ni un minuto antes, mientras no hayan cumplido su misión.

—Pero es una situación desesperada, ¡maldita sea! Dios sabe los daños que habrá sufrido la nave. Vamos a matar a cinco hombres.

—Posiblemente. Es un riesgo que han de correr y que hemos de correr. Pero siempre constará que no hemos abandonado mientras ha existido la menor probabilidad matemática de éxito.

Los ojos de Reid tenían una expresión helada, e incluso su bigote parecía congelado.

—Usted piensa únicamente en «su» hoja de servicios, general. Si mueren, señor, declararé que usted los retuvo allí contra toda esperanza lógica.

—También correré este riesgo —dijo Carter—. Y ahora, dígame, como jefe de la sección médica: ¿por qué no pueden moverse?

—No pueden volver atrás y cruzar la fístula contra la corriente. Es físicamente imposible, por muchas órdenes que pueda usted dar. El Ejército todavía no puede controlar el grado de presión de la sangre.

—¿Por qué no pueden encontrar otra ruta?

—Desde su posición actual hasta el coágulo, todos los caminos pasan por el corazón. La turbulencia del paso por éste los haría papilla en un instante, y no podemos aventurarnos hasta tal punto.

—Podemos...

—«No podemos» hacerlo, Carter. Y no sólo por las vidas de esa gente, lo cual sería ya razón bastante, sino porque, si la nave es destruida, jamás lograremos extraerla en su totalidad, y sus fragmentos, al desminiaturizarse, matarán a Benes. Si sacamos a esos hombres en seguida, podemos intentar operar a Benes desde el exterior.

—Sería inútil.

—No tanto como seguir con la actual situación. Carter reflexionó un instante. Después, con voz pausada, dijo:

—Dígame, coronel Reid: ¿cuánto tiempo podríamos mantener parado el corazón de Benes, sin causarle la muerte?

Reid le miró con ojos muy abiertos.

—No mucho.

—Ya lo sé. Le pido una cifra concreta.

—Pues, dado su estado comatoso, la hipotermia a que está sometido y la condición en que se encuentra su cerebro, yo diría que no más de sesenta segundos, como máximo.

—El *Proteus* —dijo Carter— puede cruzar el corazón en menos de sesenta segundos, ¿no?

—Lo ignoro.

—Tendrán que intentarlo. Una vez eliminado lo imposible, no debemos despreciar la menor posibilidad, por arriesgada que sea y por muy débil que sea la esperanza. ¿Existe alguna dificultad en parar el corazón?

—Ninguna. Puede hacerse con un simple alfiler, como dijo Hamlet. Lo difícil es hacer que vuelva a funcionar.

—Esto, mi querido coronel, será su problema y su responsabilidad. —Miró el reloj, que marcaba 50—. Estamos perdiendo el tiempo. Sigamos adelante. Haga intervenir a sus especialistas del corazón, y yo haré que den instrucciones a los hombres del *Proteus*.

El *Proteus* tenía encendidas las luces interiores. Michaels, Duval y Cora aparecían desgreñados, agrupados alrededor de Grant.

Éste dijo:

—Así está la cosa. En el momento en que nos aproximemos al corazón de Benes, lo detendrán mediante un shock eléctrico, y volverán a ponerlo en movimiento en cuanto hayamos pasado.

—¡Volverán a ponerlo en movimiento! —estalló Michaels—. ¿Se han vuelto locos? Benes no lo resistirá, dada su condición.

—Sospecho —dijo Grant— que consideran que es ésta la única posibilidad de éxito de la misión.

—Si ésta es la única posibilidad, podemos darnos por fracasados.

—Yo tengo cierta experiencia en cirugía cardíaca, Michaels —dijo Duval—, y puede ser factible. El corazón es mucho más resistente de lo que pensamos. Owens, ¿cuánto tiempo tardaríamos en cruzar el corazón?

Owens miró hacia abajo desde su cabina.

—Precisamente lo he estado calculando, Duval. Si no se presenta ningún obstáculo, podemos tardar de cincuenta y cinco a cincuenta y siete segundos.

Duval se encogió de hombros.

—Esto nos deja un margen de tres segundos —dijo.

—Entonces —dijo Grant—, lo mejor es que sigamos adelante.

—En este mismo instante —dijo Owens— la comente nos arrastra hacia el corazón. Pondré los motores a toda marcha. De todos modos, tenía que probarlos. Han sido muy zarandeados.

El amortiguado zumbido del motor adquirió un tono más agudo y la sensación de avance dominó el débil e irregular temblor del movimiento de Brown.

—Será mejor que apaguen las luces —dijo Owens— y tranquilicemos nuestros nervios mientras conduzco esta cáscara de nuez.

Apagadas las luces, todos, incluso Michaels, volvieron a la ventanilla.

El paisaje del mundo que los rodeaba había cambiado completamente. Seguía siendo sangre. Seguía conteniendo los mismos corpúsculos y objetos, los mismos fragmentos y los mismos agregados moleculares, las mismas plaquetas y glóbulos rojos; pero era diferente..., diferente...

Se hallaban en la vena cava superior, la vena más importante procedente de la cabeza y del cuello, y la sangre había agotado, consumido, toda la provisión de oxígeno. Los glóbulos rojos, desprovistos de oxígeno, contenían ahora hemoglobina a secas, no

oxihemoglobina, que es una brillante y roja combinación de hemoglobina y oxígeno. La hemoglobina, a solas, tenía un color purpúreo azulado, y, al errante reflejo de las ondas de luz miniaturizadas de la nave, cada corpúsculo brillaba con destellos azules y verdes, salpicados a menudo de púrpura. Todo lo demás adquiriría el matiz de estos glóbulos no oxigenados.

Las plaquetas se deslizaban sombrías y, en dos ocasiones, la embarcación pasó a tranquilizadora distancia de una imponente célula blanca, teñida ahora de color crema verdoso.

Grant contempló una vez más, casi con veneración, el perfil de Cora; su rostro levantado tenía ahora un aspecto misterioso, matizado de azul. Era como la reina de hielo de una región polar iluminada por una aurora verde-azul, pensó, quijotesca, y se sintió de pronto vacío y anhelante.

—¡Maravilloso! —murmuró Duval; pero no era a Cora quien miraba.

Michaels dijo:

—¿Está preparado, Owens? Voy a guiarle a través del corazón.

Se inclinó sobre sus mapas, después de ponerse sobre la cabeza una luz que borró inmediatamente el vago resplandor azul que llenaba de misterio al *Proteus*.

—¡Owens! —llamó—. Tome el mapa A-2 del corazón. Aurícula derecha. ¿Lo tiene?

—Sí; lo tengo.

—¿Estamos ya en el corazón? —preguntó Grant.

—Óigalo usted mismo —dijo Michaels, en son de prueba—. No mire. Escuche.

Se hizo un silencio absoluto entre los pasajeros *Proteus*.

Y lo oyeron, como un lejano tronar de artillería. No era más que una vibración rítmica del suelo de la nave, lenta y regular, pero que aumentaba constantemente de intensidad. Un golpe apagado, seguido de otro más apagado aún; una pausa, y repetición de lo mismo, pero más fuerte, cada vez más fuerte.

—¡El corazón! —dijo Cora—. ¡Es el corazón!

—Exactamente —dijo Michaels—, aunque muy retardado.

—Y no podemos oírlo con mucha claridad —dijo Duval, contrariado—. Las ondas sonoras son demasiado inmensas en sí mismas para afectar nuestro oído. Producen vibraciones secundarias en la embarcación, pero esto no es lo mismo. En una adecuada exploración del cuerpo...

—Otro día, doctor —dijo Michaels.

—Suenan como un cañón —observó Grant.

—Sí, pero sus descargas son copiosísimas —dijo Michaels—; dos mil millones de latidos en setenta años. O más.

—Y cada latido —añadió Duval— es una débil barrera que nos separa de la eternidad, dándonos tiempo para hacer las paces con...

—Estos latidos particulares nos enviarán directamente a la eternidad sin darnos tiempo para nada —le interrumpió Michaels—. Cállense todos, por favor. ¿Listo, Owens?

—Lo estoy. Al menos, tengo los mandos a mi alcance y el mapa delante de los ojos. Pero ¿cómo podré encontrar el camino?

—No podríamos perdernos aunque quisiéramos. Ahora nos hallamos en la vena cava superior, en su punto de unión con la inferior. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Muy bien. Dentro de unos segundos penetraremos en la aurícula derecha, o sea, la primera cámara del corazón..., y entonces lo que tienen que hacer los de arriba es pararlo. Grant, transmita por radio nuestra posición.

En aquel momento, Grant se hallaba fascinado por el paisaje que tenía delante. La vena cava era la mayor del cuerpo, pues recogía en su parte inferior toda la sangre del cuerpo, a excepción de la de los pulmones. Y, al aproximarse a la aurícula, se había convertido en una vasta cámara de resonancia cuyas paredes se habían perdido de vista, de manera que el *Proteus* parecía hallarse en un oscuro e

inmenso océano. Los latidos retumbaban ahora lentos y terribles, y a cada uno de ellos la nave parecía levantarse y retemblar.

Michaels tuvo que llamar a Grant por segunda vez para que éste volviese en sí y se dirigiese al transmisor.

—¡Válvula tricúspide a la vista! —gritó Owens.

Los otros miraron hacia delante. Y la vieron en la lejanía, al final de un largo, larguísimo pasillo. Tres brillantes láminas rojas, que se separaban y se abrían, enormes, al alejarse de la nave. Una gran abertura se ensanchaba a medida que las cúspides de la válvula se recogían a su lado respectivo. Más allá, estaba el ventrículo derecho, una de las dos cámaras principales del corazón.

La corriente sanguínea penetraba en la cavidad como absorbida por un poderoso movimiento de succión. El *Proteus* avanzaba arrastrado por aquélla, de modo que la abertura se acercaba y aumentaba a tremenda velocidad.

Entonces llegó a oídos de los viajeros el tonante estruendo de los ventrículos, principales cámaras musculares del corazón, al contraerse en la sístole. Las hojas de la válvula tricúspide retrocedieron en dirección al barco, cerrándose lentamente, con un contacto húmedo y pegajoso, y formando una pared vertical surcada por una estría que se partió en dos en la parte superior.

Al otro lado de la cerrada válvula se hallaba el ventrículo derecho. Al contraerse éste, la sangre no podía volver a la aurícula, sino que se veía impulsada hacia y a través de la arteria pulmonar.

—Dicen que el próximo será el último latido —dijo Grant, a gritos, para hacerse oír en aquel estruendo.

—Dios lo quiera —dijo Michaels—, o será el último que demos nosotros. ¡Owens! En el momento en que vuelva a abrirse la válvula, ponga los motores a toda velocidad.

Grant advirtió ahora en su rostro una expresión firme y resuelta; todo su miedo había desaparecido.

Los detectores de radiactividad colocados sobre la cabeza y el cuello de Benes habían sido trasladados encima de su pecho, a una región de la que se había separado la manta térmica. Los mapas del sistema circulatorio que se veían en la pared mostraban ahora una ampliación de la región cardíaca y, de ella, sólo la aurícula derecha. El punto luminoso que señalaba la posición del *Proteus* había pasado suavemente de la vena cava a la poco musculosa aurícula, la cual se había dilatado al entrar aquél y contraído después.

La nave había cruzado casi de un salto toda la extensión de la aurícula, en dirección a la válvula tricúspide, la cual se cerró cuando aquélla llegaba a su umbral. Cada latido del corazón era captado por un registro osciloscopio, el cual lo traducía en un rayo electrónico ondulante que era minuciosamente observado.

El aparato de electroshock estaba en posición, con los electrodos sobre el pecho de Benes.

Se inició el último latido. El rayo electrónico del osciloscopio empezó a moverse hacia arriba. El ventrículo se dilataba para absorber la sangre, abriendo la válvula tricúspide.

—¡Ahora! —gritó el técnico a cargo del indicador cardíaco.

Los electrodos tocaron el pecho, la aguja de uno de los manómetros saltó inmediatamente a la señal roja y un timbre sonó con insistencia. Inmediatamente después, se hizo el silencio. La onda del osciloscopio se desvaneció.

El mensaje llegó al cuarto de control con toda su sencillez: «Corazón parado».

Carter pulsó el resorte del cronómetro que tenía en la mano, y el segundero empezó a moverse con insoportable rapidez.

Cinco pares de ojos se fijaron en la válvula tricúspide. La mano de Owens estaba presta para la aceleración. El ventrículo se

relajaba, y la válvula semilunar, situada al extremo de la arteria pulmonar, debía de estar cerrándose. Ninguna sangre podía volver al ventrículo desde la arteria; la válvula cuidaría de esto. El ruido que producía al cerrarse llenó el ambiente de una vibración intolerable.

Como el ventrículo seguía dilatándose, la sangre tenía que entrar en él desde otra dirección, o sea, desde la aurícula derecha. La válvula tricúspide empezó a abrirse de nuevo.

La enorme estría de la pared comenzó a ensancharse, a formar primero un pasadizo; después, un corredor más amplio, y, por último, una vasta abertura.

—¡Ahora! —gritó Michaels—. ¡Ahora! ¡Ahora!

Sus palabras se perdieron en el trueno del latido y en el creciente zumbido de los motores. El *Proteus* salió disparado hacia delante, cruzó la abertura y penetró en el ventrículo. Normalmente, el ventrículo hubiera debido contraerse en pocos segundos; entonces, en la turbulencia que había de seguir, la nave hubiera sido aplastada como una caja de cerillas, y todos habrían muerto..., y Benes moriría tres cuartos de hora más tarde.

Grant contuvo la respiración. Se fue acallando el ruido de la diástole, y después... ¡nada!

Se había hecho un silencio absoluto.

—¡Déjeme ver! —gritó Duval.

Trepó escalera arriba y asomó la cabeza a la cabina de cristal, único lugar de la nave desde el cual podía verse claramente lo que quedaba a popa.

—El corazón se ha parado —gritó—. ¡Vengan y verán!

Cora ocupó su sitio, y, después, Grant.

La válvula tricúspide había quedado entreabierta e inmóvil. En su superficie interna, se veían las poderosas fibras conjuntivas que la sujetaban a la cara interna del ventrículo; unas fibras que empujaban las hojas de la válvula cuando el ventrículo se relajaba y que las mantenía firmemente en su sitio cuando se unían por la

contracción del ventrículo, evitando que volvieran a abrirse en la otra dirección.

—Maravillosa arquitectura —dijo Duval—. Sería magnífico ver cerrarse la válvula desde este lado.

—Si lo viese, doctor —dijo Michaels—, sería lo último que vería en este mundo. Rumbo a la izquierda, Owens, en dirección a la válvula semilunar, y a toda marcha. Nos quedan treinta segundos para salir de esta ratonera mortal.

Si era una ratonera mortal —e indudablemente lo era—, había que confesar que era tan maravillosa como sombría. Las paredes estaban surcadas por poderosas fibras, que se dividían en ramas firmemente sujetas a los distantes muros. Era como si viesen desde lejos un gigantesco bosque de árboles nudosos y sin hojas, retorcidos y entrecruzados en una compleja estructura que fortalecía y daba firmeza al músculo más vital del cuerpo humano.

Este músculo, el corazón, era una bomba aspirante impelente que tenía que latir desde mucho antes del nacimiento hasta el instante anterior a la muerte, y que tenía que hacerlo con ritmo continuo, con fuerza constante, en todas las condiciones. Era el corazón más grande de todo el reino animal. Ningún otro mamífero poseía un corazón que latiese más de mil millones de veces antes de la muerte que más se demorase; en cambio, el ser humano, después del primer millar de millones de latidos, no era más que un hombre en el comienzo de su madurez y en la plenitud de su fuerza. Muchos varones y hembras llegaban a rebasar ampliamente los tres mil millones de latidos.

La voz de Owens rompió el silencio:

—Sólo nos quedan diecinueve segundos, doctor Michaels. Y no veo señales de la válvula.

—Adelante, ¡maldita sea! Seguimos el buen rumbo. ¡Ojalá la encontremos abierta! Grant exclamó, excitado:

—¡Allí está! ¿No es aquello? ¿Aquella abertura?

Michaels levantó la cabeza del mapa y echó una mirada furiosa.

—Sí; lo es. Y está parcialmente abierta; lo bastante para nosotros. La sístole estaba a punto de empezar cuando fue parado el corazón. Ahora apriétense bien los cinturones. Cruzaremos esa abertura, pero el latido vendrá inmediatamente después, y cuando llegue...

—Si llega —dijo Owens en voz baja.

—Cuando llegue —repitió Michaels—, la embestida de la sangre será terrible. Conviene que nos hayamos alejado lo más posible.

Con desesperada resolución, Owens lanzó la nave en dirección a la angosta abertura que se veía en el centro de la grieta en forma de media luna (de ahí su nombre de «semilunar») que formaba la válvula cerrada.

En la sala de operaciones reinaba un tenso silencio. El equipo quirúrgico, inclinado sobre Benes, permanecía tan inmóvil como éste. El cuerpo frío de Benes y su corazón parado hacían sentir a todos los presentes el hálito de la muerte. Sólo los inquietos aparatos registradores de la radiactividad seguían dando señales de vida.

En el cuarto de control, Reid dijo:

—Hasta este momento, están a salvo. Han cruzado la válvula tricúspide y siguen un rumbo en arco que apunta a la válvula semilunar. Su velocidad es continua y rápida.

—Sí —dijo Carter, consultando ansiosamente el reloj—. Les quedan veinticuatro segundos.

—Casi han llegado allí.

—Faltan quince segundos —dijo Carter, inexorable.

Los cirujanos del corazón y el aparato de electroshock ocuparon sus posiciones.

—Se encaminan directamente a la válvula semilunar.

—Quedan seis segundos. Cinco. Cuatro...

—Ahora la están cruzando.

Mientras hablaba, sonó un timbre, agorero como la muerte.

—¡Reanimen el corazón! —tronó uno de los altavoces, y un dedo oprimió un botón rojo.

Un acelerador entró en acción, y la rítmica fuente de energía se reflejó en la adecuada pantalla, en forma de un rayo de luz pulsátil.

El osciloscopio que registraba los latidos permaneció inmóvil. Se aumentó la potencia del acelerador, mientras todos los ojos observaban con ansiedad.

—¡«Tiene» que reanimarse! —dijo Carter, con todo el cuerpo en tensión e inclinado hacia delante en un impulso de simpatía muscular.

El *Proteus* penetró en la abertura, que parecía semejante a un par de labios abiertos y combados en una gigantesca sonrisa. Rozó un instante las ásperas membranas superior e inferior, y retrocedió momentáneamente, mientras se agudizaba el ronquido del motor en su intento de librar el barco de aquella presa pegajosa... Y pasó.

—Hemos salido del ventrículo —dijo Michaels, frotándose la frente y mirándose después la mano humedecida— y entrado en la arteria pulmonar. Siga a toda velocidad, Owens. Los latidos deben recomenzar dentro de tres segundos.

Owens miró hacia atrás. Era el único que podía hacerlo, pues los demás estaban sujetos a sus asientos y sólo podían mirar hacia delante.

La válvula semilunar iba quedando atrás, cerrada todavía, tensos los puntos de sujeción de sus fibras destinadas a abrirla. Menguaba más y más, a medida que aumentaba la distancia, y seguía sin abrirse.

—El latido no llega —dijo Owens—. No... Esperen, esperen... ¡Ahí viene!

Las dos hojas de la válvula empezaban a distenderse; los soportes fibrosos retrocedían y sus tensas raíces comenzaban a

aflojarse.

Se abrió la abertura y el torrente de sangre fluyó, persiguiéndoles, con el estruendoso impulso de la sístole.

La oleada de sangre se echó sobre el *Proteus*, proyectándolo hacia delante a una velocidad fantástica.

Capítulo XI

CAPILARES

El primer latido del corazón rompió el ensalmo del cuarto de control. Carter levantó ambas manos y las agitó en muda acción de gracias a los dioses.

—Lo hemos logrado, ¡por mil diablos! ¡Los hemos hecho pasar!
Reid asintió con la cabeza.

—Esta vez ha ganado usted, general. Yo no habría tenido valor para mandarlos a través del corazón.

Carter tenía los ojos inyectados en sangre.

—Yo no tuve valor para «no» mandarlos. Si ahora pueden resistir la corriente arterial... —Su voz sonó en el transmisor—. Pónganse en contacto con el *Proteus* en el momento en que disminuya su velocidad.

—Han vuelto al sistema arterial —dijo Reid—, pero ya sabe usted que no se encaminan al cerebro. Practicamos la inyección en una de las principales arterias que van del ventrículo izquierdo al cerebro. En cambio, la arteria pulmonar lleva del ventrículo derecho... a los pulmones.

—Ya lo sé. Significa un retraso —dijo Carter—. Pero todavía tendremos tiempo.

Y señaló el reloj, que indicaba 48.

—Está bien, pero conviene que nos concentremos en el centro de la respiración.

Pulsó el correspondiente botón y apareció en el monitor el interior del centro de control de la respiración.

—¿Cuál es el ritmo de la respiración? —preguntó.

—Lo hemos rebajado a seis por minuto, coronel. Por un momento, pensé que fracasaríamos.

—También yo. Manténgalo así. Y ahora tendrá que preocuparse de la embarcación. Entrará en su sector dentro de un instante.

—Mensaje del *Proteus* —dijo otra voz—. TODO BIEN. Pero... dice algo más, señor. ¿Quiere que se lo lea?

—Naturalmente —gruñó Carter.

—Bien, señor. Dice: QUISIERA QUE USTED ESTUVIERA AQUÍ Y YO ESTUVIERA ALLÍ.

—Bueno —respondió Carter—, dígle a Grant que yo quisiera que él... No; no le diga nada. Olvídelo.

El final del latido había imprimido al torrente sanguíneo una velocidad tolerable, y el *Proteus* avanzaba de nuevo suavemente; con suavidad bastante para que volviera a percibirse el débil e irregular movimiento de Brown.

Grant dio la bienvenida a esta sensación, pues sólo podía experimentarse en los momentos de tranquilidad, que eran precisamente los que él anhelaba.

Se habían quitado de nuevo los cinturones, y Grant pensó, al mirar por la ventanilla, que el paisaje era muy parecido al de la vena yugular. Los mismos corpúsculos de un azul verdoso y violeta dominaban la escena. Tal vez las lejanas paredes eran más rugosas y tenían las estrías inclinadas en la dirección de la corriente.

Pasaron por delante de una abertura.

—Ésta no —dijo Michaels, sentado a su mesa, donde se concentraba en el estudio de sus mapas—. ¿Puede seguir mis indicaciones desde ahí, Owens?

—Sí, doctor.

—Está bien. Cuente las desviaciones a medida que se las vaya indicando y tuerza después a la derecha. ¿Está claro?

Grant observó las subdivisiones que se iban sucediendo con creciente rapidez, a derecha e izquierda, hacia arriba y hacia abajo, mientras el canal por el que discurrían se iba estrechando, permitiendo ver las paredes con mayor claridad y cada vez más próximas.

—Me fastidiaría mucho perderme en esta red de carreteras —dijo Grant, pensativo.

—No podemos perdernos —dijo Duval—. En esta parte del cuerpo, todos los caminos conducen a los pulmones.

La voz de Michaels tenía una creciente monotonía:

—Ahora, arriba y a la derecha, Owens. Siga en línea recta y tuerza por la cuarta a la izquierda.

—Espero que no haya más fístulas arteriovenosas, Michaels —dijo Grant.

Michaels movió la cabeza con impaciencia, demasiado absorto en su trabajo para responderle.

—No es probable —dijo Duval—. Tropezar accidentalmente con dos de ellas sería demasiada casualidad. Además, nos estamos acercando a los capilares.

La velocidad del torrente sanguíneo había disminuido notablemente y, con ella, la del *Proteus*.

—El vaso sanguíneo se está estrechando, doctor Michaels —dijo Owens.

—Es natural. Los capilares son los vasos más finos; su tamaño es microscópico. Siga adelante, Owens.

A la luz del faro de proa pudimos ver que las paredes, al estrecharse, habían perdido sus pliegues y grietas y eran cada vez más lisas. Su tono amarillo se convirtió en crema y acabó siendo totalmente incoloro.

Tomaron el aspecto inconfundible de un mosaico, formado por curvos polígonos, cada uno de ellos provisto de una zona

ligeramente más gruesa en el centro.

—¡Qué hermosura! —dijo Cora—. Pueden verse las células individuales de la pared capilar. Mire, Grant. —Y, como si recordara algo de pronto—. ¿Cómo sigue su costado?

—Bien. Muy bien, en serio. Su vendaje fue muy eficaz, Cora. ¿Somos todavía lo bastante amigos para que la llame Cora?

—Supongo que sería bastante ingrato por mi parte el oponerme.

—Y también inútil.

—¿Cómo está su brazo?

Grant se lo tocó, con mucho cuidado.

—Me duele horriblemente.

—Lo siento.

—No lo sienta. Sólo..., cuando llegue el momento..., muéstreme toda su gratitud.

Cora frunció ligeramente los labios, y Grant se apresuró a añadir:

—No es más que una manera de animarme. Y «usted», ¿cómo se siente?

—Totalmente recuperada. Un poco de rigidez en el costado, pero no es gran cosa. Y no estoy enfadada. Pero escúcheme, Grant.

—Siempre escucho cuando usted habla, Cora.

—Los vendajes no son el último descubrimiento médico, ¿sabe? Y están muy lejos de ser la panacea universal. ¿Ha hecho algo para evitar la infección?

—Me puse un poco de yodo.

—Bueno, ¿se hará visitar por un médico, cuando salgamos de aquí?

—¿Por Duval?

—Ya sabe a quién me refiero.

—Está bien, lo haré —dijo Grant.

Se volvió para mirar el mosaico de células. El *Proteus* avanzaba ahora más despacio a lo largo del capilar. A la luz del faro de proa, podían verse unas formas oscuras a través de las células.

—La pared parece translúcida —dijo Grant.

—Es natural —dijo Duval—. Esas paredes tienen un grosor de menos de una diezmilésima de pulgada. Y también son muy porosas. La vida depende del material que cruza esas paredes y las igualmente finas de los alvéolos.

—Los... ¿qué?

Miró un momento a Duval, pero fue en vano. El cirujano parecía más interesado en lo que veía que en la pregunta de Grant. Cora se apresuró a llenar su omisión.

—El aire —dijo— penetra en los pulmones por la tráquea; ya sabe usted lo que es: el gaznate. Éste se divide, lo mismo que los vasos sanguíneos, en conductos cada vez más pequeños, hasta que al fin alcanzan las cámaras microscópicas de los pulmones, donde el aire que entra se encuentra separado del interior del cuerpo únicamente por una fina membrana, tan fina como la de los capilares. Estas cámaras son los alvéolos. Hay unos seiscientos millones de ellas en los pulmones.

—Complicado mecanismo.

—Y maravilloso. El oxígeno se filtra a través de la membrana alveolar y también de la membrana capilar. Pasa al torrente sanguíneo, donde, antes de que pueda volver atrás, los glóbulos rojos se apoderan de él. Al mismo tiempo, los desperdicios de anhídrido carbónico se filtran en dirección contraria, pasando de la sangre a los pulmones. El doctor Duval está esperando que esto ocurra. Por esto no le contestó.

—Huelgan las excusas. Sé lo que es absorberse en una cosa que excluye todas las demás. —Sonrió ampliamente—. Y sé también que lo que absorbe la atención del doctor Duval es muy diferente de lo que absorbe la mía.

Cora pareció un poco molesta, pero un grito de Owens atajó su réplica.

—¡Frente a nosotros! —gritó—. ¡Miren lo que viene!

Todos los ojos miraron al frente. Un corpúsculo azul verdoso saltaba delante de ellos, rozando suavemente las paredes del

capilar. Sus bordes adquirirían un tono pajizo que se extendía a su interior, hasta que hubo desaparecido toda su tonalidad oscura.

Otros corpúsculos de color azul verdoso que corrían delante de ellos sufrieron la misma transformación. Los faros iluminaban ahora un paisaje de color pajizo que, a lo lejos, tomaba un tono rojo anaranjado.

—¿Lo está viendo? —dijo Cora, entusiasmada—. Al absorber el oxígeno, la hemoglobina se transforma en oxihemoglobina, y la sangre cobra un color rojo brillante. Ahora será llevada de nuevo al ventrículo izquierdo del corazón, y la sangre rica, oxigenada, será impulsada a todo el cuerpo.

—¿Quiere decir que tendremos que volver a pasar por el corazón? —dijo Grant, súbitamente alarmado.

—¡Oh, no! —respondió Cora—. Ahora que estamos en el sistema capilar, podemos tomar un atajo.

Sin embargo, no parecía muy segura.

—Fíjense qué maravilla —dijo Duval—. Fíjense en las maravillas que hace Dios.

—No es más que un intercambio de gases —dijo Michaels, secamente—. Un proceso mecánico elaborado por las fuerzas de la evolución durante un período de más de tres mil millones de años.

Duval se volvió, irritado.

—¿Sostiene usted que esto es accidental? ¿Qué este maravilloso mecanismo, elevado a la perfección en millares de aspectos y funcionando con una seguridad absoluta, no es más que el producto de casuales colisiones de átomos?

—Sí; esto es exactamente lo que quería decir —afirmó Michaels.

En aquel momento, los dos hombres, que se enfrentaban con aire beligerante, levantaron vivamente la cabeza ante el súbito y ronco sonido de un zumbador.

—¿Qué diablos...? —dijo Owens.

Pulsó desesperadamente un interruptor, pero la aguja de uno de sus manómetros siguió bajando rápidamente hacia una línea roja

horizontal. Hizo callar el zumbador y gritó:

—¡Grant!

—¿Qué pasa?

—Algo anda mal. Consulte el manual, que está ahí encima.

Grant siguió la dirección que le indicaba el dedo de Owens, moviéndose con rapidez y seguido por Cora.

—Hay una aguja en la zona roja de peligro —dijo—, debajo de algo que lleva la indicación de «Tanque izquierdo». Sin duda el tanque izquierdo está perdiendo presión.

Owens gruñó y miró hacia atrás.

—¡Y de qué manera! Estamos lanzando aire en el torrente sanguíneo. Suba, Grant. ¡De prisa! —dijo, desabrochándose el cinturón.

Grant se dirigió a la escalera y se apartó lo más que pudo para que Owens pudiera bajar.

Cora pudo descubrir las burbujas al mirar por la estrecha ventanilla de popa.

—Burbujas de aire en el torrente sanguíneo pueden ser fatales... —dijo.

—Ésas, no —se apresuró a responder Duval—. A nuestra escala miniaturizada, producimos burbujas demasiado pequeñas para que puedan causar daño.

—No les preocupa el peligro que pueda correr Benes —dijo Michaels, con voz lúgubre—. Somos «nosotros» los que necesitamos el aire.

Owens gritó a Grant, que se estaba sentando en la cabina de mandos:

—De momento, manténgalo todo como está; pero preste atención al tablero, por si aparece alguna señal roja.

—Y, al pasar junto a Michaels, le dijo:

—Se habrá agarrotado una válvula; no se me ocurre otra explicación.

Se dirigió a popa y levantó una plancha, haciendo palanca en uno de sus extremos con una pequeña herramienta que se había sacado del bolsillo del uniforme. Apareció una maraña de hilos y cortacircuitos extraordinariamente complicada.

Los hábiles dedos de Owens los resiguieron velozmente, comprobándolos y eliminándolos con una seguridad y una presteza que sólo podía tener el que había diseñado la nave. Pulsó un interruptor, lo abrió y dejó que se cerrara de golpe. Después se dirigió a proa y examinó los controles auxiliares situados debajo de las ventanillas.

—Debió de producirse alguna avería exterior cuando rozamos la pared de la arteria pulmonar o cuando recibimos el embate de la corriente arterial.

—¿Funcionará la válvula? —preguntó Michaels.

—Sí. Supongo que quedó un poco desequilibrada, y, cuando algo la abrió hace un momento, tal vez uno de los impulsos del movimiento de Brown, no volvió a cerrarse. Ya la he arreglado, y no volverá a causarnos molestias. Pero...

—Pero ¿qué? —dijo Grant.

—Creo que esto lo ha echado todo a perder. No tenemos aire bastante para terminar el viaje. Si éste fuese un submarino normal, diría que tenemos que subir a la superficie para renovar la provisión de aire.

—Entonces, ¿qué hemos de hacer? —preguntó Cora.

—Salir. No tenemos más remedio. Debemos pedir que nos saquen de aquí inmediatamente; en otro caso, dentro de diez minutos será imposible manejar la embarcación y nos asfixiaremos al cabo de otros cinco.

Se dirigió a la escalera.

—Volveré a tomar el mando, Grant. Vaya usted al transmisor y deles la noticia.

—Espere. ¿No llevamos reserva de aire? —preguntó Grant.

—La llevábamos. Ahora se ha escapado toda. En realidad, cuando el aire se desminiaturice, tendrá un volumen mucho mayor que el propio Benes. Y le matará.

—No —dijo Michaels—. Las moléculas miniaturizadas del aire que hemos perdido pasarán a través de los tejidos y saldrán al exterior. Quedará una cantidad ínfima en el cuerpo en el momento en que empiece la desminiaturización. Sin embargo, creo que Owens tiene razón. No podemos seguir adelante.

—Pero, espere... —dijo Grant—. ¿Por qué no podemos emerger?

—Ya le he dicho... —empezó Owens, impaciente.

—No me refiero a salir de aquí, sino a emerger «realmente». Aquí. Aquí mismo. Estamos viendo a los glóbulos rojos aprovisionándose de oxígeno. ¿Por qué no podemos hacer lo mismo? Sólo dos débiles membranas nos separan de un océano de aire. Vayamos a buscarlo.

—Grant tiene razón —dijo Cora.

—No, no la tiene —replicó Owens—. ¿Cómo se imaginan que somos? Hemos sido miniaturizados y nuestros pulmones tienen el tamaño de un fragmento de bacteria. Al otro lado de esas membranas, el aire está sin miniaturizar. Cada una de sus moléculas de oxígeno sería casi perceptible a simple vista. ¡Maldita sea! ¿Creen que podríamos respirarlo?

Grant pareció anonadado.

—Pero...

—No podemos esperar, Grant. Tendrá que ponerse al habla con el cuarto de control.

—Todavía no —dijo Grant—. ¿No dijo usted que esta nave había sido proyectada en un principio para investigar en las profundidades? ¿Cuál debía ser su función, debajo del agua?

—Confiábamos en poder miniaturizar ejemplares submarinos para llevarlos a la superficie y poder estudiarlos después cómodamente.

—En tal caso, debemos llevar un equipo de miniaturización a bordo. ¿O acaso lo suprimió la noche pasada?

—Lo tenemos, claro está. Pero es muy pequeño.

—¿Para qué lo necesitamos mayor? Si inyectamos aire en el miniaturizador, podemos reducir el tamaño de sus moléculas y conducir las a nuestros tanques de aire.

—No tenemos tiempo para esto —terció Michaels.

—Si el tiempo se agota, pediremos que nos saquen. Mientras tanto, podemos probar. Supongo que tendremos un *snorkel* a bordo, ¿verdad, Owens?

—Sí.

Owens parecía completamente aturrullado por las rápidas y apremiantes palabras de Grant.

—Y que podríamos hacer pasar el *snorkel* a través de las paredes del capilar y del pulmón sin perjudicar a Benes, ¿no es cierto?

—Dado nuestro tamaño actual, estoy seguro de que podríamos hacerlo —dijo Duval.

—Muy bien. Se trata, pues, de conectar el pulmón con el miniaturizador por medio del *snorkel*, y de montar un tubo desde el miniaturizador a la cámara de reserva de aire. ¿Podría improvisar un sistema para hacerlo?

Owens reflexionó un momento, pareció súbitamente animado con el proyecto y dijo:

—Sí; creo que sí.

—Cuando Benes haga una inspiración, la presión será suficiente para llenar nuestros tanques. Recuerden que la distorsión del tiempo hará que los pocos minutos de que disponemos parezcan mucho más largos que a la escala natural. Sea como fuere, tenemos que probar.

—Estoy de acuerdo —dijo Duval—. Tenemos que probar. Cueste lo que cueste. ¡E inmediatamente!

—Gracias por su apoyo, doctor —dijo Grant.

Duval asintió con la cabeza, y dijo a continuación:

—Más aún: ya que vamos a intentarlo, no debemos confiar el trabajo a un hombre solo. Conviene que Owens permanezca al cuidado de los mandos; pero yo voy a salir con Grant.

—¡Ah! —dijo Michaels—. Me estaba preguntando lo que se proponía usted. Ahora lo comprendo. Quiere aprovechar la oportunidad de explorar a campo abierto.

Duval enrojeció, y Grant se apresuró a intervenir:

—Sean cuales fueren los motivos, la sugerencia es buena. En realidad, lo mejor es que salgamos todos. A excepción de Owens, naturalmente. Supongo que el *snorkel* estará a popa, ¿no?

—En el compartimiento que sirve de almacén —dijo Owens, que había vuelto a la cabina de mando y miraba ahora fijamente hacia delante—. Si ha visto alguna vez un snorkel, no puede confundirse.

Grant se dirigió a toda prisa al compartimiento, vio inmediatamente el *snorkel* y se dispuso a coger el equipo de inmersión.

De pronto, se detuvo, horrorizado, y exclamó:

—¡Cora!

Ésta acudió al momento.

—¿Qué ocurre?

Grant procuró contenerse. Era la primera vez que miraba a la joven sin pensar en su belleza física. En aquel instante, sentía únicamente una enorme angustia. Señaló algo y dijo:

—¡Mire eso!

Ella miró y palideció intensamente.

—No lo comprendo —dijo.

El láser, colocado encima de la mesa de trabajo, oscilaba colgado de un gancho, sin su cubierta de plástico.

—¿Olvidó asegurarlo? —preguntó Grant.

Cora movió enérgicamente la cabeza.

—¡Lo hice! ¡Lo hice! Puedo jurarlo. Sabe Dios que...

—Entonces, ¿cómo es posible...?

—No lo sé. ¿Cómo podría explicarlo?

Duval estaba ahora detrás de ella, entornados los párpados y duro el semblante.

—¿Qué le ha ocurrido al láser, Miss Peterson?

Cora se volvió a su nuevo inquisidor.

—No lo sé. ¿Por qué me lo preguntan a mí? Voy a probarlo ahora mismo. Comprobaré...

—¡No! —rugió Grant—. Déjelo y asegúrese únicamente de que no reciba más golpes. Antes que nada, tenemos que conseguir nuestro oxígeno.

Empezó a distribuir los equipos de inmersión.

Owens había bajado de la cabina.

—He fijado la nave en su sitio —dijo—. De todos modos, no podría desplazarse por sí sola en el capilar... ¡Dios mío! ¡El láser...!

—¡No empiece usted ahora! —chilló Cora, echándose a llorar.

—Vamos, Cora —dijo Michaels, con voz grave—, no empeore la situación perdiendo el dominio de sus nervios. Más tarde estudiaremos esto con todo detenimiento. Se habrá soltado cuando nos pilló el remolino. Ha sido un accidente.

—Capitán Owens —dijo Grant—, conecte este extremo del *snorkel* con el miniaturizador. Mientras tanto, nos pondremos los trajes de inmersión, y espero que alguien me dirá cómo he de ponerme el mío. Es la primera vez que lo intento.

—¿Se han parado? —dijo Reid—. ¿Está usted seguro?

—Sí, señor —dijo la voz del técnico—. Se encuentran junto al borde externo del pulmón derecho, y no se aprecia el menor movimiento.

Reid se volvió a Carter.

—No lo comprendo.

Carter interrumpió un momento su agitado paseo y señaló el cronómetro, que marcaba 42.

—Hemos consumido más de la cuarta parte del tiempo disponible, y estamos más lejos del maldito coágulo que en el

momento de empezar. Ya tendrían que estar fuera.

—Cualquiera diría —observó Reid fríamente— que pesa una maldición sobre nuestro trabajo.

—Pero yo no pierdo los estribos, coronel.

—Tampoco yo. Pero ¿quiere decirme lo que he de sentir para complacerle?

—De momento, averigüemos la causa de la detención. —Hizo la conexión adecuada, y dijo—: Comuniquen con el *Proteus*.

—Supongo —dijo Reid—, que habrán tropezado con alguna dificultad de tipo mecánico.

—¡Lo supone! —exclamó Carter, en tono sarcástico—. Efectivamente, no creo que se hayan detenido para tomar un baño.

Capítulo XII

PULMÓN

Los cuatro expedicionarios: Michaels, Duval, Cora y Grant, se habían puesto ya sus trajes de inmersión; ajustados, cómodos y de un blanco antiséptico. Todos ellos llevaban bombonas de oxígeno sujetas a la espalda, una linterna sobre la frente, aletas en los pies y un transmisor y un receptor de radio sobre la boca y el oído, respectivamente.

—Esto es una manera de bucear —dijo Michaels, colocándose el casco—, y yo no he buceado en mi vida. Tener que hacer el primer ensayo en el sistema sanguíneo de una persona...

La radio de la nave sonó con insistencia.

—¿No debería contestar? —preguntó Michaels.

—¿Y entablar conversación con ellos? —dijo Grant, con impaciencia—. Ya tendremos tiempo de charlar cuando hayamos terminado con esto. Por favor, ayúdeme.

Cora le ayudó a ponerse el casco con visera de plástico y lo cerró debidamente.

La voz de Grant llegó al oído de ella, a la manera ligeramente cambiada con que suele sonar en un aparato de radio:

—Gracias, Cora.

Ella hizo un movimiento de cabeza, todavía dolida.

Salieron uno a uno por la escotilla de emergencia. La expulsión del plasma sanguíneo de la cámara obligaba, a cada salida, a gastar

un aire precioso.

Grant se encontró chapaleando en un fluido todavía más turbio que el agua removida que suele encontrarse en las playas. Estaba lleno de restos flotantes, copos y fragmentos de materia. El *Proteus* ocupaba la mitad de la anchura del capilar, y los glóbulos rojos se deslizaban junto a sus costados. De vez en cuando, pasaban más holgadamente pequeñas plaquetas.

—Si las plaquetas se rompen al chocar con el *Proteus* —dijo Grant, inquieto—, puede formarse un coágulo.

—Es posible —respondió Duval—, pero, tratándose de un capilar, no sería peligroso.

Podían ver a Owens dentro de la nave. Levantó la cabeza y mostró un rostro lleno de ansiedad. Movi6 aqu6lla y agit6 la mano sin ning6n entusiasmo, tratando de inclinarse y de volverse a fin de permanecer visible entre el desfile de infinitos gl6bulos. Se puso el casco de su propio traje de inmersi6n y habl6 por el micr6fono.

—Creo que lo tengo todo dispuesto. Al menos, he hecho todo lo posible. ¿Puedo soltar el *snorkel*?

—Adelante —dijo Grant.

El aparato asom6 por la escotilla especial, como una cobra que saliese de la cesta de un faquir al son de la flauta.

Grant lo agarr6.

—¡Diablos! —exclam6 Michaels, en una especie de susurro. Y a6adi6, en voz m6s alta y en un tono que parec6a lleno de pesar—: F6jense en lo estrecho que es el taladro de este *snorkel*. Parece tener el di6metro del brazo de un hombre; pero ¿qu6 di6metro tiene el brazo de un hombre, a nuestra escala actual?

Grant no contest6 a la pregunta. Hab6a sujetado fuertemente el *snorkel* y lo empujaba en direcci6n a la pared del capilar, olvidando el dolor de su b6iceps izquierdo.

—C6jalo, por favor —dijo—, y ay6deme a tirar de 6l.

—Es in6til —dijo Michaels—. ¿No lo comprende? Ten6a que haberlo pensado antes. El aire no pasar6 a trav6s de este aparato.

—¿Qué?

—No con la necesaria rapidez. Las moléculas de aire sin miniaturizar son enormes en comparación con la abertura del *snorkel*. ¿Cree que el aire podrá pasar a través de un tubo tan fino que apenas sería visible al microscopio?

—Hay que contar con la presión de los pulmones.

—¿Y qué? ¿Ha observado cómo se deshincha lentamente un neumático de automóvil? El orificio de la cámara no puede ser nunca más pequeño que éste, y está sometido a una presión mucho más alta que la que puede producir el pulmón; y, sin embargo, el aire se pierde «muy despacio». —Michaels hizo una triste mueca—. Lástima que no se me ocurriese pensarlo antes.

—¡Owens! —rugió Grant.

—Le oigo. No hace falta que me rompa el tímpano.

—No importa que me oiga a mí. ¿Ha oído lo que ha dicho Michaels?

—Sí.

—¿Tiene razón en lo que dice? De todos nosotros, es usted quien más entiende de miniaturización. ¿Está en lo cierto?

—Pues... sí y no —dijo Owens.

—¿Qué quiere decir con esto?

—Quiero decir que, efectivamente, el aire pasaría muy despacio por el *snorkel*, si no fuese miniaturizado; pero si logramos miniaturizarlo, no habrá problema. Puedo extender el campo a través del *snorkel* y miniaturizar el aire antes de que penetre en él, y absorberlo mediante...

—¿Y no nos afectará esta extensión del campo? —inquirió Michaels.

—No; lo fijaré para un máximo de miniaturización inferior al que alcanzamos nosotros.

—¿Y qué pasará con la sangre circundante y con los tejidos del pulmón? —preguntó Duval.

—La selectividad del campo tiene sus límites —concedió Owens— y sólo dispongo de un miniaturizador muy pequeño; mas puedo limitarlo a los cuerpos gaseosos, es decir, a sustancias de poca densidad. Sin embargo, puede producirse alguna lesión. Sólo nos cabe esperar que no sea importante.

—Tenemos que correr el riesgo —dijo Grant—. Adelante. No podemos perder el tiempo en palabras.

Sujeto por cuatro pares de brazos e impulsado por cuatro pares de piernas, el *snorkel* llegó a la pared del capilar.

Grant vaciló un momento.

—Tendremos que hacer un corte. ¡Duval!

Duval frunció los labios en una débil sonrisa.

—No necesita llamar al cirujano. A esta escala microscópica, usted podría hacerlo tan bien como yo. No se requieren conocimientos especiales.

Sacó un cuchillo de una pequeña funda que llevaba al cinto y lo contempló un instante.

—Indudablemente, habrá en él alguna bacteria miniaturizada. Éstas se desminiaturizarán más adelante en el torrente sanguíneo, pero los glóbulos blancos se encargarán de ellas. No creo que se produzca ninguna complicación patógena.

—Dese prisa, doctor —dijo Grant, en tono apremiante.

Duval hizo un corte con el cuchillo entre dos de las células de la pared del capilar. Apareció una limpia abertura. El grueso de la pared podía ser de una diezmilésima de pulgada en la realidad; pero, a la escala miniaturizada de los expedicionarios, equivalía a varios metros. Duval penetró en la abertura y se abrió camino en ella, rompiendo ligamentos intercelulares y ahondando el orificio. Por fin, quedó la pared totalmente perforada, y las células se separaron como los labios de una herida.

A través de ella, apareció otra serie de células, que Duval rajó limpiamente y con gran precisión.

Volvió junto a los otros y dijo:

—Es una abertura microscópica. No habrá pérdida de sangre apreciable.

—No habrá pérdida alguna —declaró Michaels enfáticamente—. La filtración se produce en sentido contrario.

Y, efectivamente, pareció formarse una burbuja de aire en la abertura. La burbuja se hinchó y se detuvo.

Michaels apoyó en ella la mano. Se hundió una parte de la superficie, pero la mano no llegó a horadarla.

—¡Tensión superficial! —dijo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Grant.

—Ya se lo he dicho: tensión superficial. En la superficie de cualquier líquido se produce un fenómeno parecido al de la piel. Para los seres de gran tamaño, como el hombre no miniaturizado, este fenómeno es demasiado débil para ser advertido; en cambio, debido a ello, los insectos pueden caminar sobre la superficie del agua. En nuestro estado miniaturizado, el efecto es todavía mayor. Posiblemente, no podremos cruzar la barrera.

Michaels sacó su cuchillo y lo hundió en la superficie gaseosa, de la misma manera que había hecho Duval con las células un momento antes. La acción del cuchillo hizo que la superficie cediera en un punto y, a continuación, penetró en ella.

—Es como si cortara un pedazo de goma —dijo Michaels, jadeando ligeramente.

Después amplió el corte hacia abajo, y apareció momentáneamente una abertura que volvió a cerrarse casi en el acto.

Grant lo intentó a su vez, introduciendo la mano en la abertura antes de que ésta se cerrase. Sintió un ligero estremecimiento al cerrarse las moléculas de agua.

—Me agarraron la mano, ¿saben?

—Si calculase el tamaño de esas moléculas de agua a nuestra escala actual —dijo Duval en tono sombrío—, se quedaría asombrado. Podría verlas con una sencilla lupa. En realidad...

—En realidad —le interrumpió Michaels— lamenta usted no haber traído su sencilla lupa. Pero le diré algo, Duval: no vería usted gran cosa. Ampliaría las propiedades ondulatorias al mismo tiempo que las propiedades materiales de los átomos y de las partículas subatómicas. Y todo lo que viese, incluso bajo una luz miniaturizada, sería demasiado nebuloso para que pudiese obtener mucho en claro.

—¿Es por este motivo que todo parece romo? —preguntó Cora—. Yo pensé que era únicamente debido a que veíamos las cosas a través del plasma sanguíneo.

—El plasma es un factor, sin duda alguna. Pero, además, la granulosidad general del Universo se hace más patente cuanto más disminuimos nosotros de tamaño. Es como si miramos muy de cerca una vieja fotografía de periódico. Vemos los puntos con mayor claridad, pero la foto se presenta confusa.

Grant prestaba poca atención a la charla. Tenía la mano metida en la burbuja, y con ella abría camino a su otra mano y a su cabeza.

Por un instante, el fluido se cerró sobre su cuello, y tuvo la impresión de que le estaban estrangulando.

—Sujéntenme las piernas, ¿quieren? —gritó.

—Ya está —dijo Duval.

Introdujo el cuerpo hasta la mitad y pudo mirar a través de la grieta que Duval había abierto en la pared.

—Está bien. Sáquenme de aquí.

Le sacaron, y la superficie volvió a cerrarse con un chasquido sordo.

—Veamos ahora lo que podemos hacer con el *snorkel* —dijo—. ¡Empujen!

Fue inútil. El romo extremo del aparato no hizo mella en la apretada red de moléculas de agua que envolvía la burbuja de aire. Los cuchillos desgarraban aquella piel, y de este modo conseguían que penetrara una parte del snorkel; pero, en el momento en que

dejaban de atacar la superficie, volvía a actuar la tensión de ésta, y el snorkel era expulsado al exterior.

Michaels jadeaba a causa del esfuerzo.

—No creo que lo logremos.

—Tenemos que lograrlo —dijo Grant—. Escuchen; voy a penetrar completamente en la burbuja. Cuando empujen el snorkel, lo asiré desde el otro lado y tiraré de él. Así, empujando y tirando...

—No puede entrar ahí, Grant —dijo Duval—. Sería absorbido y se perdería.

—Podemos emplear un cable salvavidas —dijo Michaels—. Como ése, Grant —y señaló el rollo que éste llevaba colgado sobre la cadera izquierda—. Ate el otro extremo a la embarcación, Duval, y nosotros empujaremos a Grant.

Duval cogió el extremo del cable que el otro le tendía y, vacilando ostensiblemente, nadó hacia el barco.

—Pero ¿cómo volverá a salir? —dijo Cora—. ¿Y si no puede vencer de nuevo la tensión de la superficie?

—La venceré. Pero no hagamos más confusa la situación, enfocando el problema número dos cuando aún no hemos resuelto el número uno.

Desde el interior de la nave, Owens observaba fijamente a Duval, que se acercaba nadando.

—¿Necesitan otro par de brazos ahí fuera? —preguntó.

—No lo creo —respondió Duval—. Además, le necesitamos a usted en el miniaturizador. —Ató el cable salvavidas en una pequeña argolla del costado metálico de la embarcación, y agitó la mano—. Ya está, Grant.

Grant le devolvió la señal. La segunda penetración fue ahora más rápida, pues conocía ya el terreno que pisaba. Primero, el corte; después, introducir un brazo (¡uy, cómo dolía el bíceps!); a continuación, el otro; luego, un golpe con ambos brazos y un fuerte impulso con los pies de pato, y salió despedido como una pepita de sandía apretada por dos dedos.

Se encontró entre las dos pegajosas paredes de la grieta intercelular. Miró a la cara de Michaels, claramente visible aunque un tanto deformada a través de la curva de la superficie de la burbuja.

—¡Empuje el aparato, Michaels!

A través de la superficie, pudo distinguir un movimiento de miembros y la trayectoria de un brazo que sostenía un cuchillo. Después, asomó la roma punta del *snorkel*. Grant se arrodilló y agarró aquélla Apoyando la espalda contra uno de los lados de la abertura, y los pies contra el otro, tiró fuertemente. La cara interior de la burbuja se pegó alrededor del aparato. Grant empezó a abrirse camino hacia delante, jadeando:

—¡Empujen! ¡Empujen!

Por fin llegó a terreno despejado. Dentro del tubo del *snorkel* había un fluido inerte.

—Voy a subirlo —dijo Grant— ya introducirlo en el alvéolo.

—Cuando llegue a él, tenga cuidado —dijo Michaels—. No sé hasta qué punto se verá afectado por la inhalación y la exhalación, pero es posible que se encuentre en medio de un huracán.

Grant inició la ascensión, tirando del *snorkel*, buscando puntos a los que agarrarse y pataleando en el blando y dúctil tejido.

Su cabeza asomó en la cavidad alveolar y, de pronto, se encontró en un mundo nuevo. La luz del *Proteus* penetraba a través de un tejido que le parecía enormemente grueso, y, a su velado reflejo, el alvéolo era como una gran caverna, cuyas paredes tenían un brillo húmedo y distante.

A su alrededor, veíanse piedras y rocas de todos los tamaños y colores, las cuales tenían un brillo irisado y a las que el débil reflejo de la luz miniaturizada daba un tono lustroso de gran belleza. Grant advirtió que los bordes de aquellas piedras aparecían también difuminados, a pesar de la ausencia de fluido que pudiera explicar el fenómeno.

—Este lugar está lleno de piedras —dijo.

—Polvo y hollín, debo suponer —le llegó la voz de Michaels—. Polvo y hollín. Las ventajas de vivir en un lugar civilizado, de respirar aire sin filtrar. Los pulmones son una vía de dirección única; absorben el polvo, pero no tienen manera de expulsarlo.

—Será mejor que mantenga el *snorkel* sobre su cabeza —terció Owens—. No me interesa que entre fluido en él..., por ahora.

Grant lo levantó todo cuanto pudo.

—Avíseme cuando haya terminado —jadeó.

—Lo haré.

—¿Funciona?

—¡Claro que funciona! He ajustado el campo estrobofocalmente de modo que actúe en rápidos chorros sobre el..., bueno, no se preocupe por esto. Lo importante es que el campo no sea lo bastante duradero para afectar sensiblemente a los sólidos y los líquidos, y miniaturice únicamente los gases a gran velocidad. He extendido el campo mucho más allá de Benes, hasta la atmósfera del cuarto de operaciones.

—¿No es peligroso? —preguntó Grant.

—Es la única manera de obtener una cantidad suficiente de aire, centenares de veces mayor que todo el contenido en los pulmones de Benes, y miniaturizarlo. ¿Me pregunta si es seguro? Lo único que sé es que los estoy absorbiendo a través de los tejidos de Benes, sin que se altere siquiera su respiración. ¡Oh! ¡Si tuviera un *snorkel* mayor...!

Owens parecía tan alegre y excitado como un jovencito el día de su primera cita.

La voz de Michaels llegó a los oídos de Grant:

—¿Qué efecto le produce la respiración de Benes?

Grant echó una rápida ojeada a la membrana alveolar. Parecía tirante bajo sus pies, y dedujo de ello que debía estar presenciando el lento, lentísimo final de la inhalación.

(Lento en todo caso; más lento a causa de la hipotermia, y más lento aún debido a la distorsión del tiempo producida por la

miniaturización.

—Todo va bien —dijo Grant—. No siento el menor efecto.

Entonces escuchó Grant un ronquido grave, que fue aumentando poco a poco, dándole a entender que comenzaba la exhalación. Tensó los músculos y sujetó fuertemente el snorkel.

Owens, entusiasmado, dijo:

—Esto funciona a maravilla. Nunca se había hecho una cosa semejante.

La corriente de aire empezaba a hacerse sentir alrededor de Grant, al proseguir el lento pero acelerado encogimiento del pulmón, y el ronquido de la exhalación aumentó de volumen. Grant notó que sus pies se levantaban del suelo alveolar. Sabía que, a la escala normal, la corriente de aire en los alvéolos era imperceptible; pero, a su escala miniaturizada, se estaba convirtiendo en un tornado.

Grant se agarró desesperadamente al *snorkel*, cruzando los brazos y las piernas sobre él. El aparato se elevó, levantándolo también a él. Incluso las piedras —polvo— empezaron a moverse y a rodar ligeramente.

A medida que terminaba la exhalación, el viento fue cesando poco a poco, y Grant soltó su presa con alivio.

—¿Falta mucho, Owens? —dijo.

—Casi he terminado. Aguante unos segundos más, Grant.

—Está bien.

Contó mentalmente: veinte... treinta... cuarenta... La inhalación empezaba de nuevo y sentía ya el impacto de las moléculas de aire. La pared alveolar se tensaba de nuevo, haciéndole tambalearse y caer de rodillas.

—¡Ya está! —gritó Owens—. Puede regresar.

—¡Tiren del *snorkel*! —chilló Grant—. ¡De prisa! ¡Antes de que empiece otra exhalación!

Empujó y los otros tiraron. Sólo hubo dificultades cuando la boca del *snorkel* se acercó a la cara interna de la burbuja. Allí resistió un

momento, como si estuviera atornillado, y después la cruzó con un chasquido al cerrarse la película.

Grant había esperado demasiado. Una vez recuperado el *snorkel* desde el exterior, hizo un movimiento como para lanzarse de cabeza en la grieta, pero el comienzo de la exhalación formó un torbellino a su alrededor y le hizo tropezar.

Por un instante, se sintió preso entre dos rocas, y, al liberarse de ellas, se arañó ligeramente una espinilla. (Lesionarse la espinilla contra una partícula de polvo era una cosa digna de contar a los nietos).

¿Dónde se hallaba? Sacudió el cable salvavidas, desprendiéndolo de una protuberancia de una de las piedras, y lo tensó. Lo más fácil sería seguirlo hasta la grieta.

El cable pasaba por encima de la roca, y Grant, apoyando los pies en ésta, trepó rápidamente. La exhalación le sirvió de ayuda, hasta el punto de que ascendía con poquísimo esfuerzo. Después, éste fue nulo. Sabía que la grieta debía hallarse al otro lado del peñasco, y hubiera podido rodearlo, a no ser por el hecho de que la exhalación facilitaba su subida y (¿por qué no decirlo?) porque así resultaba más emocionante.

En el momento culminante de la exhalación la piedra rodó bajo sus pies, y Grant se sintió flotar. Por un momento, se encontró elevado en el aire, delante de la grieta, precisamente en el lugar en que había calculado que estaría ésta. Sólo tenía que esperar uno o dos segundos a que cesara la exhalación, y penetraría rápidamente en aquella y volvería al torrente sanguíneo y a la nave.

Pero, mientras estaba pensando esto, se sintió furiosamente absorbido hacia lo alto, arrastrando el cable y alejándose de la grieta, que, en un instante, se perdió de vista.

El *snorkel* había sido extraído de la grieta alveolar, y Duval se encargó de llevarlo a la embarcación.

—¿Dónde está Grant? —preguntó Cora, con ansiedad.

—Está ahí arriba —dijo Michaels, mirando hacia lo alto.

—¿Por qué no baja?

—Ya bajará. Ya bajará. Supongo que requiere algún esfuerzo. —
Volvió a mirar—. Benes está expulsando el aire de los pulmones. En
cuanto termine, no habrá la menor dificultad.

—¿No sería mejor que agarrásemos el cable y tirásemos de él?

Michaels extendió un brazo para impedirselo.

—Si lo hace y tira en el momento en que empiece la inhalación,
forzándole a bajar, puede causarle daño. Él nos dirá lo que hemos
de hacer, si necesita ayuda.

Cora esperó unos momentos, inquieta, y después se dirigió hacia
el cable.

—Bueno —dijo—, voy a...

Y, en el mismo instante, el cable se soltó y restalló hacia arriba, y
su extremo desapareció a través de la abertura.

Cora gritó y se lanzó desesperadamente hacia la grieta.

Michaels salió detrás de ella.

—No puede hacer nada —jadeó—. ¡No sea loca!

—¡No podemos dejarlo ahí dentro! ¿Qué le ocurrirá?

—Nos hablará por radio.

—Puede haberse estropeado.

—¿Por qué se había de estropear?

Duval se reunió con ellos. Con voz ahogada, dijo:

—Se soltó cuando lo estaba mirando... ¡No puedo creerlo!

Los tres miraron hacia arriba, desolados.

—¡Grant! ¡Grant! —llamó Michaels por radio—. ¿Puede oírme?

Grant ascendió, dando tumbos, con el inútil cable sujeto todavía
a su cinturón y serpenteando detrás de él. Sus pensamientos eran
tan confusos como su vuelo.

«No podré volver —era su idea dominante—. No podré volver. Aunque logre establecer comunicación por radio, no me servirá de nada».

¿O acaso sí?

—¡Michaels! —llamó—. ¡Duval!

Primero no oyó nada; después, un crujido débil junto a los oídos y un gruñido deformado que podía significar: «¡Grant!».

Intentó de nuevo:

—¡Michaels! ¿Me oye? ¿Me oye?

De nuevo escuchó el gruñido. No podía sacar nada en claro.

A pesar de su tensión mental, se le ocurrió pensar una cosa con claridad, como si su intelecto hubiese encontrado tiempo para tomar serenamente nota de una circunstancia. Así como las ondas luminosas miniaturizadas eran más penetrantes que las normales, las ondas de radio miniaturizadas parecían tener menos penetración que en su estado natural.

Por lo visto, se sabía muy poco acerca del estado miniaturizado. Lo malo del *Proteus* y de su tripulación radicaba en que eran los pioneros en un país literalmente desconocido, en el viaje más fantástico que cupiera imaginar.

Y, dentro de este viaje, Grant realizaba ahora una fantástica excursión particular, de muchos kilómetros aparentes, dentro de una cámara de aire microscópica del pulmón de un moribundo.

Ahora se movía más despacio. Había llegado al techo del alvéolo y penetrado en el tallo tubular del que pendía aquél. La luz lejana del *Proteus* llegaba hasta él como un débil resplandor.

¿Podría seguir aquella luz? ¿Podría intentar un avance en la dirección más segura?

Tocó la pared del tubo y se pegó a ella, como una mosca a un papel engomado. Y, al principio, a semejanza de una mosca, no acertó a pensar nada y se retorció, furioso.

En un instante, sus brazos y sus piernas quedaron pegados a la pared. Haciendo un esfuerzo, empezó a pensar. Había terminado la

exhalación y pronto empezaría la inhalación. Entonces la corriente de aire le empujaría hacia abajo. ¡Había que esperarla!

Notó que el viento empezaba a soplar y oyó su creciente murmullo. Lentamente, desprendió un brazo e inclinó el cuerpo exponiéndolo a la corriente de aire. Ésta le empujó hacia abajo, liberando también sus piernas.

Entonces empezó a caer desde una altura que, a su escala miniaturizada, equivalía a la de una montaña. Sabía que, dado su estado de miniaturización, debía caer a la manera de una pluma; sin embargo, sentíase pesado como el plomo. Su caída era regular, sin la menor aceleración, pues las grandes moléculas de aire (casi visibles a simple vista, había dicho Michaels) eran apartadas a un lado en su descenso, y esto requería un gasto de energía que, de otro modo, se habría empleado en la aceleración.

Una bacteria, no mayor que él, podía caer desde aquella altura sin el menor peligro; pero él, un ser humano miniaturizado, estaba compuesto de cincuenta mil billones de células miniaturizadas, y esta complejidad podía hacerlo tan frágil como para desintegrarse en polvo miniaturizado al recibir un choque.

Al pensar esto, extendió automáticamente los brazos para amortiguar el golpe contra la pared alveolar. Sintió el blando contacto; la pared cedió como si fuera de goma, y el hombre rebotó después de agarrarse a ella un breve instante. Sin embargo, había disminuido la velocidad de la caída.

Siguió bajando. En algún lugar, allá en lo hondo, brilló un puntito luminoso, tal como había esperado. Fijó la mirada en él, con excitada esperanza.

Siguió bajando. Agitó furiosamente los pies para evitar un conglomerado de rocas friables. Pasó rozándolo y tropezó de nuevo con una zona esponjosa. Continuó el descenso. Mientras caía, pugnó desesperadamente por avanzar en dirección al punto de luz y tuvo la impresión de que lo había logrado. Pero no estaba seguro.

Rodó por la pendiente inferior de la superficie alveolar. Arrojó el cable alrededor de una saliente rocosa y a duras penas logró sostenerse.

El puntito de luz se había convertido en un pequeño foco, situado, según calculó, a unos quince metros de distancia. Allí «debía» estar la grieta, aquella grieta tan próxima, pero jamás hubiera podido encontrarla sin la guía de la luz.

Esperó que cesara la inhalación. En el breve intervalo entre ésta y la exhalación, tenía que llegar a su meta.

Antes de que la inhalación cesara por completo, empezó a cruzar el espacio que le separaba de la pared. La membrana alveolar, tensa al final de la inhalación, empezó a distenderse al iniciarse los primeros movimientos de la exhalación.

Grant se arrojó a la grieta, que resplandecía ahora de luz. Pateó la superficie interna, que tenía una elasticidad de goma. Un cuchillo hendió la pared, y apareció una mano que le agarró fuertemente por un tobillo. Sintió que tiraban de él hacia abajo, en el mismo instante en que el torbellino de aire empezaba a zumbar en sus oídos.

Otras manos le asieron de las piernas y tiraron de él, y al fin se halló de nuevo en el capilar. Respiró, con un jadeo largo y entrecortado. Después, dijo:

—¡Gracias! ¡Me guié por la luz! ¡Era la única manera!

—Era imposible comunicar por radio —dijo Michaels. Cora le sonrió:

—Fue idea del doctor Duval. Hizo que el *Proteus* se situase frente a la abertura y enfocara hacia ésta la luz de proa. Y también ensanchó la grieta.

—Volvamos a la nave —dijo Michaels—. Hemos agotado casi todo el tiempo que podíamos perder.

Capítulo XIII

PLEURA

—Ahora llega un mensaje, Al —gritó Reid.

—¿Del *Proteus*? —dijo Carter, corriendo hacia la ventanilla.

—Supongo que no será de su mujer.

Carter agitó la mano con impaciencia.

—Luego. Luego. Guárdese los chistes para más tarde. ¿De acuerdo?

El altavoz dio la noticia:

—Informa el *Proteus*, señor: PELIGROSA PÉRDIDA DE AIRE. REALIZADA LA CARGA CON ÉXITO.

—¿La carga? —gritó Carter.

—Supongo que se refieren a los pulmones —dijo Reid, frunciendo las cejas—. A fin de cuentas, están en el pulmón, donde hay millas cúbicas de aire, a su actual escala. Sin embargo...

—¿Qué?

—No puede utilizar ese aire. No está miniaturizado.

Carter miró con desesperación al coronel. Rugió por el micrófono:

—Repitan la última frase del mensaje.

—REALIZADA LA CARGA CON ÉXITO.

—Las últimas palabras, ¿dicen «con éxito»?

—Sí, señor.

—Póngase en comunicación con ellos y confírmelo. —Se volvió a Reid—: Si dicen «con éxito», es que han pedido solucionarlo.

—El *Proteus* lleva un miniaturizador a bordo.

—Entonces, es así como lo lograron. Ya nos lo explicarán más tarde.

Volvió a sonar el altavoz:

—Confirmado el mensaje, señor.

—¿Adelantan? —preguntó Carter, a través de otra conexión.

Una breve pausa, y después:

—Sí, señor. Avanzan a través del revestimiento pleural.

Reid hizo una señal de asentimiento con la cabeza; miró el cronómetro, que señalaba 37, y dijo:

—El revestimiento pleural es una doble membrana que cubre los pulmones. Deben avanzar por el espacio intermedio; un camino despejado, una verdadera autopista que llega hasta el cuello.

—Y se hallarán donde estaban hace media hora —refunfuñó Carter—. Y después, ¿qué?

—Pueden volver a un capilar y dirigirse de nuevo a la arteria carótida, con la consiguiente pérdida de tiempo; o pueden eludir el sistema arterial siguiendo los canales linfáticos, lo cual trae consigo otros problemas. En fin, Michaels es el piloto; supongo que él sabrá lo que ha de hacer.

—¿No puede usted aconsejarle? Por el amor de Dios, ¡prescinda del protocolo!

Reid movió la cabeza.

—No estoy seguro de cuál sea el camino mejor, y él está sobre el terreno. Puede juzgar mejor que yo si la nave aguantará otro embate arterial. Tenemos que dejarlo en sus manos, general.

—Ojalá supiera yo lo que hay que hacer —dijo Carter—. Con gusto asumiría la responsabilidad, si pudiera hacerlo con la menor probabilidad de éxito.

—Es exactamente lo mismo que yo siento —repuso Reid— y que me induce a declinar la responsabilidad.

Michaels consultaba los mapas.

—Está bien, Owens; no es aquí donde quería ir, pero no importa. Aquí estamos y hemos abierto un paso. Diríjase en línea recta a la abertura.

—¿Hacia el pulmón? —dijo Owens, asustado.

—No, no. —Michaels se levantó impaciente de su asiento y subió por la escalerilla, asomando la cabeza a la cabina—. Penetraremos en el revestimiento pleural. Siga adelante y yo le guiaré.

Cora se arrodilló al lado de la butaca de Grant.

—¿Cómo logró salir del paso?

—A duras penas —respondió Grant. Y, con impaciencia, añadió —: No dejé un momento de pensar: ¿por qué diablos estoy aquí?

—Sabe perfectamente... —empezó Cora.

—No; no lo sé —la interrumpió Grant—. Todos ustedes actúan por una razón concreta, no por vanas palabras. Owens está probando su embarcación; Michaels señala una ruta a través del cuerpo humano; Duval admira la obra de Dios, y usted...

—¿Qué?

—Usted admira a Duval —susurró Grant.

Cora se ruborizó.

—Realmente —dijo—, es digno de admiración. Cuando hubo sugerido que enfocásemos el faro de proa de la nave a la grieta, a fin de darle a usted un punto de referencia, no hizo nada más. Ni siquiera le dirigió la palabra a su regreso. Es su manera de ser. Es capaz de salvar la vida a una persona y mostrarse después rudo con ella; de modo que será recordada su rudeza y olvidada su acción salvadora. Pero sus modales no alteran lo que es en el fondo.

—No. Esto es cierto; no lo altera, pero lo disimula.

—En fin, dejemos esto; tengo que volver a mi trabajo con el láser —dijo, lanzando una rápida mirada a Michaels, que volvía a su sitio.

—¿El láser? ¡Dios mío! Lo había olvidado. Ojalá pueda comprobar que no ha sido gravemente averiado.

Se desvaneció la animación que había mostrado la joven durante la charla.

—¡Ojalá! —dijo.

Cora se dirigió a popa, seguida por la mirada de Michaels.

—¿Qué pasa con el láser? —dijo el hombre.

Grant movió la cabeza.

—Ahora va a comprobarlo —respondió.

Michaels pareció vacilar antes de proseguir. Movi6 ligeramente la cabeza. Grant le observó, pero no dijo nada.

Por fin, Michaels se retrepó en su asiento y dijo:

—¿Qué opina usted de nuestra situación actual?

Grant, que hasta entonces no había dejado de pensar en Cora, levantó la cabeza y miró por la ventanilla. Parecían deslizarse entre dos paredes que casi tocaban al *Proteus* por ambos lados; eran de un color amarillo brillante y estaban formadas por fibras paralelas, parecidas a gruesos troncos pegados unos a otros.

El fluido que los rodeaba era claro, limpio de células y objetos, y casi de residuos. Parecía reinar una calma absoluta, y el *Proteus* avanzaba, rápidamente y con toda regularidad; sólo el movimiento de Brown imprimía algunas oscilaciones al avance de la embarcación.

—Ahora —dijo Grant—, el movimiento de Brown es más acusado.

—Este fluido es menos viscoso que el plasma sanguíneo, y por esto amortigua menos el movimiento. De todos modos, no estaremos mucho tiempo aquí.

—Entonces, no estamos ya en el torrente sanguíneo...

—¿Tiene aspecto de serlo? Estamos en el espacio que separa los pliegues de la membrana pleural, que es como el forro de los

pulmones. La membrana de aquel lado está sujeta a las costillas. En realidad, deberíamos ver, al pasar ante una de ellas, un grande y suave abombamiento. La otra membrana está pegada a los pulmones. Si quiere saber sus nombres, son, respectivamente, la pleura parietal y la pleura pulmonar.

—Los nombres me importan poco.

—Lo suponía. Nos hallamos, pues, en medio de la película lubricante que existe entre las dos pleuras. Cuando se hinchan los pulmones durante la inhalación, o cuando se contraen durante la exhalación, hacen presión sobre las costillas, y este fluido amortigua y suaviza el roce. Es una película tan fina que los pliegues de la pleura se consideran prácticamente en contacto si el individuo no está enfermo; pero, como nosotros tenemos el tamaño de un germen, estamos en condiciones de deslizarnos por la película entre aquellos.

—¿Y no nos afecta el movimiento de la pared de los pulmones contra la armazón de las costillas?

—Indudablemente, somos ligeros y alternativamente impulsados hacia delante y frenados hacia atrás. Pero no lo bastante para que eso tenga la menor importancia.

—Oiga —dijo Grant—. ¿Tienen algo que ver esas membranas con la pleuresía?

—En efecto. Cuando las pleuras se infectan y se inflaman, la respiración se hace dificultosa, y la tos...

—¿Qué ocurriría, si Benes empezara a toser?

Michaels se encogió de hombros.

—Dada nuestra situación actual, creo que sería fatal para nosotros. Nos aniquilaría. Sin embargo, no creo que se produzca la tos. El hombre se encuentra en un estado de hipotermia y bajo los efectos de los sedantes, y su pleura, puedo asegurarle, se halla en perfectas condiciones.

—Pero si la irritamos...

—Somos demasiado pequeños para hacerlo.

—¿Está seguro?

—Sólo podemos hablar basándonos en probabilidades. Y las probabilidades de los son demasiado escasas para que tengamos que preocuparnos.

Su rostro estaba absolutamente tranquilo.

—Comprendo —dijo Grant, y miró hacia atrás para ver lo que estaba haciendo Cora.

Ésta y Duval se hallaban en el cuarto de trabajo, con las cabezas inclinadas sobre el banco. Grant se levantó y se plantó en el umbral. Michaels se reunió con él.

Sobre un plano de cristal opalino, intensamente iluminado desde abajo, veíase el láser desmontado. Cada una de sus piezas destacaba viva y claramente sobre la iluminada superficie.

—¿Cuáles son, en total, las averías? —preguntó Duval, muy agitado.

—Estas piezas son las averiadas, doctor, y, además, este muelle.

Duval, muy pensativo, pareció contar las piezas, tocando cada una de ellas con un dedo y apartándolas con gran cuidado.

—La clave de la situación estriba, pues, en este transistor estropeado. Esto significa que no podemos encender la lámpara, ni, por tanto, utilizar el láser.

—¿No hay piezas de recambio? —terció Grant.

Cora levantó la cabeza. Su mirada culpable evitó los ojos firmes de Grant.

—Ninguna de las que corresponden al interior del chasis —dijo—. Hubiéramos podido traer un segundo láser, ¿pero quién iba a pensar...? Si no se hubiese soltado...

Michaels preguntó, severamente:

—¿Habla usted en serio, doctor Duval? ¿Ha quedado inservible el láser?

En la voz de Duval vibró un matiz de impaciencia.

—Yo hablo siempre en serio. Y ahora, no me moleste. Parecía absorto en sus pensamientos. Michaels se encogió de hombros.

—Conque así estamos... —dijo—. Hemos cruzado el corazón; hemos llenado nuestros tanques de aire en los pulmones, y todo para nada. No podemos seguir adelante.

—¿Y por qué no? —preguntó Grant.

—Naturalmente, «podemos» seguir, por lo que atañe a nuestra capacidad física. Pero carecería de objeto, Grant. Sin el láser, nada podemos hacer.

—Doctor Duval —dijo Grant—, ¿no hay alguna manera de realizar la operación sin el láser?

—Estoy pensando —le atajó Duval.

—Entonces, háganos partícipes de sus pensamientos —le replicó vivamente Grant.

Duval levantó la cabeza.

—No; no hay manera de realizar la operación sin el láser.

—Sin embargo, se han realizado operaciones durante siglos, cuando no se conocía el láser. Usted mismo ha abierto la pared del pulmón con su cuchillo; y «esto» ha sido una operación. ¿No podría eliminar el coágulo con el cuchillo?

—Podría hacerlo, desde luego; pero no sin lesionar el nervio y poner en peligro todo un lóbulo del cerebro. El láser es increíblemente más delicado que el bisturí. En este caso particular, sería una carnicería, comparado con el láser.

—Pero puede salvar la vida de Benes con el bisturí, ¿no?

—Creo que sí; pero sólo es una posibilidad. Además, no tendría seguridad de salvar su cerebro. En realidad, creo, casi con certeza, que una intervención a base de bisturí causaría graves lesiones mentales a Benes. ¿Es esto lo que usted quiere?

Grant se frotó la barbilla.

—Le diré lo que quiero. Llegaremos hasta el coágulo. Cuando estemos allí, empleará usted el bisturí, si no tiene otra cosa. Si perdemos los bisturíes, empleará los dientes. Y, si no lo hace, lo

haré yo. Podemos fracasar, pero no rendirnos. Mientras tanto, déjeme ver ese maldito accesorio.

Se abrió paso entre Duval y Cora, y levantó el transistor, dejándolo descansar sobre la punta de su dedo índice.

—¿Es éste el que se rompió?

—Sí —dijo Cora.

—Si pudiéramos repararlo o sustituirlo, ¿haría funcionar el láser?

—Sí; pero la reparación es imposible.

—Supongamos que tuviera otro transistor de tamaño y potencia semejantes, y una cantidad de hilo lo bastante fino. ¿Podría adaptarlo al aparato?

—No creo que pudiese. Es algo que requiere una precisión absoluta.

—¿Y tampoco podría hacerlo usted, doctor Duval? Tal vez sus dedos de cirujano serían capaces de lograrlo, a pesar del movimiento de Brown.

—Podría intentarlo, con la ayuda de Miss Peterson. Pero no tenemos aquellos elementos.

—Sí que los tenemos —dijo Grant—. Yo puedo proporcionárselos.

Cogió un pesado destornillador y se encaminó deliberadamente al compartimiento de proa. Se acercó al aparato de radio y, sin la menor vacilación, empezó a destornillar la tabla posterior.

Michaels fue detrás de él y le asió de un codo.

—¿Qué va usted a hacer, Grant?

Éste soltó el brazo con una sacudida.

—Voy a abrirle la tripa a ése.

—¿Quiere decir que va a desmontar el aparato de radio?

—Necesito un transistor y un hilo.

—Pero nos quedaremos incomunicados con el exterior.

—¿Y qué?

—Cuando llegue el momento de sacarnos del cuerpo de Benes... Escuche, Grant...

—No quiero escucharle —dijo éste, con impaciencia—. Pueden seguirnos gracias a nuestra radiactividad. El aparato de radio sirve sólo para charlar y podemos prescindir de él. En realidad, no tenemos más remedio. O la radio enmudece, o Benes se muere.

—Por el amor de Dios, llame a Carter y dígaselo. Grant pensó, rápidamente.

—Le llamaré —dijo—, pero sólo para anunciarle que no habrá más mensajes.

—Si él le ordena que se prepare para salir...

—Me negaré.

—Pero, si se lo «ordena»...

—Podrá sacarnos de aquí por la fuerza, pero sin mi colaboración. Mientras permanezcamos a bordo del *Proteus*, seré yo quien tome las decisiones. Hemos ido ya demasiado lejos para abandonar la empresa; seguiremos hasta el coágulo, ocurra lo que ocurra y sean cuales fueren las órdenes de Carter.

Carter gritó:

—Repita el último mensaje.

—SACRIFICAMOS RADIO PARA REPARAR LÁSER. ÉSTE ES EL ÚLTIMO MENSAJE.

—¡Van a quedarse sin comunicación...! —dijo Reid, pasmado.

—¿Qué diablos le ha ocurrido al láser? —dijo Carter.

—No me lo pregunte a mí. Carter se sentó, pesadamente.

—Mande que nos suban café, ¿quiere, Don? Si pensara que iba a aguantarlo, pediría un whisky doble con soda, y otros dos a continuación. ¡Estamos «pringados»!

Reid pidió el café. Después, dijo:

—Sabotaje, tal vez...

—¿Sabotaje?

—Sí, y no se haga el sorprendido, general. Usted lo previó desde el principio. En otro caso, ¿por qué habría enviado a Grant?

—Después de lo que le ocurrió a Benes durante el trayecto hasta aquí...

—Lo sé. Le diré, además, que ni Duval ni la muchacha me inspiran mucha confianza.

—Ambos son irreprochables —dijo Carter, con una mueca—. Tienen que serlo. Todos los que están allí «tienen» que serlo. No podíamos estar más seguros de lo que estamos.

—Exacto. Ningún procedimiento de seguridad puede dar una certeza absoluta.

—Toda esa gente «trabaja» aquí.

—Menos Grant —dijo Reid.

—¿Eh?

—Grant no trabaja aquí. Es un forastero. Carter emitió una sonrisa forzada.

—Es agente del Gobierno.

—Lo sé —dijo Reid—. Y los agentes pueden hacer un doble juego. Todo ha sido meter a Grant en el *Proteus* y empezar la racha de mala suerte... o de lo que parece mala suerte...

Habían traído el café. Carter dijo:

—Esto es ridículo. Conozco al hombre. Para mí, no es un forastero.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio? ¿Qué sabe de su vida privada?

—Olvídelo. Es imposible.

Carter revolvió la leche en el café con visible preocupación.

—No se preocupe —dijo Reid—. Sólo pensaba en voz alta.

—¿Siguen en la pleura? —preguntó Carter.

—Sí.

Carter miró el cronómetro, que marcaba 32, y movió la cabeza, profundamente afligido.

Grant había desmontado el aparato de radio. Cora examinó los transistores, uno tras otro, dándoles vuelta, sopesándolos, casi mirando su interior.

—Creo que éste serviría —dijo, en tono de duda—, pero ese hilo es demasiado grueso.

Duval colocó el hilo en cuestión sobre el iluminado cristal opalino, y depositó a su lado el fragmento averiado del hilo primitivo, comparándolos con mirada sombría.

—Éste es el que más se le parece —dijo Grant—. Tendrá que hacerlo funcionar.

—Es muy fácil decirlo —respondió Cora—. Puede ordenármelo a mí, pero no al hilo. Y éste no funcionará, por mucho que usted le grite.

—Está bien, está bien.

Grant intentó pensar algo, pero no llegó a ninguna parte.

—Esperen —dijo Duval—. Con un poco de suerte, tal vez podría limarlo hasta darle la delgadez requerida. Deme un escalpelo del número once, Miss Peterson.

Sujetó el hilo del que había sido aparato de Grant (ahora literalmente sin hilos) entre dos pequeñas pinzas, y lo miró a través de una lupa. Después tomó el escalpelo que le alargaba Cora y empezó a rasgar el hilo con él.

Sin levantar la cabeza, dijo:

—Tenga la bondad de sentarse, Grant. No puede ayudarme soplándome en el cogote.

Grant dio un ligero respingo, pero captó la mirada de súplica de Cora, y fue a sentarse, sin decir nada.

Michaels, desde su butaca, le recibió con fingido buen humor.

—El cirujano se ha puesto a trabajar —dijo—. Póngale el escalpelo en la mano, y en seguida dará rienda suelta a su temperamento. No pierda el tiempo enfadándose con él.

—No me he enfadado —dijo Grant.

—No le creo —replicó Michaels—, a menos que me diga que ha renunciado a su condición humana. Duval tiene el don..., estoy seguro de que él diría el don de Dios..., de hacerse antipático con

una sola palabra, con una mirada, con un ademán. Y, por si esto no fuera bastante, ahí está la señorita.

Grant se volvió a Michaels, visible enojado.

—¿Qué tiene que decir de la señorita?

—Vamos, Grant. ¿Quiere que le dé una conferencia sobre chicos y muchachas?

Grant frunció el ceño y le volvió la espalda.

Michaels dijo suavemente, casi con tristeza:

—Se encuentra perplejo con ella, ¿no?

—¿Perplejo?

—Es una joven simpática y «muy» guapa. Y usted es, por su profesión, sumamente desconfiado.

—¿Y qué?

—¡Está claro! ¿Qué le pasó al láser? ¿Fue un accidente?

—Pudo serlo.

—Sí; pudo serlo. —La voz de Michaels era apenas un murmullo —. Pero ¿lo fue?

Grant susurró a su vez, después de lanzar una rápida mirada por encima del hombro:

—¿Está usted acusando a Miss Peterson de sabotear la misión?

—¿Yo? ¡De ninguna manera! No tengo la menor prueba de ello. Pero sospecho que usted la acusa mentalmente y que no le gusta hacerlo. De ahí su perplejidad.

—¿Por qué he de acusar precisamente a Miss Peterson?

—¿Y por qué no? Nadie le prestaría atención si la viera manipular con el láser. Es lo suyo. Y, si pretendiera realizar algún sabotaje, lo haría, lógicamente, con aquello que le resulta más familiar: el láser.

—Lo cual haría recaer inmediata y automáticamente las sospechas sobre ella..., como parece ser el caso —dijo Grant, con cierto acaloramiento.

—Comprendo. Está usted enojado.

—Escuche —dijo Grant—. Estamos todos en una embarcación relativamente pequeña, y puede usted creer que cada uno de nosotros está bajo la atenta y continua observación de los demás; pero no es así. Hemos estado tan absortos en lo que nos rodea, que cualquiera de nosotros habría podido ir al cuarto almacén y estropear el láser sin que nadie lo advirtiera. Podía hacerlo usted, o podía hacerlo yo. Yo no le habría visto. Y usted no me habría visto.

—¿O Duval?

—O Duval. No crea que lo elimino. Pero también pudo ser un simple accidente.

—¿Y su cable de seguridad? ¿También se soltó por accidente?

—¿Pretende sugerirme algo más?

—No; no lo pretendo. Sólo puedo señalarle algunas cosas, si usted lo desea.

—No lo deseo, pero hable, de todos modos.

—Fue Duval quien sujetó su cable salvavidas.

—Y supongo que su nudo sería defectuoso —repuso Grant—. Por otra parte, el cable estuvo sometido a una tensión considerable. Muy considerable.

—Los cirujanos saben hacer nudos.

—Eso es una tontería. Los nudos de cirujano no son nudos de marinero.

—Quizá. Pero también es posible que el nudo fuese hecho deliberadamente de modo que se aflojara. O incluso pudo ser desatado a mano.

Grant asintió con la cabeza.

—Está bien. Pero también en esta ocasión estaban todos concentrados en lo que ocurría a su alrededor. Usted, Duval, o Miss Peterson podían volver rápidamente a la embarcación, desatar el nudo y regresar sin que nadie lo advirtiese. Incluso Owens podía salir del submarino, según creo.

—Sí; pero Duval tuvo la mejor oportunidad. Justo antes de que se soltara el cable, se dirigió a la embarcación, llevando el *snorkel*.

Dijo que el cable se había soltado mientras él lo estaba mirando. Sabemos, por propia confesión, que se hallaba en el lugar y en el momento adecuados.

—Sin embargo, puede seguir siendo un accidente. ¿Qué móviles podía tener? El láser estaba ya roto, y todo lo que conseguía al soltar el cable era perjudicarme personalmente. Si lo que le preocupaba era la misión, ¿qué le importaba yo?

—¡Oh, Grant! ¡Oh, Grant!

Michaels sonrió, moviendo la cabeza.

—Bueno, hable y déjese de exclamaciones.

—Suponga que fuese la joven la que se encargó del láser. Y suponga que a Duval le interesase concretamente usted; suponga que quisiera librarse de usted y que el fracaso de la misión fuese para él una cosa secundaria.

Grant se quedó sin habla. Michaels prosiguió:

—Tal vez Duval no se halla absorto en su trabajo hasta el punto de no advertir que su ayudante se ha dado cuenta de que usted existe. Usted es un joven muy apuesto, Grant, y evitó que ella se lesionase gravemente cuando nos pilló el remolino; tal vez incluso le salvó la vida. Duval presencié esto y tal vez advertió también la reacción de la muchacha.

—No hubo tal reacción. A ella no le interesó.

—La observé mientras anduvo usted perdido en el alvéolo. Estaba desesperada. Lo que entonces pudo ver cualquiera, pudo verlo Duval mucho antes: la atracción que siente por usted. Y cabe en lo posible que hubiera querido librarse de usted por esta razón.

Grant se mordió el labio inferior, reflexionó y dijo:

—Está bien. ¿Y la pérdida de aire? ¿Fue también un accidente?

Michaels se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que va usted a decirme que Owens pudo ser el responsable de esto.

—Pudo serlo. Conoce el barco. Él lo diseñó. Nadie como él para averiar los mandos. Y sólo él comprobó la avería.

—Es verdad. Sí; esto es verdad.

—Y si nos ponemos en este terreno —prosiguió Grant, con creciente irritación—, ¿qué me dice de la fístula arteriovenosa? ¿Fue un accidente, o sabía usted que estaba allí?

Michaels se echó atrás en su butaca y pareció anonadado.

—¡Dios mío! No había pensado en esto. Le doy mi palabra, Grant, de que no me había pasado por la cabeza la idea de que algo de lo sucedido pudiese apuntar en mi dirección. Naturalmente, comprendía que podía sospecharse que había averiado el láser, o desatado el nudo de su cable, o estropeado la válvula del tanque de aire, aprovechando un momento en que nadie me observase..., o incluso imputárseme las tres cosas. Sin embargo, en todos estos casos, las probabilidades señalaban a otras personas antes que a mí. En cuanto a la fístula, confieso que únicamente yo podría ser el responsable.

—Así es.

—Naturalmente, yo ignoraba que estuviese allí. Pero ¿acaso puedo probarlo?

—No.

—¿Ha leído usted novelas policíacas, Grant? —preguntó Michaels.

—Algunas, cuando era más joven. Ahora...

—Su profesión hace que no las encuentre divertidas. Lo comprendo perfectamente. Pero en las novelas de detectives todo resulta sencillísimo. Hay un sutil indicio que apunta a una persona, a una sola, y el detective es el único que sabe verlo. En cambio, en la vida real, los indicios apuntan, por lo visto, a todas partes.

—O a ninguna —dijo Grant con firmeza—. Es posible que nos encontremos ante una serie de accidentes y desgracias.

—Es posible —admitió Michaels.

Sin embargo, ninguno de los dos parecía muy convincente..., ni muy convencido.

Capítulo XIV

LINFA

Sonó la voz de Owens en la cabina:

—Mire hacia delante, doctor Michaels. ¿Es ésa la salida? Percibieron que el *Proteus* disminuía la velocidad.

—Hemos hablado demasiado —murmuró Michaels—. Hubiera debido estar observando. Inmediatamente, frente a ellos, veíase el abierto extremo de un conducto. Las delgadas paredes que tenían delante aparecían como desgastadas, casi perdiéndose en la nada. La abertura apenas si era lo bastante ancha para que pasara el *Proteus*.

—No está mal —gritó Michaels—. Métase por ella.

Cora se había apartado del banco y miraba hacia delante con asombro; en cambio, Duval permaneció en su sitio y siguió trabajando con infinita e inagotable paciencia.

—Debe de ser un canal linfático —dijo ella.

Habían penetrado en él y se hallaban entre unas paredes no más gruesas que las del capilar en que habían estado un rato antes.

Como en los capilares, los muros estaban claramente constituidos por células poligonales planas, cada una de ellas con un núcleo en el centro. El fluido a través del cual pasaban era muy parecido al de la cavidad pleural; brillaba con amarillento resplandor bajo los focos del *Proteus* y transmitía su tono amarillo a las células. Los núcleos eran de un color más oscuro, casi anaranjado.

—¡Huevos escalfados! —dijo Grant—. ¡Son exactamente igual que huevos escalfados! —Y añadió—: ¿Qué son los canales linfáticos?

—En cierto modo, constituyen un sistema circulatorio auxiliar —explicó Cora, gravemente—. El fluido escapa de los finísimos capilares y se concentra en el espacio del cuerpo y entre las células. Es el fluido intersticial. Después pasa a pequeños tubos de desagüe, o canales linfáticos, los cuales están abiertos por sus extremos, según acabamos de ver. Estos tubos se unen para formar canales cada vez mayores, hasta alcanzar el tamaño de las venas. Toda la linfa...

—¿Es el fluido que nos rodea? —preguntó Grant.

—Sí; toda la linfa va a parar al mayor vaso linfático, el conducto torácico, el cual la lleva a la vena subclavia, en la parte superior del pecho. De esta manera, la linfa es reintegrada al sistema circulatorio principal.

—¿Y por qué hemos entrado en un canal linfático?

Seguro ya del rumbo, Michaels se retrepó en su butaca y terció en la conversación:

—Verá —dijo—, es un camino secundario y más tranquilo. Aquí no sentimos los efectos del corazón. Son las presiones y tensiones musculares las que mueven el fluido, y Benes apenas las experimenta en la actualidad. Esto nos asegura un viaje tranquilo hasta el cerebro.

—Entonces, ¿por qué no nos metimos en los canales linfáticos desde el principio?

—Son pequeños. Una arteria constituye un blanco mucho mejor para una aguja hipodérmica, y confiábamos en que la corriente arterial nos llevaría al punto de destino en pocos minutos. La cosa salió mal, y, para volver a una arteria, habríamos perdido muchísimo tiempo. Además, es posible que la nave no aguantase ya los embates de la corriente arterial.

Desplegó una nueva serie de mapas y gritó:

—¡Owens! ¿Se guía usted por la Carta 72-D?

—Sí, doctor Michaels.

—Asegúrese de que sigue la ruta que le he trazado.

Así tendremos que cruzar un número mínimo de ganglios.

—¿Qué es aquello que se ve al frente? —preguntó Grant.

Michaels miró y se puso rígido.

—¡Disminuya la marcha! —gritó.

El *Proteus* frenó vigorosamente. De la pared del tubo, que ahora se había ensanchado, emergía una masa informe, lechosa, granulosa y en cierto modo amenazadora. Pero, mientras la observaban, pareció encogerse y se desvaneció.

—Adelante —dijo Michaels, y, volviéndose a Grant—: Pensé que ese glóbulo blanco venía hacia acá, pero, afortunadamente, se iba. Algunos glóbulos blancos se forman en los ganglios, los cuales constituyen una importante barrera contra las enfermedades. No sólo forman células blancas, sino también anticuerpos.

—¿Y qué son los anticuerpos?

—Son moléculas proteínicas que tienen la cualidad de combinarse específicamente con diversas sustancias exteriores que invaden el cuerpo: gérmenes, toxinas, proteínas extrañas...

—¿Y nosotros?

—Supongo que también nosotros, en determinadas circunstancias.

—Las bacterias —intervino Cora— son atrapadas en los ganglios, los cuales sirven de campo de batalla entre ellas y los glóbulos blancos. Los ganglios se hinchan y se vuelven dolorosos. Habrá oído usted decir que a los niños se les hinchan las glándulas de las axilas o de debajo de la mandíbula.

—¿Y son realmente los ganglios linfáticos?

—Exacto.

—Me parece —dijo Grant— que sería buena idea mantenernos apartados de los ganglios linfáticos.

—Somos muy pequeños —dijo Michaels—. El sistema de anticuerpos de Benes no se verá excitado por nosotros, y, además, sólo tendremos que cruzar una serie de ganglios, después de los cuales será muy fácil la navegación. Claro que existe un riesgo, pero todo lo que estamos haciendo es arriesgado. Supongo —dijo, en tono de reto que no me ordenará usted que salga del sistema linfático.

Grant movió la cabeza.

—No —dijo—, no; a menos que alguien sugiera una alternativa mejor.

—Ahí está —dijo Michaels, dando un ligero codazo a Grant—. ¿Lo ve?

—¿Aquella sombra de enfrente?

—Sí. Nuestro canal es uno de los varios que penetran en el ganglio, el cual es una masa esponjosa de membranas y pasillos tortuosos. El lugar está lleno de linfocitos...

—¿Qué son éstos?

—Un tipo de células blancas. Espero que no nos molestarán. Toda bacteria que se encuentra en el sistema circulatorio acaba por llegar a un ganglio linfático. No puede maniobrar por los angostos y retorcidos canales.

—¿Podemos nosotros?

—Nosotros seguimos un rumbo deliberado, Grant, y tenemos un punto de destino; en cambio, las bacterias navegan ciegamente. Supongo que comprende la diferencia. Una vez atrapada en el ganglio, la bacteria es atacada por los anticuerpos y, si éstos fallan, por las células blancas desplegadas para el combate.

La sombra estaba ahora más cerca. El tono dorado de la linfa se oscurecía y se enturbiaba. Frente a nosotros, parecía elevarse una pared.

—¿Tiene la ruta, Owens? —gritó Michaels.

—Sí, pero es muy fácil equivocarse.

—Aunque se equivoque, recuerde que en este momento seguimos, en general, una ruta ascendente. Mantenga el indicador gravitómetro en su línea actual, y, a la larga, no podrá errar el rumbo.

El *Proteus* hizo un giro brusco y, de pronto, todo tomó un tono gris. Los faros parecían reflejar únicamente sombras grises, más o menos oscuras. De vez en cuando, pasaban una especie de bastones, más cortos y mucho más estrechos que la nave; y también racimos de objetos esféricos, muy pequeños y borrosos en sus bordes.

—Bacterias —murmuró Michaels—. Las veo con demasiado detalle para poder determinar su especie exacta. ¿No es extraño? ¡Demasiado detalle!

El *Proteus* movíase ahora con mayor lentitud, siguiendo las numerosas y suaves curvas y recodos del canal, de una manera casi vacilante.

Duval asomó en la puerta del cuarto de trabajo.

—¿Qué pasa? Si la nave no mantiene un curso más firme, me es imposible trabajar. El movimiento de Brown es bastante fuerte.

—Lo siento, doctor —dijo Michaels fríamente—. Estamos cruzando un ganglio linfático y no podemos hacerlo mejor.

Duval dio media vuelta, con aspecto irritado.

Grant miró hacia delante.

—Doctor Michaels, ¿qué es eso que parece un montón de algas?

—Fibras reticulares —respondió Michaels.

—¡Doctor Michaels! —llamó Owens.

—¿Qué?

—Ese material fibroso se espesa cada vez más. Creo que no podré maniobrar sin causarle algunos daños. Michaels reflexionó un momento.

—No se preocupe por esto —dijo—. En todo caso, los daños que podamos producir serán mínimos.

Un haz de fibras se desprendió al paso del *Proteus*, rozando las ventanillas y perdiéndose a su espalda. Esto se repitió con creciente frecuencia.

—Todo va bien, Owens —dijo Michaels, animándole—. El cuerpo repara estos desperfectos sin ninguna dificultad.

—No me preocupa Benes —gritó Owens—. Me preocupa la nave. Si esas cosas se pegan a los tubos de escape, puede calentarse excesivamente el motor. Y se están adhiriendo. ¿No percibe la diferencia del ruido del motor?

Grant no la percibía, y desvió nuevamente su atención hacia el exterior. La nave cruzaba un verdadero bosque de zarcillos que a la luz de los faros resplandecían con un lúgubre color castaño.

—Pronto saldremos de aquí —dijo Michaels, pero había en su voz un manifiesto acento de ansiedad.

El camino se aclaró un poco y pudo Grant percibir la diferencia en el ruido de los motores, una especie de ronquera, como si el claro eco de los gases que salían por los tubos de escape quedara amortiguado y ahogado por algo.

—¡Adelante a toda máquina! —gritó Owens.

Una de aquellas bacterias como bastones chocó blandamente con la nave. La sustancia de la bacteria se dobló sobre la curva de la ventana, recobró su forma primitiva y salió rebotada, dejando una mancha que se fue borrando lentamente.

Delante de nosotros se veían otras bacterias.

—¿Qué ocurre? —preguntó Grant, asombrado.

—Creo —dijo Michaels—, «creo» que estamos presenciando una reacción de los anticuerpos contra las bacterias. No intervienen células blancas. ¡Fíjense! Observen las superficies de las bacterias. El reflejo de la luz miniaturizada es insuficiente, pero ¿no lo ve usted?

—No, temo que no.

A su espalda, sonó la voz de Duval:

—Tampoco yo puedo ver nada.

—¿Ha ajustado ya el hilo? —preguntó Grant, volviéndose.

—Todavía no —respondió Duval—. No puedo trabajar con todo este movimiento. Habrá que esperar. ¿Qué estaban diciendo sobre los anticuerpos?

—Ya que no está usted trabajando, podemos apagar las luces interiores —dijo Michaels—. ¡Owens!

Se apagaron las luces, y el interior de la embarcación quedó únicamente iluminado por el reflejo de los faros; un reflejo castaño, fantástico y titilante, que envolvía en sombras los rostros de todos.

—¿Qué pasa en el exterior? —preguntó Cora.

—Es lo que estoy tratando de explicar —respondió Michaels—. Observen los bordes de las bacterias que tenemos delante.

Grant se esforzó cuanto pudo, entornando los párpados.

La luz era vacilante e irregular.

—¿Se refiere a esos pequeños objetos que parecen perdigones?

—Exactamente. Son moléculas anticuerpos. Proteínas, ¿sabe?, y lo bastante grandes para que podamos verlas, en nuestro estado actual. Ahí viene una ¡Fíjense!

Uno de los diminutos anticuerpos pasó junto a la ventanilla. Visto de cerca, no parecía en absoluto un perdigón, sino algo bastante mayor, como un menudo puñado de *spaghetti*, de forma vagamente esférica. Unos apéndices finísimos, visibles únicamente como débiles rayos de luz, sobresalían aquí y allá.

—¿Y qué es lo que hacen? —preguntó Grant.

—Cada bacteria tiene una pared celular distintiva, constituida por agrupaciones atómicas específicas sujetas entre sí de manera también específica. A nosotros, las diferentes paredes nos parecen lisas y uniformes; pero, si fuésemos todavía más pequeños, si nos hubieran miniaturizado a escala molecular en vez de hacerlo a escala bacteriana, veríamos que cada pared está constituida por un mosaico, y que este mosaico es distinto en las diferentes especies

bacterianas. Los anticuerpos tienen la facultad de ajustarse perfectamente a este mosaico, y, en el momento en que han cubierto los puntos clave de la pared, la célula bacteriana muere; es como si le tapásemos a un hombre la boca y la nariz hasta ahogarlo.

—Puede verse cómo se incrustan —dijo Cora, muy excitada—. Es... es horrible.

—¿Se compadece usted de las bacterias, Cora? —dijo Michaels, sonriendo.

—No; pero esos anticuerpos, con su manera de agarrarse, parecen malignos.

—No les atribuya emociones humanas —dijo Michaels—. No son más que moléculas que se mueven ciegamente. Las fuerzas interatómicas las atraen sobre esas porciones de la pared y las mantienen allí. Es algo parecido a la atracción que ejerce un imán sobre un pedazo de hierro. ¿Calificaría usted de maligno el ataque del imán?

Sabiendo ya lo que tenía que mirar, Grant podía ver ahora lo que ocurría. Una bacteria, moviéndose ciegamente entre una nube de anticuerpos, parecía atraerlos, obligarles a posarse encima de ella. Y los anticuerpos se alineaban, uno al lado de otro, enlazando sus tentáculos.

—Algunos de los anticuerpos parecen indiferentes... —dijo Grant—. No tocan a la bacteria...

—Los anticuerpos son específicos —dijo Michaels—. Cada uno de ellos ha sido formado para adaptarse al mosaico de una clase particular de bacteria, o a una molécula proteínica especial. En este momento, la mayoría de los anticuerpos, aunque no todos, se adaptan a las bacterias que nos rodean. La presencia de estas bacterias particulares ha estimulado la rápida formación de esta variedad particular de anticuerpos. Cómo se produce este estímulo, es algo que todavía ignoramos.

—¡Dios mío! —exclamó Duval—. ¡Miren!

Una de las bacterias aparecía ahora completamente revestida de anticuerpos, los cuales se habían adaptado a todas sus irregularidades, de modo que aquélla parecía ser exactamente igual que antes, pero provista de una pared más gruesa.

—Se adaptan perfectamente —dijo Cora.

—No; no lo crea. ¿No ve cómo los lazos intermoleculares de las moléculas anticuerpos producen una especie de presión sobre la bacteria? Esto es algo que nunca pudo verse claramente, ni siquiera en los microscopios electrónicos, que sólo nos muestran objetos muertos.

Reinó el silencio entre la tripulación del *Proteus*, el cual, lentamente, iba dejando la bacteria atrás. El revestimiento de anticuerpos parecía endurecerse y apretarse, mientras se encogía la bacteria. Y la concha siguió apretando, apretando, hasta que, de pronto, pareció que la bacteria cedía y quedaba aplastada. Los anticuerpos se juntaron y lo que había sido como un bastón se convirtió en una forma ovoide.

—Han matado a la bacteria —dijo Cora, con repugnancia—. La han aplastado literalmente hasta matarla.

—Es muy notable —dijo Duval—. ¡Qué instrumento de investigación tenemos en el *Proteus*!

—¿Está usted seguro de que no debemos temer a los anticuerpos? —preguntó Grant.

—Así lo creo —respondió Michaels—. Los anticuerpos no han sido hechos para nosotros.

—¿Está seguro? Tengo la impresión de que, si se les estimula debidamente, pueden formarse para cualquier cuerpo.

—Supongo que tiene razón; pero, por lo que veo, no los estimulamos.

Owens gritó:

—Más fibras al frente, doctor Michaels. Estamos bien envueltos en esa porquería. Reducen nuestra velocidad.

—Casi hemos salido del ganglio, Owens —dijo Michaels.

De vez en cuando, una bacteria serpenteante chocaba con la nave, la cual se estremecía a su contacto; pero la lucha era cada vez más débil y las bacterias salían siempre perdiendo. El *Proteus* avanzó, saltando y cabeceando, por un nuevo bosque de fibras.

—Adelante en línea recta —dijo Michaels—. Un nuevo giro a la izquierda y nos hallaremos en el canal linfático eferente.

—Arrastramos fibras —dijo Owens—. El *Proteus* parece un perro lanudo.

—¿Cuántos ganglios más tendremos que cruzar para llegar al cerebro? —preguntó Grant.

—Otros tres. Tal vez podamos evitar uno. Pero no estoy muy seguro.

—No podemos hacer esto. Perdemos demasiado tiempo. Fracasaremos si tenemos que cruzar otros tres como éste. ¿No hay ningún... ningún atajo?

Michaels movió la cabeza.

—Ninguno que no nos crease problemas más graves que los presentes. Pero es seguro que podremos cruzar los ganglios. Las fibras que llevamos a rastras se desprenderán, y, si no nos detenemos a contemplar la guerra de las bacterias, podremos ir más de prisa.

—Y la próxima vez —dijo Grant, frunciendo las cejas—, presenciaremos una lucha en que intervendrán células blancas.

Duval se inclinó sobre los mapas de Michaels y dijo:

—¿Dónde nos hallamos ahora, Michaels?

—En este punto preciso —dijo Michaels, observando atentamente al cirujano.

Duval reflexionó un momento.

—Deje que me oriente —dijo—. Ahora estamos en el cuello, ¿no?

—Sí.

Grant pensó: ¿en el cuello? Precisamente donde habían iniciado el viaje. Miró el cronómetro. Marcaba 28. Había transcurrido más de

la mitad de tiempo y volvían a estar en el punto de partida.

—¿No podríamos evitar todos los ganglios —dijo Duval—, acortando al mismo tiempo nuestra ruta, si girásemos aquí y nos dirigiésemos al oído interno? Desde éste hasta el coágulo, la distancia es insignificante.

La frente de Michaels se llenó de arrugas.

—Esto parece muy bien sobre el mapa —dijo—. Un rápido cambio de rumbo, y ya hemos llegado. Pero ¿ha pensado en lo que significa el paso por el oído interno?

—¿Qué significa? —preguntó Duval.

—No hace falta que le diga, mi querido doctor, que el oído es un aparato destinado a concentrar y amplificar las ondas sonoras. El menor ruido, el «menor» ruido exterior, produce intensas vibraciones en el oído interno. A nuestra escala de miniaturización, estas vibraciones serían mortales.

—Sí, comprendo —dijo Duval, reflexivamente.

—¿Es «continua» la vibración del oído interno? —inquirió Grant.

—Sí, a menos que el silencio sea absoluto, que ningún ruido llegue hasta él. E incluso en este caso, y dado nuestro estado miniaturizado, percibiríamos probablemente algún suave movimiento.

—¿Peor que el movimiento de Brown?

—Posiblemente, no.

—Creo haber comprendido que el sonido tiene que proceder del exterior. Si pasamos por el oído interno, ¿puede verse éste afectado por el zumbido del motor de la nave o por el sonido de nuestras propias voces?

—No; estoy seguro de que no. El oído interno no está preparado para recibir nuestras vibraciones miniaturizadas.

—Entonces, si los que se encuentran en la habitación del hospital guardan un silencio absoluto...

—¿Y cómo lograr que lo hagan? —preguntó Michaels, y, casi con brutalidad, añadió—: «Usted» desmontó el aparato de radio, y

es imposible comunicar con ellos.

—Pero pueden seguirnos. Verán que nos dirigimos al oído interno y comprenderán la necesidad de guardar silencio.

—¿Lo comprenderán?

—¿Pueden dejar de comprenderlo? —dijo Grant, con impaciencia—. La mayoría de ellos son médicos. Conocen perfectamente esta materia.

—¿Se empeña en correr este riesgo?

Grant miró a su alrededor.

—¿Qué opinan los demás?

—Yo seguiré el camino que me sea trazado —dijo Owens—, pero no quiero determinarlo yo mismo.

—No sé —dijo Duval.

—Yo sí que lo «sé» —dijo Michaels—. Me opongo. Grant miró un breve instante a Cora, la cual guardó silencio.

—Está bien —dijo aquél—. Asumo la responsabilidad. Nos dirigiremos al oído interno. Marque la ruta, Michaels.

—Escuche... —dijo éste.

—Mi decisión está tomada, Michaels. Marque la ruta. Michaels enrojeció y, a continuación, se encogió de hombros.

—Tenemos que girar a la izquierda al llegar al punto que le indico aquí, Owens...

Capítulo xv

OÍDO

Carter levantó distraídamente su taza de café. Unas gotas de líquido cayeron sobre la pernera de su pantalón. Aunque se dio cuenta de ello, no le prestó atención.

—¿Dice usted que han cambiado de rumbo?

—Supongo que habrán pensado que han perdido demasiado tiempo en el ganglio linfático y que querrán evitar el paso por los otros —dijo Reid.

—Está bien. ¿Y adónde se encaminan?

—Todavía no lo sé con certeza, pero parecen dirigirse al oído interno. Dudo de que sea una medida acertada.

Carter dejó la taza y la apartó a un lado. Ni siquiera había tocado el café.

—¿Por qué no?

Dirigió una rápida mirada al cronómetro. Marcaba 27.

—Será difícil. Tendremos que vigilar los ruidos.

—¿Por qué?

—Ya puede usted imaginárselo, Al. El oído reacciona a los sonidos. Vibra el caracol. Si el *Proteus* se encuentra cerca de éste, vibrará a su vez, y esta vibración puede destruirlo.

Carter se inclinó hacia delante en su asiento y miró fijamente el rostro tranquilo de Reid.

—Entonces, ¿por qué diablos se dirigen allí?

—Seguramente porque presumen que sólo siguiendo esta ruta podrán llegar con tiempo a su destino. Aunque también es posible que se hayan vuelto locos. No podemos saberlo, ya que han destruido su radio.

—¿Están ya allí? —dijo Carter—. Quiero decir, en el oído interno. Reid apretó un botón y formuló una pregunta.

—Están a punto de entrar en él —dijo.

—¿Comprenderán los que están en el quirófano la necesidad de guardar silencio?

—Supongo que sí.

—«Lo supone». ¿De qué sirven las suposiciones?

—Además, estarán poco tiempo.

—Puede ser demasiado. Escuche: dígales a los de abajo... No, es demasiado tarde para arriesgarnos. Deme un pedazo de papel y llame a alguien. A cualquiera. A cualquiera.

Entró un guardia armado y saludó.

—¡Oh, cálese! —dijo Carter, con voz cansada y sin devolverle el saludo.

Había garrapateado en el papel, en letra de imprenta: «¡Silencio! Silencio absoluto mientras el *Proteus* esté en el oído».

—Tome esto —dijo al guardia—. Vaya al quirófano y muéstrelo a cada uno de los que se encuentran allí. Asegúrese de que lo lean. Si hace usted el menor ruido, le mataré. Si dice una sola palabra, le arrancaré las tripas. ¿Comprendido?

—Sí, señor —dijo el hombre, pero pareció confuso y alarmado.

—¡Andando! ¡De prisa! ¡Y quítese los zapatos, maldita sea!

—¿Qué?

—Que se quite los zapatos. Tiene que entrar descalzo en el quirófano.

Observaron desde el cuarto de control, contando los interminables segundos, hasta que el soldado descalzo penetró en el quirófano y se acercó a cada uno de los médicos y de las enfermeras, mostrándoles el papel y señalando con el pulgar hacia

el cuarto de observación. Todos asintieron gravemente con la cabeza y permanecieron inmóviles. Pareció como si todos los que se hallaban en el cuarto de operaciones acabasen de sufrir un ataque de parálisis.

—Sin duda lo sabían ya —dijo Reid—. Incluso sin instrucciones.

—Les felicito —dijo Carter, furioso—. Y ahora, escuche: comuníquese con todos los controles. Que no toquen ningún timbre, ni campana, ni gong, ni nada. Y que no enciendan ninguna luz; alguien podría sorprenderse y lanzar un gruñido.

—Lo cruzarán en pocos segundos.

—Puede que sí —dijo Carter—, y puede que no. Apresúrese.

Reid se apresuró.

El *Proteus* había penetrado en una amplia región de puro líquido. A excepción de unos pocos anticuerpos que discurrían de vez en cuando junto a ellos, sólo podía verse el resplandor de los faros de la nave que cruzaba la amarillenta linfa.

Un sonido apagado, casi imperceptible para el oído, pareció resbalar sobre la embarcación, como si ésta se hubiese deslizado sobre una tabla. Esto se repitió varias veces.

—¡Owens! —gritó Michaels—. ¿Tiene la bondad de apagar las luces de la cabina?

Inmediatamente aumentó la claridad en el exterior.

—¿Ven ustedes eso? —preguntó Michaels.

Los otros miraron fijamente. Grant no vio nada.

—Nos hallamos ahora en el caracol del oído —dijo Michaels—; dentro del tubito en espiral del oído interno, gracias al cual podemos oír. Benes puede oír gracias a éste. Según los sonidos, vibra de manera diferente. ¿Lo ven?

Ahora, Grant lo vio. Una especie de sombra en el fluido; una sombra enorme y plana que pasó y se perdió detrás de ellos.

—Es una onda sonora —dijo Michaels—. Al menos, puede expresarse así. Una onda de compresión que hemos podido captar de algún modo con nuestra luz miniaturizada.

—¿Significa esto que alguien está hablando? —preguntó Cora.

—¡Oh, no! Si alguien estuviese hablando o hiciese algún ruido, sufriríamos el más espantoso de los terremotos. Sin embargo, incluso en el silencio más absoluto, el caracol del oído capta algunos sonidos: el latido distante del corazón, el roce de la sangre al pasar por las diminutas venas y arterias del oído, etcétera. ¿No han aplicado alguna vez el oído a un caracol marino y escuchado el rumor del océano? Lo que en realidad han escuchado ha sido el sonido ampliado de su propio océano, de su torrente sanguíneo.

—¿Puede ser esto peligroso? —preguntó Grant.

Michaels se encogió de hombros.

—No será peor que ahora..., con tal de que nadie hable.

Duval, que había vuelto a su cuarto de trabajo y estaba de nuevo inclinado sobre el láser, levantó la cabeza y dijo:

—¿Por qué avanzamos más despacio? ¡Owens!

—Algo funciona mal —dijo Owens—. El motor está fallando, y no sé por qué.

Todos tuvieron la creciente sensación de que bajaban en un ascensor, y, efectivamente, el *Proteus* se hundía en el conducto.

Tocaron fondo, con una pequeña sacudida, y Duval dejó su escalpelo.

—¿Qué ocurre ahora? —dijo.

Owens respondió, muy inquieto:

—El motor se estaba calentando con exceso y tuve que pararlo. Creo...

—¿Qué?

—Deben de ser aquellas fibras reticulares. Las malditas algas. Habrán obstruido los tubos de refrigeración. No se me ocurre otra causa.

—¿No puede expulsarlas? —preguntó Grant, con ansiedad.

Owens movió la cabeza.

—Imposible. Son tubos aspirantes. Absorben hacia dentro.

—En tal caso, sólo podemos hacer una cosa —dijo Grant—. Limpiarlos desde el exterior, para lo cual tendremos que nadar un poco más.

Y, con ceño fruncido, empezó a ponerse el traje de inmersión.

Cora miraba ansiosamente por la ventanilla.

—Hay anticuerpos ahí fuera —dijo.

—No muchos —respondió Grant, brevemente.

—Pero ¿y si atacan?

—No es probable —dijo Michaels, confiadamente—. No son sensibles a la estructura humana, y, mientras no sean lesionados los tejidos, lo más probable es que los anticuerpos mantengan una actitud pasiva.

—Ya lo ve —dijo Grant.

Pero Cora sacudió la cabeza.

Duval, que había escuchado durante un momento, volvió a inclinarse sobre el hilo que estaba limando, comparándolo atentamente con el original y haciéndolo girar después entre sus dedos, para comprobar la uniformidad de su diámetro.

Grant salió por la escotilla inferior de la nave y cayó sobre el fondo liso y elástico del caracol. Contempló tristemente la embarcación. Ya no era la limpia y lisa estructura metálica que había sido, sino que aparecía áspera y sucia.

Agitó los pies en la linfa y se dirigió hacia la popa del barco. Owens tenía razón. Las válvulas aspirantes estaban obstruidas por una gran cantidad de fibras.

Grant agarró dos puñados y tiró con fuerza. Se desprendían a duras penas y muchas se rompían en la superficie de los filtros de la válvula.

La voz de Michaels vibró en el pequeño receptor.

—¿Cómo está eso?

—Muy mal —respondió Grant.

—¿Cuánto tiempo va a necesitar? El cronómetro indica veintiséis.

—Necesitaré un buen rato.

Grant empezó a tirar desesperadamente; pero la viscosidad de la linfa entorpecía sus movimientos y la resistencia de las fibras era enorme.

Dentro de la nave, Cora dijo, excitada:

—¿No convendría que alguno de nosotros fuera en su ayuda?

—Tal vez... —vaciló Michaels.

—Iré «yo» —dijo ella, cogiendo su traje de inmersión.

—De acuerdo —exclamó Michaels—. Iré yo también. Es mejor que Owens permanezca en la cabina de los mandos.

—Y creo que también yo debo quedarme —dijo Duval—. Estoy a punto de terminar mi trabajo.

—Naturalmente, doctor Duval —dijo Cora, ajustándose la mascarilla.

La tarea siguió siendo bastante lenta, a pesar de que ahora eran tres los que se hallaban a popa de la nave, tirando desesperadamente de las fibras, arrancándolas y soltándolas en la débil corriente. Pero empezaron a verse los filtros metálicos, y Grant empujó algunas de las fibras más recalcitrantes hacia el interior del tubo.

—Confío en que esto no será muy perjudicial para la nave; pero es que «no puedo» extraerlas. ¡Owens! ¿Qué pasará si algunas de estas fibras van a parar al interior del tubo?

La voz de Owens respondió:

—Se carbonizarán en el motor y lo ensuciarán. Significará un pesado trabajo de limpieza cuando salgamos de aquí.

—Una vez fuera, me importa un bledo que tenga que rascar toda esta puerca embarcación.

Grant empujó las fibras que estaban a ras del filtro y siguió arrancando las otras. Cora y Michaels hicieron lo propio.

—Lo estamos logrando —dijo Cora.

—Pero llevamos en el caracol mucho más tiempo de lo que habíamos calculado —objetó Michaels—. Cualquier ruido, en el momento menos pensado...

—Cállese —dijo Grant, irritado— y termine su trabajo.

Carter hizo ademán de arrancarse los cabellos, pero se contuvo a tiempo.

—¡No, no, no, NO! —gritó—. Se han parado otra vez. Y señaló una de las pantallas de televisión, en la que aparecía un mensaje escrito en un papel.

—Al menos han recordado que no debían hablar —dijo Reid—. ¿Por qué cree que se habrán detenido?

—¿Y cómo diablos quiere que lo sepa? Tal vez se han parado para tomar café. O para darse un baño de sol. Talla vez la chica... —No terminó la frase—. No lo sé. Lo único que sé es que sólo nos quedan veinticuatro minutos.

—Cuanto más tiempo permanezcan en el oído interno —dijo Reid—, más fácil es que cualquier estúpido haga ruido..., estornude..., ¡qué sé yo!

—Es verdad —dijo Carter, pensativo. Después exclamó, en voz baja—: ¡Dios mío! Siempre es la solución más fácil la que dejamos de ver. Llame a ese ordenanza.

Volvió a entrar el soldado de guardia. Esta vez no saludó.

—¿No se ha puesto usted los zapatos? —dijo Carter—. Magnífico. Lleve esto abajo y muéstrelo a una de las enfermeras. ¿Recuerda lo que le dije sobre arrancarle las tripas?

—Sí, señor.

El mensaje decía: ALGODÓN EN LOS OÍDOS DE BENES.

Carter encendió un cigarro y observó a través de la ventanilla del cuarto de control mientras el hombre penetraba en el quirófano, vacilaba un momento y se dirigía después, con paso rápido, a una de las enfermeras.

Ésta sonrió, miró hacia arriba en dirección a Carter y formó un círculo con el índice y el pulgar.

—Tengo que pensar en todo —dijo Carter.

—Con esto —dijo Reid—, sólo logrará amortiguar el ruido. Pero no impedirá que éste se produzca.

—Ya sabe lo que dicen: cuando no hay pan, buenas son tortas —replicó Carter.

La enfermera se descalzó y se plantó en dos zancadas junto a una de las mesas. Abrió cuidadosamente un bote de algodón hidrófilo y desenrolló unos dos palmos de éste.

Asió un puñado de algodón con una mano, y tiró de él. El algodón se resistió. Tiró más fuerte. Su mano saltó hacia atrás, chocando con un par de tijeras que había sobre la mesa.

Éstas resbalaron sobre la mesa y cayeron al duro suelo. La enfermera alargó desesperadamente un pie, poniéndolo encima de aquéllas; pero no antes de que resonara un agudo ruido metálico, como el hipo de un ángel caído.

La enfermera enrojeció, llena de pánico mortal; todos los que se hallaban en el quirófano se volvieron a mirarla, y Carter dejó caer el cigarrillo y se derrumbó en su silla.

—¡Esto es el fin! —dijo.

Owens puso en marcha el motor y comprobó los mandos. La aguja de control de temperatura, que había permanecido en la zona de peligro casi desde que habían entrado en el caracol del oído, empezó a bajar rápidamente.

—Parece que está bien —dijo—. ¿Han terminado ustedes?

La voz de Grant sonó junto a su oído:

—Creo que sí. Prepárese para arrancar. Vamos a entrar en seguida.

Y en aquel instante pareció que el universo se hundía. Fue como si un enorme puño hubiese golpeado al *Proteus* por debajo,

lanzándolo hacia arriba. Owens se agarró desesperadamente a uno de los tableros, mientras oía un trueno lejano.

Abajo, Duval apretó el láser con igual desesperación, tratando de protegerlo contra un mundo que se había vuelto loco.

En el exterior, Grant se sintió lanzado hacia arriba, como arrastrado por una enorme oleada. Siguió subiendo, subiendo, hasta chocar con la pared del caracol. Y rebotó en ésta, que parecía hincharse hacia dentro.

Una porción de su cerebro, que había conservado milagrosamente la calma, le dijo que lo que estaba presenciando era, a la escala ordinaria, la rápida y microscópica vibración de la pared estimulada por un súbito ruido; pero esta compresión quedó pronto diluida en su inmenso pánico.

Grant trató desesperadamente de localizar el *Proteus*, pero sólo pudo distinguir un fugaz reflejo de sus faros de proa sobre un distante sector de la pared.

Cora estaba agarrada a un saliente del *Proteus* en el momento en que se produjo la vibración. Instintivamente, se aferró con todas sus fuerzas y, por un instante, cabalgó en el *Proteus* como en el más indomable y rabioso de los caballos. Quedóse sin resuello y, al aflojar su presa, resbaló sobre el suelo de la membrana donde había descansado la embarcación.

Los faros de proa de la nave iluminaron el espacio ante ella; Cora, horrorizada, intentó frenar su carrera; pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Era como si intentase detener un alud clavando los tacones en la nieve.

Sabía que avanzaba en dirección a una parte del órgano de Corti, en el centro básico del oído. Entre los componentes del órgano estaban las células ciliares; quince mil, en total. Ahora podía ver unas cuantas; cada una de ellas con su delicado y microscópico apéndice en posición erguida. Cierta número de ellas vibraban delicadamente, según el tono y la intensidad de las ondas sonoras que llegaban al oído interno y eran allí amplificadas.

Esto, empero, es como lo habría visto en un curso de fisiología; frases válidas en un Universo a escala normal. Lo que veía aquí era un abrupto precipicio y, más allá, una serie de altas y graciosas columnas, que oscilaban de una manera regular, pero no al unísono, sino más bien sucesivamente, como si pasara una ola sobre toda su estructura.

Cora siguió deslizándose y girando sobre el precipicio, en un mundo de paredes y columnas vibrátiles. El faro que llevaba sujeto al casco despedía erráticos destellos, mientras ella descendía dando tumbos. Sintió que algo tiraba de su traje y sintió que chocaba con un objeto firme y elástico. Se quedó colgando cabeza abajo, temerosa de moverse y de que cediese aquella cosa a la que se había enganchado, provocando la continuación de su caída.

Giró primero hacia un lado y después hacia otro, al oscilar majestuosamente la columna de la que pendía y que no era más que un pelo microscópico de una de las células ciliares del órgano de Corti.

Al cabo de un momento recobró el resuello y oyó pronunciar su propio nombre. Alguien la estaba llamando. Temerosamente, emitió un gemido. Después, animada por el sonido de su propia voz, chilló con todas sus fuerzas:

—¡Auxilio! ¡Ayúdenme! ¡Auxilio!

Había pasado el primer embate devastador, y Owens pugnaba por dominar la embarcación en aquel mar todavía turbulento. El sonido, fuese lo que fuese, había sido indudablemente intenso, pero también agudo, y había cesado rápidamente. A esto debieron su salvación. Si hubiese continuado un poquitín más...

Duval, que protegía el láser sujetándolo bajo un brazo y estaba sentado de espaldas a la pared y con los pies desesperadamente apretados a una de las patas del banco, gritó:

—¿Pasó ya?

—Creo que hemos podido salir de ésta —le respondió Owens—. Los mandos responden.

—Será mejor que nos larguemos cuanto antes.

—Tenemos que recoger a los otros.

—¡Oh, sí! —dijo Duval—. Lo había olvidado. —Se encogió cuidadosamente, apoyó una mano en la pared para mantener el equilibrio y se puso lentamente en pie, sin soltar el láser—. Hágales entrar.

Owens llamó:

—¡Michaels! ¡Grant! ¡Miss Peterson!

—Ya voy —dijo Michaels—. «Creo» que no me he roto nada.

—¡Espere! —gritó Grant—. ¡No veo a Cora!

El *Proteus* se había inmovilizado. Grant, respirando fatigosamente y sintiéndose bastante trastornado, echó a nadar en dirección a las luces de proa.

—¡Cora! —gritó.

Y llegó hasta él la desgarrada respuesta:

—¡Auxilio! ¡Ayúdenme! ¡Auxilio!

Grant miró a su alrededor, en todas direcciones. Gritó desesperadamente:

—¡Cora! ¿Dónde está?

—No puedo decirlo con exactitud —respondió la voz de ella—. Estoy entre las células ciliares.

—¿Dónde están? ¿Dónde están las células ciliares, Michaels?

Grant había visto a Michaels, que se acercaba a la nave desde otra dirección; su cuerpo formaba una sombra opaca en la linfa, mientras el pequeño faro de su casco trazaba una fina raya frente a él.

—Espere a que me oriente un poco —dijo Michaels. Agitó velozmente los pies y, luego, gritó—: Ponga al máximo las luces de proa, Owens.

Inmediatamente aumentó la intensidad de la luz. Michaels dijo:

—¡Por aquí! ¡Sígueme, Owens! Necesitaremos la luz. Grant siguió detrás de Michaels, que se alejaba velozmente, y vio el precipicio y las columnas delante de él.

—¿Ahí? —preguntó, indeciso.

—Debe de ser ahí —respondió Michaels.

Habían llegado al borde de la sima; el barco estaba detrás de ellos, derramando su luz entre la cavernosa hilera de columnas que todavía seguían oscilando suavemente.

—No la veo —dijo Michaels.

—Yo, sí —dijo Grant, señalando con la mano—. ¿No está allí? ¡La veo, Cora! Mueva el brazo para que pueda estar seguro.

Ella agitó el brazo.

—Está bien. Voy en su busca. La sacaremos de aquí en menos que canta un gallo.

Cora se dispuso a esperar, y sintió un leve contacto en la rodilla, un contacto debilísimo como el roce de una mosca. Miró a su alrededor y no vio nada.

Sintió otro contacto cerca del hombro, y luego un tercero.

De pronto los vio; eran muy pocos y parecían menudos copos de algodón provistos de temblorosos filamentos. Las moléculas proteínicas de los anticuerpos. Parecía como si estuvieran explorando su superficie, palpándola, «probándola», para decidir si era o no inofensiva. Eran pocos, pero salían otros de entre las columnas y se movían en dirección a ella. A la luz miniaturizada del *Proteus*, podía verlos ahora con toda claridad. Cada uno de los filamentos brillaba como un tembloroso rayo de sol.

—¡Vengan de prisa! —gritó—. Esto está lleno de anticuerpos.

Su memoria evocaba con demasiada claridad la imagen de los anticuerpos revistiendo la célula bacteriana, cubriéndola completamente y aplastándola a continuación al juntarse merced a las fuerzas intermoleculares. Un anticuerpo tocó su codo y quedó agarrado a él. Ella agitó el brazo con tanta repugnancia como temor, de modo que todo su cuerpo se torció y chocó con la columna. El

anticuerpo no soltó presa. Otro se reunió con él, entrelazando sus filamentos y adaptándose entre sí perfectamente.

—Anticuerpos... —murmuró Grant.

Michaels dijo:

—Debe de haber dañado los tejidos próximos y provocado su aparición.

—¿Pueden hacerle algo?

—No inmediatamente. No están sensibilizados con respecto a ella. No hay anticuerpos adaptados a su forma. Sin embargo, alguno de ellos puede adaptarse a algún punto por mera casualidad y estimular la formación de otros igualmente adaptables. En tal caso, podrían acudir en masa.

Grant podía distinguirlos ya, girando alrededor de ella como un enjambre de pequeñas moscas.

—Michaels —dijo—, vuelva usted al submarino. Basta con que se exponga una persona. La sacaré de aquí de alguna manera. Si no lo consigo, ya cuidarán ustedes tres de llevar al barco lo que quede de nosotros. No podemos correr el riesgo de desminiaturizarnos aquí.

Michaels vaciló y luego dijo:

—Tenga cuidado.

Y, dando media vuelta, se dirigió al *Proteus*.

Grant siguió nadando en dirección a Cora. La turbulencia producida por su avance imprimió un rápido movimiento giratorio a los anticuerpos.

—Salgamos de aquí en seguida, Cora —jadeó.

—¡Oh, Grant! ¡De prisa!

Él empezó a tirar desesperadamente de las bombonas de oxígeno de Cora, que habían hendido una columna, quedándose pegados a ella. Gruesos filamentos de una materia viscosa brotaban

de la hendidura, y tal vez eran ellos los que habían provocado la llegada de los anticuerpos.

—No se mueva, Cora. Deje que... ¡Ah! —El tobillo de Cora había quedado aprisionado entre dos fibras, y él las separó—. Ahora. Venga conmigo.

Ambos dieron una media voltereta y empezaron a alejarse. El cuerpo de Cora estaba lleno de pegadizos anticuerpos, pero el grueso de éstos quedó de momento atrás. Pero después, orientados por algo que debía de ser equivalente al olfato a escala microscópica, empezaron a seguirlos; primero, unos pocos; después, muchos de ellos, y, por último, todo el creciente enjambre.

—No podremos llegar —jadeó Cora.

—Sí que podremos —dijo Grant—. No escatime la fuerza de sus músculos.

—Es que siguen pegándose. Tengo miedo. Grant.

Grant la miró por encima del hombro y se echó un poco atrás. Ella tenía la espalda medio cubierta de un mosaico de conos de algodón. Al menos en aquella parte de su cuerpo, habían sabido adaptarse a su superficie.

Él le frotó la espalda apresuradamente, pero los anticuerpos permanecieron agarrados a ella, aplanándose al contacto de su mano y recobrando después su forma primitiva. Unos cuantos empezaban ahora a probar y «catar» el cuerpo de Grant.

—¡Más de prisa, Cora!

—No puedo...

—Sí que puede. Agárrese a mí, ¿quiere?

Siguieron ascendiendo, pasaron sobre el borde del precipicio y avanzaron en dirección al *Proteus*, que les estaba esperando.

Duval ayudó a Michaels a pasar por la escotilla.

—¿Qué ha pasado ahí fuera?

Michaels se quitó el casco y jadeó:

—Miss Peterson quedó atrapada en las células de Hensen. Grant está tratando de liberarla, pero los anticuerpos bullen a su alrededor.

Duval abrió los ojos con espanto.

—¿Qué podemos hacer?

—No lo sé. Tal vez logre sacarla de allí. En otro caso, tendremos que seguir adelante.

—¡No podemos abandonarlos! —dijo Owens.

—¡Claro que no! —dijo Duval—. Tenemos que dirigirnos allí los tres y... —Se interrumpió y añadió después, con voz ronca—: ¿Por qué ha vuelto usted, Michaels? ¿Por qué no se ha quedado allí?

Michaels miró a Duval con hostilidad.

—Porque nada podía hacer —dijo—. Yo no tengo los músculos ni los reflejos de Grant. Les habría estorbado. Si quiere usted ayudarles, puede ir.

—Tenemos que traerlos, vivos o... o como sea —dijo Owens—. Empezarán a desminiaturizarse dentro de un cuarto de hora aproximadamente.

—Está bien —gritó Duval—. Pongámonos los trajes de inmersión y vayamos inmediatamente a su encuentro.

—Espere —dijo Owens—. Ahí vienen. Voy a preparar la escotilla.

Grant tenía la mano fuertemente asida a la rueda de la escotilla, mientras brillaba la luz roja encima de él. Pellizcó los anticuerpos pegados a la espalda de Cora, apresando las fibras lanudas de uno de ellos entre el índice y el pulgar y sintiendo cómo se encogía hasta convertirse en una especie de núcleo fibroso.

«Esto es una cadena peptónica», pensó.

Vagos recuerdos de sus días de instituto acudieron a su mente. En una ocasión, había logrado escribir la fórmula química de una porción de aquella cadena, y ahora tenía ante él el ser real. Si tuviese un microscopio, ¿podría ver los átomos individuales? No;

Michaels había dicho que éstos se disolverían en la nada, hiciera lo que hiciera.

Tiró de la molécula anticuerpo. Ésta permaneció al principio fuertemente agarrada, pero al fin cedió. Las moléculas contiguas, firmemente sujetas a aquélla, se desprendieron también. Saltó todo un pegote, y Grant las arrojó, chapaleando para alejarlas. Permanecieron juntas y volvieron atrás, buscando el sitio donde se habían agarrado.

No tenían cerebro, ni siquiera en forma primitiva, y era estúpido imaginarlas como monstruos rapaces o al menos como ávidas moscas. No eran más que moléculas, con los átomos dispuestos de tal modo que las hacían agarrarse a las superficies adecuadas por el ciego impulso de las fuerzas interatómicas. Una frase surgió de lo más recóndito de la memoria de Grant: «Fuerzas de Van der Waals». Nada más que esto.

Siguió tirando de los copos adheridos a la espalda de Cora. Ésta gritó:

—Ya vienen, Grant. Entremos en la nave.

Grant miró hacia atrás. Las moléculas avanzaban en dirección a él, percibiendo su presencia. Hileras y cadenas de ellas se elevaban sobre el borde del precipicio y bajaban hacia ellos como ciegas culebras.

—Tenemos que esperar... —dijo Grant. De pronto, brilló la luz verde—. ¡Por fin! ¡Adelante!

Desesperadamente, hizo girar la rueda.

Estaban rodeados de anticuerpos, los cuales atacaban sobre todo a Cora. Habían sido sensibilizados con respecto a ella y mostraban ahora menos vacilaciones. Se agarraban y se unían, cubriendo sus hombros y formando su lanoso mosaico sobre su abdomen. Vacilaron sobre la curva tridimensional y desigual de los senos, como si esto resultara algo nuevo para ellos.

Grant no tuvo tiempo de ayudar a Cora en sus vanos esfuerzos por librarse de los anticuerpos. Abrió la puerta de la escotilla,

empujó a Cora al interior, con anticuerpos y todo, y se deslizó detrás de ella. Apenas si cabían los dos en el compartimiento.

Empujó vigorosamente la puerta, mientras los anticuerpos seguían introduciéndose por ella. La puerta se cerró sobre su masa elástica, pero las vellosidades de centenares de ellos impedían que acabase de cerrarse. Grant empujó con la espalda para contrarrestar su presión y logró hacer girar la rueda de cierre de la puerta. Una docena de menudos copos de lana, suaves y casi bonitos si se observaban separadamente, se retorcieron débilmente en la rendija entre la puerta y la pared. Pero muchos centenares de ellos, que no habían sido atrapados, llenaban el fluido a su alrededor. El aire comprimido empezó a expulsar el líquido, silbando en sus oídos; pero, en aquel momento, Grant sólo pensaba en arrancar los anticuerpos adheridos a Cora. Algunos se habían fijado a su propio pecho, pero esto no tenía importancia. En cambio, cubrían todo el estómago y la espalda de Cora. Habían formado una franja compacta alrededor de su cuerpo, desde el pecho a los muslos.

—Me están comprimiendo, Grant —dijo ella.

A través del cristal de su máscara, Grant pudo ver la angustia pintada en su rostro; y advirtió también que tenía que hacer un esfuerzo para hablar.

El líquido descendía rápidamente de nivel; pero no podían esperar. Grant golpeó la puerta interior.

—No... no... puedo res... —jadeó Cora.

Se abrió la puerta y el líquido que aún quedaba en la cámara se desparramó en el suelo de la nave. Duval estiró un brazo, agarró a Cora y tiró de ella. Grant la siguió.

—¡Dios santo! —exclamó Owens—. ¡Miren cómo vienen!

Con gesto de disgusto y repugnancia, empezó a tirar de los anticuerpos, como había hecho Grant.

Se desprendió una hilera, y otra, y otra.

—Ahora es fácil —dijo Grant, con una ligera sonrisa—. Basta con expulsarlos.

Todos pusieron manos a la obra. Los corpúsculos caían en la capa de fluido que se había extendido por el suelo de la embarcación y se agitaban débilmente.

—Su constitución sólo les permite actuar en el fluido del cuerpo —dijo Duval—. En cuanto se encuentran rodeados de aire, las atracciones moleculares cambian de naturaleza.

—Bueno; nos hemos librado de ellos, Cora...

Cora respiraba con profundos y entrecortados jadeos. Duval le quitó delicadamente el casco; pero ella se agarró al brazo de Grant y rompió a llorar súbitamente.

—¡Pasé tanto miedo...! —sollozó.

—Lo pasamos los dos —afirmó Grant—. ¿Cuándo dejará de pensar que es malo sentir miedo? El miedo tiene una finalidad, ¿no sabe? —Le acarició el cabello—. Hace fluir la adrenalina, de manera que uno puede nadar más de prisa y aguantar más tiempo. Un adecuado mecanismo del miedo es la condición básica del heroísmo.

Duval empujó a Grant con impaciencia.

—¿Está usted bien, Miss Peterson? Cora respiró profundamente y, haciendo un esfuerzo, pero con voz tranquila, dijo:

—Perfectamente, doctor.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Owens, que había vuelto a su cabina—. Se está agotando el tiempo.

Capítulo xvi

CEREBRO

En el cuarto de control, los receptores de televisión parecieron volver a la vida.

—General Carter...

—Sí. ¿Qué pasa ahora?

—Se han puesto de nuevo en marcha, señor. Han salido del oído y se dirigen velozmente al coágulo.

—¡Ah! ¡Han sobrevivido! —Miró el cronómetro, que marcaba 12 —. Doce minutos —dijo.

Miró vagamente a su alrededor, buscando su cigarro, y lo vio en el suelo, pisoteado. Lo recogió, comprobó que estaba aplastado y lo tiró con disgusto.

—Doce minutos. ¿Podrán llegar, Reid?

Reid se había derrumbado en su silla. Parecía angustiado.

—Pueden llegar. Incluso es posible que destruyan el coágulo. Pero...

—Pero ¿qué?

—No sé si tendremos tiempo de sacarlos de allí. No podemos hacerlo mientras estén en el cerebro, ¿sabe? Si esto fuera posible, igual habiéramos podido destruir el coágulo desde fuera. Esto significa que tienen que llegar al cerebro y seguir después hasta algún sitio del cual «puedan» ser extraídos. Si no lo hacen...

—Me han traído dos tazas de café y un cigarro —dijo Carter, enfurruñado—, y no he podido tomar un sorbo ni aspirar una bocanada...

—Están llegando a la base del cerebro —dijo el altavoz.

Michaels había vuelto a su mapa. Grant estaba detrás de él, contemplando el complejo dibujo.

—¿Está el coágulo ahí?

—Sí —dijo Michaels.

—Parece muy lejano. Sólo nos quedan doce minutos.

—No está tan lejos como parece. Ahora podemos navegar sin obstáculos. Llegaremos a la base del cerebro en menos de un minuto, y, desde allí hasta el coágulo, será un momento...

De pronto, se hizo un gran resplandor alrededor de la nave. Grant levantó la cabeza, asombrado, y vio, en el exterior, una enorme pared de luz lechosa, cuyos límites permanecían invisibles.

—El tímpano del oído —dijo Michaels—. Al otro lado, se encuentra el mundo exterior.

Grant sintió de pronto una añoranza casi insoportable. Había estado a punto de olvidar que existía un mundo exterior. Tenía la impresión de que había estado toda su vida navegando por un mundo de pesadilla, de tubos y de monstruos, como el *Holandés Errante* del sistema circulatorio... Pero, no; allí estaba la luz del mundo exterior, filtrándose a través del tímpano.

Michaels se inclinó sobre el mapa y dijo:

—Usted me ordenó que volviera al barco cuando estábamos entre las células ciliares, ¿no es verdad, Grant?

—Así fue, Michaels. Quería que estuviera en la nave y no en aquellas células.

—Dígaselo a Duval. Su actitud...

—¿Por qué se preocupa? Su actitud es siempre desagradable, ¿no?

—Esta vez se mostró insultante. No pretendo ser un héroe...

—Prestaré testimonio a su favor.

—Gracias, Grant. Y... y no pierda de vista a Duval.

Grant se echó a reír.

—Descuide.

En el mismo instante se acercó Duval, como si advirtiera que estaban hablando de él, y dijo bruscamente:

—¿Dónde estamos, Michaels?

Michaels le miró con expresión dolida y respondió:

—Estamos a punto de entrar en la cavidad subaracnoides. Justo en la base del cerebro —añadió, dirigiéndose a Grant.

—Está bien. ¿Qué le parece si entrásemos más allá del nervio oculomotor?

—De acuerdo —dijo Michaels—. Si cree que es lo más conveniente para llegar al coágulo, entraremos por allí.

Grant se apartó de ellos e inclinó la cabeza para entrar en el cuarto almacén, donde Cora yacía en una litera.

Ésta hizo ademán de levantarse, pero él alzó una mano.

—No se levante. Quédese ahí.

Y se sentó en el suelo, al lado de ella, encogiendo las rodillas y rodeándolas con los brazos. Sonrió a la joven, y ella le dijo:

—Estoy perfectamente. Esto no son más que melindres y ganas de estar tumbada.

—Bien hecho. Es usted la melindrosa más linda que jamás he visto. Voy a imitarla durante un minuto, si no le parece mal.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Me resultará difícil quejarme de usted en lo sucesivo. A fin de cuentas, parece exclusivamente dedicado a salvarme la vida.

—No es más que parte de una campaña astuta y extraordinariamente sutil para que se sienta obligada conmigo.

—¡Y lo estoy! ¡Sin duda alguna!

—Se lo recordaré a su debido tiempo.

—Hágalo, por favor. Y ahora, en serio, Grant: muchas gracias.

—Me gusta que me dé las gracias, pero no hago más que cumplir mi misión. Por esto me enviaron aquí. Recuerde: debo tomar

las decisiones y remediar los apuros.

—Pero esto no es todo, ¿verdad?

—¿Le parece poco? —protestó Grant—. Cuido de introducir *snorkel* en los pulmones, de arrancar algas de los tubos de escape y, sobre todo, de no apartarme de las mujeres bonitas.

—Pero esto «no» es todo —repitió—. Está usted aquí para vigilar al doctor Duval, ¿no es cierto?

—¿Por qué lo dice?

—Porque es verdad. Las altas esferas de las FDMC no confían en el doctor Duval. Nunca lo han hecho.

—¿Por qué?

—Porque es un hombre abnegado, completamente inocente, pero que se compromete con facilidad. Ofende a los demás, no porque se lo proponga, sino porque no se da cuenta de que resulta ofensivo. Para él, no existe más que su trabajo...

—¿Ni siquiera las ayudantes bonitas?

Cora se ruborizó.

—Supongo que... ni siquiera las ayudantes. Sin embargo, aprecia mi trabajo; lo aprecia de verdad.

—¿Y seguiría apreciándolo si otra persona la apreciase a «usted»?

Cora desvió la mirada, y luego dijo, con firmeza:

—Pero «no» es desleal. Lo malo es que es partidario del libre intercambio de información con el Otro Lado, y además lo dice, porque no sabe reservarse sus opiniones. Entonces, cuando los otros discrepan de él, les dice que son unos estúpidos.

Grant asintió con la cabeza.

—Sí; me lo imagino. Y por eso todo el mundo lo adora, porque a la gente le gusta que la llamen estúpida.

—Bueno; es su manera de ser.

—Escuche: no debe preocuparse por esto. No desconfío de Duval más que de cualquiera de los otros.

—Michaels sí que desconfía de él.

—Lo sé. Hay momentos en que Michaels desconfía de todos, tanto de los de dentro como de los de fuera del barco. Incluso desconfía de mí. Pero le aseguro que no le prestó más atención de la que creo que merece.

Cora pareció inquieta.

—¿Quiero decir que Michaels piensa que estropeé deliberadamente el láser? ¿Qué el doctor Duval y yo..., puestos de acuerdo...?

—Creo que lo considera una posibilidad.

—¿Y usted, Grant?

—También opino que es una posibilidad.

—Pero ¿lo cree?

—Es una posibilidad, Cora. Entre otras muchísimas. Algunas posibilidades son más probables que otras. Deje que yo solo me ocupe de este asunto, querida.

Antes de que ella pudiera responder, ambos oyeron la voz furiosa de Duval:

—¡No, no y no! Ni hablar de ello, Michaels. Y no toleraré que un necio me diga lo que tengo que hacer.

—¡Necio! ¿Quiere que le diga lo que es usted, hijo de...?

Grant corrió hacia proa y Cora le siguió, pisándole los talones.

—¡Cállense! —dijo Grant—. ¿Qué sucede?

Duval se volvió y dijo, echando chispas:

—He reparado el láser. El hilo ha sido adelgazado debidamente; lo he conectado con el transistor y he colocado éste en su sitio. Se lo he dicho a ese necio... —Volvió la cara en dirección a Michaels, y repitió—: Sí, a ese necio..., porque me lo ha preguntado.

—Bueno —dijo Grant—. ¿Y qué hay de malo en todo eso?

Michaels respondió, acaloradamente:

—Pues que una cosa es lo que diga ese hijo de perra, y otra lo que haya hecho en realidad. Ha juntado varias piezas, y esto también puedo hacerlo yo. Puede hacerlo cualquiera. Pero ¿cómo sabe que el aparato «funciona»?

—Porque «lo sé». Hace veinte años que trabajo con láser. Sé perfectamente cuándo funcionan.

—Entonces, demuéstrello, doctor. Háganos compartir su seguridad. ¡Haga una «prueba»!

—¡No! O el aparato funciona, o no funciona. Si no funcionase, no podría repararlo en modo alguno, porque he hecho ya todo lo posible. Esto significa que no perdemos nada si espero a llegar al coágulo y descubrimos allí que no funciona. En cambio, si funciona, y «funcionará», no debemos olvidar que ha sido recompuesto. No sé cuánto puede durar; pero supongo que sólo podré hacer una docena de descargas, como máximo. Quiero reservarlas todas ellas para el coágulo, sin desperdiciar una sola. No quiero que fracase la misión por haber ensayado el láser una sola vez.

—Y yo le digo que tiene que probarlo —dijo Michaels—. Si no lo hace, le juro, Duval, que, en cuanto estemos de regreso, le arrastraré ante las FDMC y haré que lo despedacen en trozos tan pequeños que...

—Esto me preocupará tal vez cuando volvamos. Mientras tanto, el láser es mío y haré con él lo que se me antoje. No puede usted obligarme a hacer lo que no quiero, y tampoco Grant puede obligarme.

Grant movió la cabeza.

—Yo no le obligo a hacer nada, doctor Duval. Duval asintió con un breve movimiento de cabeza y giró sobre sus talones.

Michaels le miró mientras se alejaba.

—¡Me las pagará!

—En este caso —dijo Grant—, él tiene razón, Michaels. ¿No estará usted resentido con él por motivos personales?

—¿Porque me llama cobarde y necio? Desde luego, no es la mejor manera de ganarse mi aprecio. Pero mi simpatía o antipatía personales no tienen la menor importancia. Creo que es un traidor.

—Eso es totalmente falso —respondió Cora, indignada.

—Dudo mucho que sea usted un testigo imparcial en este caso —dijo Michaels, con voz helada—. Pero dejemos esto. Ya veremos lo que hace Duval cuando lleguemos al coágulo.

—Lo eliminará —dijo Cora—, si el láser funciona.

—Si funciona... —dijo Michaels—. En cuyo caso no me sorprendería que matase a Benes... y no por accidente.

Carter se había quitado la guerrera y remangado las mangas de la camisa. Estaba casi tumbado en la butaca, apoyándose en la rabadilla, y tenía en la boca un segundo cigarro, el cual acababa de encender. Pero no aspiraba el humo.

—¿Han llegado al cerebro? —dijo.

El bigote de Reid había perdido al fin su rigidez. El hombre se frotó los ojos.

—Prácticamente, están en el coágulo. Se han detenido. Carter miró el cronómetro, que marcaba 9.

Se sentía agotado, carente de jugos, de adrenalina, de tensión, de fuerza vital.

—¿Cree que lo lograrán? —dijo.

Reid movió la cabeza.

—No; no lo creo.

Dentro de nueve minutos, tal vez diez, los hombres, la embarcación y todo lo demás, recobrarían su tamaño natural, haciendo estallar el cuerpo de Benes si no eran extraídos a tiempo.

Carter pensó en lo que dirían de las FDMC los periódicos si fracasaba el intento. Creyó oír los discursos de todos los políticos del país, y de los del Otro Lado. ¿Qué retroceso significaría para las FDMC? ¿Cuántos meses, o años, tardarían éstas en rehabilitarse?

Fatigosamente, empezó a redactar mentalmente su carta de dimisión.

—Hemos penetrado en el cerebro —anunció Owens, dominando su excitación.

Redujo una vez más la iluminación interior de la nave. Todos miraron al frente y se sintieron tan maravillados que todo lo demás,

incluso el objeto de su misión, se borró por un instante de su mente.

—¡Qué maravilla! —murmuró Duval—. Éste es el punto culminante de la Creación.

Grant experimentó también esta impresión. Indudablemente, el cerebro humano era el instrumento más complicado del Universo, encerrado en el menor espacio posible.

Les rodeaba un inmenso silencio. Las células que alcanzaban a ver eran desiguales, melladas, y estaban provistas de una especie de dendritas fibrosas, que brotaban aquí y allá como matojos. Mientras navegaban por el fluido intersticial y a lo largo de los pasadizos entre las células, pudieron ver las dendritas oscilando sobre su cabeza, y, por un instante, tuvieron la impresión de pasar bajo las ramas retorcidas de una hilera de árboles viejísimos.

—Observen que no se tocan —dijo Duval—. Puede verse claramente la separación; siempre el mismo hueco, que hay que saltar químicamente.

—Parecen estar llenas de luces —dijo Cora.

—No es más que una ilusión —dijo Michaels, en un tono todavía ligeramente irritado—. El reflejo de la luz miniaturizada produce este efecto. Pero nada tiene que ver con la realidad.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó al punto Duval—. Éste es un importante campo de investigación. El reflejo de la luz miniaturizada tiene que variar ligeramente según la estructura del contenido molecular de la célula. Me atrevo a predecir que esta clase de reflexión llegará a ser el instrumento más eficaz para el estudio de los detalles microscópicos de las células. Es muy posible que las técnicas derivadas de nuestra misión sean mucho más importantes que lo que le ocurra a Benes.

—¿Lo dice usted a modo de excusa, doctor? —preguntó Michaels.

Duval enrojeció:

—¡Explíqueme esto!

—Ahora, no —dijo Grant, imperiosamente—. Ni una palabra más, caballeros.

Duval suspiró profundamente y se volvió de cara a la ventana.

—De todos modos —dijo Cora—, se ven las luces. Mire hacia arriba, Grant. Observe aquella dendrita que se acerca.

—Ya la veo —dijo Grant.

A diferencia de lo que habían observado en el resto del cuerpo, los acostumbrados reflejos no brillaban aquí desordenadamente y dando la impresión de una densa nube de luciérnagas. Por el contrario, el destello corría a lo largo de la dendrita, y empezaba uno nuevo antes de que el primero hubiese llegado al final de su recorrido.

—¿Saben lo que parece? —dijo Owens—. ¿Recuerdan los viejos rótulos anunciadores, a base de bombillas eléctricas, con móviles intermitencias de luz y de sombra?

—Sí —dijo Cora—. Esto es exactamente lo que parece. Pero ¿por qué?

—Una onda de despolarización recorre la fibra nerviosa al ser ésta estimulada —dijo Duval—. Cambian las concentraciones iónicas; el ión de sodio entra en la célula. Esto transforma la intensidad de carga y hace bajar el potencial eléctrico. De alguna manera, esto debe afectar al reflejo de la luz miniaturizada, que es precisamente aquello a que antes me refería, y lo que estamos viendo es la onda de despolarización.

Ahora que Cora había llamado nuestra atención sobre la circunstancia, o tal vez porque nos habíamos adentrado más en el cerebro, la onda de destellos estaba presente en todas partes; moviéndose a lo largo de las células, trepando y descendiendo por las fibras, retorciéndose según una pauta increíblemente compleja que parecía, a primera vista, totalmente arbitraria, pero que, de algún modo, daba una impresión de orden.

—Lo que estamos viendo —dijo Duval— es la esencia de la humanidad. Las células son el cerebro físico; pero esos móviles

destellos representan el pensamiento, la mente humana.

—¿Es ésa la esencia? —dijo Michaels, rudamente—. Yo tenía entendido que era el alma. ¿Dónde está el alma humana, Duval?

—¿Cree usted que no existe, sólo porque no puede descubrirla? —dijo Duval—. ¿Dónde está el genio de Benes? Nos encontramos en su cerebro Señáleme dónde está el genio.

—¡Basta! —dijo Grant.

Michaels llamó a Owens y le dijo:

—Casi hemos llegado. Pase el capilar en el punto indicado. Límitese a cruzar.

Duval dijo, reflexivamente:

—Esto es lo más pavoroso. No nos hallamos simplemente en el cerebro de un hombre. Lo que nos rodea es la mente de un genio científico, de alguien a quien casi me atrevería a comparar con Newton.

Guardó un momento de silencio y, después, citó:

*... Donde se erguía la estatua
de Newton con su cara prismática y silente.
El índice de mármol de una mente...*

Grant le interrumpió con un murmullo reverente:

*... viajando
eternamente por extraños mares de ideas, solo.*

De nuevo se hizo un breve silencio. Grant dijo:

—¿Creen ustedes que Wordsworth pensaría, o pudo pensar, en esto, al hablar de los «extraños mares de ideas»? Porque éste es literalmente el mar de las ideas, ¿no? Y muy extraño, ciertamente.

—Jamás habría pensado que le gustase la poesía, Grant —dijo Cora.

Grant asintió con la cabeza.

—Todo músculos y nada de ideas. Éste es mi retrato.

—No se enfade...

—Cuando hayan terminado de recitar versos —dijo Michaels—, sírvanse mirar adelante, caballeros.

Señaló con el dedo. Volvían a estar en el torrente sanguíneo; pero los glóbulos rojos (de color azulado) flotaban prácticamente inmóviles, vibrando sólo ligeramente a causa del movimiento de Brown. Frente a ellos, veíase una sombra.

A través de las paredes transparentes del capilar, podía percibirse un bosque de dendritas, cuyas ramas y filamentos eran recorridos por hileras de destellos luminosos. Pero éstos corrían cada vez más despacio, hasta que cesaron totalmente al llegar a cierto punto.

El *Proteus* se detuvo. Hubo un momento de silencio. Después, Owens, con voz pausada, dijo:

—Creo que hemos llegado a nuestro punto de destino. Duval asintió con la cabeza.

—Sí. El coágulo.

Capítulo xvii

COÁGULO

—Observen cómo cesa la acción nerviosa en el coágulo —dijo Duval—. Prueba evidente de que existe lesión nerviosa. No me atrevería yo a jurar que salvaremos a Benes, aunque destruyamos el coágulo.

—Magnífico razonamiento, doctor —dijo Michaels, en tono sarcástico—. Una buena excusa para usted, ¿no?

—Cállese, Michaels —dijo Grant, fríamente.

—Póngase el traje de inmersión, Miss Peterson —dijo Duval—. Tenemos que actuar con toda rapidez. Y póngaselo del revés. Los anticuerpos se han familiarizado con su superficie normal, y podría haber algunos por estos alrededores.

Michaels sonrió, desalentado.

—No se molesten. Es demasiado tarde. —Señaló el cronómetro, que pasaba ahora lentamente del 7 al 6, y añadió—: No hay tiempo para realizar la operación y volver al punto de la yugular donde debe realizarse la extracción. Aunque lograsen destruir el coágulo, empezaría aquí la desminiaturización y mataríamos a Benes.

Duval siguió vistiéndose, y lo propio hizo Cora. Aquél dijo:

—De todos modos, no saldrá peor librado que si dejamos de operarle.

—Pero sí nosotros. Al principio, la desminiaturización será lenta. Tal vez tardemos un minuto en alcanzar un tamaño que atraiga la

atención de los glóbulos blancos. Hay millones de ellos en el lugar de la lesión. Seremos engullidos.

—¿De veras?

—Incluso dudo de que el *Proteus* y nosotros pudiésemos soportar la fuerza física de la compresión dentro del hueco digestivo de una célula blanca. Ni siquiera en nuestro estado de miniaturización, ni cuando adquiriésemos mayor tamaño. Seguiríamos aumentando, pero, cuando hubiésemos recobrado nuestras dimensiones normales, no seríamos más que una nave aplastada y unos seres humanos aplastados. Es mejor que nos saque de aquí, Owens, y nos lleve cuanto antes al punto en que debemos ser extraídos.

—¡Alto ahí! —dijo Grant, irritado—. ¿Cuánto tardaremos en llegar al lugar de la extracción?

—Dos minutos —dijo Owens, con voz débil.

—Nos quedan, pues, cuatro minutos. Tal vez más. ¿No es cierto que el cálculo de los sesenta minutos deja un margen de seguridad? Podemos seguir miniaturizados algún tiempo más, si el campo aguanta un poco más de lo previsto.

—Puede ser —dijo Michaels, secamente—, pero no se haga ilusiones. Un minuto más. Dos minutos en el exterior. No podemos vencer el Principio de Incertidumbre.

—Está bien. Dos minutos. Y la desminiaturización, ¿no puede tardar un poco más de lo que calculamos?

—Acaso un minuto o dos, si tenemos suerte —dijo Duval.

—Todo depende de la naturaleza azarosa de la estructura básica del Universo —intervino Owens—. Si tenemos suerte, si todo se desarrolla a favor nuestro...

—Pero sólo un minuto o dos, como máximo —dijo Michaels.

—Está bien —dijo Grant—: nos quedan cuatro minutos, más otros dos minutos posibles, más un minuto o dos de desminiaturización incipiente, antes de que podamos perjudicar a

Benes. Esto hace un total de siete minutos, a nuestra larga y deformada escala. ¡Adelante, Duval!

—Todo lo que va usted a lograr, maldito estúpido, será matar a Benes, y a nosotros con él —chilló Michaels—. Llévenos al lugar de la extracción, Owens.

Owens vaciló.

Grant corrió a la escalerilla y trepó a la cabina de Owens.

—Pare el motor, Owens —le dijo—. Párelo.

Owens apoyó un dedo en el interruptor, pero se detuvo. Grant alargó rápidamente la mano y, con ademán enérgico, lo hizo girar hasta el punto de «Off».

—Ahora, bajemos. Venga conmigo abajo.

Casi arrancó a Owens de su asiento, y ambos bajaron la escalerilla. Todo esto había ocurrido en unos pocos segundos, durante los cuales Michaels había permanecido observándoles boquiabierto, demasiado aturrullado para actuar.

—¿Qué diablos ha hecho? —preguntó al fin.

—La nave permanecerá aquí —dijo Grant—, hasta eme la operación haya terminado. Ponga manos a la obra, Duval.

—Coja el láser, Miss Peterson —dijo Duval.

Ambos se habían puesto los trajes de inmersión. El de Cora mostraba las costuras y le daba un triste aspecto.

—Debo de estar hecha una facha —dijo ella.

—¿Se han vuelto locos todos? —gritó Michaels—. No tenemos tiempo. Es un suicidio. Escúchenme. —Estaba temblando de ansiedad—. No pueden hacer nada.

—Ábrales la escotilla, Owens —dijo Grant.

Michaels se lanzó hacia delante; pero Grant lo agarró, le hizo dar media vuelta y le dijo:

—No me obligue a pegarle, doctor Michaels. Me duelen los músculos y no tengo ganas de emplearlos; pero, si pego, pegaré fuerte, y le prometo que le romperé la mandíbula.

Michaels levantó el puño, como dispuesto a aceptar el reto. Pero Duval y Cora habían desaparecido ya por la escotilla, y cuando Michaels lo advirtió su voz se hizo casi suplicante.

—Escuche, Grant: ¿acaso no comprende la situación? Duval matará a Benes. Le será muy fácil. Una ínfima desviación del láser, y nadie se dará cuenta. En cambio, si sigue mi consejo, podemos dejar a Benes con vida e intentarlo de nuevo mañana.

—Mañana, Benes puede estar muerto, y tengo entendido que no pueden volver a miniaturizarnos durante algún tiempo.

—Pero «puede» estar vivo; mientras que, si no detiene a Duval, morirá indefectiblemente. Y, si no pueden miniaturizarnos a nosotros, pueden hacerlo con otras personas.

—¿Y con otro barco? Sólo disponemos del *Proteus*, y únicamente éste reúne condiciones.

Michaels estaba cada vez más excitado.

—Le digo, Grant, que Duval es un agente enemigo.

—No lo creo.

—¿Por qué? ¿Porque es tan religioso? ¿Porque da muestras de una piedad ridícula? ¿Acaso no es éste el disfraz más adecuada? ¿O se ha dejado usted influir por su amante, por esa...?

—¡No termine la frase, Michaels! —dijo Grant—. Y ahora escuche. No hay la menor prueba de que sea un agente enemigo, ni razón alguna que me induzca a creerlo.

—Pero yo le «digo»...

—Sé muy bien lo que dice. Pero lo cierto es que yo creo que es «usted» el agente enemigo, doctor Michaels.

—¿Yo?

—Sí. En realidad, tampoco tengo verdaderas pruebas; ninguna prueba valedera ante un tribunal de justicia; pero creo que el servicio de seguridad podrá encontrarlas.

Michaels se apartó de Grant y se lo quedó mirando, horrorizado.

—¡Claro! ¡Ahora lo comprendo! ¡Usted es el agente, Grant! ¿No lo está viendo, Owens? Hemos tenido docenas de ocasiones de

salir de aquí, una vez comprobado que la misión no podía tener éxito, y él se ha negado siempre. Nos obligó a permanecer aquí. Por esto se esforzó tanto en repostar aire en el pulmón... Por esto... ¡Ayúdeme, Owens! ¡Ayúdeme!

Owens permaneció indeciso.

—El cronómetro está a punto de saltar a cinco —dijo Grant—. Disponemos de tres minutos más. Deme estos tres minutos, Owens. Sabe que Benes no vivirá, a menos que destruyamos el coágulo en estos tres minutos. Saldré a ayudarles, y usted vigilará a Michaels. Si no he regresado cuando el cronómetro marque dos, salga de aquí y sálvese con el barco. Benes morirá, y tal vez moriremos también nosotros. Pero usted se salvará y podrá acusar a Michaels.

Owens guardó silencio.

—Tres minutos —dijo Grant, y empezó a ponerse el traje de inmersión.

El cronómetro pasó al 5.

—Tres minutos —dijo Owens, al fin—. Está bien. Pero sólo tres minutos.

Michaels se sentó, abrumado.

—Permite usted que maten a Benes, Owens. Yo he hecho cuanto he podido; mi conciencia está tranquila.

Grant cruzó la escotilla.

Duval y Cora nadaron velozmente en dirección al coágulo, llevando él el láser y ella el aparato que suministraba la energía.

—No veo ninguna célula blanca —dijo Cora—. ¿Y usted, doctor?

—Yo no las miro —dijo, bruscamente, Duval.

Miraba fijamente hacia delante. El resplandor de los faros de proa y de los otros más pequeños de la nave quedaba amortiguado por una maraña de fibras que parecía encerrar el coágulo, precisamente al otro lado del punto en que cesaban los impulsos nerviosos. La pared de la arteriola había sido lesionada y estaba

ahora completamente bloqueada por el coágulo, que oprimía fuertemente aquella sección de fibras y de células nerviosas.

—Si logramos romper el coágulo y aliviar la presión sin tocar el propio nervio —murmuró Duval—, todo irá bien. Y si dejamos sólo una pequeña escara que mantenga cerrada la arteriola. —Maniobró para adoptar la posición conveniente y levantó el láser—. Y si esto funciona —añadió.

—Doctor Duval —dijo Cora—, recuerde que dijo usted que, para economizar los rayos, lo mejor era dirigirlos desde arriba.

—Lo recuerdo muy bien —dijo Duval, gravemente—, y es esto lo que me propongo hacer.

Apretó el gatillo del láser. Un finísimo rayo de luz brilló durante un breve instante.

—¡Funciona! —dijo Cora, alegremente.

—Ha funcionado esta vez —dijo Duval—. Pero tendrá que hacerlo muchas más.

El coágulo había mostrado su relieve durante un brevísimo instante, bajo el brillo intolerable del rayo del láser, cuya trayectoria quedó marcada por una hilera de diminutas burbujas. Después, la oscuridad pareció todavía más intensa.

—Cierre un ojo, Miss Peterson —dijo Duval—, a fin de que la retina no tenga que readaptarse.

Brilló de nuevo el láser, y, al apagarse, Cora cerró el ojo que tenía abierto y abrió el que tenía cerrado.

—Funciona, doctor Duval —dijo, muy excitada—. El brillo progresa ahora hasta perderse de vista. Se está iluminando toda una zona oscura.

Grant se acercó a ellos, nadando.

—¿Cómo va eso, Duval?

—No va mal —respondió éste—. Si puedo atravesarlo en sentido transversal y aliviar la presión sobre un punto clave, creo que todo el trayecto del nervio quedará liberado.

Nadó hacia un lado.

—Nos quedan menos de tres minutos —le gritó Grant.

—Déjeme en paz —dijo Duval.

—Todo marcha bien, Grant —dijo Cora—. Lo conseguiré.
¿Acaso Michaels ha armado jaleo?

—Un poco —dijo Grant, seriamente—. Owens se ha quedado vigilándole.

—¿Vigilándole?

—Por si acaso...

En el interior del *Proteus*, Owens lanzaba inquietas miradas a su alrededor.

—Que me aspen si sé lo que he de hacer —murmuró.

—Permanecer sentado y dejar que los asesinos realicen su trabajo —dijo Michaels, con sarcasmo—. Tendrá que responder de esto, Owens.

Éste guardó silencio.

—No irá usted a creer que soy un agente enemigo —dijo Michaels.

—Yo no creo nada —respondió Owens—. Esperaremos la señal de los dos minutos y, si no han regresado, nos marcharemos de aquí. ¿Le parece mal?

—Está bien —dijo Michaels.

—El láser funciona —prosiguió Owens—. He visto su brillo. Y además...

—¿Qué?

—El coágulo. Ahora puedo ver el destello de la acción nerviosa en aquella dirección, donde antes no se veía.

—Yo no veo nada —exclamó Michaels, mirando al exterior.

—Pues yo sí —insistió Owens—. Le digo que el láser funciona. Y volverán. Creo que estaba usted equivocado, Michaels.

Michaels se encogió de hombros.

—Bueno, tanto mejor. Ojalá me equivoque y Benes siga viviendo. Aunque... —Su voz adquirió un tono de alarma—: ¡Owens!

—¿Qué pasa?

—Algo anda mal en la escotilla. Ese maldito imbécil de Grant debía estar demasiado excitado para cerrarla debidamente. ¿O fue realmente a causa de la excitación?

—Pero ¿qué es lo que anda mal? Yo no veo nada.

—¿Está ciego? Está entrando fluido. Mire el suelo.

—Ha estado mojado desde que Grant y Cora se libraron de los anticuerpos. ¿No recuerda que...?

Owens estaba mirando la escotilla, y Michaels aprovechó aquel momento para asir el destornillador utilizado por Grant para abrir la tapa del aparato de radio y descargar un golpe con el mango en la cabeza de Owens.

Lanzando una exclamación ahogada, Owens cayó de rodillas, aturdido.

Michaels volvió a golpearle, con prisa febril, y empezó a meter el inerte cuerpo en el traje de inmersión. El sudor formaba grandes gotas sobre su calva. Abrió la puerta de la cámara de salida y arrojó a Owens dentro de ella. Después dejó que la cámara se llenase de líquido y abrió la puerta exterior, perdiendo un momento precioso al buscar el botón correspondiente en el tablero de control.

Lógicamente, hubiese tenido que comprobar la expulsión de Owens, pero no tenía tiempo para hacerlo.

«No hay tiempo —pensó—, no hay tiempo...».

Subió precipitadamente a la cabina y estudió los mandos. Habría que apretar algún botón para poner el motor en marcha. ¡Ah! ¡Ahí estaba! Un estremecimiento de triunfo recorrió su cuerpo al escuchar el distante zumbido de los motores.

Miró hacia el coágulo. Owens tenía razón. Un destello luminoso recorría un largo nervio que hasta entonces había permanecido a oscuras.

Duval disparaba el rayo del láser a breves y rápidos intervalos.

—Creo que esto es cosa hecha, doctor —dijo Grant—. Se acabó nuestro tiempo.

—Sí; creo que lo he conseguido. El coágulo ha sido destruido. Una porción de él. ¡Ah..., Mr. Grant, la operación ha sido un éxito!

—Y nos quedan tres minutos para salir de aquí, o tal vez dos. Volvamos a la embarcación...

—Alguien llega —dijo Cora.

Grant dio media vuelta y se lanzó en dirección a una figura que nadaba desmayadamente.

—¡Michaels...! —exclamó. Y, acto seguido—: No; es Owens. ¿Qué...?

—No lo sé —dijo Owens—. Creo que me golpeó. No sé cómo he llegado hasta aquí.

—¿Dónde está Michaels?

—En la nave. Supongo...

—¡Los motores se han puesto en marcha! —exclamó Duval.

—¿Qué...? —exclamó Owens, aturdido—. ¿Quién...?

—Michaels —dijo Grant—. Se ha apoderado de los mandos.

—¿Por qué abandonó usted la nave, Grant? —preguntó Duval, severamente.

—Esto mismo me pregunto yo. Había confiado en que Owens...

—Lo siento —dijo éste—. No creía que fuese realmente un agente enemigo. No podía...

—Lo malo es que tampoco yo estaba completamente seguro —dijo Grant—. Naturalmente, ahora...

—¡Un agente enemigo! —dijo Cora, horrorizada.

En aquel momento sonó la voz de Michaels:

—¡Eh, vosotros! Dentro de dos minutos llegarán los glóbulos blancos; pero yo estaré ya camino de regreso. Lo siento, pero despreciasteis las oportunidades que os di de salir conmigo.

La nave empezó a describir una amplia curva ascendente.

—Ha puesto el acelerador al máximo —dijo Owens.

—Y creo que se dirige hacia el nervio —prosiguió Grant.

—Esto es exactamente lo que estoy haciendo, Grant —dijo la voz de Michaels, sarcásticamente—. Bastante dramático, ¿no cree? En primer lugar, arruinaré la obra del santurrón Duval, más que por ésta, para producir la lesión que atraerá al punto a un ejército de glóbulos blancos. Ellos cuidarán de ustedes.

—¡Escuche! —gritó Duval—. ¡Piense un poco! ¿Por qué hacer esto? ¡Piense en su país!

—¡Pienso en la Humanidad! —le respondió Michaels, con furia—. Lo importante es mantener alejados de esto a los militares. La miniaturización ilimitada, puesta en sus manos, significaría la destrucción del mundo. Si son tan imbéciles que no saben ver esto...

El *Proteus* se encaminaba ahora directamente hacia el nervio que Duval acababa de poner al descubierto.

—¡El láser! —dijo Grant, desesperadamente—. ¡Denme el láser! —Arrancó el aparato de las manos de Duval—. ¿Dónde está el gatillo? No se preocupe. Ya lo he encontrado.

Apuntó hacia arriba, tratando de interceptar la trayectoria de la nave.

—Deme la fuerza máxima —gritó a Cora—. ¡Toda la fuerza!

Afinó la puntería, y un rayo de luz del grueso de un lápiz brotó del aparato y se extinguió.

—El láser está agotado, Grant —dijo Cora.

—Tómelo, por favor. De todos modos, creo que he alcanzado al *Proteus*.

Era difícil afirmarlo. En la oscuridad general, no se veía nada con claridad.

—Me parece que le ha dado al timón —dijo Owens—. Ha destruido mi barco.

Bajo la máscara, las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Sea cual fuere la parte alcanzada —dijo Duval—, la nave parece gravemente averiada.

Efectivamente, el *Proteus* se estaba hundiendo, mientras sus luces de proa oscilaban arriba y abajo en un extenso arco. La nave siguió descendiendo, rozó la pared de la arteriola, pasó a un palmo del nervio y se hundió en un bosque de dendritas, enganchándose en ellas y desprendiéndose a continuación, hasta quedar inmóvil, como una burbuja de metal sujeta por gruesas y suaves fibras.

—No ha tocado el nervio —dijo Cora.

—Pero ha causado bastantes daños —observó Duval—. Puede formarse un nuevo coágulo, o tal vez no. Espero que así sea. En todo caso, no tardarán en acudir los glóbulos blancos. Tenemos que marcharnos en seguida.

—¿Adonde? —dijo Owens.

—Si seguimos el nervio óptico, podemos llegar al ojo en menos de un minuto. Síganme.

—No podemos abandonar la nave —dijo Grant—. Pronto empezará a desminiaturizarse.

—Lo que no podemos hacer es llevarla con nosotros —dijo Duval—. No tenemos más alternativa que intentar salvar nuestras vidas.

—Tal vez podría intentarse algo —insistió Grant—. ¿Cuánto tiempo nos queda?

—¡Nada! —dijo Duval, rotundamente—. Creo que ha empezado la desminiaturización. Dentro de un minuto habremos aumentado lo bastante para llamar la atención a las células blancas.

—¿Dice que ha empezado la desminiaturización? Yo no noto nada...

—Ni lo notará. Pero lo que nos rodea parece ligeramente menor de lo que era. ¡Partamos!

Duval lanzó una rápida mirada a su alrededor para orientarse.

—Síganme —repitió, y empezó a nadar.

Cora y Owens le siguieron, y, después de un momento de vacilación, Grant hizo lo propio.

Había fracasado. Y, en resumidas cuentas, había fracasado porque, al no estar completamente convencido de que Michaels era un enemigo, había vacilado.

Se maldecía interiormente y pensaba con amargura que era un imbécil, un incapaz para su trabajo.

—Pero no se mueven —dijo Carter, furioso—. Permanecen quietos junto al coágulo. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

El cronómetro marcaba 1.

—Demasiado tarde para que puedan salir —exclamó Reid.

Llegó un mensaje del servicio encefalográfico.

—Señor, los datos del EEG^[4] indican que el cerebro de Benes empieza a recobrar su función normal.

—Entonces —chilló Carter—, la operación se ha realizado con éxito. ¿Por qué se quedan allí?

—No tenemos manera de saberlo.

El cronómetro señaló 0 e inmediatamente sonó un timbre de alarma. Su agudo repiqueteo llenó la estancia de vibraciones de mal augurio.

Reid levantó la voz para hacerse oír.

—Tenemos que sacarlos de allí.

—Será la muerte de Benes.

—Benes morirá igualmente si no los sacamos.

—Si hay alguien fuera de la nave —dijo Carter—, no podremos extraerlo.

Reid se encogió de hombros.

—Es algo inevitable. En tal caso, si los glóbulos blancos no dan cuenta de ellos, se desminiaturizarán sin sufrir daño.

—Pero Benes morirá.

Reid se inclinó sobre Carter y gritó:

—Nada podemos hacer para evitarlo. ¡Nada! ¡Benes es hombre muerto! ¿Quiere arriesgarse a matar inútilmente a otras cinco personas?

Carter pareció derrumbarse.

—¡Dé la orden! —dijo.

Reid se dirigió al transmisor.

—Extraigan el *Proteus* —dijo, con voz pausada, y se encaminó seguidamente a la ventana que dominaba la sala de operaciones.

Michaels estaba medio inconsciente cuando el *Proteus* se detuvo sobre el lecho de dendritas. El súbito giro de la embarcación al recibir el rayo del láser —sí, tenía que haber sido el láser—, le había arrojado con gran violencia contra el tablero de mandos. Lo único que sentía era un intenso dolor en el brazo derecho. Sin duda se lo había roto. Se había fundido un sector de la pared y sólo la tensión superficial del plasma evitaba la inundación.

El aire que quedaba le duraría el par de minutos que faltaban para empezar la desminiaturización. Incluso le pareció, mientras observaba, que las dendritas se habían estrechado un poco. Y, como éstas no podían menguar de tamaño, lo que ocurría era que él empezaba a aumentar, aunque muy lentamente al principio. Cuando hubiese recobrado su tamaño normal, podrían curarle el brazo. Los otros serían devorados por las células blancas. Y él diría..., diría..., cualquier cosa, para explicar la avería del barco. En todo caso, Benes moriría, y la miniaturización indefinida moriría con él. Y habría paz..., paz...

Observó las dendritas, mientras su cuerpo permanecía doblado, inerte, sobre el tablero de control. ¿Podía moverse? ¿Estaba paralizado? ¿Se había roto también la columna vertebral?

Reflexionó vagamente sobre esta posibilidad. Sintió que sus facultades de comprensión y de raciocinio se diluían, mientras una nube lechosa cubría las dendritas.

¿Una nube lechosa?

¡Un glóbulo blanco!

Sí; era un glóbulo blanco. La nave era mayor que los elementos que flotaban en el plasma, y la embarcación estaba en el lugar de la lesión. Sería ella la que primero atraería la atención de la célula blanca.

La ventanilla del *Proteus* se cubrió de leche resplandeciente. La materia lechosa invadió el plasma del boquete del casco de la nave y pugnó por quebrantar la barrera de la tensión.

El penúltimo ruido que oyó Michaels fue el chasquido del *Proteus*, frágil en su estructura de átomos miniaturizados, rebasado en su punto de rotura y quebrándose en añicos bajo la presión del glóbulo blanco.

El último ruido que oyó fue el de su propia risa.

Capítulo XVIII

OJO

Cora vio el glóbulo blanco casi al mismo tiempo que Michaels.

—¡Miren! —gritó, horrorizada.

Se detuvieron y se volvieron a mirar.

El glóbulo blanco era enorme. Tenía cinco veces el diámetro del *Proteus*, o tal vez más. Comparado con los individuos que lo observaban, era una montaña, una montaña de protoplasma lechoso, pulsátil, desprovisto de piel. Su núcleo, grande y lobulado, sombra lechosa en el interior de su materia, parecía un ojo maligno y de contorno irregular, y la forma total de aquella criatura cambiaba a cada instante. Una porción de ella se hinchó en dirección al *Proteus*.

Grant, como obedeciendo a un impulso reflejo, empezó a nadar hacia el *Proteus*.

Cora le agarró de un brazo.

—¿Qué va a hacer, Grant?

—Es imposible salvarle —dijo Duval, excitado—. Malgastará su vida inútilmente.

Grant sacudió violentamente la cabeza.

—No estoy pensando en Michaels, sino en el barco.

—Tampoco puede salvar el barco —dijo Owens, con tristeza.

—Pero podemos, tal vez, llevarlo a un sitio donde pueda expansionarse sin peligro. Escuchen: aunque sea aplastado por el

glóbulo blanco, aunque se desintegre en átomos, cada átomo miniaturizado se desminiaturizará; en realidad, ha empezado ya la desminiaturización. Lo mismo da que Benes muera a causa de la nave intacta o de un montón de chatarra.

—Pero no puede sacar el barco de aquí —dijo Cora—. ¡Oh, Grant! Por favor, no quiera morir después de todo lo que hemos pasado.

Grant le sonrió.

—Me sobran razones para no morir, créame, Cora. Sigam nadando los tres y déjenme hacer un experimento de colegial.

Y echó a nadar en dirección al monstruo. El corazón le latía de un modo insoportable. Había otros glóbulos blancos detrás de aquél, bastante lejos; pero sólo uno le interesaba: el que estaba engullendo al *Proteus*.

Al acercarse, pudo ver su superficie. Una porción de ésta manifestábase claramente de perfil; dentro de ella, había gránulos y una especie de burbujas. Un mecanismo muy intrincado, demasiado complicado para que lo hubieran comprendido los biólogos, y todo él encerrado en una gota microscópica de materia viva. El *Proteus* se hallaba ahora en su interior; una sombra oscura encerrada en una de las burbujas. Grant creyó ver por un instante la cara de Michaels en la cabina; pero, indudablemente, fue sólo fruto de su imaginación.

Grant alcanzó al fin la palpitante y montañosa superficie; pero ¿cómo llamar la atención a una cosa semejante? No tenía ojos ni sentidos, ni inteligencia, ni voluntad. Era una máquina automática de protoplasma, construida para reaccionar de cierto modo contra un ataque. ¿Cómo? Grant lo ignoraba. Sin embargo, cuando se aproximaba una bacteria, la célula blanca lo sabía. A su manera celular, ella lo sabía. Por esto había reaccionado en presencia del *Proteus* y lo había engullido.

Grant era mucho más pequeño que el *Proteus*, mucho menor que una bacteria, incluso en aquel momento. ¿Sería lo bastante

grande para que el glóbulo blanco lo advirtiera? Sacó el cuchillo y lo hundió profundamente en la masa que tenía ante él, rasgándola hacia abajo. Nada ocurrió. No salió sangre, porque las células blancas carecen de ella. En cambio, apareció una protuberancia en el protoplasma, taponando la ruptura de la membrana.

Grant hundió de nuevo el cuchillo. No quería matar la célula, ni se creía capaz de hacerlo, dado su tamaño actual. Sin embargo, ¿no habría una manera de atraer su atención?

Se apartó un poco y advirtió, con emoción creciente, que una protuberancia de la pared avanzaba en dirección a él. Se alejó más y la protuberancia le siguió. Su presencia había sido advertida. No sabía cómo; pero lo cierto era que el glóbulo blanco, con todo lo que contenía, con el *Proteus* en su interior, había empezado a seguirle.

Se alejó más de prisa. El glóbulo blanco le siguió, pero (tal como fervientemente deseaba) con poca rapidez. Grant había previsto que la célula blanca no era apta para alcanzar velocidad, que se movía como una amiba, proyectando una porción de su sustancia y vertiéndose después en la protuberancia. En condiciones corrientes, luchaba contra objetos inmóviles, contra bacterias o contra desperdicios extraños e inanimados. Su movimiento ameboide era suficiente para esto. En cambio, ahora tenía que habérselas con un objeto capaz de desplazarse rápidamente. «Ojalá su rapidez fuese bastante», pensó ardientemente Grant. Con creciente velocidad, nadó al encuentro de sus compañeros, que avanzaban despacio, esperándole.

—Dense prisa —jadeó—. Creo que me sigue.

—Y hay otros detrás —dijo Duval, alarmado.

Grant miró hacia atrás. A lo lejos, pululaban los glóbulos blancos. Cuando uno de ellos advirtió su presencia, la habían advertido ya todos los demás.

—¿Cómo...?

—Vi cómo hería usted a la célula blanca. Si la lesionó, brotaron de ella sustancias químicas que pasaron al torrente sanguíneo,

sustancias químicas que atrajeron a las células blancas de los sectores próximos.

—Entonces, ¡por el amor de Dios, «nademos»!

El equipo quirúrgico se había reunido alrededor de la cabeza de Benes, mientras Carter y Reid observaban desde arriba. La depresión de Carter aumentaba por momentos.

La operación había terminado. Y no había servido para nada, para nada, para...

—¡General Carter! ¡Señor! —dijo una voz apremiante, estridente, temblorosa de excitación.

—¿Qué?

—El *Proteus*, señor. ¡Se mueve!

Carter gritó:

—¡Suspendan la intervención!

Todos los miembros del equipo quirúrgico levantaron la cabeza con interrogativa sorpresa. Reid tiró de la manga a Carter.

—El movimiento puede ser simple efecto de la lenta aceleración de la desminiaturización del barco. Si no los saca de allí ahora mismo, pueden verse amenazados por los glóbulos blancos.

—¿Cuál es el movimiento? —gritó Carter—. ¿Adonde se dirige?

—A lo largo del nervio óptico, señor.

Carter se volvió a Reid.

—¿Adonde conduce? ¿Qué significa esto?

El rostro de Reid se iluminó.

—Significa una salida de emergencia —dijo— en la que no había pensado. Se encaminan al ojo, para salir por el conducto lacrimal. Todavía pueden conseguirlo, lesionando el ojo en el peor de los casos. Que alguien traiga un portaobjetos. Vayamos abajo, Carter.

El nervio óptico era un haz de fibras, y cada una de éstas como una ristra de salchichas.

Duval se detuvo para posar la mano en la juntura entre dos de las «salchichas».

—Un nódulo de Ranvier —dijo, maravillado—, y lo estoy tocando.

—Deje de tocar y siga nadando —jadeó Grant.

Grant observaba ansiosamente para asegurarse de que el glóbulo blanco continuaba la persecución. El que se había tragado al *Proteus*. En cuanto a éste, ya no podía verlo. Si estaba en el interior del glóbulo blanco más próximo, se había hundido tanto en su sustancia que se había hecho invisible. Pero, si aquel glóbulo blanco no era «su» glóbulo, entonces, a pesar de todo, Benes moriría. Los nervios lanzaban destellos al ser heridos por la luz de los cascos, y los destellos retrocedían con gran rapidez.

—Impulsos luminosos —murmuró Duval—. Los ojos de Benes no están completamente cerrados.

—Todo está menguando de tamaño —dijo Owens—. ¿Han reparado en ello?

—Sí —respondió Grant, moviendo la cabeza.

El monstruoso glóbulo blanco era sólo la mitad de lo que había sido momentos antes.

—Sólo disponemos de unos segundos —dijo Duval.

—Yo no puedo seguir —gimió Cora.

Grant se colocó a su lado.

—¡Claro que puede! Estamos ya en el ojo. Con franquear el espacio de media lágrima estaremos salvados.

Le rodeó la cintura con un brazo y la empujó hacia delante; después tomó el láser que ella seguía llevando.

Duval dijo:

—Pasando por aquí, saldremos al conducto lacrimal.

Su aumento de tamaño hacía que casi llenasen el espacio intersticial por el que seguían nadando. Al aumentar su volumen, había aumentado también su velocidad, y las células blancas no parecían ya tan amenazadoras.

Duval abrió de un puntapié la pared membranosa que se levantaba ante ellos.

—Pasen —dijo—. Usted primero, Miss Peterson. Grant la empujó y pasó detrás de ella. Después lo hizo Owens y, por último, Duval.

—Ya hemos salido —dijo Duval, esforzándose por dominar su emoción—. Estamos fuera del cuerpo.

—Espere —dijo Grant—. Quiero que salga también esa célula blanca. En otro caso...

Aguardó un instante y lanzó un grito de entusiasmo.

—¡Ahí está! ¡Y, por todos los santos, que es la nuestra!

La célula blanca se deslizó por la abertura practicada por Duval, aunque con ciertas dificultades. El *Proteus*, o su estructura deshecha, veíase claramente a través de la sustancia. Había crecido hasta alcanzar un tamaño equivalente a la mitad del glóbulo blanco, y el pobre monstruo tenía que enfrentarse con un inesperado ataque de indigestión. Sin embargo, luchó con gallardía. Habían estimulado su impulso de persecución, y no podía hacer otra cosa sino seguir adelante.

Los tres hombres y la mujer ascendieron por una sima que se llenaba de fluido. El glóbulo blanco, que apenas se movía, subió tras ellos. La suave y curva pared de uno de los lados era transparente; no a la manera de la fina pared de los capilares, sino transparente de verdad. No había señales de membranas celulares ni de núcleos.

—Es la córnea —dijo Duval—. La otra pared es el párpado inferior. Tenemos que alejarnos lo más posible para no dañar a Benes al desminiaturizarnos, y sólo disponemos de unos segundos.

En lo alto, a algunos metros por encima de ellos (a su todavía diminuta escala), veíase una hendidura horizontal.

—Por allí —dijo Duval.

—El barco se encuentra en la superficie del ojo —dijo una voz, en tono triunfal.

—Muy bien —dijo Reid—. Es el ojo derecho.

Uno de los técnicos, que sostenía el portaobjetos, se inclinó sobre el ojo cerrado de Benes. Había sido colocada una lente en el lugar adecuado. Con ayuda de unas pinzas forradas de fieltro, alguien pellizcó suavemente el párpado inferior y tiró de él hacia abajo.

—Ahí está —dijo el técnico, con voz apagada—. Como una mota de polvo.

Con mucho cuidado, aplicó el portaobjetos al ojo y retiró la lágrima que contenía la mota.

Todos se echaron atrás.

—Si ya puede verse a simple vista, aumentará de volumen con gran rapidez —dijo Reid—. ¡Despejen!

El técnico, debatiéndose entre la prisa y la necesidad de mostrarse amable, colocó el portaobjetos en el suelo y se alejó a toda velocidad.

Las enfermeras se llevaron rápidamente la mesa de operaciones, cruzando la doble puerta de la estancia, y, con una velocidad increíble, las motas de polvo del portaobjetos recobraron su tamaño natural.

Tres hombres, una mujer y un montón de fragmentos metálicos, redondeados y erosionados, aparecieron en el lugar donde momentos antes no había nada.

—Solamente han sobrado ocho segundos —murmuró Reid.

Pero Carter gritó:

—¿Dónde está Michaels? Si sigue todavía dentro de Benes...

Y echó a correr detrás de la mesa de operaciones, abrumado una vez más por la conciencia de la derrota.

Grant se quitó el casco y le llamó con un ademán.

—Todo está en orden, general. Eso es lo que queda del *Proteus*, y, en su interior, encontrará lo que queda de Michaels. Tal vez únicamente un montón de gelatina orgánica y algunos fragmentos de huesos.

Grant no se había acostumbrado todavía al mundo normal. Había dormido, con breves interrupciones, durante quince horas, y se despertó sorprendido de hallarse en un mundo de espacio y de luz.

Desayunó en la cama, mientras Carter y Reid sonreían junto a la cabecera.

—¿También reciben los otros este tratamiento? —inquirió.

—Todo lo que pueda comprarse con dinero... —dijo Carter—, al menos, durante una temporada. Sólo hemos dejado marchar a Owens. Estaba ansioso de volver junto a su mujer y sus hijos, y le dejamos partir, pero sólo cuando nos hubo explicado someramente lo ocurrido. Por lo visto, Grant, el éxito de la misión se debió principalmente a usted.

—Es posible, si quiere usted olvidar algunos fallos —dijo Grant—. Si va a recomendarme para una medalla y un ascenso, lo acepto de antemano. Si va a recomendarme para unas vacaciones pagadas de un año de duración, lo acepto todavía con mayor entusiasmo. Pero, en realidad, la misión habría fracasado sin la ayuda de cualquiera de nosotros. Incluso Michaels nos guió con eficacia durante la mayor parte del trayecto.

—Michaels... —dijo Carter, pensativo—. Lo que a él se refiere debe permanecer secreto, ¿sabe? La versión oficial es que murió en cumplimiento del deber. No conviene que se sepa que un traidor se había infiltrado en las FDMC. Y, en realidad, aún no sé si «era» un traidor.

—Yo le conocía lo bastante para afirmar que no lo era —dijo Reid—. Al menos, no en el sentido corriente de la palabra.

Grant asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo. No era un villano de novela. Perdió un tiempo precioso poniendo a Owens el traje de inmersión antes de echarlo fuera de la nave. Estaba dispuesto a dejar que lo mataran los glóbulos blancos, pero no podía hacerlo con sus manos. No... Yo creo que realmente quería que la miniaturización indefinida siguiera siendo un secreto, para bien de la Humanidad.

—Era partidario de la miniaturización para usos pacíficos —dijo Reid—. Y, en esto, comparto su opinión. ¿Qué ventajas se obtendrían si...?

Carter le interrumpió:

—Esto es fruto de una mentalidad que llegó a hacerse irracional por un exceso de tensión. Escuchen: sufrimos esto desde que se inventó la bomba atómica. Siempre hay gente que se imagina que, si se elimina cualquier nuevo descubrimiento de espantosas consecuencias, todo marchará bien. Sólo que no «pueden» suprimirse los descubrimientos cuando llega su tiempo. Si Benes hubiese muerto, la miniaturización indefinida habría sido descubierta el año próximo, o dentro de cinco años, o dentro de diez. En este caso, Ellos hubieran podido tenerla primero.

—Y ahora —dijo Grant—, los primeros seremos nosotros. ¿Y qué haremos con ella? ¿Abocarnos a la guerra final? Tal vez Michaels tenía razón.

—Y tal vez el sentido común prevalecerá en ambos bandos —replicó Carter, secamente—. Hasta ahora, así ha sido.

—Y especialmente —dijo Reid— habida cuenta de que, cuando se sepa esta historia y los medios periodísticos difundan la noticia del alucinante viaje del *Proteus*, los usos pacíficos de la miniaturización serán dramatizados hasta el punto de que nos permitirán luchar contra el dominio militar de la técnica. Y tal vez tengamos éxito. Carter tomó un cigarro, frunció el ceño y no contestó directamente.

—Dígame, Grant: ¿cuándo empezó a sospechar de Michaels?

—En realidad, no sospeché —respondió Grant—. Todo fue producto de un montón de pensamientos confusos. En primer lugar, general, usted me embarcó en el submarino porque sospechaba de Duval.

—¡Oh...! Espere...

—Lo sabíamos todos los que estábamos a bordo. Tal vez a excepción del propio Duval. Esto me dio un punto de partida... equivocado. Sin embargo, no estaba usted seguro del terreno que pisaba, pues, en otro caso, me lo habría advertido. Por consiguiente, no estaba dispuesto a dar un resbalón. Había gente poderosa a bordo de la nave, y yo sabía que, si me equivocaba, usted se echaría atrás y yo me llevaría el rapapolvo.

Reid sonrió complacido. Carter enrojeció y observó atentamente su cigarro.

—Naturalmente —prosiguió Grant—, no le guardo rencor. El recibir los palos forma parte de mi oficio..., siempre que no pueda evitarlo. Por esto esperé hasta estar seguro y, en realidad, no lo estuve nunca.

»Sufrimos una serie de accidentes, o de posibles accidentes. Por ejemplo, el láser se averió y existía la posibilidad de que Miss Peterson fuese la causante de la avería. Pero ¿lo habría hecho de una manera tan burda? Ella conocía docenas de maneras de estropearlo de forma que su aspecto siguiera siendo normal y dejara, empero, de funcionar debidamente. Podía haberlo amañado de modo que se desviase la puntería de Duval y matase el nervio o incluso al propio Benes. Una avería burda podía ser únicamente fruto de un accidente o deliberada obra de cualquiera que no fuese Miss Peterson.

»En otra ocasión, se soltó mi cable salvavidas cuando me hallaba en el pulmón, y a punto estuve de perder la vida Duval era en este caso el principal sospechoso; pero fue él quien propuso iluminar la abertura con los faros de la nave, y a esto debo mi salvación. ¿Por qué intentar matarme, para salvarme después? No

tenía sentido. O era un accidente, o el cable había sido soltado no por Duval, sino por otra persona.

»Perdimos el aire del depósito, y este pequeño desastre podía ser muy bien obra de Owens Pero, al abastecernos de aire, Owens improvisó un aparato de miniaturización que pareció hacer milagros. Podía abstenerse de hacerlo, y nadie hubiera podido acusarle de sabotaje. ¿Por qué soltar nuestro aire y trabajar después como un diablo para reponerlo? De nuevo surgía el dilema: o había sido un accidente, o el aire había sido soltado por alguien que no era Owens.

»Podía prescindir de mí mismo, porque sabía que no me dedicaba al sabotaje. Por consiguiente, sólo quedaba Michaels.

—Y dedujo usted que él era el responsable de todos los accidentes —dijo Carter.

—No; todavía podían haber sido simples accidentes. Esto nunca lo sabremos. Pero, «si habían sido» sabotajes, Michaels era indudablemente el candidato más probable, pues era el único que no había intervenido en las operaciones de emergencia y el único incapaz de actuar con mayor sutileza. Consideremos, pues, a Michaels.

»El primer accidente fue nuestro tropiezo con la fístula arteriovenosa. O fue pura desgracia, o Michaels nos había conducido deliberadamente a ella. A diferencia de los otros casos, si era sabotaje no había más que un posible culpable: Michaels. Por cierto que se lo dije al propio Michaels en una ocasión. Sólo él podía conducirnos hasta allí; sólo él conocía lo bastante el sistema circulatorio de Benes para descubrir una fístula microscópica, y era él quien había señalado el punto de nuestra introducción en la arteria.

—Sin embargo —objetó Reid—, pudo no ser más que una desgracia, un error de buena fe.

—Cierto. Pero, así como en todos los demás accidentes los posibles sospechosos hicieron todo lo posible por sacarnos del

atolladero, Michaels propuso el inmediato abandono de la misión en cuanto entramos en el sistema venoso. Y lo propio hizo en los demás momentos críticos. Fue el único que se mostró contumaz en este aspecto. Y, sin embargo, no fue aquí donde se delató en realidad.

—Entonces, ¿en qué se delató? —preguntó Carter.

—Al empezar la misión, cuando fuimos miniaturizados e insertos en la arteria carótida, yo sentí temor. Todos estábamos, al menos, un poco inquietos; pero Michaels era el que parecía más asustado. Estaba casi paralizado de miedo. De momento, no me llamó la atención. Lo consideré natural. Ya les he dicho que yo mismo estaba bastante atemorizado, y, en realidad, prefería no ser el único. Pero...

—Pero ¿qué?

—A partir del momento en que pasamos la fístula arteriovenosa, Michaels no volvió a dar muestras de temor. En varias ocasiones, cuando todos los demás estábamos nerviosos, él era el único que no lo estaba. Permanecía firme como una roca. Al principio, me había confesado reiteradamente su cobardía, como explicación de su evidente miedo; en cambio, cuando el viaje tocaba a su fin, se enfureció al sugerir Duval que era un cobarde. Su cambio de actitud me parecía cada vez más extraño.

»Pensé que había de existir una razón concreta de aquel miedo inicial. Cuando corría un riesgo junto con los demás, era valiente. Era, pues, muy posible que sintiera miedo cuando su conocimiento del peligro no era compartido por los otros. Su incapacidad de compartir el miedo, la necesidad de enfrentarse él solo con la muerte, era lo que lo hacía cobarde.

»Al principio, todos estábamos atemorizados por el mero hecho de la miniaturización; pero ésta se llevó a cabo con pleno éxito. Después, todos confiamos en que llegaríamos al coágulo, se practicaría la operación y saldríamos al exterior, empleando, como máximo, unos diez minutos.

»En cambio, Michaels podía ser el único que sabía que esto no ocurriría así. Podía ser el único en saber que habría dificultades y que estábamos a punto de meternos en un verdadero remolino. Owens había hablado de la fragilidad de la nave durante la instrucción, y Michaels debía de esperar la muerte. Sólo él debió esperar la muerte. No es, pues, de extrañar que estuviera a punto de derrumbarse.

»Cuando cruzamos la fístula y salimos indemnes de la prueba, su sensación de alivio se manifestó de un modo casi delirante. A partir de entonces, tuvo la seguridad de que no podríamos cumplir nuestra misión, y su nerviosismo cesó. Cada vez que superábamos una crisis, aumentaba su furor. Y, al llenar éste su ánimo, no le dejaba sitio para el miedo.

»Cuando llegamos al oído, yo había adquirido ya el convencimiento de que Michaels, y no Duval, era nuestro hombre. Por esto impedí que obligase a Duval a probar el láser, y por esto lo alejé de Miss Peterson cuando ésta fue atacada por los anticuerpos. Sin embargo, en el último momento cometí un error. No permanecí con él durante la operación del coágulo y le di ocasión de apoderarse de la nave. Y fue porque todavía flotaba en mi mente la sombra de una duda...

—¿De que posiblemente el traidor fuera Duval? —dijo Carter.

—Sí. Por esto quise presenciar la operación, aunque nada hubiera podido hacer si Duval «hubiese sido» el traidor. A no ser por esta estupidez final, habría traído el barco intacto y a Michaels con vida.

—Bueno —dijo Carter, levantándose—, no podemos quejarnos. Benes vive y se recupera lentamente. Sin embargo, no estoy seguro de que Owens piense lo mismo. No se consuela de la pérdida de su barco.

—Es natural —dijo Grant—, pues era una estupenda embarcación. Y, a propósito, ¿saben dónde está Miss Peterson?

—Levantada y tan campante. Por lo visto, tiene más aguante que usted.

—Quiero decir si está por aquí, en las FDMC.

—Sí. Supongo que en el departamento de Duval.

—Ya... —dijo Grant, súbitamente desanimado—. Bueno, voy a lavarme, a afeitarme y a salir de aquí.

Cora reunió los papeles.

—Entonces, doctor Duval, si el informe puede esperar hasta después del fin de semana, me gustaría ausentarme durante estos días.

—Desde luego —dijo Duval—. Creo que a todos nos conviene un poco de descanso. ¿Cómo se encuentra?

—Perfectamente, según creo.

—Ha sido toda una experiencia, ¿no?

Cora sonrió y se dirigió a la puerta, en el momento en que asomaba un lado de la cabeza de Grant.

—¿Miss Peterson?

Cora dio un respingo, reconoció a Grant y corrió hacia él, sonriendo.

—En el *Proteus* me llamaba Cora.

—¿Y puedo seguir haciéndolo?

—Naturalmente. Y espero que lo haga en lo sucesivo. Grant vaciló.

—Puedes llamarme Charles. E incluso espero que algún día llegues a llamarme «el bueno y viejo Charlie».

—Lo intentaré, Charles.

—¿Cuándo terminas el trabajo?

—Acabo de dejarlo para el fin de semana.

Grant reflexionó durante un momento, se frotó el mentón recién afeitado y señaló con la cabeza en dirección a Duval, que estaba inclinado sobre su mesa de trabajo.

—¿Sigues comprometida con él? —preguntó al fin.

—Admiro su trabajo —respondió Cora, gravemente—, y él admira el mío.

Y se encogió de hombros.

—¿Puedo yo admirarte «a ti»? —dijo Grant.

Ella vaciló y, después, sonrió ligeramente.

—Cuando quieras, y todo el tiempo que quieras. Con tal de que yo pueda admirarte también de vez en cuando.

—Avísame cuando esto ocurra, para que adopte la actitud adecuada.

Se echaron a reír. Duval levantó la cabeza, los vio en el umbral, sonrió débilmente y agitó la mano, en un ademán que igual podía ser de saludo como de despedida.

—Voy a ponerme el traje de calle —dijo Cora—. Después, me gustaría ver a Benes. ¿Te parece bien?

—¿Está permitida la visita?

Cora movió la cabeza.

—No. Pero nosotros somos un caso especial.

Benes tenía los ojos abiertos. Intentó sonreír.

Una enfermera murmuró, con inquietud:

—Sólo un minuto, por favor. Él no sabe nada de lo ocurrido; por consiguiente, no se refieran a ello.

—De acuerdo —dijo Grant, y dirigiéndose a Benes, añadió en voz baja—: ¿Cómo se encuentra?

Benes esbozó de nuevo una sonrisa.

—Ni yo mismo lo sé. Muy cansado. Tengo jaqueca y me duele el ojo derecho; pero, al parecer, he salvado la vida.

—¡Bravo!

—Se necesita algo más que un porrazo en la cabeza para matar a un científico —dijo Benes—. Las matemáticas dan al cráneo la dureza de una roca, ¿no?

—Nos alegramos mucho —dijo Cora amablemente.

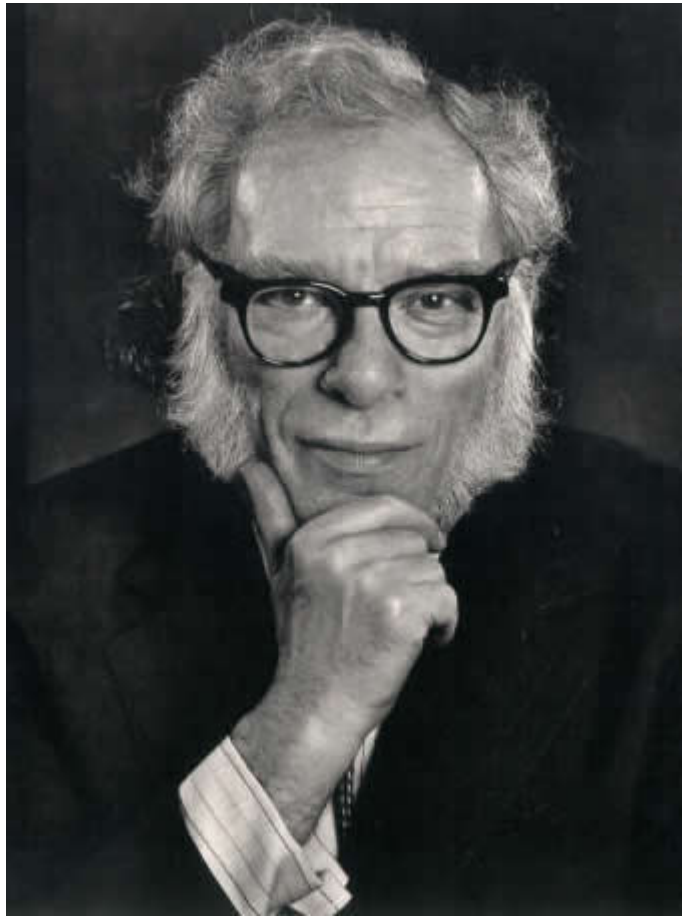
—Ahora debo recordar lo que vine a decir. Está todo muy confuso, pero empieza a volver a mi memoria. Lo llevo todo dentro, todo dentro de mí.

Y sonrió ampliamente.

—Le sorprendería saber todo lo que lleva dentro de usted, profesor —dijo Grant.

La enfermera los acompañó a la puerta, y Grant y Cora, dándose la mano, salieron a un mundo que pareció de pronto vacío de temores y ocupado enteramente por la perspectiva de una dicha infinita.

FIN



ISAAC ASIMOV. Escritor y bioquímico ruso, nacionalizado estadounidense, conocido por ser un exitoso y excepcionalmente prolífico autor de obras de ciencia ficción, historia y divulgación científica.

La obra más famosa de Asimov es la Saga de la Fundación, también conocida como Trilogía o Ciclo de Trántor, que forma parte de la serie del Imperio Galáctico y que más tarde combinó con su otra gran serie sobre los robots. También escribió obras de misterio y fantasía, así como una gran cantidad de textos de no ficción. En total, firmó más de 500 volúmenes y unas 9000 cartas o postales.

Asimov, junto con Robert A. Heinlein y Arthur C. Clarke, fue considerado en vida como uno de los «tres grandes» escritores de ciencia ficción.

La mayoría de sus libros de divulgación explican los conceptos científicos siguiendo una línea histórica, retrotrayéndose lo más posible a tiempos en que la ciencia en cuestión se encontraba en una etapa elemental. A menudo brinda la nacionalidad, las fechas de nacimiento y muerte de los científicos que menciona, así como las etimologías de las palabras técnicas.

Notas

[1] Siglas de *Intelligence Department*; en castellano, Servicio de inteligencia. (N. del T.) <<

[2] Siglas de *Military Police*; en castellano, Policía militar. (N. del T.)

<<

[3] Robert Brown, botánico escocés (1773-1858). En 1827, siendo director de la sección de botánica del British Museum, estudió el movimiento desordenado de las partículas ultramicroscópicas en un líquido, movimiento llamado después, de Brown, o browniano. (N. del T.) <<

[4] Electroencefalograma. (N. del T.) <<